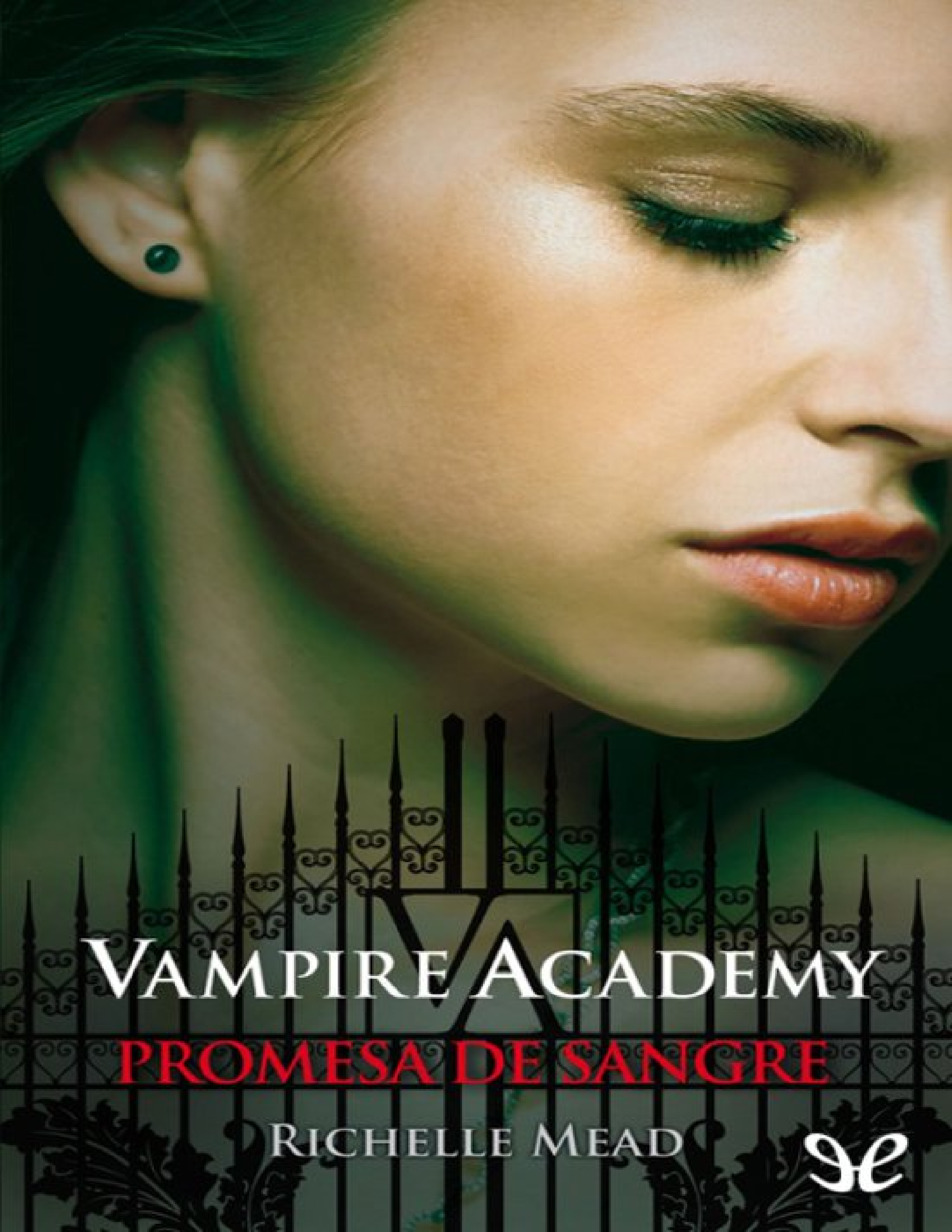
VAMPIRE ACADEMY
PROMESA DE SANGRE
RICHELLE MEAD

Annotation

La vida de Rose ya nunca será igual. El reciente ataque Strigoi a la Academia St. Vladimir ha devastado el mundo Moroi. Muchos han muerto, otros han sido secuestrados, entre ellos: Dimitri Belikov. Rose tendrá que elegir entre mantener su voto de proteger a Lissa, su mejor amiga y la última princesa Dragomir, o abandonar la academia y buscar a su amado. Pero, llegado el momento... ¿encontrará el valor necesario para cumplir la promesa que le hizo a Dimitri y acabar con la vida de la persona que ama?

- RICHELLE MEAD
- Sinopsis
- Promesa de sangre
  -
- Prólogo
  -
- Uno
  -
- Dos
  -
- Tres
  -
- Cuatro
  -
- Cinco
  -
- Seis
  -
- Siete
  -
- Ocho
  -
- Nueve
  -

- Diez
  -
- Once
  -
- Doce
  -
- Trece
  -
- Catorce
  -
- Quince
  -
- Dieciséis
  -
- Diecisiete
  -
- Dieciocho
  -
- Diecinueve
  -
- Veinte
  -
- Veintiuno
  -
- Veintidós
  -
- Veintitrés
  -
- Veinticuatro
  -
- Veinticinco
  -
- Veintiséis
  -
- Veintisiete
  -
- Veintiocho

- Veintinueve
- Treinta
- Agradecimientos

RICHELLE MEAD

Promesa de sangre

Academia De Vampiros Nº4

Traducción de Diego de los Santos

Alfaguara

Sinopsis

La vida de Rose ya nunca será igual. El reciente ataque Strigoi a la Academia St. Vladimir ha devastado el mundo Moroi. Muchos han muerto, otros han sido secuestrados, entre ellos: Dimitri Belikov. Rose tendrá que elegir entre mantener su voto de proteger a Lissa, su mejor amiga y la última princesa Dragomir, o abandonar la academia y buscar a su amado. Pero, llegado el momento... ¿encontrará el valor necesario para cumplir la promesa que le hizo a Dimitri y acabar con la vida de la persona que ama?

Traductor: Santos, Diego de los
Autor: Mead, Richelle
©2009, Alfaguara
ISBN: 9788420401348
Generado con: QualityEbook v0.73

Promesa de sangre

Vampire Academy IV

¿Hasta dónde llegará Rose para mantener su promesa? La vida de Rose ya nunca será igual. El reciente ataque Strigoi a la Academia St. Vladimir ha devastado el mundo Moroi. Muchos han muerto, otros han sido secuestrados, entre ellos: Dimitri Belikov. Rose tendrá que elegir entre mantener su voto de proteger a Lissa, su mejor amiga y la última princesa Dragomir, o abandonar la academia y buscar a su amado. Pero, llegado el momento... ¿Encontrará el valor necesario para cumplir la promesa que le hizo a Dimitri y terminar con la vida de la persona que ama?

Título original: *Vampire Academy: Blood Promise*

Richelle Mead, 2009

Traducción: Diego de los Santos

Diseño de cubierta: Emilian Gregory

Fotografía de cubierta: Michael Frost

Dedicado a la memoria de mi abuela,
una sureña luchadora y la mejor cocinera
que he conocido en mi vida.

Prólogo

CUANDO estaba en mi primer curso de instituto nos mandaron hacer un comentario de texto de un poema. Uno de los versos decía: «Si no tuvieras los ojos abiertos, no sabrías la diferencia entre soñar y estar despierto». En aquel momento, el verso no me dijo gran cosa. Después de todo, en clase había un chico que me gustaba mucho; ¿cómo iba a prestarle atención a un comentario de texto? Ahora, tres años después, entendía el poema a la perfección.

Últimamente, mi vida parecía estar a punto de convertirse en un sueño. Algunos días pensaba que iba a despertarme y descubrir que las últimas cosas que me habían pasado no habían sucedido de verdad. Sin duda, debía de ser una princesa atrapada en un sueño encantado. En cualquier momento, el sueño —no, más bien la pesadilla— acabaría y yo podría disfrutar de mi príncipe y de un final feliz.

Pero no había ningún final feliz a la vista, al menos en el futuro más inmediato. ¿Y mi príncipe? Bueno, esa era una larga historia. Mi príncipe se había convertido en un vampiro; en un strigoi, para ser exactos. En mi mundo hay dos clases de vampiros que existen sin que los humanos lo sepan. Los moroi son vampiros vivientes, vampiros buenos que controlan la magia de los elementos y no matan para buscar la sangre que necesitan para sobrevivir. Los strigoi son vampiros no muertos, inmortales y retorcidos, que matan para alimentarse. Los moroi nacen; los strigoi se hacen —a la fuerza o de buen grado— mediante métodos perniciosos.

Y a Dimitri, el chico del que estaba enamorada, lo habían convertido en strigoi en contra de su voluntad. Lo convirtieron en el curso de una batalla, una épica misión de rescate en la que yo también participé. Los strigoi secuestraron a un grupo de moroi y dhampir de mi instituto; Dimitri y yo, entre otros, fuimos a rescatarlos. Los dhampir son mitad vampiros y mitad humanos: tienen la fuerza y la resistencia de los humanos y los reflejos y sentidos de los moroi. Los dhampir reciben adiestramiento para convertirse en guardianes, guardaespaldas de elite de los moroi. Eso es lo que soy yo: una guardiana. Y eso es lo que había sido Dimitri.

Después de su transformación, los moroi lo dieron por muerto. Y, hasta cierto punto, lo estaba. Aquellos que se convertían en strigoi perdían la

noción de la bondad y de la vida que habían llevado hasta el momento. No importaba que no se hubiesen convertido por decisión propia; aun así se volvían malos y crueles, como todos los strigoi. Las personas que eran antes desaparecían por completo y, sinceramente, era más fácil pensar en ellos yéndose al cielo o a la otra vida que imaginárselos merodeando de noche y atacando a sus víctimas. Pero yo no había sido capaz de olvidar a Dimitri ni de aceptar que, básicamente, estaba muerto. Era el hombre del que había estado enamorada, el hombre con el que me había sentido en una sintonía tan perfecta que me costaba saber dónde acababa yo y dónde empezaba él. Mi corazón se negaba a desprenderse de él; aunque en teoría fuese un monstruo, todavía estaba en alguna parte. Tampoco había olvidado una conversación que tuvimos él y yo. Los dos estábamos de acuerdo en que preferíamos estar muertos —muertos de verdad— a pasearnos por el mundo siendo unos strigoi.

Una vez pasado el período de luto por la bondad que le habían arrebatado, decidí hacer realidad su deseo, a pesar de que Dimitri ya no creyese en él. Tenía que encontrarlo. Tenía que matarlo y liberar su alma de aquel estado oscuro y antinatural. Sabía que era lo que hubiese querido el Dimitri del que había estado enamorada. Pero matar a un strigoi no es tarea fácil. Son increíblemente rápidos y fuertes, y no tienen piedad. Ya había matado a unos cuantos. Qué locura; después de todo, acababa de cumplir dieciocho años. Sabía que enfrentarme a Dimitri sería mi mayor reto, tanto física como emocionalmente.

De hecho, había sentido las consecuencias emocionales nada más tomar la decisión. Perseguir a Dimitri había supuesto cambiar de vida en varios aspectos (por no decir que enfrentarme a él podría suponer perder la vida en el intento). Aún estaba en el instituto, a solo unos meses de graduarme y convertirme en una guardiana con todas las de la ley. Cada día que pasaba en la Academia St. Vladimir —una escuela lejana y protegida para los moroi y los dhampir— era un día más que Dimitri estaba ahí afuera, viviendo en un estado que él nunca deseó para sí. Lo quería demasiado para permitirlo. Por eso tuve que irme de la academia antes de tiempo y relacionarme con los humanos, lo cual suponía abandonar el mundo en el que había vivido casi toda mi vida.

Mi marcha también suponía abandonar otra cosa... o más bien a una persona: mi mejor amiga, Lissa, también conocida como Vasilisa Dragomir. Lissa era una moroi, la última de su linaje real. Yo era la candidata para ser

su guardiana cuando nos graduásemos, y mi decisión de perseguir a Dimitri hizo añicos ese futuro junto a ella. Pero no tuve elección: me vi obligada a abandonarla.

Aparte de nuestra amistad, Lissa y yo teníamos un vínculo único. Cada moroi se especializa en una clase de magia elemental: tierra, aire, agua o fuego. Hasta hace poco, pensábamos que solo existían esos cuatro elementos, pero descubrimos un quinto: el espíritu.

Ese era el elemento de Lissa. Con el número tan reducido de usuarios del espíritu que había en el mundo, apenas sabíamos nada de él. En gran medida parecía vinculado a los poderes psíquicos. Lissa demostraba un asombroso poder de coerción: la capacidad de imponer su voluntad sobre casi cualquier persona. También tenía poderes de curación, y ahí fue cuando las cosas se volvieron un poco raras entre nosotras. En teoría, morí en el accidente de tráfico que mató a su familia. Lissa me trajo de vuelta desde el mundo de los muertos sin darse cuenta y creó un vínculo psíquico entre las dos. Desde entonces, siempre he sido consciente de su presencia y de sus pensamientos. Sabía lo que estaba pensando e intuía cuándo estaba en peligro. Últimamente también habíamos descubierto que yo podía ver fantasmas y espíritus que aún no habían abandonado este mundo, algo que me resultó desconcertante y que me empeñé en bloquear. A este fenómeno se lo conoce como estar bendecida por la sombra.

Nuestro vínculo bendecido por la sombra me convertía en la persona ideal para proteger a Lissa, ya que sabría instantáneamente si estaba en peligro. Prometí protegerla de por vida, pero entonces Dimitri —el alto, guapísimo y feroz Dimitri— lo cambió todo. Tuve que hacer una terrible elección: seguir protegiendo a Lissa o liberar el alma de Dimitri. Tener que elegir entre los dos me rompió el corazón, se me instaló un dolor en el pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mi separación de Lissa fue muy dolorosa. Habíamos sido muy amigas desde el jardín de infancia, y mi marcha fue un shock para las dos. En honor a la verdad, ella no lo había visto venir, porque yo mantuve mi relación con Dimitri en secreto. Era mi instructor, tenía siete años más que yo y también le habían asignado la protección de Lissa. Por eso los dos intentamos resistirnos a nuestra atracción mutua, pues sabíamos que teníamos que centrarnos en Lissa más que en ninguna otra cosa y que nuestra relación alumna-profesor nos traería problemas.

Pero estar apartada de Dimitri —aunque fuera por voluntad propia— hizo que acumulase mucho resentimiento hacia Lissa. Seguramente debería haberlo hablado con ella para explicarle mi frustración por el hecho de tener toda mi vida planificada. No me parecía justo que, mientras Lissa era libre para vivir y amar como mejor le pareciese, yo siempre tuviera que sacrificar mi propia felicidad para asegurar su protección. Pero era mi mejor amiga y no podía soportar darle un disgusto. Lissa era especialmente vulnerable porque el uso del espíritu tenía el desagradable efecto secundario de volver loca a la gente. Por eso me guardé lo que sentía hasta que al final exploté y abandoné la academia —y a ella— para siempre.

Uno de los fantasmas que había visto —Mason, un amigo al que mataron los strigoi— me dijo que Dimitri había vuelto a su tierra, Siberia. El alma de Mason halló la paz y abandonó este mundo poco después sin darme más pistas del lugar concreto de Siberia al que podría haberse marchado Dimitri. Tuve que lanzarme a ciegas y enfrentarme a un mundo de humanos y a un idioma que no conocía para cumplir la promesa que me había hecho a mí misma.

Después de pasar varias semanas sola, por fin había llegado a San Petersburgo. Aún estaba buscando e intentando mantenerme a flote, pero estaba decidida a encontrarlo, aunque al mismo tiempo era una situación a la que le tenía pavor. Si finalmente llevaba a cabo mi plan y lograba matar al hombre al que amaba, eso significaría que Dimitri desaparecería del todo de este mundo. Sinceramente, no estaba segura de ser capaz de seguir viviendo en un mundo así.

Nada de esto parece real. Quién sabe, quizá no lo sea. Quizá le esté sucediendo a otra persona. Quizá sean imaginaciones mías. Quizá muy pronto despierte y descubra que lo de Lissa y Dimitri se ha solucionado, que en el futuro estaremos todos juntos y que él sonreirá, me abrazará y me dirá que todo va a salir bien. Quizá todo esto solo haya sido un sueño.

Pero lo dudo mucho.

Uno

ME estaban siguiendo.

En cierto modo, resultaba irónico si se tenía en cuenta el modo en el que yo misma había seguido a otros a lo largo de las semanas anteriores. Al menos, no era un strigoi. Ya me habría dado cuenta. Un efecto reciente de estar bendecida por la sombra era la capacidad de captar la presencia de los no muertos, aunque, por desgracia, lo hacía mediante ataques de náuseas. A pesar de lo desagradable que era, agradecía aquel sistema de alerta temprana de mi cuerpo y me sentí aliviada de que el que me acechaba esa noche no fuese un vampiro increíblemente rápido y feroz. Ya había luchado bastante contra unos cuantos de aquellos y lo cierto era que me apetecía tener algo parecido a una noche libre.

Supuse que quien me seguía era un dhampir como yo, probablemente alguien del club. La verdad era que se movía con menos sigilo del que me hubiese esperado de un dhampir. Se oían con claridad los pasos contra la acera de las callejuelas oscuras por las que caminaba y, en una ocasión, vi fugazmente la silueta de una figura sombría. A pesar de ello, si tenía en cuenta lo imprudente que había sido esa noche, lo más probable era que se tratase de un dhampir.

Todo comenzó en el Ruiseñor. No era el verdadero nombre del club, solo una traducción. Su auténtico nombre era algo en ruso que me resultaba imposible pronunciar. En Estados Unidos, el Ruiseñor era muy conocido entre los moroi ricos que viajaban por el mundo y, tras visitarlo, comprendí el motivo. No importaba la hora del día que fuese: los clientes del Ruiseñor iban vestidos igual que si estuviesen en una fiesta imperial. Bueno, en realidad, todo el local parecía sacado de los viejos tiempos de la corte rusa, con paredes de marfil cubiertas de arabescos dorados y molduras. Me recordó mucho al Palacio de Invierno, una residencia real que había sobrevivido desde los tiempos en los que Rusia estaba gobernada por los zares. Lo visité nada más llegar a San Petersburgo.

En el Ruiseñor, unos candelabros muy recargados y con velas de verdad brillaban en el techo y hacían relucir la decoración dorada. Así, aun con la escasa luz, todo el establecimiento centelleaba. Había un gran comedor lleno de mesas cubiertas de terciopelo y de reservados, además de

un salón y un bar, donde la gente podía relacionarse con los demás clientes. Ya bien entrada la noche actuaba un grupo de música, y las parejas tomaban la pista de baile.

No me había preocupado por visitar el Ruiseñor cuando llegué a la ciudad, un par de semanas antes. Fui lo bastante arrogante como para creer que podría encontrar directamente a algún moroi que me indicase cuál era el pueblo natal de Dimitri. Al no tener ninguna pista sobre su paradero en Siberia, me pareció que lo mejor que podía hacer para acercarme a él era dirigirme al pueblo donde se había criado. El único problema era que no sabía dónde estaba, y por eso intentaba encontrar algún moroi que me ayudase. Había un cierto número de pueblos y de comunidades dhampir en Rusia, pero apenas ninguno en Siberia, lo que me hizo pensar que la mayoría de los moroi nativos sabrían dónde había nacido. Por desgracia, resultó que a los moroi que vivían en las ciudades humanas se les daba muy bien esconderse. Busqué en lo que me parecieron los escondrijos moroi más probables, pero estaban vacíos. Y sin esos moroi, no tenía respuesta alguna.

Así pues, empecé a frecuentar el Ruiseñor y a mantenerme atenta a lo que pasaba, aunque no me resultó fácil. Para una chica de dieciocho años no era sencillo relacionarse con los clientes de uno de los clubes de elite más importantes de la ciudad. Pronto comprendí que la ropa cara y las propinas generosas ayudaban mucho a integrarse en el ambiente. El personal de servicio no tardó en conocerme; si pensaban que mi presencia allí era extraña, no me lo dijeron, y se mostraron dispuestos a darme la mesa de la esquina que siempre pedía. Creo que pensaban que era la hija de algún magnate o de algún político. Fuera cual fuese mi vida, tenía dinero suficiente para estar allí, y eso era lo único que les importaba.

A pesar de ello, mis primeras noches en el Ruiseñor fueron desalentadoras. Aunque el Ruiseñor fuese un lugar de encuentro de postín para los moroi, también lo frecuentaban humanos. Además, al principio, me pareció que los únicos clientes del club eran ellos. El gentío aumentaba a medida que avanzaba la noche y, al observar con atención las mesas abarrotadas y la gente que se entretenía en el bar, no descubrí a ningún moroi. Lo más llamativo que vi fue una mujer con una larga melena color rubio platino que entró en el salón con un grupo de amigos. Durante un segundo se me paró el corazón. La mujer me daba la espalda, pero se parecía tanto a Lissa que tuve el convencimiento de que me había localizado. Lo curioso fue que no supe si sentirme emocionada u

horrorizada. Echaba muchísimo de menos a Lissa, pero al mismo tiempo no quería verla envuelta en aquel peligroso viaje en el que me había embarcado. La mujer se dio la vuelta y vi que no era Lissa. Ni siquiera era una moroi, tan solo una humana normal. Recuperé lentamente la respiración.

Por fin, una semana después más o menos, logré mi primer éxito. Un grupo de mujeres moroi entró a cenar algo a última hora, acompañadas de dos guardianes, un hombre y una mujer, que se sentaron con presteza y en silencio a la mesa mientras sus protegidas cotilleaban y se reían con el champán vespertino. Esquivar a esos guardianes sería lo más complicado. Para quien sabía lo que debía buscar, era fácil detectar la presencia de los moroi: eran más altos que la mayoría de los humanos, de tez pálida y extremadamente delgados. También tenían una curiosa forma de reírse y de no mover los labios para mantener ocultos los colmillos. Los dhampir, gracias a nuestra sangre humana, parecíamos... bueno, parecíamos humanos.

Eso era lo que sin duda le parecería yo a cualquier humano sin la experiencia necesaria. Medía uno setenta y, mientras las moroi tendían a gozar de un cuerpo irreal de modelos de pasarela, el mío tenía una constitución atlética y de pecho curvilíneo. La genética de mi desconocido padre turco y haber pasado demasiado tiempo bajo el sol me habían proporcionado una tez levemente morena que casaba muy bien con mi pelo largo y casi negro. Pero los que se habían criado en el mundo de los moroi, si se fijaban bien, eran capaces de darse cuenta de que era una dhampir. No sé muy bien de qué se trataba. Quizá algún tipo de instinto hacía que nos atrajeran los de nuestra propia especie y se reconociera la mezcla de sangre moroi.

Era fundamental que esos guardianes creyesen que yo era humana para no despertar sus sospechas. Me senté al otro lado de la sala, en mi esquina, tomando una pizca de caviar mientras fingía leer. Por si a alguien le interesa, el caviar me parece asqueroso, pero en Rusia estaba hasta en la sopa, sobre todo en los lugares más selectos. Eso y el *borscht*, una especie de sopa de remolacha. Casi nunca me acababa la comida en el Ruiseñor, y después me lanzaba hambrienta en busca de un McDonald’s, aunque los McDonald’s de Rusia eran un poco diferentes a los McDonald’s entre los que me había criado en Estados Unidos. Aun así, una chica tiene que comer.

Observar atentamente a los moroi mientras los guardianes no miraban se convirtió en una prueba para mis habilidades. Era cierto que los guardianes tenían poco que temer de día, ya que no habría ningún strigoi bajo el sol. Sin embargo, estar atento a todo formaba parte de la naturaleza de los guardianes, por lo que paseaban la mirada de forma continua y metódica por toda la sala. Yo había recibido la misma formación y conocía todos los trucos, así que logré espiar al grupo sin que se dieran cuenta.

Las mujeres visitaban el local a menudo, normalmente a última hora de la tarde. St. Vladimir tenía un horario nocturno, pero los moroi y los dhampir que vivían entre los humanos solían hacer vida diurna o algo intermedio. En varias ocasiones me planteé acercarme al grupo o incluso a los propios guardianes. Algo hizo que me contuviese. Si alguien sabía dónde había un pueblo lleno de dhampir, ese sería un varón moroi. Muchos de ellos visitaban pueblos dhampir con la esperanza de lograr acostarse con alguna chica dhampir fácil. Me prometí que esperaría otra semana para ver si aparecía alguno. Si no, intentaría sonsacarles información a las moroi.

Por fin, un par de días antes, dos varones moroi hicieron acto de presencia. Acudían ya avanzada la noche, cuando llegaban los auténticos fiesteros. Los dos tenían unos diez años más que yo, eran tremendamente atractivos e iban vestidos con trajes de diseño y corbatas de seda. Se comportaban como si fueran gente poderosa, importante, y habría apostado una buena cantidad de dinero a que pertenecían a la realeza, sobre todo teniendo en cuenta que cada uno de ellos iba acompañado de su propio guardián. Los guardianes siempre eran los mismos, unos individuos jóvenes que llevaban trajes para no desentonar, pero que observaban con atención todo lo que ocurría en la sala con esa naturaleza inteligente de los guardianes.

Y a su alrededor había mujeres. Siempre había mujeres. A los dos moroi les encantaba galantear. No dejaban de buscar e intentar seducir a todas las mujeres a las que veían, incluso a las humanas. Pero no se iban a sus casas con humanas. Eso seguía siendo un tabú firmemente arraigado en nuestro entorno. Los moroi se habían mantenido apartados de los humanos a lo largo de los siglos por temor a que los detectara una raza que se había vuelto muy fuerte y poderosa.

Eso no significaba que volvieran solos a sus casas. A una determinada hora aparecían mujeres dhampir, unas diferentes cada noche. Llevaban puestos vestidos baratos y mucho maquillaje. Bebían mucho y se reían de

todo lo que decían los moroi, que probablemente ni siquiera tuviese gracia. Siempre llevaban el pelo suelto, pero de vez en cuando movían la cabeza de un modo que dejaba a la vista el cuello, donde todas lucían grandes moratones. Eran prostitutas de sangre, dhampir que dejaban que los moroi les chupasen la sangre mientras tenían relaciones sexuales. Eso también era un tabú, aunque seguía realizándose en secreto.

Quise quedarme a solas con uno de los moroi, lejos de los ojos vigilantes de sus guardianes para así poder hacerle preguntas. Pero fue imposible. Los guardianes no dejaban solos en ningún momento a los moroi. Intenté seguirlos, pero cada vez que el grupo salía del club, entraba casi de inmediato en una limusina, lo que hacía imposible que los siguiera a pie. Era muy frustrante.

La última noche decidí que tendría que acercarme a todo el grupo y arriesgarme a que los dhampir me descubriesen. No sabía si alguien de mi país me estaba buscando, o si por el contrario al grupo ni siquiera le interesaría saber quién era yo en realidad. Quizá me estaba dando demasiada importancia. Era más que posible que nadie se preocupase de una marginada fugitiva, pero si alguien me estaba buscando de verdad, ya habrían distribuido mi descripción entre todos los guardianes del mundo. Aunque ya tenía dieciocho años, eso no me serviría de nada ante algunos de los que querían llevarme de vuelta a Estados Unidos, y me había jurado no volver hasta que encontrase a Dimitri.

Mientras pensaba en el modo de aproximarme al grupo de los moroi, una de las dhampir se levantó de la mesa para acercarse a la barra. Los guardianes la observaron, pero no parecían preocupados por su seguridad, y siguieron concentrados en los moroi. Hasta ese momento había pensado que los varones moroi serían el mejor modo de obtener información sobre un pueblo lleno de dhampir y prostitutas de sangre, pero... ¿qué mejor manera de localizar ese lugar que preguntarle directamente a una prostituta de sangre?

Me levanté con una expresión despreocupada y me acerqué a la barra como quien va a por otra copa. Me puse a su lado mientras la mujer esperaba al camarero y la miré por el rabillo del ojo. Era rubia y llevaba puesto un vestido largo cubierto de lentejuelas plateadas. No tenía claro si esa ropa hacía que mi vestido ceñido de satén negro resultase aburrido o elegante. Todos sus movimientos, incluso el modo en el que se mantenía erguida, eran gráciles, como los de una bailarina. Mientras el camarero

atendía a otros clientes, supe que tenía que aprovechar el momento. Me incliné hacia ella.

—¿Hablas inglés? —le pregunté.

Dio un respingo, sorprendida, y se volvió hacia mí. Era mayor de lo que esperaba, pero el maquillaje ocultaba muy bien su edad. Sus ojos azules me evaluaron con rapidez y me reconocieron como lo que era, una dhampir.

—Sí —contestó recelosa. Hasta aquella simple palabra estaba cargada de acento.

—Busco un pueblo... Un pueblo donde viven un montón de dhampir, en Siberia. ¿Sabes de lo que te hablo? Tengo que encontrarlo.

Volvió a mirarme atentamente, aunque no supe descifrar la expresión de su rostro. Podría tratarse de una guardiana. Quizá había recibido formación para serlo en algún momento de su vida.

—No lo hagas —me respondió con brusquedad—. Déjalo ya.

Se dio media vuelta y se quedó mirando al camarero, que estaba preparando un cóctel de color azul adornado con cerezas.

Le puse la mano sobre el brazo.

—Tengo que encontrarlo. Hay un hombre...

Me atraganté al decirlo. El interrogatorio tranquilo y profesional se había ido al garete. Solo pensar en Dimitri hacía que el corazón se me pegase a la garganta. ¿Cómo podía explicarle algo así a aquella mujer? ¿Qué le decía? ¿Que estaba siguiendo una pista improbable y arriesgada, que buscaba a la persona que más amaba en el mundo, un hombre al que habían convertido en un strigoi y al que tenía que matar? Incluso en un momento así pude imaginarme sus cálidos ojos marrones y su manera de tocarme. ¿Cómo podría hacer aquello para lo que había cruzado un océano?

«Céntrate, Rose, céntrate».

La dhampir se volvió de nuevo hacia mí.

—Ese tío no se lo merece —me respondió, malinterpretando lo que yo había querido decir. Sin duda, creía que estaba hablando a una chica enamorada que perseguía a su novio. En cierto modo, así era—. Eres demasiado joven... No es demasiado tarde para evitarte todo esto —aunque su rostro se mantuviera impasible, había cierta tristeza en su voz—. Haz algo útil con tu vida. Mantente alejada de ese sitio.

—¡Sabes dónde está! —exclamé, demasiado emocionada para explicarle que no iba a ser una prostituta de sangre—. Por favor, tienes que decírmelo. ¡Tengo que llegar hasta allí!

—¿Hay algún problema?

Las dos nos giramos hacia el rostro ceñudo de uno de los guardianes. Maldición. Aunque la dhampir no fuera su prioridad, cualquiera se habría dado cuenta de que alguien la estaba acosando. El guardián apenas era mayor que yo, y le sonreí con descaro. Quizá no estuviera tan exuberante como la otra mujer, pero sabía que la minifalda le sentaba muy bien a mis piernas. Seguro que ni siquiera un guardián era inmune a eso. Pues bien... al parecer, aquel sí lo era. La expresión pétrea de su rostro me mostró que mis encantos no funcionaban. Aun así, decidí probar suerte e intentar sonsacarle algo de información.

—Quiero encontrar un pueblo en Siberia habitado por dhampir. ¿Lo conoces?

—No —contestó sin pestañear.

Genial. Los dos querían ponérmelo difícil.

—Vale, entonces quizá lo sepa tu jefe —le dije con cierta timidez, con la esperanza de parecer una aspirante a prostituta de sangre. Si los dhampir no me decían nada, quizá lo hiciese uno de los moroi—. Quizá le apetezca compañía y quiera hablar conmigo.

—Ya tiene compañía —replicó el guardián sin levantar el tono de voz —. No necesita más.

Mantuve la sonrisa.

—¿Estás seguro? —susurré—. Quizá deberías preguntárselo.

—No —repuso el guardián. Con una sola palabra me transmitió el desafío y la orden: «Lárgate». No dudaría en enfrentarse a cualquiera que para él representase la más mínima amenaza para su señor... incluida una simple dhampir. Pensé en seguir insistiendo, pero decidí que debía hacer caso de la advertencia y retirarme.

Me encogí de hombros con un gesto despreocupado.

—Él se lo pierde.

Y, sin mediar palabra, volví a mi mesa, como si aquel rechazo no me importase. Mientras caminaba, prácticamente contenía la respiración. Me esperaba que, en cualquier momento, el guardián me sacase de los pelos del club. No fue así, pero mientras me ponía el abrigo y dejaba algo de dinero en la mesa, vi que me miraba con expresión calculadora y ojos suspicaces.

Salí del Ruiseñor con el mismo aspecto despreocupado, y me dirigí hacia una calle ajetreada. Era sábado por la noche y había muchos clubes y restaurantes en los alrededores. Las calles estaban llenas de gente que salía

de fiesta. Algunos llevaban ropas tan elegantes como las de los clientes del Ruiseñor. Otros eran de mi edad y vestían de un modo más informal. A la puerta de los clubes se veían largas filas, y del interior salía una atronadora música de baile llena de ritmos estruendosos. Los restaurantes de grandes ventanales mostraban salones distinguidos y mesas llenas de lujo. Me resistí a la tentación de mirar hacia atrás mientras caminaba envuelta por conversaciones en ruso. No quería aumentar las sospechas de ese dhampir, que quizá me estaba observando.

Sin embargo, cuando entré en una calle tranquila —que era un atajo en el camino de regreso a mi hotel—, oí el suave sonido de unos pasos. Al parecer, había alarmado lo suficiente al guardián como para hacer que me siguiera. No estaba dispuesta a permitirle que se abalanzase sobre mí. Quizá era más pequeña que él, y llevaba puesto un vestido y tacones, pero me había enfrentado a muchos hombres, strigoi incluidos. Podía enfrentarme a ese tipo, sobre todo si utilizaba el elemento sorpresa. Después de caminar por aquel vecindario tantas veces, lo conocía bien, incluidas sus callejas y callejones. Aceleré el paso, doblé a toda prisa unas cuantas esquinas y la última me llevó a un callejón oscuro y desierto. Sí, era un tanto tenebroso, pero era un lugar excelente para montar una emboscada, así que me escondí en un portal. Me quité los zapatos de tacón en silencio. Eran negros y tenían unas tiras de cuero preciosas, pero no eran adecuados para una pelea, a menos que planeara sacarle los ojos a alguien con el tacón. En realidad, no era tan mala idea, pero no estaba tan desesperada. Al quitármelos noté la frialdad del suelo bajo las plantas de los pies; había llovido hacía poco.

No tuve que esperar mucho. Unos segundos después, oí ruido de pasos y vi aparecer en el suelo la larga sombra de mi perseguidor, proyectada por la luz titilante de la farola de la calle adyacente. Se detuvo y me buscó con la mirada. Pensé que aquel individuo era realmente torpe. Ningún guardián que se lanzase a perseguir a alguien habría actuado de un modo tan evidente. Debería haberse movido con más sigilo y no haber revelado su posición tan fácilmente. Quizá la formación que recibían los guardianes en Rusia no era tan buena como la que yo había tenido. No, no podía ser eso, a juzgar por cómo había acabado Dimitri con sus enemigos. En la academia lo consideraban un dios en ese sentido.

Mi perseguidor dio unos cuantos pasos más y entonces entré en acción. Salí de un salto con los puños por delante.

—¡Vale! —exclamé—. Solo quería hacer unas cuantas preguntas, así que lárgate o...

Me quedé helada. No era el guardián del club a quien tenía delante.

Era un ser humano.

Una chica de mi edad, aproximadamente. Tenía más o menos mi estatura y el pelo rubio oscuro cortado a cepillo. Llevaba puesta una gabardina de color azul marino que parecía cara. Debajo llevaba unos pantalones de vestir y unas botas de cuero que parecían tan caras como la gabardina. Lo más sorprendente fue que la reconocí. La había visto un par de veces en el Ruiseñor hablando con algunos varones moroi. Supuse que se trataba de alguna de las mujeres con las que les gustaba tontear, y la descarté con rapidez. Después de todo, ¿de qué me servía una humana?

Su rostro estaba cubierto en parte por las sombras, pero aun con tan poca luz distinguí su expresión de enfado. No era precisamente lo que me esperaba.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó. Aquello me causó más desconcierto. Su acento era tan americano como el mío—. Eres la que ha ido dejando por la ciudad ese rastro de cadáveres de strigoi. Te he visto en el club esta noche y he sabido que tenías que ser tú.

—Yo...

No fui capaz de pronunciar más palabras. No tenía ni idea de qué responder. ¿Una humana hablando con tanta despreocupación de los strigoi? Jamás había oído algo así. Era casi más sorprendente que encontrarse con un strigoi por allí. Nunca me había enfrentado a algo igual en toda mi vida. No pareció importarle mi estupefacción.

—Mira, no puedes ir por ahí haciéndolo, ¿vale? ¿Sabes el engorro que me supone tener que encargarme de eso? Estas prácticas ya son bastante malas sin que vengas tú a complicármelas. La policía encontró el cadáver que dejaste en el parque, ¿sabes? No te puedes imaginar la cantidad de hilos que he tenido que mover para taparlo.

—¿Quién... quién eres? —le pregunté por fin.

Era cierto: había dejado un cadáver en el parque; pero, la verdad, ¿qué podía hacer? ¿Llevarlo a rastras hasta mi hotel y decirle al conserje que mi amigo había bebido demasiado?

—Sydney —me contestó la chica con voz cansada—. Me llamo Sydney. Soy la alquimista asignada a este lugar.

—¿Cómo dices?

Suspiró con fuerza, y estoy segura de que puso los ojos en blanco.

—Claro. Eso lo explica todo.

—No, la verdad es que no —repliqué, y recuperé por fin la compostura —. De hecho, me parece que eres tú la que tiene que explicar un montón de cosas.

—Vaya, también eres un rato chula. ¿Eres una prueba a la que me tengo que enfrentar? Ah, vaya. Tiene que ser eso.

Ahora era yo quien se estaba enfadando. No me gusta que me reprendan. Desde luego, no me gustó que una humana me reprendiese de tal modo que parecía que matar a unos strigoi fuese algo malo.

—Mira, no sé quién eres ni cómo estás al corriente de todo eso, pero no pienso quedarme para...

La sensación de náusea se apoderó de mi cuerpo y me puse tensa. Mi mano se dirigió de inmediato a la estaca de plata que llevaba en el bolsillo del abrigo. El rostro de Sydney siguió mostrando una expresión de enfado, pero a esta se mezcló la confusión por mi repentino cambio de postura. Había que reconocerle que era muy observadora.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Vas a tener que ocuparte de otro cadáver —contesté un segundo antes de que la atacase un strigoi.

Dos

ATACARLA a ella antes que a mí fue un error por parte del strigoi. Yo era la verdadera amenaza. Debería haberme neutralizado a mí primero. Sin embargo, era Sydney la que estaba en su camino, así que no le quedó más remedio que ocuparse de ella para llegar hasta mí. La agarró por el hombro y la atrajo hacia él. Era rápido, como todos, pero esa noche estaba preparada.

Una rápida patada lo lanzó contra la pared de un edificio cercano y Sydney pudo liberarse. Soltó un gruñido al chocar contra el hormigón y se desplomó entre aturdido y sorprendido. No era fácil sorprender a los strigoi, famosos por sus reflejos rapidísimos. Dejó de lado a Sydney y se concentró en mí, con los ojos enrojecidos por la rabia y los labios abiertos en una mueca que dejaba a la vista los colmillos. Se separó de la pared de un salto a una velocidad sobrenatural y se abalanzó sobre mí. Lo esquivé e intenté darle un puñetazo, pero él también me esquivó a mí. Su siguiente golpe me alcanzó en el brazo. Me tambaleé y apenas fui capaz de mantener el equilibrio. Seguía empuñando la estaca en la mano derecha, pero necesitaba un hueco para acertarle en el pecho. Un strigoi listo hubiera mantenido girado el cuerpo para que yo no pudiese verle directamente el corazón. Aquel tipo estaba luchando de un modo mediocre y, si lograba sobrevivir el tiempo suficiente, lo más probable sería que yo encontrara ese hueco.

En ese momento, Sydney apareció y le golpeó en la espalda. No fue un golpe muy fuerte, pero le sobresaltó. Aproveché la ocasión. Me lancé con toda la rapidez que pude y descargué todo mi peso en el golpe. Chocamos contra la pared y la estaca le atravesó el pecho. Fue tan sencillo como eso. Se le apagó la llama de la vida —o de la vida no muerta, o lo que fuese aquello—. Dejó de moverse. Saqué la estaca de un tirón cuando tuve la certeza de que estaba muerto y vi cómo su cadáver bajaba deslizándose hasta el suelo.

Al igual que me había ocurrido con todos los strigoi que había matado últimamente, tuve una sensación de irrealidad momentánea. «¿Y si hubiera sido Dimitri?», pensé. Intenté imaginarme el rostro de Dimitri en aquel strigoi, tirado en el suelo delante de mí. El corazón se me retorció en el

pecho. La imagen duró una fracción de segundo y luego se desvaneció. Aquel no era más que un strigoi cualquiera.

Sacudí la cabeza para librarme de la desorientación y me recordé que tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Tenía que comprobar cómo estaba Sydney. Aunque fuera una humana, mi carácter protector hizo acto de presencia inmediatamente.

—¿Estás bien?

Sydney asintió con la cabeza, conmocionada. Por lo demás, estaba ilesa.

—Buen trabajo —comentó. Cualquiera diría que se estaba esforzando en parecer segura de sí misma—. Nunca... Nunca había visto matar a uno...

No se me ocurrió cómo podría haber presenciado algo así, pero lo cierto era que tampoco sabía cómo tenía conocimiento de todo lo demás. Parecía sumida en un estado de conmoción, así que la agarré del brazo y comencé a tirar de ella para alejarnos de allí.

—Vamos, tenemos que ir a algún lugar donde haya más gente.

Cuanto más lo pensaba, menos descabellada me parecía la idea de que hubiera strigoi acechando cerca del Ruiseñor. ¿Qué mejor sitio para acechar a los moroi que uno de los lugares que frecuentaban? Sin embargo, la mayoría de los guardianes tendría el suficiente sentido común para no llevar a sus protegidos por un callejón como aquel.

Al decirle que teníamos que marcharnos, Sydney salió de su aturdimiento.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Es que a este también lo vas a dejar aquí?

Levanté las manos en un gesto de desesperación.

—¿Y qué quieres que haga? Supongo que puedo arrastrarlo hasta soltarlo detrás de esos cubos de basura y luego dejar que el sol lo incinere. Eso es lo que suelo hacer.

—Vale. ¿Y si viene alguien a tirar la basura o sale por una de esas puertas traseras?

—Bueno, pues resulta que apenas puedo arrastrarlo. Y tampoco puedo quemarlo. Una barbacoa vampírica llamaría mucho la atención, ¿no crees?

Sydney negó con la cabeza, exasperada, y se acercó al cadáver. Torció la boca al ver de cerca al strigoi y luego metió una mano en su enorme bolso de cuero. Sacó un frasquito y, con una serie de movimientos hábiles, esparció el contenido sobre el cadáver para luego retroceder con rapidez. De pronto, comenzó a salir un humo de color amarillento de los puntos

donde habían caído gotas del líquido. El humo se extendió poco a poco, pero lo hizo horizontalmente, no verticalmente, hasta envolver por completo al strigoi. Luego el cuerpo se contrajo cada vez más hasta que tan solo quedó una bola del tamaño de un puño. Unos segundos después, el humo se disipó por completo y solo quedó un montón de cenizas.

—De nada —dijo Sydney con sequedad, sin dejar de mirarme con desaprobación.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamé.

—Mi trabajo. Por favor, ¿me puedes llamar la próxima vez que pase esto?

Se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¡Espera! No puedo llamarte... No tengo ni idea de quién eres.

Se volvió para mirarme y se apartó un mechón rubio de la cara.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? Pensaba que a todos os hablaban de nosotros cuando os graduabais.

—Ah, vaya. Bueno, verás... Resulta que yo no... Bueno, que no llegué a graduarme.

Sydney abrió los ojos como platos.

—¿Has acabado con una de esas... cosas... sin llegar a graduarte?

Me encogí de hombros y ella se quedó callada durante unos segundos.

Por fin, suspiró de nuevo antes de volver a abrir la boca.

—Supongo que sí que tenemos que hablar.

¡Vaya si teníamos que hablar! Toparme con ella había sido lo más extraño que me había pasado desde mi llegada a Rusia. Quería saber por qué creía que debía haberme puesto en contacto con ella y cómo había conseguido disolver el cadáver del strigoi. Mientras volvíamos a las calles concurridas y nos dirigíamos a un restaurante que a ella le gustaba, se me ocurrió que si conocía el mundo de los moroi, quizá también sabría dónde estaba el pueblo de Dimitri.

Dimitri. Allí estaba de nuevo, presente en mis pensamientos, apareciéndoseme de repente. No tenía ni idea de si realmente estaba escondido en los alrededores de su pueblo, pero no disponía de ninguna otra pista. Aquella extraña sensación se apoderó de nuevo de mí. En la cabeza se mezclaron la cara de Dimitri y la del strigoi al que acababa de matar: la piel pálida, los ojos enrojecidos...

«No», me dije con dureza. «No te centres en eso todavía. No te dejes llevar por el pánico». Hasta que no estuviera delante de Dimitri el strigoi,

me haría más fuerte recordando al Dimitri del que había estado enamorada, con sus intensos ojos de color marrón, sus manos cálidas, su fuerte abrazo...

—¿Estás bien... eh... como te llames?

Sydney me estaba mirando fijamente con expresión de extrañeza. Me di cuenta de que nos habíamos parado delante de un restaurante. No sabía qué expresión tenía yo en la cara, pero debía de ser lo bastante extraña como para que le llamase la atención incluso a ella. Hasta ese momento, había tenido la impresión mientras caminábamos de que Sydney quería hablarme lo menos posible.

—Sí, sí, estoy bien —le respondí con brusquedad, y adopté la expresión de guardiana—. Y me llamo Rose. ¿Es aquí?

Era allí. El restaurante tenía un aspecto brillante y alegre, aunque no poseía ni de lejos la opulencia del Ruiseñor. Nos metimos en un reservado tapizado de cuero negro —cuero falso, quiero decir— y me encantó comprobar que en el menú había comida no solo rusa, sino también americana. La lista de platos estaba traducida y casi me puse a babear al ver que tenían pollo frito. Estaba famélica después de no haber tomado nada en el club y me sedujo la idea de comer carne bien frita tras varias semanas comiendo platos con repollo y frecuentando el McDonald’s.

Se acercó una camarera y Sydney pidió en un ruso fluido mientras yo me limitaba a señalar con el dedo en el menú. Vaya, Sydney era una caja de sorpresas. Tras la actitud dura que había demostrado, esperaba que comenzase el interrogatorio de inmediato. Sin embargo, cuando la camarera se marchó, se quedó callada, jugueteando con la servilleta para no mirarme a los ojos. Fue muy extraño. Era evidente que se sentía intranquila con mi presencia. Daba la sensación de que, incluso con la mesa de por medio, para ella estábamos demasiado cerca la una de la otra. Aun así, su enfado de antes no había sido fingido, y se había mostrado inflexible sobre mi obligación a la hora de seguir las normas de las que me hablaba.

Quizá prefería hacerse la tímida, pero a mí no me costaba nada abordar temas incómodos. De hecho, era algo típico en mí.

—Bueno, ¿ya estás lista para decirme quién eres y qué es lo que está pasando?

Sydney levantó la vista. Al estar en un sitio con más luz, vi que tenía los ojos marrones. También me fijé en el curioso tatuaje que se veía en la parte inferior de su mejilla izquierda. La tinta parecía dorada, algo que no había visto jamás. Era un dibujo muy minucioso de flores y hojas, y solo

era visible cuando inclinaba la cabeza en un determinado ángulo y la luz se reflejaba en la superficie dorada.

—Ya te lo he dicho. Soy una alquimista.

—Y yo ya te he dicho que no sé lo que es eso. ¿Es una palabra rusa? —repliqué, aunque a mí no me sonaba a ruso.

Sonrió levemente.

—No. Deduzco que tampoco has oído hablar de la alquimia.

Negué con la cabeza. Sydney apoyó la barbilla en una mano y se quedó mirando de nuevo la mesa. Tragó saliva, como si se estuviese preparando, y luego me lo contó con un torrente de palabras.

—En la Edad Media había gente que estaba convencida de que si encontraban la fórmula adecuada o la magia necesaria, podrían convertir el plomo en oro. Por supuesto, no lo lograron. Eso no les impidió investigar toda clase de asuntos místicos y sobrenaturales, y al final encontraron algo relacionado con la magia —frunció el ceño—. Encontraron a los vampiros.

Recordé las clases de Historia Moroi. La Edad Media fue el período en el que nuestra especie empezó de verdad a distanciarse de los humanos para esconderse y mantenerse apartada. Fue la época en la que los vampiros se convirtieron en una leyenda para el resto del mundo. Incluso a los moroi se les consideró unos monstruos a los que había que perseguir y destruir.

Sydney confirmó lo que pensaba.

—Y fue entonces cuando los moroi comenzaron a mantenerse apartados. Poseían la magia, pero los humanos comenzaban a superarlos en número. Seguimos siendo superiores en número —eso casi la hizo sonreír. Los moroi a veces tenían problemas para concebir, mientras que a los humanos les resultaba casi demasiado fácil—. Así que los moroi hicieron un trato con los alquimistas. Si los alquimistas ayudaban a los moroi, a los dhampir y a sus respectivas sociedades a vivir en secreto de cara a los humanos, los moroi nos concederían esto —remató Sydney al mismo tiempo que se tocaba el tatuaje dorado.

—¿Y qué es eso? —pregunté—. Aparte de lo obvio, claro.

Se acarició el tatuaje suavemente con la punta de los dedos y no se esforzó en ocultar el sarcasmo en su voz.

—Mi ángel guardián. Es oro de verdad y... —torció el gesto en una mueca de desagrado y bajó la mano— sangre moroi, encantada mediante agua y tierra.

—¿Cómo?

La exclamación sonó demasiado alta, y algunos de los clientes se volvieron para mirarme. Sydney siguió hablando, pero en voz más baja... y con un tono de amargura.

—No es que me apasione, pero es nuestro «premio» por ayudaros. El agua y la tierra lo unen a nuestra piel y nos proporcionan los mismos rasgos que tienen los moroi. Bueno, un par de ellos. Casi nunca me pongo enferma y viviré durante muchos años.

—Supongo que eso es bueno —le contesté dubitativa.

—Quizá para algunos. Nosotros no tenemos elección. Este «trabajo» es una tarea familiar. Se pasa de padres a hijos. Tenemos que aprenderlo todo sobre los moroi y los dhampir. Forjamos relaciones entre humanos que nos permiten cubriros para que os podáis mover de aquí para allá con total libertad. Tenemos trucos y técnicas para librarnos de los cadáveres de los strigoi, como la poción que has visto antes. A cambio, queremos mantenernos apartados de vosotros todo lo posible, y por eso la mayoría de los dhampir no saben de nuestra existencia hasta que se gradúan. Los moroi casi nunca llegan a saberlo.

Se calló de repente. Supuse que se había acabado la lección.

La cabeza me daba vueltas. Jamás se me hubiese ocurrido pensar que existía algo así. Un momento... ¿Seguro que no? Casi toda mi formación se había centrado en los aspectos físicos de mi cometido de guardiana: vigilancia, combate, etcétera. Sin embargo, de vez en cuando, había oído vagas referencias a alguien en el mundo humano que podía ayudar a los moroi a esconderse o a sacarlos de situaciones extrañas y peligrosas. Nunca le di demasiadas vueltas, ni oí mencionar a los alquimistas. Si me hubiese quedado en la escuela, quizá me sonarían.

Seguramente no era buena idea proponerlo, pero no pude contenerme.

—¿Por qué os reserváis ese hechizo? ¿Por qué no lo compartís con el resto de los humanos?

—Porque hay un elemento añadido a ese poder. Nos impide hablar de los de vuestra especie para no poneros en peligro ni revelar vuestra existencia.

Un hechizo que les impedía hablar... Eso se parecía sospechosamente a la coerción. Todos los moroi eran capaces de utilizar la coerción un poco, y la mayoría podía trasladar parte de su magia a los objetos para otorgarles ciertas características. La magia de los moroi había cambiado con el paso de los años y, ahora, la coerción se consideraba algo inmoral. Supuse que aquel

tatuaje era un hechizo antiguo que se había transmitido a lo largo de los siglos.

Repasé mentalmente todo lo que me había contado Sydney y se me ocurrieron más preguntas.

—¿Por qué... por qué queréis manteneros apartados de nosotros? A ver, no es que ande buscando hacer nuevos amigos maravillosos para toda la vida, pero...

—Porque nuestro deber para con Dios es proteger al resto de la humanidad de las malvadas criaturas de la noche.

Distraídamente, se llevó una mano a algo que llevaba al cuello. Estaba casi cubierta por la chaqueta, pero un hueco entre la ropa y la mano dejó a la vista durante un momento una cruz dorada.

Mi reacción inicial fue la de sentirme incómoda, ya que no soy muy religiosa. De hecho, nunca me he sentido tranquila cerca de aquellos que son creyentes fanáticos. Medio minuto después, de repente me causó un tremendo impacto el significado de sus últimas palabras.

—¡Un momento! —exclamé indignada—. ¿Nos estás metiendo en el mismo saco a todos, a los dhampir y a los moroi? *¿Todos* somos malvadas criaturas de la noche?

Apartó las manos de la cruz y no respondió.

—¡No somos como los strigoi! —le bufé.

Su rostro se mantuvo inexpresivo.

—Los moroi beben sangre. Los dhampir son los descendientes antinaturales de los moroi y de los humanos.

Nadie me había llamado antes «antinatural». Bueno, sí, una vez que le puse ketchup a un taco mexicano. Lo cierto era que nos habíamos quedado sin salsa, ¿qué podía hacer si no?

—Los moroi y los dhampir no somos malvados —le insistí—. Los strigoi, sí.

—Eso es cierto —admitió Sydney—. Los strigoi son más malvados.

—Eh, no me refería a eso cuando...

La comida llegó en ese momento, y el pollo frito casi fue capaz de distraerme de la rabia que me había invadido al ser comparada con los strigoi. Lo que sí consiguió fue que no le respondiera de inmediato. Mordí la corteza dorada y casi me derretí en ese preciso momento. Sydney había pedido una hamburguesa con queso y patatas fritas y se dedicó a mordisquear su comida con delicadeza.

Por fin, después de devorar todo un muslo de pollo, fui capaz de retomar la discusión.

—No nos parecemos en absoluto a los strigoi. Los moroi no matan. No hay razón alguna para tenernos miedo.

Tampoco es que tuviese deseos de intimar con los humanos. Ninguno de los míos lo deseaba, básicamente por cómo los humanos tendían a utilizar despreocupadamente sus armas y por su predisposición a experimentar con cualquier cosa que no entendían.

—Cualquier humano que sepa de vuestra existencia se enterará de forma inevitable de la existencia de los strigoi —me contestó.

No dejaba de juguetear con las patatas fritas, pero sin comérselas.

—Conocer la existencia de los strigoi podría permitir que los humanos se protegieran mejor.

¿Por qué demonios estaba haciendo de abogada del diablo?

Sydney paró de jugar con la patata y la dejó caer en el plato.

—Quizá. Pero a mucha gente le tentaría la idea de la inmortalidad... aun a costa de servir a un strigoi a cambio de convertirse en una criatura del infierno. Te sorprendería saber cómo responden muchos humanos cuando se enteran de la existencia de los vampiros. La inmortalidad atrae mucho... a pesar de la maldad que conlleva. Muchos de los humanos que acaban sabiendo de la existencia de los strigoi se esfuerzan por servirles con la esperanza de que los conviertan en vampiros.

—Eso es una locura... —empecé a decir, pero me callé en seco.

El año anterior habíamos descubierto pruebas de que había humanos que ayudaban a los strigoi. Estos no podían tocar las estacas de plata, pero los humanos sí, y algunos las habían utilizado para destruir las defensas de los moroi. ¿Acaso a esos humanos les habían prometido la inmortalidad?

—Y por eso es mejor que nos aseguremos de que nadie sepa nada de vosotros —añadió Sydney—. Existís, y no se puede hacer nada al respecto. Vosotros os encargáis de acabar con los strigoi y nosotros de salvar al resto de los de mi especie.

Seguí masticando un ala de pollo y me contuve para no contestar a lo que implicaba su respuesta: que también estaba salvando a su especie de gente como yo. En cierto modo, lo que me había contado tenía sentido: era imposible que nos moviésemos por el mundo sin que nos detectasen. Sí, lo reconocía, era necesario que alguien se encargase de eliminar los cadáveres de los strigoi. Los humanos que trabajaban con los moroi eran la elección

idónea. Esos humanos eran capaces de moverse con total libertad por el mundo, sobre todo si poseían los contactos y las relaciones que Sydney sugería.

Me detuve en mitad de un bocado al recordar lo primero que me había venido a la cabeza nada más conocerla. Me obligué a tragar el bocado y bebí un buen sorbo de agua.

—Tengo que hacerte una pregunta. ¿Tienes contactos por toda Rusia?

—Sí, por desgracia. Cuando un alquimista cumple dieciocho años, le envían de prácticas para que adquiera experiencia de primera mano y consiga todo tipo de contactos. Yo hubiera preferido quedarme en Utah.

Aquello parecía una locura aún mayor que todo lo que me había contado antes, pero no quise insistir.

—¿Y de qué tipo de contactos estamos hablando exactamente?

Se encogió de hombros.

—Seguimos los movimientos de muchos moroi y dhampir. También conocemos a muchos funcionarios de alto nivel del gobierno, desde humanos a moroi. Si se produce el avistamiento de un vampiro por parte de un humano, solemos encontrar a alguien importante que soborna a quien haga falta para correr un velo sobre el asunto.

«Seguimos los movimientos de muchos moroi y dhampir». Premio. Me acerqué a ella y bajé la voz. Todo parecía depender de aquel momento.

—Estoy buscando un pueblo... Un pueblo de dhampir en Siberia. No sé cómo se llama —Dimitri solo había mencionado una vez el nombre y se me había olvidado—. Por lo visto, está cerca de... ¿Om?

—Omsk —me corrigió.

Me incorporé en la silla.

—¿Lo conoces?

No me respondió de inmediato, pero su mirada la delató.

—Quizá.

—¡Lo conoces! —exclamé—. Tienes que decirme dónde está. Tengo que ir hasta allí.

Sydney torció el gesto.

—¿Vas a ser... una de *esas*?

Vaya, los alquimistas conocían la existencia de las prostitutas de sangre. No era de extrañar. Si Sydney y los suyos lo sabían todo del mundo vampírico, también sabrían eso.

—No —le aclaré con altanería—. Es que tengo que encontrar a alguien.

—¿A quién?

—A alguien.

Eso casi la hizo sonreír. La mirada de sus ojos marrones se volvió pensativa mientras masticaba una patata frita. Solo había tomado un par de bocados de su hamburguesa con queso, y la comida se le estaba enfriando rápidamente. Me dieron ganas de comérmela yo por una cuestión de principios.

—Vuelvo enseguida —me dijo de repente.

Se puso en pie y se dirigió a un rincón tranquilo del restaurante. Sacó un móvil de ese bolso mágico que tenía, me dio la espalda y llamó por teléfono.

Para entonces ya me había acabado todo el pollo y le robé unas cuantas patatas fritas, porque cada vez parecía menos probable que se las fuera a comer. Mientras las masticaba pensé en todas las posibilidades que se abrían ante mí, y me pregunté si de verdad iba a resultarme tan fácil encontrar el pueblo de Dimitri. Y, una vez allí... ¿todo lo demás sería igual de sencillo? ¿Dimitri estaría allí, viviendo entre las sombras y acechando a sus presas? Y cuando me enfrentase a él, ¿de verdad sería capaz de clavarle la estaca en el corazón? Esa imagen que no quería ver me asaltó de nuevo: Dimitri con los ojos rojos...

—¿Rose?

Parpadeé. Me había abstraído por completo, y Sydney ya había vuelto. Se sentó de nuevo frente a mí.

—Mira, por lo que parece... —se calló y bajó la mirada—. ¿Has comido de mis patatas?

¿Cómo se había dado cuenta? ¡Pero si había un montón! Apenas había tomado unas cuantas. Supuse que robar patatas fritas lo consideraría otra prueba de que era una criatura malvada de la noche, así que respondí con una absoluta falta de sinceridad.

—No.

Frunció el ceño, pensativa, y siguió hablando.

—Sé dónde está ese pueblo. Ya he estado allí.

Me incorporé de nuevo. ¡Joder! Por fin, después de todas aquellas semanas buscándolo. Sydney me diría dónde estaba y podría ir para cerrar aquel horrible capítulo de mi vida.

—Gracias, gracias, muchísimas...

Sydney levantó una mano para hacerme callar. Entonces reparé en que parecía totalmente amargada.

—Pero no voy a decirte dónde está.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo?

—Voy a llevarte en persona.

Tres

—ESPERA... ¿Cómo has dicho? —exclamé.

Eso no formaba parte de mis planes. En absoluto. Intentaba moverme por Rusia con toda la discreción que fuera posible. Además, no me atraía la idea de llevar pegada una acompañante, y menos alguien que parecía odiarme. No sabía cuánto tardaría en llegar a Siberia, aunque calculé que un par de días, y no me imaginaba pasándolos con Sydney mientras me explicaba que yo era un ser antinatural y malvado.

Me tragué la rabia e intenté razonar con ella. Después de todo, le estaba pidiendo un favor.

—No será necesario —contesté, obligándome a sonreír—. Eres muy amable por ofrecerte, pero no quiero molestar.

—Pues no hay forma de evitarlo —replicó con sequedad—. Y no es que quiera ser amable; ni siquiera tengo elección. Es una orden de mis superiores.

—A mí me sigue pareciendo que para ti es una putada. ¿Por qué no me dices dónde está y pasas de tus jefes?

—Es evidente que no conoces a la gente para la que trabajo.

—No me hace falta. Hago caso omiso de la autoridad constantemente. No es difícil cuando te acostumbras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal te funciona a la hora de encontrar ese pueblo? —me preguntó con voz burlona—. Mira, si quieres llegar hasta allí, este es el único modo.

Bueno, era el único modo si quería utilizar a Sydney como fuente de información. Siempre podía volver al Ruiseñor para ver qué encontraba... pero ya había tardado mucho en encontrar una pista en aquel lugar, mientras que ella estaba disponible y tenía la información que necesitaba.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que ir tú también? —quise saber.

—No puedo decírtelo. En resumen: me han obligado.

Maravilloso. La miré fijamente mientras intentaba comprender qué estaba pasando. ¿Por qué demonios alguien —y mucho menos unos humanos involucrados en el mundo moroi— iba a querer preocuparse de adónde se dirigía una dhampir adolescente? No pensaba que Sydney tuviera motivos ocultos, a no ser que fuera una actriz muy buena, realmente buena.

Sin embargo, estaba claro que la gente a la que debía obedecer tenía sus propios planes, y a mí no me gustaba que nadie me planificara la vida. Pero lo cierto era que estaba impaciente por acabar con aquello. Cada día que pasaba era otro día en el que no encontraba a Dimitri.

—¿Cuándo podemos marcharnos? —le pregunté por fin.

Llegué a la conclusión de que Sydney no era más que una burócrata chupatintas. No había demostrado habilidad alguna para seguirme por los callejones. Seguro que no me costaba nada librarme de ella cuando estuviéramos cerca del pueblo de Dimitri.

Pareció algo decepcionada por mi respuesta, casi como si hubiera tenido la esperanza de que fuera a negarme, ya que de ese modo se habría librado de mí. Quería venir conmigo tanto como yo quería que me acompañase ella. Abrió el bolso y sacó el móvil de nuevo. Tecleó durante un par de minutos y consiguió finalmente unos cuantos horarios de trenes. Me mostró los que salían al día siguiente.

—¿Te viene bien esto?

Miré la pantalla y asentí.

—Sé dónde está la estación. Sabré llegar.

—Vale —se puso en pie y dejó unos cuantos billetes en la mesa—. Nos vemos mañana —echó a andar hacia la puerta, pero se volvió un momento—. Ah, y puedes comerte el resto de las patatas.

Cuando llegué a Rusia, me alojé en albergues. Tenía dinero más que de sobra para alojarme en otro sitio, pero no quería llamar la atención. Además, el lujo no era mi prioridad. Sin embargo, cuando comencé a frecuentar el Ruiseñor, me di cuenta de que me costaba volver a una pensión llena de estudiantes mochileros cuando lo que llevaba puesto era un elegante vestido de noche.

Así pues, me trasladé a un hotel de lujo donde había tipos que te abrían la puerta y una recepción con el suelo de mármol. La recepción era tan grande que en ella habría cabido toda una pensión. Quizá dos pensiones. Mi habitación también era grande y recargada, y me sentí agradecida cuando entré y me pude quitar los tacones y el vestido. Me di cuenta con un leve sentimiento de pérdida que tendría que dejar allí los vestidos que me había comprado en San Petersburgo. Quería viajar con un equipaje ligero y, aunque mi mochila era grande, tenía un límite. En fin... Sin duda, esos vestidos harían feliz a alguna mujer de la limpieza. La única pieza que realmente necesitaba era mi *nazar*, un colgante que parecía un ojo azul. Me

lo había regalado mi madre, y a ella se lo había regalado mi padre. Siempre lo llevaba colgado al cuello.

El tren que nos llevaría a Moscú salía a última hora de la mañana, y luego tomaríamos un tren que atravesaría el país hasta Siberia. Quería estar bien descansada y preparada para todo lo que se avecinaba. En cuanto me puse el pijama, me metí bajo el grueso edredón de la cama y confié en que el sueño llegase pronto. Sin embargo, la cabeza me daba vueltas con todo lo que me había pasado. La situación con Sydney era un giro extraño e inesperado dentro de mis planes, pero podía manejarla. Mientras viajásemos en medios de transporte públicos, lo tendría difícil para llevarme ante sus misteriosos superiores. Y por lo que había dicho respecto a la duración del viaje, solo tardaríamos un par de días más o menos en llegar al pueblo. Dos días me parecían un período de tiempo increíblemente largo y, a la vez, increíblemente corto.

Eso significaba que me enfrentaría a Dimitri dentro de pocos días... y, luego, ¿qué? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de matarlo? Y aunque lograse armarme de valor para hacerlo, ¿tendría la habilidad necesaria para vencerlo? Las mismas preguntas que me había hecho a lo largo de las dos semanas anteriores me acosaron una y otra vez. Todo lo que yo sabía me lo había enseñado Dimitri, y gracias a los tremendos reflejos que le otorgaba su condición de strigoi, sería de verdad el dios que yo siempre le decía que era. La muerte era un final más que posible para mí.

Sin embargo, preocuparme no me iba a ayudar en esos momentos y, al mirar el reloj, vi que llevaba más de una hora despierta. Eso no me hacía ningún bien. Necesitaba estar en las mejores condiciones físicas. Así pues, hice algo que sabía que no debía hacer, pero que siempre me había funcionado para sacarme las preocupaciones de la cabeza; sobre todo, porque me metía en la cabeza de otra persona.

Solo necesité un poco de concentración para colarme en la mente de Lissa. Al principio no sabía si el proceso funcionaría estando tan lejos la una de la otra, pero luego había descubierto que no era distinto a cuando me encontraba a su lado.

Allí, en Montana, era la última hora de la mañana, y Lissa no tenía clase, ya que era sábado. Me había esforzado durante el tiempo que habíamos estado separadas en levantar una serie de barreras mentales que casi habían bloqueado por completo sus pensamientos y sentimientos. Al

entrar en ella, todas las barreras desaparecieron, y sus sentimientos me golpearon como un maremoto. Estaba cabreada, pero que muy cabreada.

—¿Por qué cree que con chasquear los dedos puede hacer que yo vaya donde ella quiera y cuando ella quiera? —bufó Lissa.

—Porque es la reina, y porque hiciste un trato con el diablo.

Lissa y su novio, Christian, estaban en el desván de la capilla de la escuela. En cuanto reconocí el lugar, casi me salí de su cabeza. Los dos habían tenido ya demasiados encuentros «románticos» en aquel sitio, y no quería estar allí si se iban a empezar a quitar la ropa a tirones. Por suerte, o quizá no, la rabia que la invadía me indicó que ese día no iban a mantener relaciones sexuales, no con ese mal humor.

Qué ironía. Se habían intercambiado los caracteres. Lissa era la que estaba rabiosa, mientras que Christian se mantenía tranquilo en un intento de aparentar calma. Estaba sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared; Lissa estaba sentada frente a él, con las piernas separadas y rodeada por los brazos de Christian. Lissa apoyó la cabeza en su pecho y suspiró.

—¡He hecho todo lo que me ha pedido durante estas últimas semanas! «Vasilisa, haz el favor de enseñarle el campus a esta estúpida visita de la realeza», «Vasilisa, haz el favor de subirte a un avión para pasar el fin de semana, que te voy a presentar a unos cuantos miembros importantes de la Corte», «Vasilisa, haz el favor de pasar un poco de tiempo como voluntaria con los estudiantes más jóvenes. Te dará buena imagen».

A pesar de la frustración que sentía Lissa, no pude evitar reírme. Había imitado a la perfección la voz de Tatiana.

—Eso último lo habrías hecho por voluntad propia —le comentó Christian.

—Sí... La clave está en «por voluntad propia». No soporto que últimamente intente dirigir todas y cada una de las partes de mi vida.

Christian se inclinó un poco hacia delante y la besó en la mejilla.

—Ya te he dicho que has hecho un trato con el diablo. Eres su ojito derecho. Quiere asegurarse de que la dejas en buen lugar.

Lissa soltó un bufido. Aunque los moroi vivían integrados en los países dominados por los humanos y estaban sujetos a las leyes de esos gobiernos, también debían obediencia a un rey o a una reina procedente de una de las doce familias reales de los moroi. La reina Tatiana, de la familia Ivashkov, era la gobernante en esos momentos, y se había interesado

personalmente por Lissa, la última descendiente de la familia Dragomir. Tatiana le había ofrecido un trato: si se iba a vivir a su corte después de graduarse en St. Vladimir, la reina se ocuparía de conseguirle una plaza en la Leigh University de Pensilvania. Lissa era un cerebrito, y pensó que valdría la pena vivir en la corte de la reina Tatiana con tal de poder estudiar en una universidad prestigiosa y de gran tamaño, en vez de las pequeñas a las que asistían los moroi por razones de seguridad.

Sin embargo, Lissa había acabado descubriendo poco a poco las obligaciones que eso implicaba.

—Y me siento y lo acepto —dijo Lissa—. Sonrío y digo: «Sí, Majestad. Lo que usted quiera, Majestad».

—Pues dile que rompes el trato. Cumples dieciocho años dentro de un par de meses. Seas o no miembro de la realeza, no estás obligada a nada. No tienes por qué ir a una universidad importante. Nos iremos tú y yo solos. Puedes ir a la universidad que quieras. O no vayas a ninguna. Podemos largarnos a París o yo qué sé adónde y trabajar en un pequeño restaurante. O vender cuadros malos en la calle.

Aquello hizo que Lissa se echara a reír, y se acurrucó un poco más contra Christian.

—Claro, ya te veo trabajando con la paciencia necesaria para atender a los clientes. Te despedirían al primer día. Me parece que el único modo que tendremos de sobrevivir es que yo vaya a la universidad y me gane la vida para que los dos sobrevivamos.

—Sabes que hay otras formas de entrar en la universidad.

—Sí, pero ninguna tan buena como esta —respondió ella con melancolía—. Al menos, no tan fácilmente. Este es el único modo. Me gustaría ser capaz de conseguirlo todo y plantarle cara. Rose lo hubiera hecho.

—Rose habría acabado detenida por traición en cuanto Tatiana le hubiese pedido hacer algo.

Lissa sonrió con tristeza.

—Sí, tienes razón —la sonrisa se convirtió en un suspiro—. La echo mucho de menos.

Christian la besó de nuevo y dijo:

—Lo sé —era una conversación habitual entre ellos, una de la que jamás se cansaban, porque el afecto que Lissa sentía hacia mí no desaparecía—. Ella sigue bien, ya lo sabes. Esté donde esté, está bien.

Lissa se quedó mirando la oscuridad del desván. La única luz llegaba a través de la vidriera y eso hacía que pareciese un mundo de hadas. El desván había recibido una limpieza a fondo. En realidad, lo habíamos limpiado entre Dimitri y yo. Solo habían pasado un par de meses, pero ya se estaban acumulando de nuevo cajas y un montón de polvo. El sacerdote era un tipo simpático, pero también un poco urraca y le gustaba amontonar cosas. Pero Lissa no se daba cuenta de nada, estaba demasiado concentrada en mí.

—Eso espero. Ojalá supiese más o menos dónde está. No dejo de pensar que si le pasara algo, si se... —Lissa fue incapaz de seguir—. Bueno, no dejo de pensar que lo sabría de algún modo, que lo sentiría. Ya sé que el vínculo es de un solo sentido... Eso no ha cambiado, pero lo sabría si le pasase algo, ¿no?

—No lo sé. Quizá. Quizá no —contestó él.

Cualquier otro chico le habría respondido algo amable y dulce para tranquilizarla. Le habría asegurado que sí, que por supuesto lo habría sabido. Pero parte de la personalidad de Christian era ser brutalmente sincero. A Lissa le gustaba eso. A mí también. Eso hacía que a veces no fuera un amigo agradable, pero al menos sabías que no te iba a decir cualquier chorrada.

Lissa suspiró de nuevo.

—Adrian dice que está bien. Visita los sueños de Rose. Daría lo que fuera por poder hacerlo. Mis poderes de curación son cada vez mejores, y ya tengo dominado lo del aura. Pero sigo sin sueños.

Saber que Lissa me echaba de menos casi me hizo más daño que si me hubiese olvidado por completo. Nunca quise hacerle sufrir. Ni siquiera cuando estaba resentida con ella porque me parecía que me controlaba la vida. Jamás la odié. La quería como a una hermana, y no podía soportar la idea de que estuviese sufriendo por mi culpa. ¿Cómo era posible que se hubiese fastidiado tanto la cosa entre nosotras dos?

Christian y Lissa se quedaron sentados envueltos en un silencio cómodo, extrayendo fuerzas y amor el uno del otro. Tenían lo mismo que habíamos tenido Dimitri y yo, un sentimiento de unión y de familiaridad para el que a menudo no hacían falta palabras. Él le pasó los dedos por el pelo y, aunque no era capaz de verlo tan bien a través de sus propios ojos, me imaginé su pelo claro reluciendo bajo la luz multicolor de la vidriera. Christian le puso varios mechones detrás de las orejas e inclinó su cabeza

hacia atrás. Acercó sus labios a los de Lissa y el beso comenzó de una forma dulce y suave para después intensificarse lentamente. Una sensación tibia se transmitió de la boca de Christian a la de Lissa.

«Oh, oh», pensé. Quizá había llegado el momento de desconectarme, pero ella interrumpió el beso antes de que tuviera que hacerlo.

—Es la hora —dijo con desgana—. Tenemos que irnos.

La mirada de los ojos azul claro de Christian indicaba que no estaba de acuerdo.

—Quizá es el momento perfecto para hacerle frente a la reina. Deberías quedarte aquí. Sería un modo perfecto de reforzar tu carácter.

Lissa le propinó un codazo flojo y luego le dio un beso en la frente antes de ponerse en pie.

—No quieres que me quede aquí por eso, así que no intentes jugármela.

Christian murmuró algo sobre que no era así como quería jugar con ella, y eso le valió otro codazo. Echaron a andar hacia el edificio de administración, que se encontraba en el centro del campus del instituto. Aparte de los primeros tonos rosáceos de la primavera, todo estaba igual que cuando yo me había marchado. Al menos, de puertas para afuera. Los edificios de piedra tenían el mismo aspecto grandioso e imponente. Los árboles altos y viejos seguían montando guardia. Sin embargo, dentro, en el corazón de los profesores y de los estudiantes, algo había cambiado. Todo el mundo tenía cicatrices por el ataque. Muchos de los nuestros habían muerto y, aunque las clases se habían reanudado, todos seguían apenados.

Lissa y Christian llegaron por fin al edificio de administración. Ella no sabía por qué la habían llamado exactamente, tan solo que Tatiana quería que conociese a un miembro de la realeza que acababa de llegar a la academia. Lissa no estaba preocupada, teniendo en cuenta la cantidad de gente que Tatiana la había obligado a conocer últimamente. Christian y ella entraron en el despacho principal, donde encontraron a la directora Kirova charlando con un moroi mayor y con una chica de aproximadamente nuestra edad.

—Ah, la señorita Dragomir. Por fin.

Yo había tenido muchos problemas con Kirova mientras estudiaba allí, pero verla me hizo sentir un poco de nostalgia. Que te expulsasen por provocar una pelea en clase me parecía mucho mejor que cruzar Siberia para encontrar a Dimitri. Kirova tenía el mismo aspecto pajaril de siempre,

con las mismas gafas colgando del extremo de la nariz. El hombre y la chica se pusieron en pie, y Kirova los señaló con un gesto.

—Os presento a Eugene Lazar y a su hija Avery —Kirova se volvió de nuevo hacia Lissa—. Ellos son Vasilisa Dragomir y Christian Ozzera.

A partir de ese momento, se produjo una intensa evaluación por parte de todos. Lazar era un nombre que pertenecía a la realeza, pero eso no era ninguna sorpresa, ya que había sido Tatiana quien había organizado aquel encuentro. Lazar le dedicó a Lissa una sonrisa encantadora mientras le estrechaba la mano. Pareció un poco sorprendido de ver allí a Christian, pero mantuvo la sonrisa. Por supuesto, esa clase de reacción ante Christian era de esperar.

Había dos formas de convertirse en un strigoi, a la fuerza o por decisión propia. Un strigoi podía convertir a otra persona, un humano, un moroi o un dhampir, si se bebía su sangre y luego le hacía beber a su vez sangre strigoi. Eso era lo que le había ocurrido a Dimitri. El otro modo de convertirse en un strigoi solo lo podían conseguir los moroi, y era por decisión propia. Aquellos moroi que decidían matar a una persona bebiéndose su sangre también se convertían en strigoi. Normalmente, los moroi solo bebían pequeñas cantidades de sangre no letales de humanos dispuestos a ello. Pero si tomaban tanta como para acabar con la fuerza vital de la otra persona... Bueno, eso hacía que el moroi cayese en el lado oscuro y perdiese su magia elemental hasta transformarse en un no muerto malvado.

Eso era exactamente lo que habían hecho los padres de Christian. Habían matado de forma voluntaria y se habían convertido en strigoi para conseguir la vida eterna. Christian jamás había mostrado deseo alguno por convertirse en un strigoi, pero todo el mundo se comportaba como si estuviera a punto de hacerlo. Lo cierto era que su actitud cortante y crítica no ayudaba mucho. Buena parte de su familia cercana, a pesar de pertenecer a la realeza, también había sido rechazada de forma injusta. Sin embargo, él y yo nos habíamos unido para acabar con muchos strigoi durante el ataque. La gente se había enterado de lo ocurrido y eso había hecho que mejorase su reputación.

Kirova no era famosa por perder el tiempo con formalidades, así que fue directa al grano.

—El señor Lazar va a ser el nuevo director.

Lissa todavía le estaba sonriendo al señor Lazar, pero giró de inmediato la cabeza hacia Kirova.

—¿Cómo?

—Voy a dejar el puesto —le explicó Kirova con una voz tan neutra y desapasionada como la del mejor guardián—. Aunque seguiré trabajando en la escuela como profesora.

—¿Va a dar clases? —preguntó Christian con voz incrédula.

Kirova lo miró frunciendo el ceño.

—Sí, señor Ozzera. Para eso vine en un principio a esta escuela. Estoy segura de que, si me esfuerzo lo suficiente, recordaré cómo se hace.

—Pero... ¿por qué? Aquí hace un gran trabajo —inquirió Lissa.

Era más o menos cierto. A pesar de mis enfrentamientos con Kirova, casi todos por mi empeño en saltarme las normas, seguía teniendo un gran respeto por ella. Lissa también.

—Llevo algún tiempo pensando en volver a la enseñanza —explicó Kirova—. Este me parece un momento tan bueno como cualquier otro, y el señor Lazar es un administrador excelente.

Lissa era muy buena a la hora de captar las intenciones y los sentimientos de las personas. Creo que era parte de los efectos secundarios del uso del espíritu, del mismo modo que el espíritu hacía que aquellos que lo utilizaban se volviesen muy carismáticos. Lissa pensó que Kirova mentía, y yo también. Si hubiera sido capaz de leerle el pensamiento a Christian, estoy casi segura de que él pensaba lo mismo. El ataque contra la academia había hecho que cundiese el pánico entre mucha gente, sobre todo entre los miembros de la realeza, aunque el problema que había provocado ese ataque se había arreglado hacía ya mucho tiempo. Supuse que detrás de todo aquello se encontraba la mano de Tatiana, que había obligado a Kirova a dimitir para que un miembro de la realeza ocupase el cargo, por lo que todos los miembros de las familias reales se sentirían mejor.

Lissa no dejó que sus pensamientos se viesen reflejados en su cara y se volvió hacia el señor Lazar.

—Bueno, pues ha sido un placer conocerle. Estoy segura de que hará un gran trabajo. Hágame saber si puedo hacer algo para ayudarle en sus tareas.

Representó a la perfección su papel de princesa. Ser educada y dulce era uno de sus múltiples talentos.

—Lo cierto es que sí —contestó Lazar. Tenía una voz profunda y retumbante, de esas que llenan la habitación. Señaló con un gesto a su hija —. Me preguntaba si podrías enseñarle el lugar a Avery y ayudarla a orientarse. Se graduó el año pasado, pero me ayudará con mis tareas. Sin embargo, estoy seguro de que preferirá pasar el tiempo con alguien de su edad.

Avery sonrió, y Lissa le prestó atención de verdad por primera vez. Era muy guapa. Deslumbrante. Lissa también era muy guapa, gracias a su precioso pelo y a los ojos color jade de su familia. A mí me parecía que era cien veces más guapa que Avery, pero al lado de la otra chica, algo mayor, tenía un aspecto más simple. La hija de Lazar era alta y delgada como la mayoría de los moroi, pero tenía unas cuantas curvas atractivas en los lugares apropiados. Ese tipo de pechos, como los míos, eran muy codiciados entre los moroi, y su larga melena de color castaño y sus ojos azul grisáceo completaban el conjunto.

—Prometo no ser mucha molestia —dijo Avery—. Y, si quieres, te comentaré algunos secretos de la vida en la Corte. Me han dicho que te vas a trasladar allí.

Las defensas de Lissa se activaron de inmediato. Se dio cuenta de lo que estaba pasando. Tatiana no solo había echado a Kirova; también había enviado a alguien para que la vigilase a ella. Una compañera guapa y perfecta que podría supervisarla e intentar instruirla para que cumpliera las exigencias de Tatiana. Lissa fue muy amable al hablar, pero sus palabras estaban cargadas de hielo cuando las pronunció.

—Sería genial. Últimamente ando muy ocupada, pero podemos intentar encontrar algún hueco.

Ni el padre de Avery ni Kirova parecieron percatarse de que lo que en realidad estaba queriendo decir era «Lárgate», pero Lissa notó en los ojos de Avery que su mensaje había llegado.

—Gracias —contestó Avery. Podía equivocarme, pero por la expresión de su cara me pareció que estaba dolida—. Estoy segura de que ya se nos ocurrirá algo.

—Bien, bien —exclamó Lazar, sin darse cuenta ni por asomo de lo ofendida que estaba su hija—. ¿Podrías enseñarle ahora a Avery el alojamiento? Va a quedarse en el ala este.

—Claro —respondió Lissa, deseando hacer cualquier cosa menos eso.

Christian, Avery y ella echaron a andar hacia la puerta pero, en ese momento, dos jóvenes entraron en el despacho. Uno era un moroi, algo más joven que nosotros, y el otro era un dhampir de unos veinte años. Se trataba de un guardián, por la expresión dura y seria de su rostro.

—Ah, aquí estás —dijo Lazar, haciendo un gesto para que se acercasen. Le puso una mano en el hombro al más joven—. Os presento a mi hijo Reed. Empieza Secundaria y asistirá a clase en la academia. Está entusiasmado.

En realidad, Reed no parecía nada entusiasmado. Tenía el aspecto de ser el tipo más hosco que jamás había conocido. Si alguna vez tenía que representar el papel de una adolescente descontenta, habría aprendido todo lo necesario de la cara de Reed Lazar. Tenía los mismos rasgos atractivos de Avery, pero estropeados por una mueca huraña que daba la impresión de estar siempre presente en su cara. Lazar le presentó a todos los demás. La única respuesta de Reed fue un «Hola» gutural.

—Y este es Simon, el guardián de Avery —añadió Lazar—. Por supuesto, mientras se encuentre en el campus, no tiene por qué estar todo el rato pegado a ella. Ya sabéis cómo va esto. Aun así, seguro que lo veis por los alrededores.

Yo tenía la esperanza de que no fuera así. No parecía tan desagradable como Reed, pero tenía un cierto aspecto severo que resultaba exagerado incluso para un guardián. De repente, compadecí un poco a Avery. Si aquel tipo fuera mi única compañía, yo también querría hacerme amiga cuanto antes de alguien como Lissa. Esta, sin embargo, ya había dejado bien claro que no pensaba formar parte de los planes de Tatiana. Lissa y Christian acompañaron a Avery a la oficina de alojamiento sin hablar apenas. En circunstancias normales, Lissa habría ayudado a Avery a acomodarse y la habría invitado a comer más tarde. Pero esta vez, no. Y menos con todos aquellos planes ocultos.

Regresé a mi propio cuerpo, en el hotel. Sabía que ya no debía preocuparme por la vida en la academia, y que incluso tendría que compadecerme de Avery. Sin embargo, allí tumbada y con la mirada perdida en la oscuridad, no pude evitar sentirme un poco satisfecha —y sí, muy ufana— por aquel encuentro: Lissa no tenía intención de buscarse una nueva amiga durante un buen tiempo.

Cuatro

EN cualquier otro momento de mi vida me habría encantado visitar Moscú. Sydney había planeado nuestro viaje de manera que dispusiéramos de unas cuantas horas antes de subir al tren que nos llevaría hasta Siberia. Nos daba tiempo de dar una vuelta y cenar algo, aunque ella insistió en que sería mejor quedarnos a salvo dentro de la estación para cuando cayese la noche. A pesar de mis bravatas o de mis marcas de *molnija*, Sydney no quería arriesgarse.

A mí no me preocupaba el empleo del tiempo que teníamos libre, siempre y cuando estuviera cada vez más cerca de Dimitri. Era lo único que me importaba, así que Sydney y yo nos dedicamos a vagar sin rumbo fijo admirando los lugares de interés sin conversar mucho. Nunca había estado en Moscú. Me pareció una ciudad próspera y muy bonita, llena de gente y de tiendas. Podría haber pasado varios días allí yendo de compras y comiendo en los distintos restaurantes. Tenía al alcance de la mano los lugares de los que había oído hablar toda mi vida: el Kremlin, la Plaza Roja, el teatro Bolshoi. A pesar de lo genial que era, pasado un rato me esforcé por desconectar de los paisajes y los sonidos de la ciudad porque me recordaban... Bueno, me recordaban a Dimitri.

Él me hablaba de Rusia constantemente y me había jurado una y otra vez que me encantaría.

—Para ti, sería igual que estar en una tierra de fantasía —me dijo una vez.

Fue durante una clase de prácticas previa a entrar en las aulas de la escuela, muy poco antes de la primera nevada. El aire estaba cargado de neblina y el rocío lo cubría todo.

—Lo siento, camarada —contesté mientras me recogía el pelo en una cola de caballo. A Dimitri le encantaba verme con el pelo suelto, pero no pensaba dejármelo así en un entrenamiento de combate. El pelo largo era un incordio absoluto—. El *borg* y la música antigua no forman parte de ningún final feliz que me haya imaginado.

Me dedicó una de aquellas escasas sonrisas relajadas, de las que le arrugaban un poco las comisuras de los párpados.

—Es *borscht*, no *borg*. Y ya he visto cómo comes. Si tuvieras hambre de verdad, te lo comerías.

—¿Así que es necesario pasar hambre para que se haga realidad el cuento de hadas?

Lo que más me gustaba era meterme con Dimitri y provocarlo. Bueno, aparte de darle besos.

—Te hablo de la tierra. De los edificios. Ve a una de las grandes ciudades. No se parece a nada que hayas visto. Todo el mundo en Estados Unidos suele construir del mismo modo. Siempre son bloques grandes, macizos. Hacen lo que es rápido y fácil. Pero en Rusia existen edificios que son obras de arte. Son arte en sí mismos, incluso los edificios más corrientes y ordinarios. ¿Y qué decir de lugares como el Palacio de Invierno o la Iglesia Troitsky en San Petersburgo? Esos sitios te dejarán sin aliento.

El rostro se le había iluminado al recordar los lugares que había visto, y esa alegría hacía que sus rasgos, ya hermosos, se volvieran divinos. Creo que se podría haber pasado todo el día enumerando edificios famosos. Noté que me ardía el corazón con solo contemplarlo. Y entonces, como siempre hacía cuando sospechaba que podía acabar poniéndome ñoña o sentimental, hice una broma para distraerlo y ocultar mis sentimientos. Eso le hizo volver a concentrarse en la situación de combate, y nos pusimos a entrenar.

Mientras caminaba con Sydney por las calles de la ciudad, deseé haberme callado esa broma para escuchar a Dimitri hablar más sobre su tierra natal. Habría dado cualquier cosa por tenerlo a mi lado, como antes. Tenía razón sobre los edificios. Por supuesto, la mayoría eran copias toscas de cualquier edificio que pudieras encontrar en Estados Unidos o en cualquier otra parte del mundo, pero otros eran maravillosos, estaban pintados con colores brillantes y rematados por unas cúpulas raras, pero preciosas, con forma de cebolla. Hubo momentos en los que realmente parecía que me encontraba en otro mundo. Y durante todo ese tiempo, no dejé de pensar en que debería haber sido Dimitri quien estuviera a mi lado para señalarme los edificios y hablarme de ellos. Tendría que haber sido una escapada romántica para los dos. Dimitri y yo habríamos comido en restaurantes exóticos y habríamos salido a bailar por la noche. Podría haberme puesto uno de esos vestidos de diseño que tuve que dejar en el hotel de San Petersburgo. Debería haber sido así, y no acompañada por una humana que paseaba con el ceño fruncido.

—Qué irreal, ¿eh? Parece sacado de un cuento.

La voz de Sydney me sobresaltó, y me di cuenta de que nos habíamos parado delante de nuestra estación de tren. En Moscú había unas cuantas. Lo familiar que resultaba su comentario con respecto a mi conversación con Dimitri me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda de arriba abajo, sobre todo porque tenía razón. La estación no tenía las cúpulas en forma de cebolla, pero aun así también parecía sacada de las páginas de un libro de cuentos, algo similar al cruce del castillo de la Cenicienta y una casita de galleta. El techo era alto y abovedado, con una torre en cada extremo. En las paredes blancas se intercalaban franjas de ladrillo marrón y mosaicos verdes, lo que le daba un aspecto casi rayado. En Estados Unidos algunos lo hubieran considerado chillón. A mí me parecía bonito.

Los ojos empezaron a llenárseme de lágrimas, y me pregunté qué me habría dicho Dimitri de aquel edificio. Probablemente le habría encantado, igual que le encantaba todo lo demás de allí. Me di cuenta de que Sydney esperaba una respuesta, así que me tragué la tristeza y contesté como una adolescente frívola:

—Sí, de algo sacado de un cuento de estaciones de trenes.

Sydney levantó una ceja, sorprendida por mi indiferencia, pero no dijo nada. Quién sabía... Quizá si le contestaba siempre con el mismo sarcasmo, acabaría enfadándose y me dejaría tirada. Pero dudaba mucho de que fuese a tener tanta suerte. Estaba bastante segura de que el miedo que Sydney sentía hacia sus superiores podría más que cualquier otra cosa que sintiese por mí.

Teníamos billetes de primera clase, pero el compartimento resultó ser mucho más pequeño de lo que me esperaba. A cada lado había una combinación de asiento y cama, una ventana, y una televisión colocada en la pared. Supuse que eso me ayudaría a pasar el tiempo, pero no me resultaba fácil ver la televisión rusa: no solo por el idioma, sino también porque algunos de los programas eran absolutamente estrambóticos. Aun así, Sydney y yo dispondríamos de nuestro propio espacio, aunque el compartimento fuera más íntimo de lo que nos hubiera gustado.

Los colores me recordaron mucho a los mismos diseños alegres que había visto en las distintas ciudades. Incluso el pasillo del compartimento tenía unos colores luminosos, y en el suelo había una moqueta esponjosa con dibujos rojos y amarillos, con una guía de color verde azulado y amarilla en el centro. Los asientos del compartimento estaban cubiertos por cojines de terciopelo naranja intenso y las cortinas eran de un tejido grueso

con dibujos bordados en seda y colores a juego con tonos dorados y melocotón. Entre aquello y la mesa recargada que se encontraba en mitad del compartimento, uno tenía la sensación de viajar en un palacio en miniatura.

Ya era de noche cuando el tren salió de la estación. No sé por qué, el Transiberiano siempre salía de noche de Moscú. No era muy tarde, pero Sydney quería dormirse ya, y yo no quería que se enfadase aún más, así que apagamos todas las luces, a excepción de una pequeña lamparita junto a mi cama. Había comprado una revista en la estación y, aunque no entendía el idioma, las fotografías de maquillaje y de ropa trascendían todas las barreras culturales. Hojeé las páginas todo lo silenciosamente que pude y admiré las blusas y los vestidos veraniegos mientras me preguntaba cuándo podría volver a interesarme aquello, si es que alguna vez volvía a interesarme.

No estaba cansada cuando me acosté, pero me dormí de todos modos. Estaba soñando que me encontraba practicando esquí acuático cuando, de repente, las olas y el sol que me rodeaban se desvanecieron para convertirse en una sala con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros. En la sala se alineaban mesas con ordenadores de última generación y en el ambiente había una calma que lo impregnaba todo. Me encontraba en la biblioteca de la Academia St. Vladimir.

—Anda ya. Hoy no —gruñí.

—¿Por qué hoy no? ¿Por qué no todos los días?

Me giré y vi el atractivo rostro de Adrian Ivashkov. Era un moroi, el sobrino nieto de la reina, y alguien a quien había dejado atrás en mi vida anterior. Tenía unos preciosos ojos color esmeralda que hacían que la mayoría de las chicas cayesen rendidas a sus pies, sobre todo porque iban acompañados de un pelo castaño alborotado pero con estilo. También estaba un poco enamorado de mí y era la razón por la que disponía de tanto dinero para aquel viaje. Me lo había camelado para que me lo diese.

—Es verdad —reconocí—. Supongo que debería sentirme agradecida de que solo aparezcas una vez por semana.

Me sonrió y se reclinó contra el respaldo de una de las sillas de madera. Era alto, como la mayoría de los moroi, con un cuerpo esbelto pero musculoso. Los moroi eran demasiado corpulentos.

—Rose, la ausencia hace que el corazón ansíe más lo que echa en falta. No quiero que pienses que siempre voy a ser tuyo.

—No te preocupes, no hay peligro.

—Supongo que no me vas a decir dónde estás.

—No.

Aparte de Lissa, Adrian era el único usuario del espíritu vivo, y una de sus habilidades era la capacidad de aparecérseme en sueños —a menudo sin invitación— y hablarme. Yo consideraba una suerte que su poder no le permitiera saber dónde estaba yo en cada momento.

—Me matas, Rose —respondió con voz melodramática—. Cada día que paso sin ti es un tormento. Vacío. Solo. Penando por ti y preguntándome si seguirás viva.

Hablaba en un tono exagerado y ridículo muy típico de él. Adrian pocas veces se tomaba las cosas en serio y siempre mostraba una actitud algo frívola. El espíritu también tenía cierta tendencia a hacer que la gente fuera inestable y, aunque intentaba resistirse, Adrian no se libraba de ese efecto. Sin embargo, bajo toda esa afectación, capté que había algo de verdad. No importaba lo frívolo que pudiera parecer su comportamiento: estaba preocupado de verdad por mí. Me crucé de brazos.

—Bueno, está claro que sigo viva, así que puedes dejarme que vuelva a dormir.

—¿Cuántas veces voy a tener que explicártelo? ¡*Estás* dormida!

—Y sin embargo, inexplicablemente, me siento agotada de hablar contigo.

Eso hizo que se echase a reír.

—Ay, te echo mucho de menos —la sonrisa desapareció—. Ella también te echa de menos.

Me puse tensa. *Ella*. Ni siquiera tenía que decir su nombre. No cabía duda alguna de a quién se refería.

«Lissa».

El simple hecho de pensar en su nombre me dolió, sobre todo después de lo que había visto la noche anterior. Elegir entre Lissa y Dimitri había sido la decisión más difícil que había tomado en la vida, y el tiempo transcurrido no había hecho que fuera más fácil. Aunque había elegido seguir a Dimitri, alejarme de ella era tan doloroso como si me hubiera cortado un brazo, sobre todo porque el vínculo impedía que estuviésemos separadas de verdad.

Adrian me miró con expresión astuta, como si fuese capaz de leerme el pensamiento.

—¿La observas?

—No —contesté. Me negaba a reconocer que la había visto la noche anterior. Prefería que pensase que ya había dejado atrás todo aquello—. Esa ya no es mi vida.

—Claro, ahora tu vida gira alrededor de esas peligrosas misiones de justiciera.

—No entenderías nada que no fuese beber, fumar o ligar.

Adrian negó con la cabeza.

—Tú eres la única a la que quiero, Rose.

Por desgracia, le creía. Hubiera sido más fácil para los dos que Adrian fuese capaz de encontrar a otra.

—Puedes sentirte así todo el tiempo que quieras, pero vas a tener que seguir esperando.

—¿Mucho más?

Me hacía esa misma pregunta siempre, y cada vez yo insistía en lo larga que sería la espera y en cómo estaba desperdiciando el tiempo. Al pensar en la posible pista de Sydney, esa noche dudé.

—No lo sé.

En la cara de Adrian apareció una expresión esperanzada.

—Es el cálculo más optimista que has hecho hasta ahora.

—No te hagas muchas ilusiones. «No lo sé» puede ser un día o un año. O nunca.

Volvió a esbozar una sonrisa traviesa y no me quedó más remedio que reconocer que era atractivo.

—Voy a albergar la esperanza de que se trata de un día.

Al pensar en Sydney se me ocurrió una pregunta.

—Oye, ¿alguna vez has oído hablar de los alquimistas?

—Claro.

—Claro, por supuesto que sí —repetí sin sorprenderme. Era típico de él.

—¿Por qué? ¿Te has topado con ellos?

—Algo así.

—¿Qué has hecho? —preguntó interesado.

—¿Por qué crees que he hecho algo?

Adrian se echó a reír.

—Los alquimistas solo aparecen cuando hay problemas, y tú arrastras los problemas allí adonde vas. Pero ten cuidado. Son unos pirados

religiosos.

—¿No estás exagerando? —repuse. No me parecía que la fe de Sydney fuera tan extrema.

—Tú procura no dejar que te conviertan —me guiñó un ojo—. Me gustas así de pecadora.

Empecé a decirle que Sydney probablemente pensaba que yo estaba más allá de toda salvación, pero él puso fin al sueño y me envió de vuelta al mío.

Sin embargo, en lugar de seguir soñando, me desperté. El tren ronroneaba de forma agradable mientras recorríamos a gran velocidad la campiña rusa. La lamparita seguía encendida y su luz era demasiado intensa para mi vista somnolienta. Alargué una mano para apagarla y, al hacerlo, me fijé en que la cama de Sydney estaba vacía. Pensé que seguramente estaría en el cuarto de baño. Aun así, me sentí incómoda. Ella y su grupo de alquimistas eran un misterio, y de repente me sentí preocupada por la posibilidad de que estuviera planeando algo malo. ¿Habría salido para reunirse con un agente encubierto? Decidí encontrarla.

No tenía ni idea de dónde podía estar, en un tren de aquel tamaño, pero la lógica nunca había conseguido disuadirme. No había motivo para empezar a estas alturas. Por suerte, después de ponerme las zapatillas y salir al pasillo, descubrí que no tendría que buscar mucho.

Una de las paredes del pasillo estaba cubierta por una hilera de ventanas, todas con las mismas cortinas lujosas. Sydney estaba de espaldas a mí, contemplando el exterior, cubierta desde los hombros por una manta. Tenía el pelo enmarañado y parecía menos dorado con la escasa luz.

—Oye... —murmuré—. ¿Estás bien?

Se volvió un poco hacia mí. Sostenía la manta con una mano. La otra jugueteaba con la cruz que llevaba colgada al cuello. Recordé lo que Adrian me había comentado sobre su religiosidad.

—No puedo dormir —respondió con sequedad.

—¿Es por... es por mí?

Su única respuesta fue volverse de nuevo hacia la ventana.

—Mira, si puedo hacer algo... —le dije, aunque me sentía impotente —. Aparte de dar media vuelta y cancelar este viaje, quiero decir.

—Lo superaré —respondió—. Lo que pasa es que... Bueno, que todo esto es muy extraño para mí. Debo dedicarme a resolver asuntos con

vosotros constantemente... pero, en realidad, no los resuelvo con vosotros, ¿lo entiendes?

—Probablemente podamos conseguir un compartimento para ti sola, si eso te ayuda a dormir. Podemos buscar al encargado, y tengo dinero para pagarlo.

Sydney negó con la cabeza.

—Solo son un par de días, si llega.

No supe qué más decir. La compañía de Sydney era un inconveniente en el esquema general de mis planes, pero no quería verla sufrir. Al ver que seguía jugueteando con la cruz, intenté pensar en algo reconfortante que decirle. Charlar sobre nuestras ideas sobre Dios hubiera sido un modo de acercarnos la una a la otra, pero pensé que contarle cómo me enfrentaba diariamente a Dios y cómo últimamente dudaba de su existencia no iba a ayudarle mucho a mi reputación de malvada criatura de la noche.

—Vale —dije por fin—. Si cambias de idea, dímelo.

Me volví a la cama y me quedé dormida con una rapidez sorprendente, a pesar de la preocupación de que Sydney se quedase de pie toda la noche en el pasillo. Sin embargo, cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba acurrucada en su cama, completamente dormida. Al parecer, estaba tan agotada que, pese a tenerme miedo, se había visto obligada a descansar. Me levanté en silencio y me cambié la camiseta y los pantalones de chándal que me había puesto para dormir. Estaba muerta de hambre, y supuse que Sydney dormiría un poco más si yo salía del compartimento.

El restaurante estaba en el siguiente vagón y parecía sacado de una película antigua. Las mesas se hallaban cubiertas por unos manteles elegantes de color burdeos, y el bronce y la madera oscura, junto a los ornamentos realizados con brillantes cristales de colores, le daban un aspecto antiguo al conjunto. Se parecía más a un restaurante que uno pudiese encontrar en una de las esquinas de San Petersburgo que al vagón restaurante de un tren. Pedí algo que me recordó vagamente a una tostada, pero que venía con queso por encima. Me la pusieron con una salchicha, que parecía igual a las de todos los sitios a los que iba.

Estaba a punto de terminar cuando entró Sydney. Cuando la conocí, supuse que se había puesto los pantalones de vestir y la blusa para ir al Ruiseñor. Sin embargo, esa mañana descubrí que era su forma habitual de vestir. Me pareció que era una de esas personas que no tenían pantalones vaqueros ni camisetas en su armario. La noche anterior la había visto

despeinada, pero ahora llevaba puestos unos pantalones negros ceñidos y un jersey de color verde oscuro. Yo iba vestida con unos vaqueros y una camisa térmica gris de manga larga, y me sentí un poco desaliñada comparada con ella. Llevaba el pelo cepillado y peinado con estilo, aunque mostraba un aspecto un tanto descuidado que sospeché que siempre la acompañaba, por mucho que se esforzase en disimularlo. Al menos, tenía a mi favor el pelo recogido en una pulcra cola de caballo.

Se sentó a mi lado y pidió una tortilla cuando el camarero se le acercó. Habló de nuevo en ruso.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté.

—¿El qué, hablar en ruso? —se encogió de hombros—. Tuve que aprenderlo desde pequeña. Además de otros cuantos idiomas.

—Vaya.

Yo también había empezado a estudiar un par de idiomas y había fracasado de un modo penoso. No le había dado mucha importancia hasta entonces, pero en ese momento, debido al viaje y a Dimitri, deseé profundamente haber aprendido ruso. Supuse que todavía no era demasiado tarde, y ya me había aprendido unas cuantas frases durante el tiempo que llevaba allí, pero a pesar de todo... era una tarea de proporciones hercúleas.

—Habrás tenido que aprender un montón de cosas para tu trabajo —comenté mientras pensaba en lo que debía suponer formar parte de una organización secreta internacional que tenía relaciones con toda clase de gobiernos. Se me ocurrió algo más—. ¿Qué hay de eso que utilizaste con el strigoi? Lo que desintegró el cadáver.

Sonrió. Bueno, casi.

—Ya te dije que los alquimistas comenzaron siendo un grupo de gente que se dedicaba a hacer pociones, ¿verdad? Eso es un producto químico que inventamos para librarnos con rapidez de los cadáveres de los strigoi.

—¿Se puede utilizar para matarlos? —quise saber.

Matar a un strigoi cubriéndolo con un líquido disolvente sería mucho más fácil que con los métodos habituales: por decapitación, con una estaca clavada o quemado.

—Me temo que no. Solo sirve con los cadáveres.

—Qué rollo —solté. Me pregunté si tendría otras pociones escondidas en la manga, pero supuse que tendría que racionar las preguntas que podía hacerle en un solo día—. ¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a Omsh?

—Omsk —me corrigió—. Alquilaremos un coche y haremos el resto del camino sobre cuatro ruedas.

—¿Ya has estado allí? ¿En el pueblo?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Una vez.

—¿Cómo es? —pregunté, y me sorprendió el tono melancólico de mi voz.

Aparte de mi búsqueda de Dimitri, una parte de mí quería aferrarse a todo lo que pudiera de él. Quería saberlo todo sobre su persona, todo lo que aún no sabía. Si en la academia me hubiesen entregado sus objetos personales, habría dormido con ellos cada noche. Sin embargo, no habían tardado en limpiar y despejar su habitación. Ahora solo podía reunir los pocos retazos de información que conseguía sobre él, como si conservar esos datos lo mantuviese a mi lado.

—Supongo que es como cualquier otro pueblo dhampir.

—Nunca he estado en ninguno.

El camarero puso la tortilla delante de Sydney, y esta se quedó quieta con el tenedor en el aire.

—¿De verdad? Pensaba que todos vosotros... Bueno, no sé.

Negué con la cabeza.

—Llevo toda mi vida en la academia. Más o menos.

El período de dos años que había pasado entre los humanos no era relevante.

Sydney empezó a comer, pensativa. Estaba casi segura de que no se terminaría la tortilla. Por lo que había visto la primera noche y el día anterior, mientras esperábamos a que saliera el tren, apenas comía nada. Daba la impresión de que subsistía simplemente con el aire. Quizá era otra característica de los alquimistas, aunque lo más probable era que solo fuera cosa de Sydney.

—La gente del pueblo es medio humana y medio dhampir, pero los dhampir están integrados. Tienen toda una sociedad clandestina que los humanos desconocen por completo.

Siempre supuse que habría una subcultura en un lugar así, pero no tenía ni idea de cómo encajaría con el resto del pueblo.

—¿Y? ¿Cómo es esa subcultura? —quise saber.

Sydney dejó el tenedor en el plato.

—Digamos que será mejor que te prepares.

Cinco

EL resto del viaje transcurrió sin que sucediese nada de particular. Sydney no dejó de mostrar esa sensación de incomodidad en mi presencia pero, a veces, cuando me esforzaba por comprender lo que pasaba en algún programa de la tele rusa, se dedicaba a explicarme lo que estaba viendo. Existían ciertas diferencias culturales entre estos programas y aquellos con los que nos habíamos criado, así que eso era algo que teníamos en común. De vez en cuando sonreía ante algo que a las dos nos parecía divertido, y entonces sentía que dentro de ella había alguien de quien yo podría hacerme amiga. Sabía que me resultaría imposible encontrar a alguien que sustituyera a Lissa, pero creo que una parte de mí ansiaba llenar el vacío de amistad que se había abierto al abandonarla.

Sydney dormitaba a lo largo del día, y empecé a pensar que no era más que una insomne con un patrón de sueño realmente extraño. También siguió con aquel modo de alimentarse tan raro, sin apenas acabarse las comidas. Siempre me dejaba los restos, y se atrevía un poco más con los platos rusos. Yo había tenido que experimentar con ellos a mi llegada, y era agradable tener la ayuda de alguien que, aunque no era nativa del lugar, sabía mucho más de Rusia que yo.

Llegamos a Omsk al tercer día de viaje. Era una ciudad más grande y bonita de lo que me esperaba encontrar en Siberia. Dimitri siempre se había burlado de mí porque decía que mi imagen de Siberia era la de un sitio parecido a la Antártida, y no era así. Vi que tenía razón, por lo menos en lo que se refería a la parte meridional de la región. El tiempo no era muy diferente al de Montana en esa época del año: el aire fresco de la primavera, tibio de vez en cuando por la luz del sol.

Sydney me había dicho que cuando llegásemos, conseguiría que alguno de los moroi nos llevase. En la ciudad vivían unos cuantos, mezclados con la población mayoritaria local. Pero a medida que avanzaba el día, descubrimos que teníamos un problema: ningún moroi nos quería llevar al pueblo. Al parecer, era una carretera peligrosa. Los strigoi solían merodear por allí de noche, con la esperanza de atrapar a los moroi o a los dhampir que viajaban por la zona. Cuanto más me lo explicaba Sydney, más preocupada me sentía por mi plan. Al parecer, no había muchos strigoi

dentro del propio pueblo de Dimitri. Según ella, acechaban en la periferia, pero pocos vivían allí de forma permanente. Si eso era cierto, las posibilidades de encontrar a Dimitri habían disminuido enormemente. La cosa empeoraba a medida que Sydney me seguía describiendo la situación.

—Muchos strigoi viajan por la región en busca de víctimas, y el pueblo solo es una zona por la que pasan —me explicó—. La carretera está un poco lejos, así que algunos strigoi se quedan durante un tiempo para intentar conseguir presas fáciles y luego se marchan.

—En Estados Unidos, los strigoi se esconden en las grandes ciudades —comenté con cierta inquietud.

—Aquí también. Les resulta más fácil conseguir víctimas sin que nadie se dé cuenta.

Sí, aquello representaba todo un contratiempo en mis planes. Si Dimitri no vivía en el pueblo, iba a tener un grave problema. Sabía que a los strigoi les gustaban las grandes ciudades, pero no sé por qué estaba convencida de que Dimitri regresaría al lugar donde se había criado.

Pero si Dimitri no estaba allí... De repente, caer en la cuenta de la inmensidad de Siberia fue como un mazazo. Me había enterado de que Omsk ni siquiera era la ciudad de mayor tamaño de la región, y encontrar a un solo strigoi allí ya sería difícil. Si encima tenía que buscarlo por varias ciudades más grandes... La situación se podía poner muy, muy fea si había errado con mi corazonada.

Desde que partí en busca de Dimitri, había sufrido momentos de debilidad pasajeros en los que me asaltaba el temor de no encontrarlo jamás. El hecho de que fuese un strigoi me seguía atormentando. También me asaltaban otras imágenes... unas imágenes de cómo era antes y los recuerdos del tiempo que habíamos pasado juntos.

Creo que mi recuerdo más valioso era de poco antes de su transformación. Fue una de esas veces en las que absorbí mucha de la oscuridad inducida por el espíritu de Lissa. Estaba fuera de control, incapaz de recuperarme. Temía convertirme en un monstruo, temía suicidarme como había hecho otra guardiana bendecida por la sombra.

Dimitri me había hecho recuperarme, y me había prestado su fuerza. Fue entonces cuando me di cuenta de lo fuerte que era nuestra relación, de cómo nos comprendíamos el uno al otro a la perfección. En el pasado me había mostrado escéptica con las personas que decían ser compañeros del alma, pero en ese momento supe que era verdad. Y con la relación

emocional llegó la relación física. Dimitri y yo finalmente cedimos a la atracción mutua. Juramos que nunca lo haríamos, pero... nuestros sentimientos fueron demasiado poderosos. Mantenernos alejados el uno del otro se había vuelto imposible. Hicimos el amor, y fue mi primera vez. A veces estaba convencida de que sería la única vez.

El acto en sí fue increíble, y fui incapaz de separar el disfrute emocional del físico. Después nos quedamos tumbados en la pequeña cabaña tanto tiempo como pudimos, y eso también fue increíble. Fue uno de los pocos momentos en los que sentí que era realmente mío.

—¿Recuerdas el hechizo de lujuria de Victor? —le pregunté mientras me arrebujaba contra él.

Dimitri me miró como si estuviera loca.

—Por supuesto.

Victor Dashkov era un moroi de la realeza, un antiguo amigo de Lissa y de su familia. Casi nadie sabía que había estudiado el espíritu en secreto durante años y que había identificado a Lissa como alguien capaz de utilizar el espíritu antes de que ella misma lo supiese. La torturó con toda clase de juegos mentales que la hicieron pensar que se estaba volviendo loca. Sus planes culminaron con el rapto y la tortura de Lissa, hasta que ella lo curó de la enfermedad que lo estaba matando.

Victor estaba en la cárcel, condenado a cadena perpetua, tanto por lo que le había hecho a Lissa como por sus traicioneros planes para rebelarse contra el gobierno moroi. Era uno de los pocos que conocía mi relación con Dimitri, algo que me había preocupado de forma angustiosa. Había llegado a fomentar nuestra relación al crear un hechizo de lujuria con un collar que llevaba tierra y una coerción. El amuleto estaba cargado de una magia peligrosa que había hecho que Dimitri y yo cediéramos ante nuestros impulsos más básicos. Nos contuvimos en el último momento, y hasta la noche que pasamos en la cabaña pensé que nuestro encuentro impulsado por el hechizo había sido el «subidón» físico definitivo.

—No me esperaba que pudiese ser mejor aún —le dije a Dimitri después de acostarnos juntos de verdad. Me sentía un poco avergonzada de hablar de ello—. Pensaba constantemente... en lo que ocurrió entre nosotros.

Se volvió hacia mí y tiró de la colcha. Hacía frío en la cabaña, pero las mantas de la cama nos mantenían calientes. Supongo que podríamos

habernos puesto algo de ropa, pero era lo último que quería hacer. Estar pegados piel con piel era una sensación demasiado agradable.

—Yo también.

—¿Tú también? —le pregunté sorprendida—. Pensaba... Bueno, no sé. Pensaba que eras demasiado disciplinado para algo así. Pensaba que intentarías olvidarlo.

Dimitri se echó a reír y me besó en el cuello.

—Rose, ¿cómo iba a poder olvidar estar desnudo con una persona tan hermosa como tú? Me quedé despierto muchas noches recordando todos los detalles. Me repetía que estaba mal, pero eres imposible de olvidar —sus labios bajaron hasta mi clavícula mientras una de sus manos me acariciaba la cadera—. Te has grabado a fuego en mi mente para siempre. No hay nada en este mundo capaz de cambiar eso.

Y eran recuerdos como ese lo que hacían tan difícil aceptar mi misión de matarlo, por más que ahora fuese un strigoi. Sin embargo, o al mismo tiempo, eran exactamente recuerdos como esos los que me obligaban a acabar con él. Necesitaba recordarlo como el hombre que me había amado y que me había abrazado en la cama. Necesitaba recordar que ese hombre no querría vivir convertido en un monstruo.

No me emocionó ver el coche que Sydney había comprado, sobre todo porque había sido yo quien le había dado el dinero para hacerlo.

—¿Vamos a ir en eso? —exclamé—. ¿Podrá llegar tan lejos?

Al parecer, el viaje duraría unas siete horas. Sydney me miró sorprendida.

—¿Lo dices en serio? Es un Citroën de 1972. Estos cacharros son increíbles. ¿Tienes idea de lo difícil que tuvo que ser meterlo en el país en la época de la Unión Soviética? Aún no me creo que ese tipo me lo haya vendido. No tiene ni idea.

Sabía muy poco de la era soviética, y menos aún de coches clásicos, pero Sydney acarició el capó de color rojo brillante como si estuviese enamorada de él. ¿Quién lo hubiera dicho? Era una fanática de los coches. Quizá era un cacharro valioso y yo no era capaz de apreciarlo. A mí me gustaban los coches deportivos último modelo. En honor a la verdad, aquel coche no tenía abolladuras ni estaba oxidado, y aparte de su aspecto desfasado, estaba limpio y cuidado.

—¿Arrancará? —le pregunté.

La expresión de su cara se volvió aún más incrédula.

—¡Pues claro!

Y arrancó. El motor se encendió con un ronroneo constante y, por cómo aceleró, empecé a comprender la fascinación que sentía. Me apeteció conducir, y estaba a punto de decirle que lo habíamos comprado con mi dinero cuando vi su expresión de embeleso y decidí finalmente no interponerme entre ella y el coche.

Me alegré de marcharnos de inmediato, la tarde ya estaba avanzada. Si el camino era tan peligroso como todo el mundo decía, no querríamos estar en él cuando se hiciera de noche. Sydney me dio la razón, pero me dijo que podríamos hacer la mayor parte del viaje antes de que se pusiera el sol, y luego nos quedaríamos a dormir en un sitio que conocía. Llegaríamos al pueblo por la mañana.

Cuanto más nos alejábamos de Omsk, más áspero se volvía el paisaje. Al contemplarlo, comprendí el amor que Dimitri sentía por aquella tierra. Era cierto que tenía un aspecto desolado, agreste, pero la primavera estaba coloreando de verde los prados, y ver aquellos campos vírgenes tenía un embrujo hermoso. En cierto modo, me recordaba a Montana, pero aquella tierra poseía un carácter especial y propio.

No pude evitar usar la fascinación que sentía Sydney por el coche para empezar una conversación.

—¿Sabes mucho de coches? —le pregunté.

—Algo. El alquimista de la familia es mi padre, pero mi madre es mecánica.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. Eso es algo... poco habitual.

Por supuesto, yo no era la más apropiada para hablar de trabajos típicos según se fuera hombre o mujer. Si se tenía en cuenta que mi vida estaba dedicada a luchar y a matar, tampoco es que yo pudiera proclamar que tenía un trabajo típicamente femenino.

—Es muy buena, y me enseñó mucho. No me hubiera importado ganarme la vida así —su voz tenía un deje de amargura—. Supongo que hay muchas otras cosas que me gustaría hacer y que no puedo.

—¿Por qué no?

—Tuve que ser la siguiente alquimista de la familia. Mi hermana... Bueno, es mayor que yo, y normalmente suele ser el primogénito quien se encarga de esa tarea, pero ella es un tanto... inútil.

—Ese es un comentario muy duro.

—Sí, quizá, pero es que es incapaz de manejar este tipo de situaciones. Se le da de maravilla organizar sus pintalabios, pero, ¿supervisar un entramado de relaciones y de personas como el que tenemos? No, jamás sería capaz de hacerlo. Mi padre me dijo que yo era la única capacitada para lograrlo.

—Eso al menos es un cumplido.

—Supongo.

Sydney estaba tan triste que me sentí mal por sacar el tema.

—Si pudieras ir a la universidad, ¿qué te gustaría estudiar?

—Arquitectura griega y romana.

Me alegré de que fuera ella quien conducía, porque yo probablemente me habría salido de la carretera.

—¿De verdad?

—¿Sabes algo del tema?

—Pues... no.

—Es increíble —la expresión de tristeza quedó sustituida por una de optimismo alegre. Casi parecía tan contenta como cuando me había hablado del coche. Comprendí por qué le había gustado la estación de tren—. El ingenio que hizo falta para construir algunas de... En fin, es increíble. Si los alquimistas no me mandan de nuevo a Estados Unidos, espero que me envíen a Italia o a Grecia.

—Eso sería genial.

—Sí —la sonrisa desapareció—. Pero en este trabajo no hay garantía alguna de conseguir lo que quieres.

Se quedó callada, y decidí que haber logrado tener aquella pequeña conversación ya había sido una victoria más que suficiente. La dejé sumida en sus propios pensamientos sobre coches de época y arquitectura clásica mientras yo me ponía a pensar en mis cosas: los strigoi, el deber, Dimitri... Siempre Dimitri.

Bueno, Dimitri y Lissa. Siempre era una incógnita saber cuál de los dos me causaría más dolor. Ese día, mientras me amodorraba en el coche, pensé en Lissa, sobre todo por la reciente visita de Adrian en sueños.

La primera hora del anochecer en Siberia equivalía a la primera hora de la mañana en Montana. Sin embargo, puesto que la escuela seguía un horario nocturno, técnicamente también era de noche para ellos a pesar de estar amaneciendo. Ya casi era la hora del toque de queda, y todo el mundo debía regresar a sus dormitorios en breve.

Lissa estaba con Adrian en la habitación que este tenía en el edificio para los invitados. Adrian, como Avery, ya se había graduado, pero al ser el único que utilizaba el espíritu aparte de Lissa, se había quedado de forma indefinida en la escuela para trabajar con ella. Acababan de pasar una larga y agotadora tarde perfeccionando la habilidad de caminar en sueños y estaban en el suelo, sentados uno frente a otro. Lissa dejó escapar un suspiro y se derrumbó hasta quedar tumbada con los brazos cruzados sobre la cara.

—Esto es inútil —se quejó—. No voy a conseguir aprender nunca.

—Nunca te consideré una rajada, prima.

La voz de Adrian era frívola, como de costumbre, pero noté que él también estaba cansado. No eran primos de verdad; solo era un término que a veces usaban los miembros de la realeza para referirse los unos a los otros.

—Es que no logro entender cómo lo haces.

—No sé cómo explicarlo. Solo pienso en ello y... bueno, y sucede —se encogió de hombros y sacó uno de los cigarrillos que siempre llevaba encima—. ¿Te importa?

—Sí —respondió Lissa.

Me quedé sorprendida cuando Adrian lo guardó. ¿Pero qué narices...? A mí nunca me había preguntado si me molestaba que fumara, aunque lo cierto era que sí me molestaba. De hecho, hubiera jurado que la mitad de las veces lo hacía para irritarme, cosa que no tenía sentido. Adrian ya había pasado la edad en la que los chicos intentan atraer a las chicas que les gustan metiéndose con ellas.

Adrian intentó explicarle el proceso.

—Solo pienso en la persona que quiero y entonces... No lo sé. Expando mi mente hacia ella.

Lissa se incorporó hasta quedar sentada y cruzó las piernas.

—Suena muy parecido al momento en que Rose me lee el pensamiento.

—Probablemente se trata del mismo principio. Mira, tardaste cierto tiempo en aprender a leer auras. Esto es igual. Y no eres la única que aprende poco a poco. Yo ahora por fin estoy aprendiendo a curar arañazos, y tú eres capaz de revivir a los muertos. Eso es la leche, y llámame loco si quieres —se quedó callado un momento—. Claro que hay gente que te podría asegurar que estoy loco de remate.

Al mencionar el aura, Lissa le observó con atención y se esforzó por usar su habilidad para ver el campo de luz que brillaba alrededor de todo ser vivo. El aura de Adrian se hizo visible y lo envolvió con un brillo dorado. Según Adrian, el aura de Lissa tenía el mismo aspecto. Ningún otro moroi poseía esa clase de oro puro. Lissa y Adrian habían llegado a la conclusión que era algo único, propio de los que utilizaban el espíritu.

Adrian sonrió al adivinar lo que estaba haciendo Lissa.

—¿Qué aspecto tiene?

—El mismo.

—¿Ves lo bien que se te da? Solo tienes que ser paciente con los sueños.

Lissa ansiaba caminar en los sueños, como él. A pesar de lo decepcionada que se sentía, yo me alegraba de que no pudiera hacerlo. Las visitas en sueños que me hacía Adrian ya eran bastante duras de por sí. Verla supondría... No estaba del todo segura, pero haría que me resultase mucho más difícil mantener esa actitud fría y dura que me esforzaba por conservar en Rusia.

—Solo quiero saber cómo está —dijo Lissa en voz baja—. No soporto no saberlo.

Era la misma conversación que había tenido con Christian.

—La vi el otro día. Está bien. Y no tardaré en visitarla otra vez.

Lissa hizo un gesto de asentimiento.

—¿Crees que lo conseguirá? ¿Crees que podrá matar a Dimitri?

Adrian tardó un rato en contestar.

—Creo que puede hacerlo. La cuestión es si eso la acabará matando a ella.

Lissa se sobresaltó y yo me quedé un tanto sorprendida. La respuesta fue tan directa como la que le hubiese dado Christian.

—Dios, cómo me gustaría que no hubiese decidido perseguirlo.

—Ahora no sirve de nada lamentarse. Rose tiene que hacerlo. Es la única forma que tenemos de recuperarla —Adrian se calló un momento—. Es la única forma que tiene de seguir adelante con su vida.

A veces, Adrian me sorprendía, pero en esta ocasión me dejó completamente pasmada. Lissa creía que era una locura y un suicidio perseguir a Dimitri. Sabía que Sydney estaría de acuerdo con ella si le contaba el verdadero motivo del viaje. Pero Adrian... el bobo, el superficial, el fiestero... ¿Adrian era capaz de entenderlo? De repente, al observarlo

atentamente a través de los ojos de Lissa, me di cuenta de que era verdad. Esta situación no le gustaba, y se notaba el dolor en su voz. Estaba preocupado por mí. Que yo albergase unos sentimientos tan fuertes hacia otra persona le hacía daño. Y sin embargo... estaba convencido de que yo obraba bien y que hacía lo único que podía hacer.

Lissa miró el reloj.

—Tengo que irme antes del toque de queda. También tendría que estudiar para el examen de Historia.

Adrian sonrió.

—El estudio está sobrevalorado. Encuentra a alguien inteligente de quien copiar.

Lissa se puso en pie.

—¿Me estás diciendo que no soy inteligente?

—Joder, no.

Adrian también se puso en pie y se dirigió al mueble bar, que tenía siempre bien provisto, para servirse una copa. La automedicación era su modo irresponsable de mantener a raya los efectos secundarios del uso del espíritu, y si lo había utilizado durante toda la tarde, probablemente querría el aletargamiento que le proporcionaban sus vicios.

—Eres la persona más inteligente que conozco, pero eso no significa que tengas que hacer un trabajo innecesario.

—No puedes tener éxito en la vida si no te esfuerzas. Si te dedicas a copiar de tus compañeros, no llegarás a ninguna parte.

—Lo que tú digas —respondió él con otra sonrisa—. Yo me he pasado el instituto copiando y mira lo bien que me va.

Lissa puso los ojos en blanco antes de darle un rápido abrazo de despedida y marcharse. En cuanto salió, su sonrisa se desvaneció un poco. De hecho, sus pensamientos se volvieron sombríos. Mencionarme había despertado toda clase de sentimientos en su fuero interno. Estaba preocupada por mí, terriblemente preocupada. Le había dicho a Christian que se sentía mal por lo que había ocurrido entre nosotras, pero todo lo que implicaba ese sentimiento no me resultó evidente hasta ese momento. Estaba atormentada por la culpa y la confusión, y se fustigaba continuamente por lo que pensaba que debería haber hecho. Y, sobre todo, me echaba de menos. Tenía la misma sensación que yo: que le habían amputado un miembro de su cuerpo.

Adrian vivía en la tercera planta; Lissa prefirió bajar por las escaleras y no por el ascensor. Mientras bajaba, la cabeza no dejaba de darle vueltas por la preocupación. Le preocupaba no saber si alguna vez llegaría a dominar el espíritu. Yo también le preocupaba. Le preocupaba no sentir los efectos secundarios adversos del espíritu, pues eso le hacía preguntarse si era yo quien los estaba absorbiendo, igual que le había ocurrido a una guardiana que se llamaba Anna. Anna había vivido hacía siglos y había estado vinculada a San Vladimir, de quien había tomado el nombre la academia. La guardiana había absorbido los efectos nocivos... y se había vuelto loca.

Lissa oyó gritos en la primera planta, incluso a través de la puerta que separaba la escalera del pasillo. Aunque sabía que aquello no tenía nada que ver con ella, vaciló, y le pudo la curiosidad. Un segundo después, abrió la puerta en silencio y salió al pasillo. Las voces llegaban del otro lado de la esquina. Asomó poco a poco la cabeza con cuidado y echó un vistazo, aunque no fuese necesario, pues ya había reconocido las voces.

Avery Lazar estaba en mitad del pasillo con las manos en las caderas sin apartar la mirada de su padre. Él se encontraba en el umbral de lo que debía de ser su habitación. Las posturas que tenían ambos eran rígidas y hostiles, y la tensión enfurecida restallaba entre ambos.

—¡Haré lo que me dé la gana! —gritó Avery—. ¡No soy tu esclava!

—Eres mi hija —replicó él con una voz tranquila y condescendiente —. Aunque a veces desearía que no lo fueses.

«Au». Tanto Lissa como yo nos quedamos sorprendidas.

—Entonces, ¿por qué quieres que me quede en esta mierda de sitio? ¡Déjame volver a la Corte!

—¿Para avergonzarme más todavía? Nos marchamos y de milagro conseguimos no ensuciar la reputación de la familia. Al menos, no demasiado. No pienso dejar que vuelvas allí sola para dejarte hacer Dios sabe qué.

—¡Pues mándame con mamá! Hasta Suiza tiene que ser mejor que este sitio.

Se produjo una pausa.

—Tu madre está... ocupada.

—Vaya, qué bonito —replicó Avery con la voz cargada de sarcasmo —. Es un modo muy educado de decir que no me quiere. No me sorprende. No haría más que estorbarla a ella y al tipo ese con el que se acuesta.

—¡Avery! —la voz de su padre resonó con fuerza y llena de furia. Lissa se sobresaltó y dio un paso atrás—. Se acabó la discusión. Vuelve a tu habitación para que se te pase la borrachera antes de que alguien te vea. Te espero mañana para desayunar, y espero que tengas un aspecto respetable. Vamos a recibir a unas visitas muy importantes.

—Claro, y bien sabe Dios que tenemos que guardar las apariencias.

—Vuelve a tu habitación —le repitió su padre—. Antes de que llame a Simon y le ordene que se te lleve a rastras.

—Sí, señor —se burló Avery con una sonrisa tonta—. Ahora mismo, señor. Lo que usted diga, señor.

El padre cerró la puerta de un portazo. Lissa se metió detrás de la esquina sin apenas poder creerse que le hubiera dicho aquellas cosas a su propia hija. Durante unos segundos no se oyó nada. Luego le llegó el sonido de unas pisadas... que se dirigían hacia ella. De repente, Avery dobló la esquina y se detuvo delante de Lissa; eso nos permitió a las dos verla con claridad por primera vez.

Llevaba puesto un vestido de tela azul, corto y ceñido, que al resplandor de la luz brillaba con un matiz plateado. Tenía el pelo suelto y despeinado, y las lágrimas que le salían de esos grandes ojos de color gris azulado habían echado a perder su elaborado maquillaje. El olor a alcohol me llegó con fuerza. Se pasó con rapidez una mano por los ojos, obviamente avergonzada de que alguien la viera así.

—Bueno, supongo que habrás oído el drama familiar —dijo con sequedad.

Lissa se sentía igualmente avergonzada de que la hubiera pillado fisgoneando.

—Lo... lo siento. No pretendía hacerlo. Solo pasaba por aquí...

Avery soltó una carcajada seca.

—Bah, tampoco creo que importe. Probablemente toda la gente del edificio nos haya oído.

—Lo siento —repitió Lissa.

—No lo sientas. No has hecho nada malo.

—No. Me refiero a que... bueno, ya sabes, a que te haya dicho esas cosas.

—Es lo que tiene pertenecer a una «buena» familia. Todo el mundo tiene trapos sucios escondidos —Avery se cruzó de brazos y se apoyó de espaldas en la pared. Incluso irritada y desaliñada tenía un aspecto atractivo

—. Dios, a veces no lo soporto. No te ofendas, pero este sitio es aburrido de cojones. He conocido a unos cuantos alumnos de segundo curso con los que he salido esta noche, pero... también eran tremendamente aburridos. Lo único que tenían de bueno era la cerveza.

—¿Por qué... por qué te ha traído tu padre? —quiso saber Lissa—. ¿Por qué no estás... no sé, en la universidad?

Avery soltó otra risotada.

—No confía lo suficiente en mí. Cuando estábamos en la Corte tuve una relación con un chico guapo que trabajaba allí. Por supuesto, no pertenecía a la realeza. Mi padre se puso hecho una fiera y temió que la gente se enterase. Así que, cuando consiguió el puesto aquí, me trajo con él para tenerme vigilada... y para torturarme. Creo que tiene miedo de que me escape con un humano si voy a la universidad —soltó un suspiro—. Te juro que si Reed no estuviera aquí, me largaría sin mirar atrás.

Lissa no dijo nada durante unos segundos. Se había esforzado todo lo posible por evitar a Avery. Con todas las órdenes que la reina le estaba dando últimamente, a Lissa le daba la impresión de que aquel era el único modo que tenía de rechazar su autoridad y evitar que la controlasen. Pero en ese momento se preguntó si se habría equivocado con Avery. No le parecía una espía de Tatiana. No parecía alguien que quisiera moldear a Lissa para que se convirtiera en un miembro perfecto de la realeza. Lo que Avery parecía sobre todo era una chica dolida y triste cuya vida escapaba a su control, alguien que recibía tantas órdenes como Lissa últimamente.

Respiró hondo.

—¿Quieres comer mañana con Christian y conmigo? A nadie le molestará que vengas a comer en nuestro descanso de mediodía. No puedo prometerte que sea tan... hum, emocionante como te gustaría —dijo en un chorro continuo de palabras.

Avery sonrió de nuevo, pero esta vez con menos amargura.

—Bueno, mi plan era emborracharme a solas en mi habitación —sacó de su bolso una botella que parecía de whisky—. Me pillé algo para mí.

Lissa no tuvo muy claro qué clase de respuesta era aquella.

—Entonces... ¿nos vemos en la comida?

Ahora fue Avery la que dudó. Sin embargo, en sus ojos comenzó a aparecer lentamente un leve brillo de esperanza. Lissa se concentró e intentó captar su aura. Al principio le costó un poco, probablemente a causa del cansancio acumulado por haber estado practicando con Adrian. Cuando

por fin logró captar el aura de Avery, vio una mezcla de colores: verde, azul y dorado. Lo habitual. Estaba envuelta en un matiz rojizo, como ocurría a menudo con las personas que estaban disgustadas o alteradas. Sin embargo, ese color rojo se desvaneció casi de inmediato.

—Sí, estaría genial —dijo Avery por fin.

—Creo que hasta aquí podemos llegar hoy.

Al otro lado del mundo, la voz de Sydney me sacó sobresaltada de los pensamientos de Lissa. No sabía cuánto tiempo había pasado soñando despierta, pero Sydney ya había salido de la carretera principal y se dirigía hacia un pueblo que encajaba a la perfección con la imagen estereotipada que tenía yo de una aldea perdida en los bosques de Siberia. De hecho, llamarlo «pueblo» era una exageración. Había unas cuantas casas diseminadas, una tienda y una gasolinera. Al otro lado de los edificios se extendían los campos de labranza, y vi más caballos que coches. La poca gente que había fuera de las casas miró con asombro nuestro automóvil. El cielo se había vuelto de un intenso color naranja y el sol se hundía cada vez más en el horizonte. Sydney tenía razón, ya casi era de noche, y teníamos que salirnos de la carretera.

—Estamos como mucho a un par de horas del pueblo —prosiguió—. Hemos tardado muy poco. Deberíamos estar allí a primera hora de la mañana —atravesamos el pueblo en coche, lo cual nos llevó como mucho un minuto, y Lissa se detuvo ante una casa blanca de paredes lisas con un granero al lado—. Esta noche nos quedaremos aquí.

Salimos del coche y echamos a andar hacia la casa.

—¿Son amigos tuyos?

—No. No los conozco, pero nos esperan.

Más contactos misteriosos de los alquimistas. La puerta la abrió una humana de aspecto amable que tendría unos veinte años. Nos indicó con gestos que entrásemos. No conocía más que unas cuantas palabras en mi idioma, pero la habilidad traductora de Sydney salvó la situación. Mi acompañante se comportó de un modo más amable y encantador de lo que la había visto hasta entonces, probablemente porque nuestros anfitriones no eran unos despreciables descendientes de vampiros.

Cualquiera pensaría que ir sentado en un coche todo el día no era agotador, pero yo estaba exhausta e impaciente por salir a primera hora de la mañana. Así pues, después de la cena y de un poco de tele, Sydney y yo nos retiramos a la habitación que nos tenían preparada. Era pequeña y

sencilla, pero tenía dos camas con sus correspondientes mantas gruesas y mullidas. Me arrebujé rápidamente en las mías, agradecida por las suavidad y el calor, y me pregunté si soñaría con Lissa o con Adrian.

Ni lo uno ni lo otro. Me desperté con una ligera sensación de náusea que me recorrió todo el cuerpo; era la típica náusea que me indicaba que había un strigoi cerca.

Seis

ME incorporé de golpe. Todo mi cuerpo se despertó en estado de alerta. No había luces urbanas que brillasen a través de la ventana, y tardé unos cuantos segundos en distinguir lo que había dentro de la habitación a oscuras. Sydney estaba acurrucada en su propia cama, dormida, y su cara mostraba una paz poco habitual en ella.

¿Dónde se encontraba el strigoi? Estaba claro que en nuestra habitación no. ¿Quizá en algún otro lugar de la casa? Todo el mundo había dicho que el camino que llevaba al pueblo de Dimitri era peligroso, pero incluso así creía que los strigoi preferirían atacar a los moroi y a los dhampir, aunque los humanos también formaban parte de su dieta. Al pensar en la agradable pareja que nos había recibido en su casa, noté que me oprimía el pecho. No estaba dispuesta a permitir que les sucediese nada malo.

Me bajé en silencio de la cama, empuñé mi estaca y salí de la habitación sin despertar a Sydney. No había nadie despierto y en cuanto entré en la sala de estar, la sensación de náusea desapareció. Vale, al menos el strigoi no estaba dentro de la casa. Se encontraba en la parte de fuera, al parecer en el lado que daba a mi habitación. Sin dejar de moverme en silencio, salí por la puerta principal y rodeé la esquina, iba tan callada como la noche que me envolvía.

La náusea se hizo más fuerte a medida que me acercaba al granero, y no pude evitar sentirme orgullosa de mí misma. Iba a sorprender al strigoi que pensaba colarse en aquel diminuto pueblo humano para cenar. Allí estaba; cerca de la entrada al granero distinguí una larga sombra que se movía. «Te pillé», pensé. Preparé la estaca, eché a correr...

... y algo me golpeó en el hombro.

Me tambaleé sorprendida y me quedé mirando la cara de un strigoi. Por el rabillo del ojo vi que la sombra del granero se materializaba para formar *otro* strigoi que se me acercaba. El pánico se apoderó de mí. Había dos, y mi sistema de detección secreto no había podido captar la diferencia. Y lo que era aún peor: me habían pillado por sorpresa y tenían ventaja.

Una idea me asaltó de inmediato: ¿y si uno de ellos era Dimitri?

No lo era. Al menos, el que tenía delante. Era una mujer. Aún no veía con claridad al que se me acercaba con rapidez por el otro lado. Sin embargo, lo primero que tenía que hacer era enfrentarme a la amenaza más directa, así que lancé un golpe con la estaca a la mujer con la esperanza de herirla, pero lo esquivó con tanta rapidez que apenas vi su movimiento. Luego me golpeó casi con indiferencia. No fui lo bastante veloz como para reaccionar y salí despedida hacia el otro strigoi... un tipo que no era Dimitri.

Respondí de inmediato. Me puse en pie de un salto y le di una patada. Empuñé la estaca al frente para mantenerlo a raya, pero no me sirvió de mucho cuando la mujer me atacó por la espalda y me agarró con fuerza. Se me escapó un grito ahogado y noté cómo cerraba las manos alrededor de mi cuello. Me di cuenta de que probablemente quería partírmelo. Era una técnica fácil y rápida que los strigoi utilizaban y que les permitía llevarse a la víctima a un lugar tranquilo donde alimentarse.

Forcejeé y logré abrirle las manos un poco, pero cuando el otro strigoi se me echó encima, supe que todo era inútil. Me habían pillado por sorpresa. Eran dos, y eran fuertes.

El pánico me invadió de nuevo, una sensación abrumadora de miedo y de desesperación. Sentía miedo cada vez que me enfrentaba a un strigoi, pero el miedo que me atenazaba había llegado al límite. Estaba descontrolado, era desmedido, y sospeché que estaba impregnado de la locura y la oscuridad que había absorbido de Lissa. Los sentimientos explotaron en mi interior y me pregunté si acabarían conmigo antes de que lo hiciesen los strigoi. Estaba a punto de morir y de permitir que matasen a Sydney y a los demás. La rabia y la frustración que sentía por todo ello eran asfixiantes.

De repente tuve la sensación de que se abría la tierra. Unas formas translúcidas, que brillaban suavemente en la oscuridad, surgieron por todas partes. Algunas parecían personas normales. Otras tenían un aspecto horrible, con los rostros demacrados y semejantes a calaveras. Fantasmas. Espíritus. Nos rodearon; su presencia me puso los pelos de punta y me provocó un tremendo dolor de cabeza.

Los fantasmas se volvieron hacia mí. Ya me había pasado algo así antes, en un avión, cuando las apariciones me rodearon y amenazaron con consumirme. Me esforcé con desesperación en reunir la fuerza necesaria para levantar las barreras que me mantuviesen aislada del mundo de los espíritus. Era una habilidad que había tenido que aprender, algo que

mantenía activado sin esfuerzo alguno. La desesperación y el pánico de aquella situación me desbordaron. En ese horrible momento aterrador, deseé una vez más de modo egoísta que Mason no hubiese encontrado la paz y abandonado este mundo. Me habría sentido mejor si su fantasma hubiese estado allí.

Entonces me di cuenta de que yo no era su objetivo.

Los fantasmas acosaron a los dos strigoi. Los espíritus no tenían una forma sólida, pero cada vez que me tocaban o pasaban a través de mí, notaba una sensación helada. La strigoi empezó de inmediato a agitar las manos para espantar a las apariciones mientras gruñía de rabia y miedo. Los fantasmas no parecían capaces de hacerles daño, pero eran muy molestos... y distraían su atención.

Le clavé la estaca al strigoi antes de que me viese atacarle. De inmediato, los fantasmas que le rodeaban se dirigieron hacia la mujer. La strigoi era muy hábil, eso había que reconocérselo. A pesar de que se esforzaba por mantener alejados a los fantasmas, seguía esquivando bastante bien mis ataques. Un puñetazo lanzado con buena suerte me alcanzó de lleno y los ojos me hicieron chiribitas al mismo tiempo que me estampaba contra la pared del granero. Seguía sufriendo el tremendo dolor de cabeza provocado por los fantasmas, y que precisamente me diera de cabeza contra el granero no me ayudó en absoluto. Me puse en pie tambaleándome y, mareada, me dirigí de nuevo hacia la strigoi para seguir intentando acertarle con la estaca en el corazón. Logró mantener su pecho fuera de mi alcance, al menos hasta que un fantasma especialmente terrorífico la sorprendió. Aquella distracción momentánea me ofreció la oportunidad que necesitaba y conseguí clavarle la estaca también a ella. La strigoi se desplomó... y eso me dejó sola frente a los espíritus.

Era evidente que los fantasmas habían querido atacar a los strigoi. Conmigo, en cambio, había sucedido algo muy parecido a lo del avión. Parecían fascinados por mí, desesperados por atraer mi atención. El único problema era que, al tratarse de un grupo de decenas de fantasmas, también podría haber sido un ataque.

Me esforcé con desesperación por alzar de nuevo las barreras, por mantener bloqueados a los fantasmas como ya había hecho hacía tiempo. El esfuerzo fue agónico. De alguna manera, mis emociones desbordadas y descontroladas habían invocado a los espíritus y, aunque en ese momento estaba más tranquila, me resultaba muy difícil controlarme hasta ese punto.

La cabeza me seguía palpitando de dolor. Apreté los dientes y utilicé todas las fuerzas que me quedaban para bloquear a los fantasmas.

—Marchaos. Ya no os necesito —musité.

Durante unos segundos, pareció que todos mis esfuerzos eran en vano, pero poco a poco, uno por uno, los espíritus comenzaron a desvanecerse. Sentí que el control que había aprendido ocupaba su lugar en mi cabeza. Al cabo de muy poco tiempo, ya no había nada más a mi alrededor, solo la oscuridad, el granero... y Sydney.

Me di cuenta de su presencia justo cuando me derrumbaba en el suelo. Había salido corriendo de la casa con el pijama nada más, y tenía la cara pálida. Se arrodilló a mi lado y me ayudó a incorporarme hasta que quedé sentada. Todo su cuerpo mostraba un miedo más que justificado.

—¡Rose! ¿Estás bien?

Sentía que me habían absorbido hasta la última brizna de energía del cerebro y del cuerpo. No podía moverme. No podía pensar.

—No —le respondí.

Y me desmayé.

Soñé de nuevo con Dimitri. Me rodeaba con los brazos y su hermoso rostro se inclinaba sobre mí para cuidarme como había hecho tan a menudo cuando estaba enferma. El recuerdo de muchas situaciones me invadió, como cuando los dos nos reíamos de algún chiste. A veces, en esos sueños, me llevaba lejos. A veces íbamos en coche. De vez en cuando, su rostro comenzaba a tomar ese temible aspecto de strigoi que siempre me atormentaba. En esas ocasiones, le ordenaba de inmediato a mi mente que borrase esos pensamientos.

Dimitri me había cuidado muchas veces, y siempre había estado allí cuando lo necesitaba. Aunque lo cierto es que era recíproco. También es verdad que no acababa en la enfermería tantas veces como yo. Así era mi suerte. Aun estando herido, no lo reconocía. Mientras soñaba y sufría alucinaciones, me asaltaron imágenes de una de las pocas veces que había podido curarle.

Poco antes de que atacasen la academia, Dimitri participó en una serie de pruebas conmigo y con mis compañeros novicios para determinar cómo reaccionábamos ante un ataque por sorpresa. Era tan duro que resultaba casi imposible vencerlo, aunque de vez en cuando recibía unos cuantos buenos golpes. Me crucé una vez con él en el gimnasio durante una de esas

pruebas, y me sorprendí al verle un corte en la mejilla. No era una herida grave, pero sangraba bastante.

—¿Te has dado cuenta de que te estás desangrando? —exclamé. Fui un tanto exagerada, pero no demasiado.

Se tocó la mejilla con gesto ausente y pareció darse cuenta de la herida en ese preciso momento.

—Yo no diría tanto. No es nada.

—¡No es nada hasta que se te infecte!

—Sabes que eso es muy poco probable —me contestó con terquedad.

Los moroi, aparte de contraer aquella afección tan poco frecuente que les afligía, como le había ocurrido a Victor, apenas se ponían enfermos. Los dhampir habíamos heredado eso de ellos, lo mismo que el tatuaje de Sydney le proporcionaba una cierta protección. A pesar de ello, no iba a permitir que Dimitri se llenase de sangre.

—¡Vamos! —le dije, señalando el pequeño cuarto de baño del gimnasio.

Mi voz había sonado autoritaria, y para mi sorpresa, me obedeció.

Tomé una toalla y, tras humedecerla, le limpié la cara con suavidad. Siguió protestando un poco, pero acabó callándose. El cuarto de baño era pequeño, y estábamos a pocos centímetros el uno del otro. Me llegó su olor limpio y embriagador, y miré con atención cada detalle de su cara y de su cuerpo fuerte. Mi corazón se había desbocado, pero se suponía que debíamos portarnos bien, así que me esforcé en aparentar estar tranquila y relajada. Él también se mostraba extrañamente tranquilo, pero cuando le eché el pelo hacia atrás para pasárselo por detrás de la oreja y limpiarle el resto de la cara, se sobresaltó. Cuando le toqué la piel con la punta de los dedos, me sacudió una oleada de sensaciones, y él sintió lo mismo. Me agarró la mano y la apartó.

—Ya es suficiente —me dijo con voz ronca—. Estoy bien.

—¿Estás seguro? —insistí.

No me había soltado la mano. Estábamos muy, muy cerca. El pequeño cuarto de baño parecía a punto de estallar por la electricidad que generábamos. Sabía que no podía durar mucho, pero no quería soltarlo. Dios, a veces era muy duro ser responsable.

—Sí.

Su voz era suave, y sabía que no estaba molesto conmigo. Lo que sentía era temor, ya que había visto lo poco que hacía falta para encender la

pasión entre los dos. En ese momento, yo sentía una tremenda calidez por todo el cuerpo con el simple contacto de su mano. Tocarle me hacía sentirme completa, como si fuera la persona que siempre debería haber sido.

—Gracias, Roza —añadió.

Me soltó la mano, y los dos nos marchamos a realizar las respectivas tareas que teníamos para ese día. Pero la sensación de su pelo y de su mano se me quedó durante horas...

No sé por qué soñé con ese recuerdo después de que me atacasen los strigoi cerca del granero. Me pareció extraño soñar con que cuidaba de Dimitri cuando era yo la que necesitaba cuidados médicos. Supongo que no importaba cuál fuese el recuerdo, siempre que Dimitri apareciese en él. Siempre me hacía sentir mejor, incluso en sueños, y me daba fuerzas.

Sin embargo, mientras yacía en aquel delirio y perdía y recobraba la conciencia, en su rostro tranquilizador a veces aparecían esos terribles colmillos y ojos rojos. Yo gemía mientras me esforzaba por apartar de mí esa imagen. Otras veces no daba la impresión de ser Dimitri en absoluto. Se convertía en un hombre que yo no conocía, un moroi mayor con el pelo oscuro y la mirada inteligente, con joyas de oro reluciente en el cuello y en las orejas. Entonces yo gritaba el nombre de Dimitri otra vez, y su rostro acababa volviendo, seguro y maravilloso.

Sin embargo, en un momento dado, su cara cambió de nuevo, y esta vez se volvió la de una mujer. Era evidente que no era Dimitri, pero había algo en sus ojos marrones que me recordaron a los suyos. Era algo mayor, quizá poco más de cuarenta años, y era una dhampir. Dejó un paño fresco sobre mi frente y me di cuenta de que ya no estaba soñando. Me dolía todo el cuerpo, y estaba tumbada en una cama que no me resultaba familiar, en una habitación que tampoco conocía. No había señal alguna de los strigoi. ¿También habría soñado eso?

—Procura no moverte —me advirtió la mujer con un leve acento ruso —. Has recibido algunos golpes muy fuertes.

Abrí los ojos como platos cuando recordé de repente todo lo ocurrido al lado del granero, incluidos los fantasmas. No había sido un sueño.

—¿Dónde está Sydney? ¿Está bien?

—Está bien, no te preocupes.

Algo en la voz de la mujer me indicó que podía creerla.

—¿Dónde estoy?

—En Baia.

Baia... Baia. Ese nombre me resultaba vagamente familiar. De repente, lo entendí todo. Hacía mucho, mucho tiempo ya, Dimitri lo había mencionado. Solo había dicho una vez el nombre de su pueblo, y aunque me había esforzado en recordarlo, nunca lo había conseguido. Sydney no quiso decírmelo. Pero ya estábamos allí. En el hogar de Dimitri.

—¿Quién eres?

—Olena. Olena Belikova.

Siete

FUE algo parecido a abrir los regalos la mañana de Navidad.

No creía mucho en Dios ni en el destino, pero empecé a reconsiderarlo seriamente. Al parecer, después de desmayarme, Sydney hizo unas cuantas llamadas de teléfono a la desesperada y alguien a quien conocía en Baia fue en coche hasta donde nos encontrábamos nosotras —arriesgándose a través de la oscuridad— para rescatarnos y llevarnos a donde pudieran curarme. Sin duda, ese era el motivo por el que tuve la vaga sensación de que iba en un coche durante mi delirio. No todo formaba parte del sueño.

Y entonces, no sé muy bien por qué —y mira que tenía que haber dhampir en Baia—, me llevaron a la casa de la madre de Dimitri. Eso ya era más que suficiente como para plantearse seriamente que existían unas fuerzas superiores en el universo. Nadie me contó con exactitud cómo había ocurrido, pero no tardé en enterarme de que Olena Belikova gozaba entre sus vecinos de buena reputación como sanadora, aunque sus habilidades no tenían nada que ver con la magia sanadora. Había estudiado medicina, y era la persona a la que otros dhampir, e incluso algunos moroi, acudían a visitar en aquella región cuando querían evitar llamar la atención de los humanos. Aun así, aquella casualidad resultaba inquietante y no pude evitar pensar que estaba sucediendo algo que yo no comprendía.

De momento, no me importaron las circunstancias de la situación en la que me encontraba. Estaba demasiado ocupada mirando con los ojos como platos la habitación en la que me encontraba y la gente que la ocupaba. Olena no vivía sola. Las tres hermanas de Dimitri también vivían en aquella casa, junto a sus hijos. El parecido de todos los miembros de la familia era asombroso. Nadie se parecía exactamente a Dimitri, pero lo vi reflejado en todas y cada una de las caras. Los ojos. La sonrisa. Incluso el sentido del humor. Verlos llenó el vacío que Dimitri había dejado después de desaparecer... y lo empeoró al mismo tiempo. Cada vez que los veía por el rabillo del ojo, creía ver a Dimitri. Era como una casa de espejos, llena de reflejos distorsionados de él.

Hasta la casa me ponía los pelos de punta. No había señales evidentes de que Dimitri hubiese vivido allí, pero yo no podía evitar pensar que era el lugar donde se había criado, que había caminado por aquellos pasillos, que

había tocado aquellas paredes... Yo también toqué las paredes mientras iba de una habitación a otra para intentar absorber la energía de Dimitri. Me lo imaginé tendido en el sofá durante unas vacaciones de la escuela. Me pregunté si habría bajado deslizándose por la barandilla cuando era pequeño. Las imágenes eran tan vívidas que tuve que recordarme que hacía muchos años que Dimitri no había pasado por allí.

—Te estás recuperando con una rapidez increíble —me comentó Olena a la mañana siguiente de que me llevasen a su casa.

Me observó con gesto de aprobación mientras devoraba un plato de *blinis*. Eran unas tortitas muy finas colocadas unas sobre otras y cubiertas de mantequilla y mermelada. Mi cuerpo siempre necesitaba un montón de comida para mantener su nivel de energía, y supuse que mientras no estuviera masticando con la boca abierta o algo parecido, no tenía por qué sentirme avergonzada por comer tanto.

—Pensaba que estabas muerta cuando te trajeron Abe y Sydney —añadió.

—¿Quién? —pregunté entre dos bocados.

Sydney estaba sentada en la mesa con el resto de la familia, sin apenas tocar la comida, como era habitual en ella. Parecía claramente incómoda por encontrarse en el hogar de unos dhampir, pero al bajar por primera vez de mi cuarto esa mañana, en sus ojos había visto una clara mirada de alivio.

—Abe Mazur —contestó Sydney. Me pareció que algunos de los que estaban sentados a la mesa intercambiaban una mirada de complicidad—. Es un moroi. Yo no... no sabía la gravedad de tus heridas, así que lo llamé. Llegó en coche con sus guardianes. Fue él quien te trajo hasta aquí.

Guardianes, en plural.

—¿Es de la realeza?

Mazur no era el apellido de ninguna familia real, pero eso no siempre era una señal segura del linaje de alguien. Y aunque comenzaba a confiar en la red social de Sydney y en sus contactos con gente poderosa, no se me ocurría por qué iba a acudir a rescatarme un miembro de una familia real. Quizá les debía un favor a los alquimistas.

—No —respondió Sydney con brusquedad.

Fruncí el ceño. ¿Un moroi que no formaba parte de la realeza con más de un guardián? Qué raro. Estaba claro que no iba a decirme nada más, al menos de momento.

Me tragué otro bocado de *blinis* y me volví hacia Olena.

—Muchas gracias por alojarme.

La hermana mayor de Dimitri, Karolina, también estaba sentada a la mesa, junto a su bebé y su hijo mayor, Paul. El niño tenía unos diez años y parecía fascinado por mí. La hermana adolescente de Dimitri, Viktoria, también estaba allí. Parecía un poco más joven que yo. La tercera hermana Belikov se llamaba Sonya y se había marchado a trabajar antes de despertarme. Tendría que esperar para conocerla.

—¿De verdad mataste tú sola a dos strigoi? —preguntó Paul.

—¡Paul! —le reprendió Karolina—. Esa no es una pregunta educada.

—Pero sí es emocionante —apuntó Viktoria con una sonrisa.

Tenía el pelo castaño salpicado de mechones dorados, pero sus ojos oscuros chispeaban de un modo tan parecido a los de Dimitri cuando estaba emocionado que se me encogió el corazón. De nuevo tuve la escurridiza sensación de que Dimitri estaba allí sin estarlo.

—Sí que los mató —le confirmó Sydney—. Vi sus cadáveres. Como siempre.

La alquimista tenía en la cara aquella expresión cómica y atormentada tan propia de ella, así que no pude evitar echarme a reír.

—Al menos, esta vez los dejé donde podías encontrarlos —de repente, se me agrió el humor—. ¿Alguien... alguien humano vio u oyó algo?

—Me libré de los cadáveres antes de que nadie los viese —repuso para tranquilizarme—. Si la gente oyó algo... Bueno, los sitios perdidos en mitad del bosque como ese siempre están llenos de supersticiones y de cuentos de fantasmas. No tienen pruebas sólidas de la existencia de los vampiros, pero tienen la creencia de que existe algo sobrenatural y peligroso ahí fuera. Poco saben de la realidad.

Dijo «cuentos de fantasmas» sin que le cambiase la expresión de la cara. Me pregunté si habría visto alguno de los espíritus la noche anterior, pero llegué a la conclusión de que no. Había salido con la pelea casi terminada y, a juzgar por experiencias pasadas, nadie más era capaz de ver los espíritus que veía yo... salvo los strigoi, al parecer.

—Debes de haberte sometido a un entrenamiento magnífico —comentó Karolina cambiando de postura para que la bebé se le quedase apoyada en el hombro—. Por tu aspecto, cualquiera diría que todavía deberías estar estudiando.

—Acabo de salir de la academia —respondí, lo que me valió otra mirada inquisitiva por parte de Sydney.

—Eres de Estados Unidos —afirmó más que preguntó Olena—. ¿Qué demonios es lo que te trae hasta aquí?

—Busco a... busco a alguien —respondí tras unos instantes de titubeo.

Temí que me pidiera más detalles, o que ella también pensase que quería convertirme en una prostituta de sangre, pero en ese momento se abrió la puerta de la cocina y entró la abuela de Dimitri, Yeva. Había asomado la cabeza poco antes y me había dado un susto tremendo. Dimitri me había dicho que era un poco bruja, y al verla me lo creí por completo. Aparentaba tener tropecientos años y era tan delgada que me pregunté cómo era posible que el viento no se la llevase volando. Apenas medía metro y medio y tenía el pelo cubierto de mechones grises. Sin embargo, fueron sus ojos los que realmente me asustaron. Aunque el resto de su cuerpo fuese frágil, aquellos ojos oscuros tenían una mirada aguda y atenta, tanto que parecieron clavárseme en lo más profundo. Aun sin la explicación de Dimitri, la hubiese tomado por una bruja. También era la única de la casa que no hablaba mi idioma.

Se sentó en una de las sillas vacías y Olena se apresuró a servirle un plato de *blinis*. Yeva murmuró algo en ruso que hizo que los demás se sintiesen incómodos. Los labios de Sydney se torcieron en una leve sonrisa. Yeva no apartó los ojos de mí mientras hablaba, y miré a mi alrededor en busca de alguien que me lo tradujese.

—¿Cómo? —pregunté.

—La abuela dice que no nos estás diciendo toda la verdad sobre el motivo que te trae hasta aquí. Dice que cuanto más tardes en contarlo, peor será —me tradujo Viktoria. Luego miró a Sydney con expresión de disculpa —. Y quiere saber cuándo se marchará la alquimista.

—Lo antes posible —replicó Sydney con sequedad.

—Bueno, el motivo por el que estoy aquí... es una historia muy larga.

¿Acaso podía decirlo con una vaguedad mayor?

Yeva dijo algo más, y Olena le replicó de un modo que parecía una reprimenda. Se volvió hacia mí y me habló con amabilidad.

—No le hagas caso, Rose. Tiene uno de esos días malos. El motivo por el que estás aquí es asunto tuyo... aunque estoy segura de que Abe querrá hablar de eso contigo en algún momento —frunció un poco el ceño, y recordé las miradas que habían intercambiado antes—. No te olvides de darle las gracias, parecía muy preocupado por ti.

—A mí también me gustaría hablar con él —murmuré, llena de curiosidad por aquel moroi que no era de sangre real y estaba tan protegido, que me había llevado en coche y parecía hacer que todo el mundo se sintiese incómodo. Impaciente por evitar más preguntas sobre el motivo de mi viaje, cambié rápidamente de tema—. También me encantaría dar una vuelta por Baia. Jamás he estado en un sitio como este... Me refiero a un lugar donde vivan tantos dhampir.

A Viktoria se le iluminó el rostro.

—Yo puedo enseñártelo, si de verdad te encuentras bien. O si no tienes que marcharte de inmediato.

Pensaban que estaba de paso, y eso me venía bien. Sinceramente, ni yo misma tenía claro lo que estaba haciendo allí, ya que parecía más que probable que Dimitri no se encontraba en la zona. Miré a Sydney con expresión interrogante. Ella se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Yo no voy a ninguna parte —dijo.

Aquello me pareció un tanto desconcertante. Me había llevado hasta allí, tal como le habían ordenado sus superiores, pero ahora, ¿qué? Bueno, ya me ocuparía de eso más tarde.

Viktoria prácticamente me arrastró hacia la puerta en cuanto terminé de comer, como si mi llegada fuese lo más emocionante que había sucedido desde hacía mucho tiempo. Yeva no me había quitado los ojos de encima durante la comida y, aunque no había dicho nada más, era evidente por su mirada suspicaz que no se creía una palabra de lo que yo había dicho. Invité a Sydney a que nos acompañase, pero declinó la oferta y prefirió encerrarse en su cuarto para leer sobre los templos griegos o hacer llamadas de control o lo que quiera que prefiriese hacer.

Viktoria me dijo que el centro del pueblo no estaba muy lejos de donde ellas vivían, y que era un paseo agradable. El día estaba despejado y hacía fresco, pero el sol hacía que resultase placentero caminar por la calle.

—No viene a visitarnos mucha gente —me explicó—. Excepto los varones moroi, pero la mayoría no se queda mucho tiempo.

No dijo nada más, pero me pregunté qué habría querido decir con eso. ¿Acaso aquellos moroi acudían para tener una aventura con las dhampir? Me había criado pensando que esas mujeres, las dhampir que decidían no convertirse en guardianas, eran una vergüenza y, hasta cierto punto, una indecencia. Las que había visto en el Ruiseñor encajaban en ese estereotipo de prostituta de sangre, pero Dimitri me había asegurado que no todas las

dhampir eran así. Después de conocer a las mujeres de la familia Belikov, no podía estar más de acuerdo con él.

Al acercarnos al centro del pueblo, no tardé en descubrir cómo caía otro mito. La gente siempre hablaba de que las prostitutas de sangre vivían en campamentos o en comunas, pero ese no era el caso en Baia. No era una localidad enorme, como San Petersburgo o la propia Omsk, pero era un pueblo grande con una gran población humana. No era una simple aldea o un asentamiento rural. El ambiente era sorprendentemente normal, y cuando llegamos al centro, lleno de pequeñas tiendas y de restaurantes, vi que se parecía mucho a cualquier otro lugar en el mundo habitado por personas. En él se daban cita lo moderno y lo ordinario, con solo un leve toque pueblerino.

—¿Dónde están todos los dhampir? —me pregunté en voz alta.

Sydney me había dicho que existía una subcultura dhampir secreta, pero no vi ni rastro de ella.

—Ah, están aquí —respondió Viktoria sonriendo—. Tenemos muchos negocios y otros lugares que los humanos desconocen por completo —aunque yo comprendía que los dhampir eran capaces de pasar inadvertidos en una gran ciudad, me parecía increíble que lo consiguiesen en un lugar como aquel—. Muchos de nosotros convivimos y trabajamos con los humanos —añadió la hermana de Dimitri señalando con un gesto de la cabeza una tienda que parecía una farmacia—. Ahí es donde trabaja Sonya ahora.

—¿Ahora?

—Ahora que está embarazada —Viktoria puso los ojos en blanco—. Me hubiera gustado que la conocieses, pero últimamente se pasa el día gruñendo. Espero que el niño se le adelante.

Lo dejó ahí. Me pregunté cómo funcionarían las cosas entre los dhampir y los moroi que vivían allí. No volvimos a tocar el tema; seguimos hablando de cosas intrascendentes y hasta soltamos alguna broma. Era fácil que Viktoria le cayese bien a cualquiera, y en menos de una hora ya habíamos congeniado y parecía que nos conociésemos desde siempre. Quizá mi relación con Dimitri también me unía de algún modo a aquella familia.

Aquellas ideas se vieron interrumpidas en seco cuando alguien llamó a Viktoria en voz alta. Nos dimos la vuelta y vimos a un dhampir atractivo

que cruzaba la calle. Tenía el pelo del color del bronce y unos ojos oscuros. Tendría una edad intermedia entre la de Viktoria y la mía.

Le dijo algo en un tono informal. Viktoria le sonrió y luego me señaló con un gesto para presentarme en ruso.

—Te presento a Nikolai —me indicó en mi idioma a continuación.

—Encantado de conocerte —dijo él cambiando también de idioma. Me examinó con rapidez, tal como suelen hacer los hombres, pero cuando se volvió hacia Viktoria, me quedó muy claro quién era la persona en la que tenía depositado todo su afecto—. Deberías llevar a Rose a la fiesta de Marina. Es el domingo por la noche —titubeó un instante, algo avergonzado—. Porque vas a ir, ¿no?

Viktoria se quedó pensativa y comprendí que no era consciente de lo enamorado que él estaba de ella.

—Iré, pero... —se volvió hacia mí—. ¿Estarás todavía por aquí?

—No lo sé —le contesté con sinceridad—. Pero iré si todavía estoy aquí. ¿Qué clase de fiesta es?

—Marina es una amiga del instituto —me explicó Viktoria—. Solo nos vamos a reunir para montar una fiesta antes de volver.

—¿Al instituto? —pregunté, tonta de mí. No se me había ocurrido pensar que los dhampir de la zona también estarían escolarizados.

—Ahora estamos de vacaciones. Por Pascua —me explicó Nikolai.

—Ah —estábamos a finales de abril, pero no tenía ni idea de en qué semana caía la Pascua. Había perdido la noción del tiempo. Aún no había sido, con lo cual su instituto debía de tener las vacaciones la semana anterior a Pascua. St. Vladimir las tenía después—. ¿Dónde está vuestro instituto?

—A unas tres horas de aquí. Está aún más perdido que este pueblo —comentó Viktoria torciendo el gesto.

—Baia no está tan mal —repuso Nikolai, provocándola.

—Para ti es fácil decirlo. Tú acabarás yéndote y verás sitios nuevos y emocionantes.

—¿Tú no puedes? —le pregunté a Viktoria.

Frunció el ceño y, de repente, pareció sentirse incómoda.

—Bueno, podría... pero aquí no hacemos las cosas así. Al menos, en mi familia. Mi abuela tiene unas convicciones muy... profundas con respecto a los hombres y a las mujeres. Nikolai será un guardián, pero yo me quedaré aquí con mi familia.

Nikolai me miró de nuevo con un repentino interés.

—¿Tú eres una guardiana?

—Bueno... —respondí, y entonces fui yo la que se sintió incómoda.

Viktoria contestó antes de que me diese tiempo a pensar en algo que decir.

—Mató a dos strigoi a las afueras del pueblo. Ella sola.

Nikolai pareció impresionado.

—Sin duda, eres una guardiana.

—Bueno, no... Ya he matado antes, pero la verdad es que no he hecho el juramento.

Me di la vuelta y me levanté el pelo para mostrarles el cuello. Además de las habituales marcas *molnija*, también tenía el pequeño tatuaje con forma de estrella que indicaba que había participado en una batalla. Los dos soltaron una exclamación al unísono y Nikolai dijo algo en ruso. Dejé caer el pelo y me di la vuelta.

—¿Qué? —pregunté.

—No estás... —Viktoria se mordisqueó un labio mientras buscaba las palabras para lo que quería decir—. ¿Sometida a juramento? No conozco la expresión en tu idioma.

—¿Sometida a juramento? No, pero..., ¿aquí no están todas las mujeres así?

—Aunque no seamos guardianas, tenemos las marcas que indican que hemos completado nuestro entrenamiento. Pero no tenemos marcas de promesa. Que hayas matado tantos strigoi y no tengas lealtad hacia una escuela o hacia los guardianes... —Viktoria se encogió de hombros—. Lo llamamos «no estar sometido a juramento». Es algo raro.

—También es raro en el lugar de donde vengo —reconocí.

De hecho, en realidad era algo insólito. Tanto, que no existía un término para definirlo. No se hacía y punto.

—Será mejor que os deje —dijo Nikolai con su mirada enamorada de nuevo sobre Viktoria—. Pero te veo en la fiesta de Marina, ¿verdad? O quizá antes.

—Sí —le contestó ella.

Se despidieron en ruso y luego Nikolai se alejó correteando por la calle con la agilidad atlética y fácil que los guardianes adquirían a menudo con el entrenamiento. Me recordó un poco a Dimitri.

—Debo de haberlo asustado —comenté.

—No, le pareces muy interesante.

—No tan interesante como tú.

Viktoria arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Le gustas. Quiero decir, que le gustas mucho. ¿No lo ves?

—Ah, no. Solo somos amigos.

Me di cuenta por su actitud de que lo decía en serio. A ella no le interesaba en absoluto Nikolai. Qué pena. Era atractivo y simpático. Dejé el tema del pobre Nikolai y me puse a hablar de nuevo de los guardianes. Me sentía intrigada por los diferentes puntos de vista que tenían allí.

—Has dicho que no podías... pero que querías ser una guardiana.

Viktoria titubeó.

—Nunca me lo he planteado seriamente. Recibo el mismo entrenamiento en el instituto y me gusta saber defenderme. Pero preferiría utilizar ese conocimiento para proteger a mi familia y no a los moroi. Sé que suena... —se calló de nuevo para buscar la palabra adecuada—. ¿Sexista? Pero los hombres se convierten en guardianes y las mujeres se quedan en casa. Mi hermano fue el único que se marchó.

Estuve a punto de tropezar.

—¿Tu hermano? —pregunté tan desapasionadamente como pude.

—Dimitri. Es mayor que yo y ya lleva un tiempo haciendo de guardián. En realidad, se marchó a Estados Unidos. Hace mucho tiempo que no lo vemos.

—Ah.

Me sentía fatal, y muy culpable. Culpable porque les estaba ocultando la verdad a Viktoria y a los demás, y fatal porque, al parecer, nadie de la academia se había molestado en avisar a la familia de lo que había sucedido. Viktoria sonrió al evocar sus recuerdos y no se dio cuenta de mi cambio de ánimo.

—Paul es clavadito a Dimitri cuando tenía su edad. Tengo que enseñarte algunas fotos... y también algunas recientes. Dimitri es muy atractivo. Para ser mi hermano, ya me entiendes.

Tuve la convicción de que ver fotos de Dimitri de niño me destrozaría el corazón. De hecho, cuanto más hablaba Viktoria de él, peor me sentía. Ella no tenía ni idea de lo que había sucedido, y aunque habían pasado un par de años desde la última vez que lo habían visto, estaba claro que lo querían con locura. Tampoco debería asombrarme algo así. Además, ¿quién

no querría a Dimitri? Pasar con ellos una sola mañana me había mostrado lo unidos que estaban. Sabía por lo que Dimitri me había contado que él también estaba loco por su familia.

—¿Rose? ¿Te encuentras bien?

Viktoria me miró preocupada, probablemente porque yo no había abierto la boca durante los diez últimos minutos.

Habíamos caminado en círculo y ya casi estábamos en su casa de nuevo. Al mirarla, al ver su rostro amable y sincero y aquellos ojos tan parecidos a los de Dimitri, me di cuenta de que todavía tenía otra tarea por delante antes de empezar a perseguir a Dimitri, allá donde estuviese. Tragué saliva.

—Sí... Creo... creo que tengo que sentarme a hablar contigo y con el resto de la familia.

—Vale —me contestó, pero sin que la preocupación asomase a su voz.

Dentro de la casa, Olena estaba atareada en la cocina con Karolina. Creo que planificaban la cena de esa noche, algo sorprendente, ya que acabábamos de dar cuenta de un enorme desayuno. Sin duda, iban a terminar gustándome las comidas de la región. Paul estaba en el salón montando una complicada pista de carreras con piezas de Lego. Sentada en una mecedora, Yeva parecía la típica abuela, tejiendo un par de calcetines. La única diferencia era que, en general, las abuelas no eran capaces de incinerarte con solo mirarte.

Olena le hablaba a Karolina en ruso, pero cambió de idioma nada más verme.

—Habéis vuelto antes de lo que me esperaba.

—Hemos visto el pueblo —le respondió Viktoria—. Y... Rose quería hablar con nosotros, con todos.

Olena me miró con la misma expresión sorprendida y preocupada que Viktoria.

—¿Qué sucede?

El peso de las miradas de todos los Belikov presentes hizo que se me acelerase el corazón. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podía explicarles algo de lo que no había hablado desde unas semanas antes? No me sentía capaz de hacerles pasar —ni de hacerme pasar a mí— por aquello. Cuando Yeva se me acercó, la situación empeoró considerablemente. Quizá había intuido por medio de la magia que iba a pasar algo grave.

—Deberíamos sentarnos —les dije.

Paul se quedó en el salón y di gracias por ello. Estaba segura de que no sería capaz de decir lo que tenía que decir si me miraba un niño, y más un niño que se parecía tanto a Dimitri.

—Rose, ¿qué sucede? —me preguntó Olena.

Tenía un aspecto tan dulce y tan... maternal que casi me eché a llorar. Cuando me enfadaba con mi madre porque no estaba cerca de mí o no hacía lo que debía hacer, siempre la comparaba con la imagen idealizada que tenía de lo que debía ser una madre. Un ideal de madre que se parecía mucho a la de Dimitri. Las hermanas también estaban muy preocupadas, como si yo fuese alguien a quien conocían de toda la vida. Su aceptación y su preocupación hicieron que me escociesen aún más los ojos, ya que me habían visto por primera vez esa misma mañana. Sin embargo, el rostro de Yeva mostraba una expresión muy extraña, casi como si hubiese sospechado algo así desde el principio.

—Veréis... el motivo por el que he venido a Baia ha sido para conoceros.

Aquello no era del todo cierto. Había ido en busca de Dimitri. Jamás pensé en buscar a su familia, pero entonces me di cuenta de que hubiera sido una buena idea.

—Veréis, Viktoria estaba hablando de Dimitri hace un rato... —a Olena se le iluminó la cara al oír el nombre de su hijo—. Y yo... lo conocía. Bueno, lo conozco. Era un guardián en mi academia. En realidad, era mi profesor.

Karolina y Viktoria se alegraron al oírlo.

—¿Cómo está? —preguntó Karolina—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vimos. ¿Sabes cuándo vendrá a visitarnos?

Ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar responder a aquella pregunta, así que seguí hablando de lo que había sucedido antes de que me abandonasen las fuerzas ante todos aquellos rostros adorables. Las palabras salieron de mi boca como si las estuviera pronunciando otra persona y yo simplemente lo contemplara todo desde fuera.

—Hace un mes... los strigoi atacaron nuestra academia. Fue un ataque realmente grave. Era un grupo enorme de strigoi. Perdimos a mucha gente, tanto moroi como dhampir.

Olena soltó una exclamación en ruso. Viktoria se inclinó hacia mí.

—¿St. Vladimir?

Me callé un momento, sorprendida.

—¿Habéis oído hablar del ataque?

—Todo el mundo está al corriente —contestó Karolina—. Todos sabemos lo que ocurrió. ¿Era tu academia? ¿Estabas allí esa noche?

Hice un gesto de asentimiento.

—No me extraña que tengas tantas marcas *molnija* —musitó Viktoria, asombrada.

—¿Y Dimitri está allí ahora? —inquirió Olena—. No sabemos cuál ha sido el último puesto que le han asignado.

—Esto... sí —noté la lengua pastosa en la boca. No podía respirar—. Yo estaba en la academia la noche del ataque —dije para reafirmarme y continuar—. Dimitri también. Fue uno de nuestros líderes en la batalla... Y luchó... con mucha... con mucha valentía... y...

Me estaba desmoronando, pero llegados a ese punto, los demás empezaban a sospechar lo que había sucedido. Olena dio un grito ahogado y soltó una exclamación en ruso de la que solo entendí la palabra «Dios». Karolina se quedó inmóvil, pero Viktoria se inclinó hacia mí. Aquellos ojos, tan parecidos a los de su hermano, me miraron intensamente, tanto como si él mismo me estuviese urgiendo a decir la verdad, por desagradable que fuese.

—¿Qué sucedió? —preguntó—. ¿Qué le ocurrió a Dimitri?

Aparté la vista y miré en dirección al salón. En la pared que tenía enfrente vi una estantería llena de libros antiguos encuadernados en piel. Tenían el lomo cubierto de letras doradas. Fue cuestión de azar, pero de pronto recordé a Dimitri hablando de esos libros. «Eran las viejas novelas de aventuras que coleccionaba mi madre», me había contado en una ocasión. «Las portadas eran preciosas y a mí me encantaban. Si tenía cuidado, a veces mi madre me dejaba leerlas». La idea de un Dimitri joven sentado delante de la estantería, pasando las páginas con cuidado —y sabía que lo habría hecho con mucho cuidado—, casi me hizo desmoronarme. ¿Habría sido allí donde había desarrollado su gusto por las novelas del Oeste?

Me estaba dispersando. Me estaba distrayendo. No iba a ser capaz de decirles la verdad. Mis sentimientos comenzaban a ser demasiado fuertes, y se me agolpaban los recuerdos mientras intentaba con todas mis fuerzas pensar en algo, en cualquier cosa que no tuviese nada que ver con aquella terrible batalla.

Entonces volví a mirar a Yeva, y algo en la expresión inquietante y sabia de su rostro me animó a seguir. Tenía que hacerlo. Me volví hacia los demás.

—Luchó valientemente en la batalla y, después, ayudó a dirigir una misión de rescate para salvar a unos cuantos a los que habían capturado los strigoi. Ahí también luchó de un modo increíble, solo que...

Me callé de nuevo, y me di cuenta de que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Reviví la horrible escena de la cueva, cuando Dimitri ya estaba muy cerca de la libertad, antes de que los strigoi lo cazasen en el último momento. Negué con la cabeza para desterrar esa imagen y tomé aliento de nuevo. Tenía que acabar de contarlo. Se lo debía a su familia.

No había una forma suave de decirlo.

—Uno de los strigoi... pudo más que Dimitri.

Karolina hundió la cara en el hombro de su madre, y Olena no se esforzó en contener las lágrimas. Viktoria no estaba llorando, pero su cara se había quedado completamente inmóvil. Intentaba controlar las emociones por todos los medios, igual que hubiese hecho Dimitri. Me miró de hito en hito. Necesitaba saberlo con seguridad.

—Dimitri ha muerto —me dijo.

Fue una afirmación, no una pregunta, pero me miraba fijamente para que se lo confirmase. Me pregunté si habría revelado algo más, alguna pista de que aún quedaba algo por contar. O quizá solo necesitaba oír esas palabras cargadas de certeza. Momentáneamente pensé en la posibilidad de decirles que Dimitri había muerto. Es lo que les diría la academia, lo que les dirían los guardianes. Sería más fácil para ellas... pero, no sé por qué, no fui capaz de mentirles, ni aunque se tratase de una mentira que les sirviese de consuelo. Dimitri habría querido saber toda la verdad, y su familia también.

—No —dije, y durante un segundo la esperanza revivió en las caras de todas... hasta que volví a abrir la boca—: Dimitri es un strigoi.

Ocho

LAS reacciones entre las mujeres de la familia de Dimitri fueron de lo más variadas. Algunas se echaron a llorar; otras se quedaron aturdidas; y unas pocas, sobre todo Yeva y Viktoria, se limitaron a aceptar la noticia y a no mostrar sus emociones, igual que hubiera hecho Dimitri. Eso me alteró casi tanto como las lágrimas, ya que me recordó demasiado a él. De todas ellas, Sonya, que estaba embarazada y que apareció poco después de que les diese la noticia, fue la que tuvo la reacción física más intensa. Se marchó corriendo entre sollozos a su habitación y se negó a salir.

Sin embargo, Yeva y Olena no tardaron en ponerse manos a la obra. Comenzaron a hablar rápidamente en ruso; era evidente que estaban planificando algo. Hicieron unas cuantas llamadas telefónicas y mandaron a Viktoria a hacer algún recado. De repente, me pareció que era prescindible, así que me dediqué a vagar por la casa, procurando no estorbar.

Acabé observando con atención las estanterías en las que me había fijado antes, y pasé los dedos por los libros encuadernados en piel. Los títulos estaban en cirílico, pero eso no me importó. Tocarlos e imaginarme a Dimitri sosteniéndolos en las manos mientras los leía me hizo sentirme más cerca de él.

—¿Buscas alguna lectura relajante?

Sydney se me acercó y se puso a mi lado. No había estado presente cuando yo había dado la noticia, pero ya se había enterado.

—Muy relajante, porque no entiendo nada de lo que pone en ninguno —contesté. Señalé con un gesto discreto a los miembros de la familia, que seguían moviéndose arriba y abajo—. ¿Qué están haciendo?

—Están preparando el funeral de Dimitri —me explicó Sydney—. Bueno, su velatorio.

Fruncí el ceño.

—Pero si no está muerto...

—¡Calla! —susurró, interrumpiéndome con un gesto cortante y mirando a los demás mientras se afanaban a nuestro alrededor—. No digas eso.

—Pero es la verdad —repuse entre dientes.

Ella negó con la cabeza.

—Para ellos, no. En estos lugares... En estos pueblos... no existe un estado intermedio. Estás vivo o estás muerto. No van a reconocer que Dimitri es uno... uno de esos —fue incapaz de no mostrar su asco al decirlo —. A todos los efectos, para ellas Dimitri ha muerto. Le harán un funeral y seguirán adelante con sus vidas. Y tú deberías hacer lo mismo.

No me ofendí por su actitud brusca, porque sabía que no pretendía ofenderme. Solo era su modo de ser.

El problema era que, para mí, ese estado intermedio sí era muy real, y yo no podía seguir adelante con mi vida como si nada. Aún no.

—Rose... —dijo Sydney tras pasar unos segundos en silencio. No me miró a los ojos—. Lo siento.

—¿Te refieres a Dimitri?

—Sí... No tenía ni idea. No he sido muy amable contigo. No me voy a sentir mejor por tener que tratar con los de tu especie, pero vosotros seguís siendo... Bueno, no sois humanos, eso está claro, pero... no sé. Tenéis sentimientos, amáis y sufrís. Y mientras veníamos hacia aquí, te guardabas esa terrible noticia y yo no te lo puse fácil. Lo siento. Y también siento haber pensado tan mal de ti.

Al principio pensé que se refería a mi condición de ser malvado, pero luego lo entendí. Sydney había estado convencida todo el tiempo de que lo que yo quería realmente era convertirme en una prostituta de sangre, y ahora creía que mi único motivo había sido llevarle aquella noticia a la familia de Dimitri. No me molesté en sacarla de su error.

—Gracias, pero no tenías forma alguna de saberlo. Y, sinceramente, si yo hubiera estado en tu lugar... No sé. Probablemente habría actuado igual que tú.

—No —me contradijo—. No habrías hecho lo mismo. Tú eres amable con todo el mundo.

La miré incrédula.

—¿Es que has viajado con otra persona estos últimos días? Entre mis conocidos tengo una reputación de no ser siempre tan amable. Tengo una actitud chulesca, y lo sabes.

Sydney me sonrió.

—Sí, es verdad. Pero también dices lo que hay que decir a la gente cuando tienes que hacerlo. Decirle a la familia Belikov lo que les has dicho... Bueno, eso no es cualquier cosa. Digas lo que digas, eres capaz de

ser amable y salirte con la tuya para que la gente se sienta bien. Bueno, casi siempre.

Me quedé un tanto sorprendida. ¿Esa era la imagen que daba? A menudo me veía como alguien que está a la que salta, e intenté recordar cómo me había comportado con Sydney en los días anteriores. Era cierto que me había enfrentado mucho a ella, pero supuse que, comparada con los otros seres con los que nos habíamos encontrado, debía de haber sido bastante amable con ella.

—Bueno... gracias —contesté, sin saber muy bien qué decir.

—¿Has visto ya a Abe? En tu paseo por el pueblo.

—No —contesté, y me di cuenta de que me había olvidado de mi misterioso rescatador—. ¿Debería haberlo visto?

—Supuse que él te encontraría.

—¿Quién es? ¿Por qué vino a recogernos cuando le dijiste que estaba herida?

Sydney dudó unos instantes, y pensé que iba a guardar silencio de nuevo, algo muy propio de los alquimistas, pero después de echar un vistazo a su alrededor, me habló en voz baja.

—Abe no pertenece a ninguna familia real, pero es un tipo muy importante. Tampoco es ruso, pero pasa mucho tiempo en este país, siempre por negocios... tanto legales como ilegales, me parece. Tiene amistades con todos los moroi importantes, y la mitad de las veces parece tener bajo control también a los alquimistas. Sé que participa en el proceso de creación de nuestros tatuajes... pero sus negocios van mucho más allá de eso. Lo llamamos por un nombre sin que él lo sepa: *Zmey*.

—¿Cómo?

Apenas había oído la palabra. Había sonado como una especie de silbido. No era nada que hubiese oído antes. Sydney sonrió levemente al ver mi confusión.

—*Zmey* significa «serpiente» en ruso. Pero no se trata de cualquier tipo de serpiente —entornó los ojos mientras pensaba en una explicación mejor —. Es un término que se utiliza en muchos mitos. Algunas veces se refieren a serpientes gigantes a las que se tienen que enfrentar los héroes. También hay algunos cuentos sobre hechiceros que hacen magia con sangre de serpiente que reciben ese nombre. Y la serpiente del Jardín del Edén, la que hizo caer en el pecado a Eva, a esa también se la llama *zmey*.

Me estremecí. Vale, aquello era muy, muy raro, pero hizo que algunas piezas encajaran en su sitio. Se suponía que los alquimistas tenían conexiones con jefes y autoridades y, al parecer, Abe tenía mucha influencia.

—¿Fue Abe quien quiso que me acompañases a Baia? ¿Fue la razón por la que te hicieron venir los alquimistas?

Sydney se quedó callada de nuevo, y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Sí... Cuando hice aquella llamada esa noche en San Petersburgo me dijeron que te estaban buscando. Abe dio una serie de órdenes a través de los alquimistas para que me quedase contigo hasta que él se pudiera reunir con nosotras aquí. Por lo visto, te está buscando en nombre de otro.

Me quedé helada. Mis temores se habían visto confirmados. Había gente que me estaba buscando. Pero, ¿quién? Si Lissa hubiese iniciado una búsqueda, lo habría sabido al entrar en su cabeza. Tampoco pensaba que se tratase de Adrian, teniendo en cuenta la desesperación y la ignorancia con las que me preguntaba dónde estaba. Además, precisamente él parecía aceptar la necesidad que yo tenía de llevar a cabo aquella tarea.

Entonces, ¿quién me estaba buscando? ¿Y por qué motivo? Por lo visto, aquel Abe era un individuo de alto rango —aunque estuviera involucrado en algunos asuntos turbios—, alguien que muy bien podría estar relacionado con la reina o con alguien casi igual de importante. ¿Le habrían ordenado que me encontrase y que me llevase de vuelta? ¿O quizá, si teníamos en cuenta lo mucho que la reina me odiaba, le habían ordenado que se asegurase de que no volvía? ¿Me enfrentaba a un asesino? Estaba claro que Sydney hablaba de él con una extraña mezcla de miedo y de respeto.

—Quizá no quiera conocerlo —comenté.

—No creo que quiera hacerte daño. Verás, de haber querido hacerte algo malo, ya lo habría hecho. Pero ten cuidado; siempre está planeando varias cosas a la vez, y conoce suficientes secretos como para rivalizar con los alquimistas.

—Entonces, ¿no te fías de él?

Me dedicó una sonrisa triste mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Se te olvida que no me fío de ninguno de vosotros.

En cuanto se marchó, decidí salir para alejarme del dolor y de los preparativos. Me senté en el último peldaño del porche trasero y me quedé

mirando a Paul mientras jugaba. Estaba construyendo un fuerte para sus muñecos articulados. Aunque captaba la tristeza de su familia, le resultaba difícil sentirse demasiado afectado por la «muerte» de un tío al que solo había visto en un par de ocasiones. La noticia no significaba para él lo mismo que para los demás.

Disponía de mucho tiempo libre el resto del día, así que decidí comprobar rápidamente cómo estaba Lissa. No pude evitar sentir cierta curiosidad sobre cómo le habrían ido las cosas con Avery Lazar.

Aunque las intenciones de Lissa eran buenas, aún tenía un cierto reparo en comer con Avery. Aun así, le sorprendió agradablemente ver que Avery no desentonaba en absoluto y que embelesaba a Adrian y a Christian. Había que reconocer que a Adrian le embelesaba todo lo femenino. Christian fue más difícil de convencer, pero hasta a él empezó a caerle cada vez mejor, probablemente porque Avery no paró de meterse con Adrian. Cualquiera capaz de tomarle el pelo a Adrian se ganaba de entrada un puesto de honor en la lista de favoritos de Christian.

—A ver, explicadme una cosa —quiso saber Avery mientras enrollaba unos tallarines en el tenedor—. Os quedáis en la academia todo el día, ¿no? ¿Es que intentáis superar vuestra mala experiencia en el instituto?

—Yo no tengo nada que superar —le respondió Adrian con altivez—. Yo era el rey del instituto. Me adoraban y veneraban, aunque eso tampoco debería sorprenderle a nadie.

Christian, que estaba a su lado, casi se atragantó con la comida.

—Entonces, lo que intentas es revivir tus días de gloria. Todo ha ido cuesta abajo desde entonces, ¿no?

—Ni hablar —replicó Adrian—. Yo soy como el buen vino: mejoro con los años. Lo mejor aún está por llegar.

—Yo me cansaría enseguida —contestó Avery, que no pareció muy convencida de la analogía con el vino—. Ya estoy aburrida, y hasta me paso una parte del día ayudando a mi padre.

—Adrian se pasa casi todo el día durmiendo —comentó Lissa procurando no reírse—. Por eso no tiene que preocuparse de encontrar cosas que hacer.

—Oye, que me paso buena parte del tiempo ayudándote a ti a desentrañar los misterios del espíritu —le recordó Adrian.

Avery se inclinó hacia delante con un gesto de curiosidad.

—Entonces, ¿de verdad existe? He oído cosas sobre el espíritu... y de cómo sois capaces de curar a la gente.

Lissa tardó unos segundos en responder. No tenía muy claro si se acostumbraría a que la gente hablase de forma abierta sobre su magia.

—Entre otras cosas. Aún lo estamos descubriendo.

Adrian estaba más dispuesto que ella a hablar del tema, probablemente con la esperanza de impresionar a Avery, y enumeró algunos de los poderes del espíritu, como la lectura del aura y la coerción.

—Además, puedo visitar a la gente en sus sueños —añadió.

Christian levantó una mano.

—Para. Presiento que habrá un momento en que nos dirás que las mujeres ya sueñan contigo. Estoy comiendo, por favor.

—No iba a hablaros de eso —respondió Adrian, pero parecía que le habría gustado que esa broma se le hubiese ocurrido a él.

No pude evitar que me entrase la risa. Adrian era descarado y frívolo en público... pero en mis sueños me había mostrado su lado serio y preocupado. Era más complejo de lo que la gente se imaginaba.

Avery se había quedado helada.

—Vaya. Y yo que pensaba que practicar la magia aérea era guay. Parece que no es para tanto.

De pronto, una leve brisa le echó el pelo hacia atrás, como si estuviera posando para una sesión de fotos en traje de baño. Le mostró al grupo una de sus sonrisas deslumbrantes. Ya solo faltaba el fotógrafo.

El sonido del timbre hizo que todos se pusieran en pie. Christian se dio cuenta de que se había dejado los deberes en otra clase y se marchó corriendo para recuperarlos después de darle un beso de despedida a Lissa, faltaría más.

Adrian se despidió casi con la misma rapidez.

—Los profesores me miran mal si me quedo aquí una vez han empezado las clases —les hizo una reverencia a Lissa y a Avery—. Hasta otra, señoras.

Avery, a quien no le importaba lo más mínimo lo que pensasen los profesores, acompañó a Lissa hasta la siguiente clase con cara pensativa.

—Tú... sales con Christian, ¿no?

Vaya si salía con él. Si Avery hubiera visto la mitad de las cosas que yo les había visto hacer gracias al vínculo que me unía con Lissa, lo habría tenido claro.

Lissa se echó a reír.

—Sí. ¿Por qué?

Avery vaciló, y eso hizo que Lissa sintiera curiosidad.

—Pues... es que he oído que estabas con Adrian.

Lissa estuvo a punto de pararse en seco.

—¿Dónde has oído eso?

—En la Corte. La reina dice que está muy contenta de que seáis una pareja y que siempre estáis juntos.

Lissa soltó un gruñido.

—Eso es porque cada vez que voy a la Corte, lo invita a él también y luego nos encarga cosas para hacer los dos juntos. No lo hago queriendo... Bueno, no me malinterpretes. No me importa estar con él, pero si estamos siempre juntos es porque Tatiana nos obliga.

—Pero a ella parece que le caes bien. Habla de ti a todas horas, del tremendo potencial que tienes y de lo orgullosa que está de ti.

—Creo que está orgullosa de manipularme. Ir allí es un agobio. O bien pasa por alto que estoy saliendo con Christian, o aprovecha siempre que puede para insultarlo de algún modo.

La reina Tatiana, como tanta otra gente, era incapaz de perdonarles a los padres de Christian que se hubieran convertido en strigoi por voluntad propia.

—Lo siento —dijo Avery con aspecto de sentirse realmente mal—. No quería sacar un tema tan incómodo. Solo quería saber si Adrian estaba disponible, nada más.

Lissa no estaba enfadada con Avery. Su furia se dirigía hacia la reina, a su manera de dar por hecho que todo el mundo debía comportarse según quisiera ella y que debía hacer lo que a ella le viniera en gana. El mundo de los moroi se había regido por un rey o una reina desde el comienzo de los tiempos, y Lissa pensaba a veces que había llegado el momento de un cambio. Necesitaban un sistema en el que todo el mundo tuviera los mismos derechos, pertenecieran o no a una familia real. Los dhampir, también.

Cuanto más lo pensaba, más crecía su furia. La rabia y la frustración se le dispararon de un modo más propio de mí que de ella. A veces le daban ganas de ponerse a chillar, de plantarse delante de Tatiana y de decirle que se había acabado su acuerdo. Ninguna universidad se merecía tanto esfuerzo. Quizá hasta podría decirle a Tatiana que había llegado la hora de una revolución, de derrocar el régimen atrasado de los moroi y...

Lissa parpadeó y se quedó asombrada al comprobar que estaba temblando. ¿De dónde habían salido todas aquellas emociones? Una cosa era estar molesta con Tatiana, pero... ¿aquello? No había sufrido una rabia descontrolada como esa desde que había comenzado a utilizar el espíritu. Inspiró profundamente y se esforzó en usar alguna de las técnicas para calmarse que había aprendido para que Avery no se percatase de que había estado a punto de perder la chaveta.

—No soporto que la gente hable de mí, eso es todo —dijo Lissa por fin.

Avery no parecía haber notado la rabia momentánea de Lissa.

—Bueno, si así te sientes mejor, te diré que no todo el mundo piensa eso de ti. He conocido a una chica... ¿Mia? Sí, se llamaba así. Alguien que no pertenecía a la realeza —el tono desdeñoso de Avery sugería que tenía la misma actitud que muchos miembros de la realeza mostraban hacia los moroi «comunes»—. Se echó a reír ante la sugerencia de que tú y Adrian estabais saliendo. Dijo que era ridículo.

Lissa casi sonrió al oír aquello. Mia había sido rival de Lissa y una niña mimada egocéntrica, pero después de que los strigoi matasen a su madre, había cambiado y mostraba un carácter fuerte y decidido, y eso nos gustaba tanto a Lissa como a mí. Mia vivía en la Corte con su padre, donde se entrenaba en secreto para poder luchar contra los strigoi algún día.

—Ah. Ahí está Simon —dijo Avery de repente—. Tengo que irme.

Lissa miró al otro lado del pasillo y vio al ceñudo guardián de Avery. Quizá Simon no tenía un aspecto tan arisco como el de Reed, el hermano de Avery, pero seguía mostrando la misma actitud huraña y severa que le vio Lissa cuando lo conoció. Sin embargo, Avery parecía llevarse bien con él.

—Vale. Nos vemos luego —dijo Lissa.

—Ya te digo —le respondió Avery mientras se volvía.

—Esto... ¿Avery?

Ella se volvió de nuevo.

—¿Sí?

—Adrian está más que disponible.

La única respuesta de Avery fue una rápida sonrisa antes de echar a andar hacia Simon para reunirse con él.

Volví con los Belikov a Baia y vi que el funeral ya estaba en marcha. Los vecinos y los amigos, todos dhampir, fueron llegando poco a poco, y muchos traían comida. Fue mi primer atisbo de la comunidad dhampir,

aunque seguía sin parecerme tan misteriosa como me había sugerido Sydney. La cocina se convirtió en una sala de banquetes, y todas las mesas y las encimeras quedaron cubiertas de platos. Algunos tenían comidas que me resultaban familiares, y había muchos postres, galletas y pasteles cubiertos de nueces y con glaseados que parecían recién hechos. Algunos de los platos no los había visto jamás, y no estaba segura de si quería volver a verlos. En concreto, vi un cuenco lleno de unos repollos viscosos que procuré evitar a toda costa.

Sin embargo, antes de comer, todo el mundo salió y se reunió formando un semicírculo en el jardín. Era el único sitio en el que cabía tanta gente. En ese momento apareció un sacerdote humano. Eso me sorprendió, pero supuse que, al vivir en un pueblo humano, los dhampir acudirían a una iglesia humana, y para la mayoría de los humanos los dhampir tenían el mismo aspecto que ellos, por lo que el sacerdote sin duda pensaría que había acudido a una casa normal. Un puñado de moroi que se encontraban en el pueblo también asistieron, pero ellos también podían pasar más o menos por humanos, muy pálidos, si se mostraban discretos con los colmillos. Los humanos no esperan ver lo sobrenatural, por lo que sus mentes raras veces tienen en cuenta esa posibilidad, aun cuando la tienen delante de sus narices.

Todo el mundo se quedó callado. Ya se estaba poniendo el sol, que brillaba con su fuego naranja en el cielo, y las largas sombras caían sobre nosotros. El sacerdote celebró un servicio funerario en ruso canturreando con una voz que sonaba sobrenatural en el patio cada vez más oscuro.

Todas las ceremonias eclesiásticas a las que había asistido habían sido siempre en mi idioma, pero me di cuenta de que aquella me provocaba la misma emoción. A menudo, los allí reunidos se santiguaban. No conocía los momentos en los que debía hablar, así que me limité a observar y a esperar mientras dejaba que la quejumbrosa voz del sacerdote me llenase el alma. Mis sentimientos hacia Dimitri se revolvían en mi interior como una tormenta que creciese por momentos, y me tuve que esforzar en mantenerlos a raya, encerrados en mi corazón. Cuando terminó por fin el servicio religioso, la tensión sobrecogedora que había envuelto al grupo se disipó. La gente se movió de nuevo y se puso a abrazar a los miembros de la familia Belikov y a estrecharle la mano al sacerdote, quien se marchó poco después.

Lo siguiente fue ponerse a comer. Todo el mundo se llenó los platos y se sentó allí donde encontró sitio, ya fuera dentro de la casa o en el jardín. Ninguno de los invitados me conocía, y la familia de Dimitri estaba demasiado ocupada para atenderme, ya que se movían arriba y abajo para procurar que todo el mundo se sintiese a gusto. Sydney se quedó conmigo un buen rato y, aunque nuestra conversación fue superficial, me reconfortó su presencia. Nos sentamos en el suelo del salón, con la espalda apoyada en la pared junto a la estantería. Como siempre, ella apenas picoteó algo de la comida, lo que me hizo sonreír. Había algo relajante en ver aquella costumbre tan familiar.

Una vez acabada la cena, la gente siguió charlando en grupitos. No entendía nada, pero no dejaba de oír cómo pronunciaban su nombre. «Dimitri, Dimitri». Me recordó a los siseos incomprensibles que los fantasmas hacían durante sus apariciones. Era algo angustioso y asfixiante, y la fuerza de su nombre me oprimió el corazón. Pasado un rato, comenzó a ser insoportable. Sydney se había alejado de mí, así que salí de la casa para respirar un poco de aire fresco. Algunos habían encendido una pequeña hoguera en la parte trasera y estaban sentados alrededor, donde seguían hablando de Dimitri, así que salí al porche delantero.

Eché a andar por la calle, pero sin querer ir demasiado lejos. La noche era tibia y despejada, y las estrellas brillaban con fuerza en la negrura que se extendía sobre mí. Mis sentimientos estaban enmarañados y, al estar lejos de los demás, dejé que se desatasen y saliesen en forma de unas lágrimas silenciosas que me bajaron por las mejillas. Cuando ya estaba tan solo a un par de casas de distancia, me senté en un bordillo. Allí descansé y disfruté de la tranquilidad que me rodeaba. Sin embargo, esa paz no duró mucho. Mi agudo sentido del oído captó el sonido de unas voces procedentes de la casa de los Belikov. Aparecieron tres siluetas. Una de ellas era alta y delgada, un moroi, y las otras dos eran de dhampir. Me quedé mirándolos a los tres mientras se me acercaban, hasta que se detuvieron delante de mí. Me despreocupé por completo de las formalidades y me quedé sentada mirando hacia arriba, hacia los ojos oscuros del moroi. No reconocí a aquel grupo de entre la gente que había asistido a la ceremonia, pero sí que reconocí al moroi de alguna otra parte. Esbocé una sonrisilla irónica.

—Abe Mazur, supongo.

Nueve

—CREÍA que habías sido un sueño —le dije.

Los tres se quedaron de pie, aunque los dhampir se separaron un poco para crear una especie de formación defensiva alrededor del moroi. Abe era el rostro desconocido que había visto mientras me desmayaba y me despertaba después de mi enfrentamiento con los strigoi junto al granero. Era mayor que yo, más próximo a la edad de Olena. Era moreno, llevaba perilla y tenía la piel tan oscura como se podría esperar de un moroi. Si alguna vez habéis visto a una persona morena o de piel oscura enfermar y palidecer, os haréis una idea del color de su tez. Su piel mostraba un poco de pigmentación, pero ese tono estaba subrayado por una palidez intensa. Lo más sorprendente eran sus ropas. Llevaba puesto un abrigo largo oscuro que decía a gritos: «Soy muy caro», y lo complementaba con una bufanda roja de cachemira. Debajo del abrigo capté el brillo de una cadena de oro que hacía juego con el pendiente dorado que llevaba en una oreja. La primera impresión que me llevé con toda aquella extravagancia fue que era más propia de un pirata o de un chulo. Enseguida cambié de opinión. Algo en él me indicó que era el tipo de individuo que se dedica a ir por ahí rompiendo piernas para salirse con la suya.

—Un sueño, ¿eh? —me dijo el moroi con un leve atisbo de sonrisa—. No es algo que me digan muy a menudo. Bueno, quizá —se corrigió—. A veces aparezco en las pesadillas de las personas.

No era ni ruso ni estadounidense. No logré identificar su acento.

¿Estaba intentando impresionarme o intimidarme con su mala reputación? Sydney no parecía atemorizada al hablar de él, pero sí que había recelo en sus palabras.

—Bueno, supongo que ya sabes quién soy —le dije—. Así que ahora la pregunta es: ¿qué haces aquí?

—No —respondió, y su sonrisilla se endureció—. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?

Señalé con un gesto hacia la casa mientras procuraba mostrarme tranquila.

—Asistir a un funeral.

—No has venido a Rusia por eso.

—He venido a Rusia a decirle a los Belikov que Dimitri había muerto, porque vi que nadie se había preocupado de hacerlo.

Aquello se había convertido en una explicación muy práctica para explicar mi viaje por Rusia, pero cuando Abe me miró fijamente, un escalofrío me recorrió la espalda, muy similar al que había tenido cuando Yeva me miró por primera vez. Al igual que aquella vieja loca, él tampoco me creyó, y vi de nuevo el lado peligroso de su aparente carácter jovial.

Abe negó con la cabeza y, esta vez, su sonrisa desapareció por completo.

—Esa tampoco es la razón. No me mientas, niña.

Noté que se me erizaba el vello de la nuca.

—Y tú no me interrogues, viejo. Al menos hasta que estés dispuesto a decirme por qué tus secuaces y tú os arriesgasteis a recorrer esa carretera de noche para recogernos a Sydney y a mí.

Los dhampir de Abe se pusieron tensos al oír que lo llamaba «viejo», pero me sorprendí al ver que él volvía a sonreír... aunque su sonrisa no llegó a verse reflejada en sus ojos.

—Quizá solo estaba echando una mano.

—No es eso lo que he oído decir. Fuiste tú quien les dijo a los alquimistas que le ordenasen a Sydney acompañarme.

—Ah —levantó una ceja—. ¿Te lo ha dicho ella? Vaya... Eso ha estado muy mal por su parte. A sus superiores no va a gustarles. No va a gustarles nada de nada.

Maldita sea. Había hablado sin pensar. No quería causarle problemas a Sydney. Si Abe era de verdad una especie de padrino mafioso entre los moroi... ¿Cómo lo había llamado Sydney? *¿Zmey?* ¿La serpiente? Sin duda, hablaría con los alquimistas para que le hiciesen la vida imposible a Sydney.

—La obligué a decírmelo —le mentí—. La... la amenacé en el tren. No fue difícil. Ya me tenía un miedo tremendo.

—No lo dudo. Todos nos tienen miedo, obligados por siglos de tradiciones y escondidos detrás de sus cruces para protegerse, a pesar de los dones que les conceden sus tatuajes. En muchos sentidos, tienen las mismas ventajas que vosotros, los dhampir... sin ninguno de los problemas reproductores.

Levantó la mirada hacia las estrellas mientras hablaba, como si fuera una especie de filósofo que reflexionase sobre los misterios del universo.

Por alguna razón, aquello me puso aún más furiosa. Estaba tratando el tema como si no tuviera importancia, cuando era más que evidente que tenía pensado algo en secreto para mí. No me gustaba formar parte de los planes de nadie, y menos cuando no sabía en qué consistían.

—Vale, vale, estoy segura de que podríamos pasarnos la noche hablando de los alquimistas y de cómo los tienes controlados —repuse—. Pero sigo queriendo saber qué quieres tú de mí.

—Nada —se limitó a contestar.

—¿Nada? ¿Te has tomado la molestia de obligarme a venir con Sydney y de seguirme hasta aquí... para nada?

Bajó la mirada de las estrellas y vi un centelleo peligroso en sus ojos.

—No me interesas en absoluto. Tengo asuntos propios de los que ocuparme. He venido en nombre de otros que sí que tienen interés en ti.

Me puse tensa, y por fin noté un escalofrío de auténtico miedo por todo el cuerpo. Mierda. Sí que me estaban buscando. Pero, ¿quiénes? ¿Lissa? ¿Adrian? ¿Tatiana? Una vez más, pensar en esta última me puso nerviosa. Los otros dos me buscarían porque se preocupaban por mí. Pero Tatiana... Tatiana temía que fuera capaz de escaparme con Adrian. Una vez más pensé que si ella quería que me encontrasen, quizá era porque quería asegurarse de que no volvía. Abe me parecía el tipo de persona que podía hacer desaparecer a la gente.

—¿Y qué es lo que quieren esos otros? ¿Quieren que vuelva a casa? —pregunté, procurando no parecer asustada—. ¿Creías que podrías venir hasta aquí y llevarme de vuelta a rastras?

La sonrisa furtiva de Abe volvió a hacer acto de presencia.

—¿Tú crees que podría llevarte de vuelta a rastras?

—Bueno —dije, y solté un bufido burlón, una vez más, sin pensar en lo que hacía—. Tú seguro que no podrías. Estos tipos, sí. Bueno, a lo mejor. Quizá sería capaz de derrotarlos.

Abe se echó a reír en voz alta por primera vez. Fue una risa grave y retumbante y de lo más sincera.

—Estás a la altura de tu reputación de bravucona. Eres un encanto —genial. Abe probablemente disponía de un informe entero sobre mí. Probablemente hasta sabría lo que me gustaba desayunar—. Te ofrezco un trato. Dime qué haces aquí y yo te diré qué hago aquí.

—Ya te lo he dicho.

La sonrisa desapareció de inmediato. Dio un paso hacia donde yo estaba sentada y vi que sus guardianes se ponían tensos.

—Y yo ya te he dicho que no me mientas. Tienes una razón para estar aquí, y necesito saber cuál es.

—¿Rose? ¿Puedes venir, por favor?

La voz de Viktoria resonó cristalina en mitad de la noche desde la casa de los Belikov. Miré hacia atrás y la vi en el umbral. De repente, sentí la necesidad imperiosa de alejarme de Abe. Había algo letal bajo esa fachada jovial y llamativa, y no quería pasar ni un minuto más con él. Me puse en pie de un salto y eché a andar hacia la casa. Podría decirse que esperaba que sus guardianes se abalanzasen sobre mí para secuestrarme, a pesar de lo que me había dicho el propio Abe. Los dos individuos se quedaron inmóviles, pero sus ojos me observaron con atención. La sonrisa extravagante del moroi apareció de nuevo.

—Lo siento, pero no puedo quedarme a charlar —dije.

—No pasa nada —me respondió él con tono condescendiente—. Ya encontraremos otro momento.

—No lo creo —contesté. Él se echó a reír de nuevo, y me apresuré a entrar en la casa con Viktoria. No me sentí segura hasta que cerramos la puerta.

—No me gusta nada de nada ese tipo.

—¿Abe? Creía que era amigo tuyo —me dijo Viktoria.

—Qué va. Es una especie de mafioso, ¿no?

—Supongo —se limitó a decir, como si eso tampoco fuese tan importante—. Pero si estás aquí es gracias a él.

—Sí, ya sé que fue a por nosotras.

Viktoria negó con la cabeza.

—No, me refiero a aquí, aquí. Parece que mientras ibas en el coche no parabas de decir: «Belikov, Belikov». Abe supuso que nos conocías. Por eso te trajo a nuestra casa.

Aquello me resultó sorprendente. Estaba soñando con Dimitri, por lo que no era raro que dijese su apellido. Hasta ese momento, no tenía ni idea de cómo había acabado en aquella casa. Pensaba que se debía a que Olena tenía formación médica.

Luego Viktoria añadió algo que fue lo más asombroso de todo.

—Cuando se dio cuenta de que no te conocíamos, se mostró dispuesto a llevarte a otro lado, pero la abuela le dijo que debíamos alojarte en casa.

Supuse que habría tenido algún sueño en el que veía que vendrías a nosotras.

—¿Cómo? —¿La loca e inquietante Yeva que me odiaba?—. ¿Yeva soñó conmigo?

Viktoria asintió.

—Es un don que tiene. ¿Estás segura de que no conoces a Abe? Es demasiado importante como para estar aquí sin un buen motivo.

Olena se nos acercó presurosa antes de que tuviera tiempo de contestarle y me agarró del brazo.

—Te hemos estado buscando. ¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó a Viktoria.

—Abe estaba...

—No importa. Vamos. Todo el mundo está esperando.

—¿El qué? —pregunté mientras la dejaba que me arrastrara por la casa en dirección al jardín.

—Tenía que habértelo dicho yo —me explicó Viktoria mientras correteaba a mi lado—. Esta es la parte del duelo en el que todo el mundo se sienta y recuerda a Dimitri contando algo sobre él.

—Nadie le ha visto desde hace mucho. No sabemos lo que fue de él en los últimos tiempos —añadió Olena—. Necesitamos que tú nos lo cuentes.

Me sobresalté. ¿Yo? Me resistí a la idea, sobre todo cuando salimos al jardín y vi a todos los presentes alrededor de la hoguera. No conocía a ninguno. ¿Cómo podía hablar de Dimitri? ¿Cómo podía revelar que lo llevaba en mi corazón? Todo el mundo pareció fundirse en el mismo borrón, y creí que me iba a desmayar. Durante un segundo, nadie se dio cuenta de mi presencia. Karolina estaba hablando en ese momento, con su bebé en brazos. De vez en cuando se callaba, y los demás se echaban a reír. Viktoria se sentó sobre una manta extendida en el suelo y tiró de mí para que me sentase a su lado. Sydney se unió a nosotras poco después.

—¿Qué es lo que dice? —pregunté con un susurro.

Viktoria escuchó a su hermana durante unos cuantos segundos y luego se inclinó hacia mí.

—Está hablando de Dimitri, cuando era muy joven, de cómo les pedía a Karolina y a sus amigas que le dejasen jugar con ellas. Él tenía unos seis años, y ellas ocho, así que no querían —Viktoria se calló para escuchar la siguiente parte de la anécdota—. Al final, Karolina le dijo que podría jugar si aceptaba casarse con sus muñecas. Así que Karolina y sus amigas los

vistieron a él y a las muñecas una y otra vez y no dejaron de celebrar bodas. Dimitri se casó por lo menos diez veces.

No pude evitar echarme a reír al imaginarme al duro y atractivo Dimitri dejando que su hermana mayor lo disfrazase. Probablemente se tomase la ceremonia nupcial con la muñeca con la misma seriedad y el mismo estoicismo con el que se tomaba sus deberes como guardián.

Luego habló más gente, y me esforcé en escuchar la traducción. Todo lo que contaron fue sobre la bondad de Dimitri y su carácter tan fuerte. Aun cuando no estaba luchando contra los no muertos, siempre estaba ahí para ayudar a quienes lo necesitaban. Casi todo el mundo era capaz de recordar alguna ocasión en la que Dimitri había aparecido para ayudar a otros, en la que había dejado lo que tenía entre manos para hacer lo que debía hacer, incluso en aquellas situaciones en las que corría peligro. Eso no me sorprendió. Dimitri siempre hacía lo que debía hacer.

Y había sido esa actitud en la vida la que me había hecho amarlo tanto. Yo tenía un carácter parecido: también me lanzaba a ayudar a los demás, incluso en algunas ocasiones en las que no debía hacerlo. Hay quienes me han llamado loca, pero Dimitri me entendía. Siempre me comprendía, y una parte de lo que estuvimos trabajando fue el modo de atemperar con algo de prudencia y sensatez esa necesidad impulsiva de lanzarme de cabeza al peligro. Tenía la sensación de que nadie en este mundo me comprendería jamás como él.

No me di cuenta de lo mucho que estaba llorando hasta que vi que todo el mundo me miraba. Al principio pensé que me creían una chiflada por llorar, pero luego me percaté de que alguien me había hecho una pregunta.

—Quieren que les hables de los últimos días de Dimitri —me explicó Viktoria—. Cuéntanos algo. Lo que hizo. Cómo era.

Me sequé las lágrimas con la manga y aparté la mirada para centrarla en la hoguera. No era la primera vez que hablaba en público, pero en esta ocasión era diferente.

—No... no puedo —le dije a Viktoria en voz baja, entre jadeos—. No puedo hablar de él.

Ella me apretó la mano.

—Por favor. Necesitan saber cosas de él. Necesitan oír hablar de Dimitri. Cuéntales lo que quieras. ¿Cómo era?

—Era... era tu hermano. Tú lo sabes muy bien.

—Sí —me respondió ella con voz amable—. Pero queremos saber cómo era para ti.

Seguía mirando fijamente la hoguera, viendo cómo bailaban las llamas y cómo cambiaban de color, de naranja a azul.

—Era... era el mejor hombre que he conocido nunca —me callé un momento para recuperarme, y Viktoria aprovechó para traducir mis palabras al ruso—. Y era uno de los mejores guardianes. Era muy joven comparado con la mayoría, pero todo el mundo lo conocía. Todos estaban al corriente de su reputación, y mucha gente confiaba en él hasta el punto de pedirle consejo. Decían de él que era un dios. Y siempre que había algún peligro... o algún combate... él siempre era el primero en arriesgarse. Nunca retrocedía por miedo. Y hace un par de meses, cuando atacaron la academia...

Al llegar aquí, me atraganté un poco. Las Belikov me habían dicho que se habían enterado del ataque, que todo el mundo lo sabía. Por las caras de los presentes, supe que era cierto. No tenía que explicarles lo ocurrido esa noche, ni rememorar los horrores que había visto.

—Esa noche, Dimitri salió corriendo para enfrentarse a los strigoi —proseguí—. Estábamos juntos cuando nos dimos cuenta de que nos estaban atacando. Quise quedarme y ayudarle, pero no me dejó. Me ordenó que me fuese corriendo para avisar a los demás, y él se quedó atrás, sin saber a cuántos strigoi tendría que enfrentarse mientras yo iba en busca de ayuda. Sigo sin saber contra cuántos luchó, pero eran muchos... y acabó con todos sin ayuda de nadie.

Me atreví a levantar la vista para ver las caras que me rodeaban. Todos estaban tan quietos y callados que me pregunté si estarían respirando.

—Fue muy difícil —dije. Sin darme cuenta, había bajado la voz hasta hablar en susurros. Tuve que repetirlo en voz más alta—. Fue muy difícil. No quería dejarlo atrás, pero sabía que tenía que hacerlo. Me había enseñado muchas cosas, pero una de las lecciones más importantes que había aprendido era que teníamos que proteger a los demás. Mi deber era avisar a todos, aunque lo que yo quisiera fuese quedarme a su lado. Mi corazón no dejaba de decirme: «¡Date media vuelta, date media vuelta! ¡Vuelve con él!». Pero sabía lo que tenía que hacer, y también sabía que él lo hacía en parte para mantenerme a salvo. Si hubiéramos intercambiado nuestras situaciones... bueno, yo también le habría hecho salir corriendo.

Dejé escapar un suspiro, sorprendida de que hubiera revelado tanto de mis propios sentimientos. Volví a centrarme en lo sucedido.

—Dimitri no retrocedió ni siquiera cuando los demás guardianes se reunieron con él. Acabó con más strigoi que cualquier otro —en realidad, habíamos sido Christian y yo quienes más enemigos habíamos matado—. Fue... fue increíble.

Les conté el resto de la historia, que las Belikov ya conocían. Sin embargo, esta vez añadí unos cuantos detalles más. Conté de un modo vívido lo valiente y fiero que había sido. Las palabras me hicieron daño mientras las pronunciaba y, sin embargo... casi fue un alivio. Había mantenido demasiado guardados bajo llave los recuerdos de esa noche. Pero al final, tuve que contarles lo de la cueva, y eso... eso fue lo peor.

—Habíamos acorralado dentro de una cueva a los strigoi que huían. Tenía dos entradas, y atacamos por ambos lados. Algunos de los nuestros quedaron atrapados, y había más strigoi de los que nos esperábamos. Perdimos a gente... pero habríamos perdido a mucha más si Dimitri no hubiera estado allí. No quiso marcharse hasta que todo el mundo salió. No le importó poner en riesgo su propia vida. Solo sabía que tenía que salvar a los demás...

Había visto en su mirada esa determinación. Nuestro plan había sido retirarnos en cuanto todos estuviéramos fuera, pero yo tenía la sensación de que él prefería quedarse para matar a todos los strigoi que pudiera. Pero había seguido las órdenes, y comenzó a retirarse cuando los demás estaban a salvo. Y en esos momentos finales, justo antes de que el strigoi le mordiese, Dimitri me había mirado a los ojos con una expresión tan llena de amor que tuve la sensación de que toda la cueva se llenaba de luz. Su mirada me había dicho lo que habíamos hablado poco antes: «Podemos estar juntos, Rose. Pronto. Casi lo hemos conseguido. Y nada volverá a separarnos jamás...».

Pero esa parte no la mencioné. Cuando finalicé el resto del relato, las caras de los allí reunidos estaban tristes, pero llenas de asombro y de respeto. Vi que Abe y sus guardianes se encontraban en la parte posterior del pequeño grupo, y que también lo habían oído todo. Su expresión era indescifrable: dura, pero no enfadada ni amenazadora. Comenzaron a circular unas pequeñas copas entre los miembros del grupo y alguien me pasó una. Un dhampir al que no conocía, uno de los pocos hombres presentes, se puso en pie y alzó la copa. Habló en voz alta y con un tono

reverente, y oí que mencionaba el nombre de Dimitri varias veces. Cuando terminó, bebió un sorbo. Todos los demás le imitaron, así que yo también bebí.

Y casi me asfixié hasta morir.

Era un fuego en forma de líquido. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para tragármelo y no escupirlo sobre los que me rodeaban.

—¿Qué... qué es esto? —pregunté entre toses.

Viktoria sonrió.

—Vodka.

Miré el vaso.

—No, no es vodka. Ya he bebido vodka antes.

—No era vodka ruso.

Al parecer, no lo era. Me obligué a beberme el resto de la copa por respeto a Dimitri, aunque tenía la sensación de que si hubiese estado allí, me habría mirado negando con la cabeza en un gesto de desaprobación. Creía que ya me habría librado de hablar después de contar lo ocurrido, pero no fue así. Todo el mundo siguió haciéndome preguntas. Querían saber más sobre Dimitri y sobre cómo había sido la última parte de su vida. También querían saber cómo éramos como pareja. Todos parecían haber llegado a la conclusión de que Dimitri y yo estábamos enamorados, y no les importaba. Me preguntaron cómo nos habíamos conocido, cuánto tiempo habíamos pasado juntos...

Y, durante todo el tiempo, la gente siguió llenándome la copa. Decidí que no quería quedar como una boba de nuevo, así que no dejé de beber, hasta que por fin me pude tomar el vodka sin toser o escupir. Cuanto más bebía, más animado era lo que contaba, y lo hacía en voz más alta. Comenzaron a hormiguearme las extremidades, y una parte de mí sabía que probablemente aquello era mala idea. Bueno, vale, toda yo lo sabía.

Al final, la gente comenzó a marcharse. No tenía ni idea de qué hora era, pero creo que ya medianoche. Quizá más tarde. Yo también me puse en pie, pero descubrí que era mucho más difícil de lo que me esperaba. El mundo me daba vueltas y mi estómago no estaba muy contento que digamos. Alguien me agarró del brazo y me ayudó a mantenerme en pie.

—Tranquila. No te esfuerces demasiado —me dijo Sydney, quien me llevó poco a poco y con cuidado hacia la casa.

—Dios —gemí—. ¿Es que utilizan ese brebaje para disparar los cohetes?

—Nadie te obligó a seguir bebiendo.

—Eh, no me sermonees. Además, tenía que ser amable.

—Claro —repuso ella.

Entramos en la casa y luego acometimos la misión imposible de subir las escaleras hasta la habitación que me había preparado Olena. Cada peldaño fue una agonía.

—Todos sabían de lo mío con Dimitri —dije mientras me preguntaba si hubiese dicho aquello estando sobria—. Pero yo nunca le dije a nadie que estábamos juntos.

—No hace falta. Lo llevas escrito en la cara.

—Se comportaron como si yo fuera la viuda o algo así.

—Porque es como si lo fueras —llegamos a mi habitación y me ayudó a sentarme en la cama—. Por aquí no hay mucha gente que se case. Si llevas con alguien el tiempo suficiente, consideran que es casi lo mismo.

Suspiré y miré a lo lejos sin enfocar nada en concreto.

—Lo echo mucho de menos.

—Lo siento.

—¿Dolerá menos?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa.

—No lo... no lo sé.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—No —dijo negando con la cabeza.

No estaba segura de si aquello era una suerte para ella o no. No estaba segura de si los días maravillosos que había pasado con Dimitri merecían la pena frente al dolor que sentía en esos momentos. Un instante después, sabía la verdad.

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo? —me preguntó Sydney.

Me di cuenta de que había dicho en voz alta lo que pensaba.

—Nada. Hablaba sola. Debería echarme a dormir.

—¿Necesitas algo más? ¿Vas a vomitar?

Comprobé el estado de mi estómago revuelto.

—No, pero gracias.

—Vale.

Y con su típica brusquedad, se marchó tras apagar las luces y cerrar la puerta.

Me esperaba desmayarme casi al instante. Sinceramente, quería perder el conocimiento. Mi corazón había dejado al descubierto demasiado de Dimitri esa noche, y quería que ese dolor desapareciera. Quería la negrura y el olvido. Pero quizá porque soy masoquista, mi corazón decidió rematar el asunto y desgarrarse por completo.

Fui a visitar a Lissa.

Diez

TODO el mundo congenió tan bien con Avery en la comida que el grupo se volvió a juntar esa noche y lo pasaron en grande. A la mañana siguiente, Lissa estaba pensando en eso cuando se sentó en clase de Inglés a primera hora. La noche anterior se habían quedado levantados y se habían escabullido después del toque de queda. Los recuerdos provocaron una sonrisa en la cara de Lissa al mismo tiempo que ocultaba un bostezo. No pude evitar sentirme un poco celosa. Sabía que Avery era la causa de la felicidad de Lissa y eso me molestaba un poco. Aun así... La nueva amistad que Lissa había hecho con Avery también me hacía sentir menos culpable por haberla dejado.

Lissa volvió a bostezar. Era difícil concentrarse en *La letra escarlata* mientras se luchaba contra una leve resaca. Avery parecía tener un suministro infinito de alcohol. Adrian se acostumbró instantáneamente, pero Lissa dudó un poco. Había dejado atrás sus días de fiestera hacía mucho tiempo, pero la noche anterior sucumbió al fin y bebió más vino de la cuenta. No era muy diferente a lo que me pasó a mí con el vodka. Qué ironía. Las dos nos pasamos un poco a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

De repente, un sonido agudo lo invadió todo. Lissa levantó la cabeza bruscamente, como todos los presentes en la clase. En un rincón del aula parpadeaba y aullaba una pequeña alarma de incendios en señal de advertencia. Naturalmente, algunos alumnos empezaron a dar vítores mientras que otros fingían estar asustados. Los demás solo se mostraban sorprendidos y estaban a la espera.

A la profesora de Lissa también le había pillado con la guardia baja y, tras una rápida evaluación, Lissa decidió que no se trataba de algo planeado de antemano. A los profesores normalmente les avisaban con antelación cuando iba a haber simulacros y la señora Malloy no tenía la expresión de hastío que se les pone a los profesores mientras se preguntan cuánto tiempo les va a quitar el simulacro a sus clases.

—Manos a la obra —dijo la señora Malloy asqueada, tomando su carpeta—. Ya sabéis adónde tenéis que ir —el procedimiento para los simulacros de incendio era algo bastante estandarizado.

Lissa siguió a los demás y se puso a la altura de Christian.

—¿Has planeado tú esto? —bromeó.

—No, pero me encantaría haberlo hecho. Esta clase me estaba matando.

—¿A ti? Yo tengo el peor dolor de cabeza de mi vida.

Él sonrió con complicidad.

—Que te sirva de lección, borracha.

Ella hizo una mueca por respuesta y le dio un puñetazo suave. Llegaron al punto de reunión de su clase, en las pistas de deportes, y se unieron a la fila que estaban intentando formar los demás. Llegó la señora Malloy y fue marcando las casillas de todo el mundo en los papeles que llevaba en la carpeta, satisfecha de que nadie se hubiera quedado atrás.

—No creo que esto estuviera planificado —dijo Lissa.

—Yo tampoco —respondió Christian—. Eso significa que, aunque no haya ningún incendio, vamos a tardar un rato en volver.

—Entonces, no tiene sentido quedarse aquí esperando, ¿no?

Christian y Lissa se giraron sorprendidos al oír la voz que había surgido detrás de ellos y vieron a Avery. Llevaba un vestido de punto morado y unos zapatos de tacón negros que parecían totalmente fuera de lugar sobre la hierba mojada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lissa—. Suponía que estarías en tu habitación.

—Estaba. Pero allí me aburro mucho... He venido para liberaros, chicos.

—¿Esto ha sido cosa tuya? —le preguntó Christian, un poco impresionado.

Avery se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, me aburría. Vámonos mientras todo sigue así de caótico.

Christian y Lissa intercambiaron miradas.

—Bueno... —empezó a decir Lissa lentamente—. Ya han hecho el registro de asistencia, así que...

—¡Daos prisa! —exclamó Avery. Su entusiasmo era contagioso y Lissa, en un arrebato de temeridad, salió corriendo detrás de ella, con Christian pisándole los talones. Con todos los alumnos pululando por allí, nadie se dio cuenta de que estaban cruzando el campus hasta que llegaron a

las habitaciones de los invitados. Simon estaba allí, apoyado contra la puerta. Lissa se puso tensa. Los habían pillado.

—¿Todo listo? —le preguntó Avery.

Simon, sin duda uno de esos tíos fuertes y silenciosos, asintió brevemente como única respuesta antes de separarse de la puerta. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se alejó caminando. Lissa se quedó mirando asombrada.

—¿Nos va a dejar irnos sin más? ¿Está metido en el ajo? —Simon no estaba en el campus como profesor, pero... eso no significaba necesariamente que fuera a dejar que los alumnos se escapasen de clase aprovechando un falso simulacro de incendio.

Avery sonrió con malicia mientras lo miraba alejarse.

—Llevamos juntos un tiempo —dijo—. Él tiene cosas mejores que hacer que ser nuestro canguro.

Ella los guio hacia el interior, pero en lugar de ir a su habitación, atajaron por una sección diferente del edificio y fueron a un lugar que yo conocía bien: la habitación de Adrian.

Avery llamó a la puerta.

—¡Oye, Ivashkov! Abre.

Lissa se tapó la boca con la mano para ahogar la risa.

—Se acabó el sigilo. Te va a oír todo el mundo.

—Necesito que me oiga él —respondió Avery.

Siguió aporreando la puerta y gritando hasta que finalmente Adrian respondió. Tenía el pelo de punta y ojeras. Había bebido el doble que Lissa la noche anterior.

—¿Qué...? —parpadeó—. ¿Vosotros no deberíais estar en clase? Ay, Dios. No he dormido tanto, ¿verdad?

—Déjanos entrar —dijo Avery abriéndose camino con un empujón—. Tienes aquí a unos refugiados que huyen de un incendio.

Se tiró en el sofá y se puso cómoda mientras él seguía mirándolos. Lissa y Christian se unieron a ella.

—Avery ha hecho saltar la alarma de incendios —explicó Lissa.

—Buen trabajo —dijo Adrian, dejándose caer en una silla blanda—. Pero, ¿por qué habéis venido aquí? ¿Es este el único lugar que no se está quemando?

Avery lo miró pestañeando con picardía.

—¿Es que no te alegras de vernos?

Él la miró especulativamente durante un momento.

—Siempre me alegro de veros.

Lissa siempre había sido muy reacia a hacer ese tipo de cosas, pero había algo en esta ocasión que la divertía. Era algo tan descabellado, tan tonto... Un respiro de las preocupaciones que la agobiaban últimamente.

—No tardarán mucho en descubrir lo que hemos hecho. Puede que ahora mismo ya estén haciendo entrar a todo el mundo.

—Puede —dijo Avery poniendo los pies en la mesa baja—. Pero sé de buena tinta que otra alarma va a saltar en la academia en cuanto abran las puertas.

—¿Y cómo vas a conseguir eso? —le preguntó Christian.

—Eso es alto secreto.

Adrian se frotó los ojos, claramente divertido por todo aquello, a pesar del brusco despertar que había tenido.

—No puedes estar activando alarmas de incendios todo el día, Lazar.

—También sé de buena tinta que cuando den el visto bueno a todo el mundo después de la segunda alarma, va a saltar una tercera.

Lissa soltó una carcajada provocada más por las reacciones de los chicos que por el anuncio de Avery. Christian, en algún arrebato de rebelión antisocial, había prendido fuego a gente. Y Adrian se pasaba la mayoría de los días borracho fumando un cigarro detrás de otro. Para que una niña de la alta sociedad como Avery consiguiera dejarlos atónitos, tenía que hacer algo bastante llamativo. Avery parecía encantada de haber superado sus expectativas.

—Si ya has acabado con el interrogatorio —dijo—, ¿es que no vas a ofrecerles a tus huéspedes algo de beber?

Adrian se levantó y bostezó.

—Vale, vale, chica insolente. Voy a hacer café.

—¿Con un toquecito? —preguntó ella, señalando con la cabeza el armario de las bebidas de Adrian.

—Tienes que estar de broma —dijo Christian—. Pero, ¿aún te queda hígado?

Avery se acercó al armario y asió una botella de algo. Se la tendió a Lissa.

—¿Te apuntas?

Hasta la rebeldía matinal de Lissa tenía sus límites. El dolor de cabeza provocado por el vino aún hacía que le retumbase la cabeza.

—Uf, no.

—Cobardes —repuso Avery, y se volvió otra vez hacia Adrian—. Bueno, señor Ivashkov, será mejor que ponga la cafetera. Me gusta tomarme un poco de café con el coñac.

No tardé en salir de la mente de Lissa y volví a la mía. Recuperé la oscuridad y los sueños ordinarios, pero duró poco, porque pronto unos golpes fuertes me hicieron recobrar bruscamente el conocimiento.

Abrí los ojos y un dolor profundo y desgarrador me llegó desde la parte de atrás de la cabeza; los efectos secundarios de ese vodka tóxico, sin duda. La resaca de Lissa no era nada comparada con la mía. Empecé a cerrar otra vez los ojos, deseando hundirme en el sueño para que curase lo peor del dolor. Pero volví a oír los golpes otra vez; esta vez eran más fuertes y mi cama temblaba violentamente. Alguien le estaba dando patadas.

Levanté los párpados, me volví y me encontré mirando los penetrantes ojos oscuros de Yeva. Si Sydney había conocido muchos dhampir como Yeva, era comprensible que creyese que los de nuestra raza éramos habitantes del infierno. Frunciendo los labios, Yeva le dio otra patada a la cama.

—¡Oye —grité—, que ya estoy despierta!

Yeva murmuró algo en ruso y Paul apareció detrás de ella y tradujo:

—Dice que no estarás despierta hasta que no salgas de la cama y te pongas de pie.

Y sin más aviso que ese, la vieja sádica volvió a darle patadas a la cama. Me erguí de un salto y el mundo empezó a girar a mi alrededor. Había dicho eso otras veces, pero esta vez giraba de verdad: no iba a volver a beber en mi vida. Nada bueno puede salir nunca de eso. Las mantas le resultaban terriblemente tentadoras a mi cuerpo agonizante, pero unas cuantas patadas más de las botas puntiagudas de Yeva hicieron que me levantara con rapidez.

—Vale, vale. ¿Ya estás contenta? Ya estoy en pie —la expresión de Yeva no cambió, pero al menos dejó de dar patadas. Me volví hacia Paul—. ¿Qué ocurre?

—La abuela dice que tienes que ir con ella.

—¿Adónde?

—Dice que no necesitas saberlo.

Empecé a decir que no tenía intención de seguir a esa vieja loca a ninguna parte, pero después de una mirada a su cara aterradora me lo pensé

mejor. Con esa cara no me habría extrañado que fuese capaz de convertir a las personas en sapos.

—Bien —claudiqué al fin—. Estaré lista para salir en cuanto me duche y me cambie.

Paul le tradujo mis palabras, pero Yeva negó con la cabeza y habló otra vez.

—Dice que no hay tiempo —explicó Paul—. Tenemos que irnos ya.

—¿Puedo al menos lavarme los dientes?

La vieja hizo esa pequeña concesión, pero no hubo forma de que me permitiese cambiarme de ropa. Tampoco pasaba nada. Cada paso que daba me hacía sentir más grogui y probablemente me habría caído redonda si hubiera tenido que hacer algo tan complicado como desvestirme para volver a vestirme. Además, mi ropa no olía mal; solo estaba arrugada porque había dormido con ella puesta.

Cuando bajé las escaleras vi que nadie más estaba levantado excepto Olena. Estaba fregando los platos que habían quedado de la noche anterior y pareció sorprendida al verme levantada. Ya éramos dos las sorprendidas.

—Es temprano para ti, ¿no? —preguntó.

Me volví y miré el reloj de la cocina. Di un respingo. Solo habían pasado cuatro horas desde que me había acostado.

—¡Dios mío! ¿Pero ha salido ya el sol?

Sorprendentemente, sí. Olena se ofreció a hacerme el desayuno, pero Yeva reiteró que el tiempo apremiaba. Mi estómago parecía que deseaba comer y al mismo tiempo no soportaba la comida, así que no podía decidir si en ese momento el ayuno era algo bueno o malo.

—No pasa nada —dije—. Vámonos ya y acabemos con esto cuanto antes.

Yeva fue al salón y volvió enseguida con una bolsa grande. Me la tendió, expectante. Me encogí de hombros y la agarré para colgármela del hombro. Tenía algo dentro, pero no pesaba mucho. La anciana salió de nuevo para ir a otra habitación y regresó con otro bolso grande. Me lo colgué del mismo hombro para equilibrar ambos bultos. Este último pesaba más, pero mi espalda no se quejó demasiado.

Cuando salió por tercera vez y volvió con una caja gigante, empecé a enfadarme.

—¿Pero esto qué es? —pregunté agarrando la caja. Parecía que estuviera llena de ladrillos.

—La abuela necesita que lleves esas cosas —me dijo Paul.

—Sí —respondí con los dientes apretados—. Eso lo he adivinado hace unos veinte kilos.

Yeva me dio otra caja más, que colocó encima de la anterior. No pesaba tanto como la primera, pero para entonces me daba bastante igual. Olena me dirigió una mirada de compasión, negó con la cabeza y volvió en silencio a sus platos, sin ganas de discutir con Yeva.

Luego, Yeva salió al exterior y yo la seguí obedientemente, tratando de sujetar bien las cajas mientras intentaba que las bolsas no se me cayesen del hombro. Era una carga muy pesada y mi cuerpo resacoso no quería llevarla, pero tenía bastante fuerza y pensé que no sería problema llegar al pueblo o a dondequiera que me estuviera llevando. Paul iba corriendo a mi lado, tal vez para hacerme saber si Yeva se encontraba algo por el camino con lo que también quería que cargase.

Parecía que la primavera estaba entrando a marchas forzadas en Siberia, mucho antes que en Montana. El cielo estaba despejado y el sol de la mañana calentaba las cosas sorprendentemente rápido. No era un tiempo veraniego, pero sí hacía suficiente calor para notarlo. Un moroi habría encontrado ese tiempo muy incómodo para pasear.

—¿Sabes tú adónde vamos? —le pregunté a Paul.

—No —respondió alegremente.

Para ser una persona tan vieja, Yeva era capaz de andar a buen paso, así que tuve que apresurarme para seguir su ritmo con mi carga. En algún momento miró hacia atrás y dijo algo que Paul tradujo como:

—Está un poco sorprendida de que no seas capaz de ir más rápido.

—Vaya, bueno, pues a mí me sorprende que nadie pueda ayudarme a llevar esto.

Él volvió a traducir.

—Dice que si eres una asesina de strigoi tan famosa, esto no debería ser un problema para ti.

Me sentí muy aliviada cuando vimos aparecer ante nuestros ojos el pueblo... pero pasamos de largo.

—Venga ya... —me quejé—. ¿Adónde demonios vamos?

Sin molestarse en mirar hacia atrás, donde yo estaba, Yeva volvió a hablar.

—La abuela dice que el tío Dimka no se quejaría tanto —tradujo Paul.

Nada de todo aquello era culpa de Paul; él solo era el mensajero. Pero cada vez que hablaba me daban ganas de darle una patada. Aun así seguí llevando mi carga y no volví a decir nada durante el resto de la caminata. Yeva tenía razón hasta cierto punto. Era verdad que yo era una cazadora de strigoi y que Dimitri nunca se habría quejado por los caprichos de esa anciana loca. Habría cumplido con su obligación pacientemente.

Intenté evocarlo mentalmente y sacar fuerzas de él. Pensé otra vez en aquel tiempo que habíamos pasado en la cabaña, en la sensación de sus labios sobre los míos y en el increíble olor de su piel al apretarme contra él. Podía oír su voz una vez más, murmurándome al oído que me quería, que era preciosa, que yo era la única... Pensar en él no me libró de la incomodidad de la caminata con Yeva, pero la hizo un poco más soportable.

Caminamos durante casi una hora más antes de llegar a una casita. En aquel momento estuve a punto de caerme redonda de puro alivio, empapada en sudor como estaba. La casa tenía una sola planta y estaba construida con simples tablas marrones gastadas. Pero las ventanas se hallaban rodeadas por tres de sus lados por unos postigos azules exquisitos y muy estilizados cubiertos por un diseño en blanco. Era el mismo uso del color para llamar la atención que había visto en los edificios de Moscú y San Petersburgo. Yeva llamó a la puerta. Al principio solo hubo silencio y yo sentí pánico al pensar que tendríamos que dar media vuelta y volver por donde habíamos venido.

Finalmente, una mujer abrió la puerta; era una mujer moroi. Tendría unos treinta años, era muy guapa, con los pómulos marcados y el pelo rubio rojizo. Soltó una exclamación de sorpresa al ver a Yeva, sonrió y la saludó en ruso. Nos miró a Paul y a mí, se apartó a un lado rápidamente y nos hizo un gesto para que entrásemos.

Empezó a hablar en inglés en cuanto se dio cuenta de que yo era estadounidense. Toda aquella gente bilingüe era asombrosa; no es algo que se vea muy a menudo en Estados Unidos. Señaló una mesa y me dijo que dejara todo lo que llevaba allí, y yo lo solté aliviada.

—Me llamo Oksana —me dijo estrechándome la mano—. Mi marido, Mark, está en el jardín y vendrá pronto.

—Yo soy Rose —respondí.

Oksana nos invitó a sentarnos en unas sillas. La mía era de madera y de respaldo recto, pero en ese momento a mí me pareció tan buena como una cama bien mullida. Suspiré de felicidad y me enjugué el sudor de la

frente. Mientras, Oksana empezó a desembalar las cosas que yo había llevado.

Las bolsas estaban llenas de sobras del funeral. La caja de arriba contenía unos cuantos platos y ollas que, según Paul, Oksana les había prestado hacía tiempo. Oksana llegó por fin a la caja de abajo e, increíblemente, esa caja estaba llena de ladrillos para el jardín.

—Esto tiene que ser una broma —exclamé. Desde el otro lado del salón Yeva me miró con aire de suficiencia.

Oksana estaba encantada con los regalos.

—Mark se alegrará mucho de que hayáis traído estas cosas —me sonrió—. Ha sido muy amable por tu parte cargar con todo esto hasta aquí.

—Encantada de ser de ayuda —respondí formalmente.

Se abrió la puerta de atrás y entró un hombre; Mark, lo más seguro. Era alto y de complexión robusta, y el pelo que empezaba a encanecerle indicaba que era mayor que Oksana. Se lavó las manos en el fregadero de la cocina y después volvió para hacernos compañía. Estuve a punto de soltar una exclamación cuando vi su cara y descubrí algo más extraño que la diferencia de edad. Era un dhampir. Durante un momento me pregunté si sería alguna otra persona y no su marido, Mark. Pero ese era el nombre que había utilizado Oksana para presentarle y entonces comprendí la verdad: una pareja de una moroi y un dhampir, casados. Seguro que surgían muchos romances entre nuestras dos razas pero, ¿casados? Eso era un gran escándalo en el mundo de los moroi.

Intenté no aparentar sorpresa y me comporté tan educadamente como pude. Oksana y Mark parecían muy interesados en mí, aunque ella fue la que habló más. Mark solamente me miraba con curiosidad. Yo llevaba el pelo suelto, así que mis tatuajes no podían revelar mi estado de no sometida a juramento. Tal vez solo se estaba preguntando cómo una chica americana había encontrado la forma de llegar hasta allí, en mitad de la nada. O quizá pensase que era una nueva incorporación al grupo de prostitutas de sangre.

Después de tomarme mi tercer vaso de agua, empecé a sentirme mejor. Era casi la hora a la que Oksana había dicho que comeríamos y mi estómago ya estaba preparado. Oksana y Mark se pusieron a preparar la comida juntos y rechazaron todos los ofrecimientos de ayuda.

Ver trabajar a la pareja era fascinante. Nunca había visto un equipo tan eficiente. Ninguno estorbaba al otro y no necesitaban hablar de lo que tenían que hacer a continuación; simplemente lo sabían. A pesar del lugar

tan remoto donde estábamos, el equipamiento de la cocina era moderno y Oksana metió un plato de guiso de patatas en el microondas. Mark le estaba dando la espalda mientras buscaba en la nevera, pero en cuanto ella le dio al botón de encendido, él dijo:

—No, no hace falta que lo pongas tanto tiempo.

Parpadeé por la sorpresa y miré alternativamente a uno y a otro. Él ni siquiera había visto el tiempo que ella había seleccionado. Entonces lo entendí.

—Tenéis un vínculo —exclamé.

Ambos me miraron con idéntica sorpresa.

—Sí. ¿No te lo ha dicho Yeva? —preguntó Oksana.

Le lancé una breve mirada a Yeva, que otra vez tenía esa expresión de autosuficiencia en la cara.

—No. Yeva no ha estado muy comunicativa esta mañana.

—Casi toda la gente de por aquí lo sabe —dijo Oksana volviendo a su trabajo.

—Entonces... tú utilizas el espíritu.

Eso hizo que Oksana se detuviera de nuevo. Ella y Mark intercambiaron miradas asombradas.

—Eso no es algo que sepa todo el mundo —dijo por fin.

—La mayoría de la gente piensa que tú no te has especializado, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

Porque así exactamente había sido con Lissa y conmigo. Las historias sobre los vínculos siempre habían existido en el folclore moroi, pero cómo se formaban los vínculos era un misterio. Siempre se había creído que era algo que «simplemente ocurría». Como Oksana, a Lissa siempre la habían considerado una moroi no especializada, es decir, sin ninguna habilidad especial con un elemento. Pero, por supuesto, nosotras sabíamos ahora que el vínculo solo se produce con personas que utilizan el espíritu cuando salvan la vida de otros.

Algo en la voz de Oksana me desveló que no le sorprendía del todo que yo lo supiera. No tenía ni idea de cómo podía haberse dado cuenta, pero estaba demasiado sorprendida por lo que acababa de descubrir para poder decir nada más. Lissa y yo nunca, jamás, habíamos conocido a otra pareja con un vínculo. Los únicos de los que sabíamos algo eran los legendarios Vladimir y Anna. Pero esas leyendas estaban sepultadas bajo siglos de

historia incompleta, y eso hacía distinguir la verdad de lo que no era más que ficción. Aparte de ellos, los únicos que conocíamos que tenían relación con el mundo del espíritu eran la señora Karp, una antigua profesora que se había vuelto loca, y Adrian. Hasta ahora él había sido nuestro mayor descubrimiento, alguien que utilizaba el espíritu y que estaba más o menos estable (dependiendo de cómo se mirase).

Cuando la comida estuvo lista, no volvimos a hablar del espíritu. Oksana llevó las riendas de la conversación, hablando de temas ligeros y pasando de un idioma a otro. La estudié mientras comía, y también a Mark, buscando algún signo de inestabilidad. No vi ninguno. Parecían personas perfectamente agradables, perfectamente normales. De no haber sabido lo que sabía, no habría tenido ninguna razón para sospechar nada. Oksana no parecía deprimida ni trastornada. Mark no había heredado esa terrible oscuridad que a veces hacía mella en mí.

Mi estómago agradeció la comida y lo que quedaba de mi dolor de cabeza desapareció. Pero en un cierto momento noté una sensación extraña. Era algo que desorientaba, una especie de cosquilleo en la cabeza y una ola de calor y después de frío helado que me atravesaba. La sensación desapareció tan rápido como había venido y yo quise creer que se trataba del último de los desgraciados efectos de aquel endemoniado vodka.

Terminamos de comer y me levanté de un salto para ayudar. Oksana negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Deberías ir con Mark.

—¿Cómo? —pregunté.

Él se limpió la cara con una servilleta y se levantó.

—Sí. Vamos al jardín.

Le seguí unos pasos y entonces me detuve para mirar a Yeva, esperando que me reprendiera por no ocuparme de los platos. Pero no encontré ni una mala cara, ni una mirada de desaprobación. Tenía una expresión... como si ya lo supiera. Casi expectante. Algo en ella hizo que un escalofrío me recorriese la espalda y recordé las palabras de Viktoria: Yeva había soñado con mi llegada.

El jardín al que me llevó Mark era mucho más grande de lo que me esperaba y estaba rodeado de una gruesa valla y bordeado de árboles. Estos estaban cubiertos de hojas nuevas que matizaban lo peor del calor. Muchos arbustos y flores ya habían florecido y por todas partes había brotes que iban camino de la madurez. Era precioso y me pregunté si Oksana habría

tenido algo que ver. Lissa era capaz de hacer crecer las plantas con el espíritu. Mark me señaló un banco de piedra. Nos sentamos el uno al lado del otro y se hizo el silencio.

—Bien —dijo él—. ¿Qué quieres saber?

—Vaya. No pierdes el tiempo.

—No tiene sentido. Seguro que tienes muchas preguntas. Haré todo lo que pueda para responderlas.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté—. Que también estoy bendecida por la sombra. Porque lo sabías, ¿verdad?

Él asintió.

—Yeva nos lo dijo.

Vale, eso era una sorpresa.

—¿Yeva?

—Ella puede percibir cosas... Cosas que el resto de nosotros no podemos percibir. Pero no siempre entiende lo que intuye. Solo sabía que percibía algo raro en ti y que solo lo había sentido con otra persona. Y por eso te trajo hasta mí.

—Podría haberme traído sin hacerme cargar con todas esas cosas para la casa.

Eso le hizo reír.

—No te lo tomes como algo personal. Te estaba poniendo a prueba. Quería saber si estabas a la altura de su nieto.

—¿Y qué importa? Está muerto —casi se me atragantaron las palabras.

—Cierto, pero para ella sigue siendo importante. Y, por cierto, cree que estás a la altura.

—Pues tiene una forma muy extraña de demostrarlo. Aparte de traerme a conoceros, supongo.

Volvió a reír.

—Aunque no nos lo hubiera dicho ella, Oksana lo habría sabido nada más conocerte. Estar bendecida por la sombra tiene cierto efecto sobre el aura.

—Así que también puede ver las auras —murmuré—. ¿Qué más puede hacer? Debe de ser capaz de curar o tú no estarías bendecido por la sombra. ¿Tiene el don de la coerción? ¿Puede caminar por los sueños?

Esto le pilló por sorpresa.

—Su poder de coerción es fuerte, sí... pero, ¿a qué te refieres con caminar por los sueños?

—A... si es capaz de entrar en la mente de otra persona cuando está dormida. La mente de cualquiera, no solo la tuya. En esos momentos pueden tener conversaciones, como si estuvieran juntos. Tengo un amigo que puede hacerlo.

La expresión de Mark me dejó claro que todo aquello le resultaba nuevo.

—¿Tu amiga? ¿Tu vinculada?

¿Vinculada? Nunca había oído ese término. Sonaba algo raro, pero tenía sentido.

—No... Otro que utiliza el espíritu.

—¿Otro? ¿Cuántos conoces?

—Tres, técnicamente. Bueno... con Oksana, cuatro.

Mark se giró hacia otro lado para mirar distraídamente un macizo de flores rosas.

—¡Cuántos! Es increíble. Yo solo he conocido a otra persona que utiliza el espíritu y eso fue hace años. Él también tenía un vínculo con su guardián. El guardián murió y eso lo dejó hecho polvo. Pero nos ayudó cuando Oksana y yo estábamos intentando averiguar cómo funcionaba todo esto.

Yo estaba siempre preparándome para mi propia muerte y temía la de Lissa, pero nunca se me había pasado por la cabeza cómo sería teniendo un vínculo. ¿Cómo afectaría eso a la otra persona? ¿Sería como tener un agujero en el sitio donde antes habías estado íntimamente vinculado con alguien?

—Él tampoco mencionó nunca eso de caminar por los sueños —prosiguió Mark. Volvió a reírse y le aparecieron unas simpáticas patas de gallo junto a sus ojos azules—. Creía que yo te iba a ayudar a ti, pero tal vez tú estés aquí para ayudarme a mí.

—No sé —respondí dubitativa—. Creo que vosotros tenéis más experiencia en esto que nosotras.

—¿Dónde está tu vinculada?

—En Estados Unidos —no tenía que dar explicaciones, pero no sé por qué sentía la necesidad de decirle toda la verdad—. Yo... la dejé.

Él frunció el ceño.

—La dejaste, ¿en qué sentido? ¿Te has ido lejos, o quieres decir que la has abandonado?

Abandonado. La palabra fue como un bofetón en la cara y, de pronto, la imagen del último día que la había visto, cuando la dejé llorando, lo llenó todo.

—Tenía cosas de las que ocuparme —le contesté evasiva.

—Sí, lo sé. Oksana me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado?

Dudó un momento.

—No debería haberlo hecho... Está intentando dejarlo.

—¿El qué? —pregunté, incómoda por razones que no podía explicar.

—Ella... bueno... Ha explorado tu mente. En la comida.

Volví a ese momento y recordé el cosquilleo en la cabeza y el calor que me llenaba el cuerpo.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—A alguien que utiliza el espíritu, el aura puede decirle cosas sobre la forma de ser de una determinada persona. Pero Oksana puede ir más allá, entrando y leyendo cierta información específica sobre la persona. A veces puede unir esa capacidad a la coerción... pero los resultados son muy, muy fuertes. Y malos. No está bien hacerle eso a alguien que no tiene un vínculo contigo.

Necesité un momento para procesar toda la información. Ni Lissa ni Adrian eran capaces de leer los pensamientos de los demás. Lo más cerca que Adrian podía estar de la mente de alguien era caminando por sus sueños. Lissa tampoco podía hacerlo, ni siquiera conmigo. Yo percibía lo que le pasaba a ella, pero eso no funcionaba en la otra dirección.

—Oksana ha percibido... no sé cómo explicarlo. Hay una cierta inquietud en ti. Estás inmersa en algún tipo de búsqueda. Tienes la palabra «venganza» escrita en toda tu alma —de repente acercó la mano y me levantó el pelo para mirarme el cuello—. Lo suponía. No estás sometida a juramento.

Aparté la cabeza bruscamente.

—¿Y por qué es tan importante eso? Ese pueblo de aquí al lado está lleno de dhampir que no son guardianes —seguía cayéndome bien Mark, pero que me dieran sermones siempre me ponía de los nervios.

—Sí, pero ellos han elegido formar una familia. Tú... y los demás como tú... os convertiréis en una especie de justicieros. Estás obsesionada con cazar strigoi tú sola, con arreglar personalmente todo lo malo que esa

raza ha hecho caer sobre nosotros. Eso solo puede traerte problemas. Lo veo muy a menudo.

—¿A menudo? —le pregunté sorprendida.

—¿Por qué crees que el número de guardianes está disminuyendo? Lo dejan para dedicarse a sus familias. O se van, como tú, para seguir luchando pero sin responder ante nadie... a menos que los contraten como guardaespaldas o cazadores de strigoi.

—Dhampir contratados... —de repente empecé a comprender cómo alguien que no pertenecía a la realeza como Abe había conseguido tener guardaespaldas. El dinero lo puede todo, supuse—. Nunca había oído hablar de nada de eso.

—Claro que no. ¿Crees que los moroi y los otros guardianes quieren que lo sepa todo el mundo? ¿Quieres que te lo muestren abiertamente y te lo presenten como una opción de futuro?

—No veo dónde está el problema con cazar strigoi. En lo que respecta a los strigoi, siempre estamos a la defensiva, nunca a la ofensiva. Tal vez si hubiese más dhampir siguiéndoles la pista, no supondrían un problema tan grande.

—Tal vez, pero hay diferentes formas de abordar eso, unas mejores que otras. Ir por ahí como tú, con un corazón lleno de dolor y venganza, no es una de las mejores. Eso te hace ser descuidada. Y la oscuridad de los bendecidos por la sombra no hará más que complicar las cosas.

Me crucé de brazos y me quedé mirando hacia delante, impávida.

—Sí, bueno, pero no puedo hacer gran cosa.

Se volvió hacia mí una vez más con una expresión de sorpresa.

—¿Por qué no le pides a tu vinculada que cure la oscuridad que hay en ti?

Once

ME quedé mirando a Mark durante varios segundos. Después conseguí preguntar estúpidamente:

—¿Has dicho... curar?

Mark me devolvió la mirada con idéntica sorpresa.

—Sí, claro. Ella puede curar otras cosas, ¿no? ¿Por qué no curar eso también?

—Porque... —dije con el ceño fruncido—. No tiene sentido. La oscuridad... todos los efectos negativos... Vienen de Lissa. Si ella pudiera curarlos, ¿por qué no se los cura a sí misma?

—Porque en ella están demasiado arraigados, demasiado unidos a su ser. No puede curarlos igual que otras cosas. Pero una vez que tú lo has extraído de tu vínculo, es como si fuera una enfermedad más.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Lo que sugería era tan ridículamente fácil... No, era ridículo y punto. No podía ser que, después de todo lo que habíamos pasado, Lissa ahora pudiera curar toda mi rabia y mi depresión igual que un resfriado o una pierna rota. Victor Dashkov, a pesar de sus intenciones malvadas, sabía muchísimas cosas sobre el espíritu y nos las había explicado; los otros cuatro elementos eran de una naturaleza más física, pero el espíritu venía de la mente y el alma. Utilizar toda esa energía mental para lograr cosas tan poderosas no podría hacerse sin sufrir unos efectos secundarios devastadores. Nosotras habíamos estado luchando con esos efectos desde el principio, primero Lissa y después yo. No podían desaparecer así como así.

—Si eso fuera posible —dije en voz baja— entonces todo el mundo lo haría. La señora Karp no habría perdido la cabeza. Anna no se habría suicidado. Lo que dices es demasiado fácil —Mark no sabía de quién estaba hablando, pero eso no era relevante para lo que quería transmitirme.

—Tienes razón. Y no es nada fácil. Requiere un cuidadoso equilibrio, un círculo de confianza y de fuerza entre dos personas. A Oksana y a mí nos llevó mucho tiempo aprender... muchos años difíciles...

Su expresión se oscureció. Solo podía alcanzar a imaginarme cómo habían sido esos años. El breve tiempo con Lissa había sido bastante duro. Ellos habían tenido que vivir con eso mucho más tiempo que nosotras.

Seguro que había sido insoportable en algunos momentos. Lentamente, todavía sorprendida, me atreví a creer en sus palabras.

—¿Pero ahora estáis bien?

—Hum... —vi el destello de una sonrisa triste en sus labios—. Yo no diría que estamos perfectamente. Ella solo puede hacer lo que está en su mano, pero eso hace que la vida sea más soportable. Va espaciando las curaciones todo lo que puede mientras podemos soportarlo, porque se entrega demasiado. Son agotadoras y limitan sus poderes totales.

—¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros.

—Todavía puede hacer las otras cosas... las curaciones... la coerción... pero no al nivel que las haría si no estuviese siempre curándome a mí.

Mis esperanzas comenzaron a desvanecerse.

—Ah. Entonces... No podría. Yo no podría hacerle eso a Lissa.

—¿En comparación con lo que ella te está haciendo a ti? Rose, tengo la sensación de que ella te diría que es un trato justo.

Volví a pensar en nuestro último encuentro. Recordé cómo la había abandonado a pesar de sus súplicas. Pensé en lo mal que lo estaba pasando por mi ausencia, en cómo se había negado a curar a Dimitri cuando yo creía que aún había esperanza para él. Ambas nos habíamos portado mal la una con la otra.

Negué con la cabeza.

—No lo sé —dije con un hilo de voz—. No sé si pensaría eso.

Mark me miró largamente, pero no insistió. Levantó la vista hacia el sol, casi como si al verlo pudiese adivinar qué hora era. Seguramente podía. Al mirarlo, pensé que sería capaz de sobrevivir en plena naturaleza.

—Los otros se estarán preguntando qué nos habrá pasado. Antes de irnos... —metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo de plata pequeño y sencillo—. Aprender a curar lleva su tiempo. Lo que me preocupa ahora mismo es ese rollo justiciero que te traes. La oscuridad no hará más que empeorarlo todo. Toma esto.

Me tendió el anillo. Vacilé, pero al final lo tomé en mis manos.

—¿Qué es?

—Oksana lo ha infundido con el espíritu. Es un amuleto con un hechizo curativo.

Una vez más me quedé asombrada. Los moroi hechizaban objetos con los elementos constantemente. Las estacas estaban hechizadas con los

cuatro elementos físicos, y eso las hacía letales para los strigoi. Victor había hechizado un collar con la magia de la tierra, utilizando la naturaleza básica de la tierra para convertir el collar en un hechizo de lujuria. Hasta el tatuaje de Sydney era un tipo de hechizo. Supuse que no había razón para que el espíritu no pudiera hechizar objetos también, pero nunca se me había ocurrido, probablemente porque los poderes de Lissa eran todavía demasiado nuevos y extraños.

—¿Qué hace? Quiero decir, ¿para qué tipo de curación sirve?

—Te ayudará con tus cambios de humor. No puede librarte de ellos, pero los mejorará... Te ayudará a pensar con más claridad. Puede que incluso evite que te metas en líos. Oksana hace estas cosas para mí, para ayudarme entre una curación y la siguiente —empecé a ponérmelo en el dedo, pero él negó con la cabeza—. Guárdalo para cuando estés totalmente fuera de control. La magia no dura para siempre. Va desapareciendo poco a poco, como cualquier otro hechizo.

Clavé la vista en el anillo y mentalmente empecé a abrirme a toda clase de nuevas posibilidades. Después me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

Paul sacó la cabeza por la puerta trasera.

—La abuela quiere irse ya —dijo—. Quiere saber por qué tardas tanto y dice que te pregunte por qué haces esperar a una persona tan anciana como ella que sufre de la espalda.

Recordé la rapidez con la que caminaba Yeva mientras yo sufría con la carga. En ese momento no me pareció que tuviera mal la espalda... Pero de nuevo recordé que Paul solo era el mensajero, así que me guardé mi comentario.

—Vale. Ahora mismo voy —cuando se fue, negué con la cabeza—. Es difícil estar a la altura —me encaminé a la puerta, pero me volví para mirar a Mark cuando algo se me pasó por la cabeza—. Me estás diciendo que ir por tu cuenta es malo... pero tú tampoco eres un guardián.

Volvió a sonreír con una de esas sonrisas tristes e irónicas.

—Lo era. Pero Oksana me salvó la vida. Quedamos unidos por el vínculo y con el tiempo nos enamoramos. Después de eso no podía soportar estar separado de ella y los guardianes me habrían asignado a alguna otra parte. Tuve que dejarlo.

—¿Fue difícil?

—Mucho. Y nuestra diferencia de edad lo hizo todavía más escandaloso.

Un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo. Mark y Oksana eran la personificación de las dos mitades de mi vida: luchaban contra un vínculo bendecido por la sombra como Lissa y yo y también se enfrentaban, igual que Dimitri y yo, a la condena pública por su relación.

—Pero —prosiguió Mark— a veces tenemos que escuchar a nuestros corazones. Y aunque lo dejé, no voy por ahí persiguiendo strigoi incansablemente. Soy un viejo que vive con la mujer a la que quiere y se ocupa de su jardín. Hay una diferencia; no lo olvides.

La cabeza no dejó de darme vueltas durante el camino de regreso a casa de los Belikov. Sin los ladrillos, el camino era mucho más fácil y me dio tiempo a pensar en las palabras de Mark. Sentía que me había proporcionado la información de toda una vida en una hora de conversación.

Olena estaba en casa e iba de un lado a otro haciendo las tareas normales del hogar. Aunque a mí personalmente no me gustaría pasarme la vida cocinando y limpiando, tuve que reconocer que había algo tranquilizador en tener siempre a una persona dedicada a ocuparse de las cosas cotidianas. Sabía que era algo egoísta por mi parte, igual que sabía que mi madre estaba haciendo cosas importantes con su vida y por eso no debía juzgarla. Aun así, tener a Olena tratándome como a una hija cuando apenas me conocía me hacía sentir querida y cuidada.

—¿Tienes hambre? —me preguntó automáticamente. Creo que uno de los mayores miedos de su vida era que hubiera en su casa alguien pasando hambre. La perpetua falta de apetito de Sydney era una preocupación constante para Olena.

Oculté una sonrisa.

—No, hemos comido en casa de Mark y Oksana.

—Ah, ¿es ahí adonde fuisteis? Son buena gente.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté. La casa se hallaba extrañamente silenciosa.

—Sonya y Karolina están trabajando. Viktoria ha ido a casa de una amiga, pero se alegrará de que hayas vuelto.

—¿Y Sydney?

—Se ha marchado hace un rato. Me ha dicho que volvía a San Petersburgo.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Se ha marchado? ¿Así, sin más? —Sydney tenía una naturaleza impulsiva, pero aquello era algo inesperado incluso para mí.

—Los alquimistas... siempre están en movimiento —Olena me tendió un trozo de papel—. Te ha dejado esto.

Así la nota y la abrí inmediatamente. La letra de Sydney era clara y precisa. No sé por qué, pero no me sorprendió.

Rose:

Siento haber tenido que irme tan rápido, pero cuando los alquimistas me dicen que salte... pues salto. He hecho autoestop hasta aquel pueblo de granjeros en el que nos quedamos para recoger el Huracán Rojo y después me voy para San Petersburgo. Parece que ahora que ya te he llevado hasta Baia, no necesitan que me quede allí más tiempo.

Ojalá pudiera contarte más cosas sobre Abe y sobre lo que quiere de ti. Aunque me lo permitieran, tampoco hay mucho que decir. En algunos aspectos me resulta tan misterioso como a ti. Como ya te dije, buena parte de sus negocios son ilegales, tanto para los humanos como para los moroi. Solo tiene relación directa con la gente por asuntos de negocios (o en casos muy, muy especiales). Creo que tú eres uno de esos casos y, aunque no pienso que vaya a hacerte daño, puede que quiera utilizarte para sus propósitos particulares. Es posible que sea algo tan sencillo como que quiera contratarte como guardaespaldas, porque sabe que vas por libre. Tal vez quiera utilizarte para llegar a otros. O que todo esto sea parte del plan de otro, de alguien que es aún más misterioso que él. Quizá le está haciendo un favor a alguien. Zmey puede ser peligroso o indulgente, todo depende de lo que necesite conseguir.

Nunca creí que una dhampir me iba a importar tanto como para llegar a decirle esto, pero ten cuidado. No sé cuáles son tus planes ahora, pero tengo la sensación de que los problemas te persiguen. Llámame si necesitas ayuda, pero si vuelves a las grandes ciudades a cazar strigoi, ¡no dejes más cadáveres por ahí tirados!

Te deseo lo mejor,

Sydney

PD: «El Huracán Rojo» es el nombre que le he puesto al coche.

PD2: Aunque ahora me caigas bien, no he dejado de pensar que eres una criatura demoníaca de la noche. Es lo que eres.

Había escrito el número de su teléfono móvil al final y no pude evitar sonreír. Como llegamos a Baia en coche con Abe y sus guardianes, Sydney tuvo que dejar atrás el suyo, algo que la traumatizó casi tanto como los strigoi. Esperaba que los alquimistas le permitiesen quedárselo. Negué con la cabeza porque me parecía divertido, a pesar de sus advertencias sobre Abe. El Huracán Rojo...

Cuando me dispuse a subir las escaleras hacia mi habitación, la sonrisa desapareció. A pesar de su actitud brusca, iba a echar de menos a Sydney. Puede que no fuera exactamente una amiga (¿o sí?), pero en ese breve tiempo había empezado a considerarla una constante en mi vida. Y ya no me quedaban muchas de esas. Me sentía a la deriva, sin saber qué hacer. Había llegado hasta allí para darle paz a Dimitri y lo único que había conseguido era provocarle dolor a su familia. Y si lo que todos decían era cierto, no iba a encontrar muchos strigoi en Baia. No podía imaginarme a Dimitri vagando por las carreteras y entre las granjas en busca de una presa ocasional. Incluso como strigoi —y me mataba solo el hecho de pensar esas palabras—, Dimitri tendría un propósito. Si no había vuelto a los paisajes familiares de su ciudad natal, entonces estaría haciendo alguna otra cosa coherente —todo lo coherente que pudiera, teniendo en cuenta que era un strigoi—. Lo que decía Sydney en la nota solo confirmaba lo que no hacía más que oír una y otra vez: los strigoi estaban en las ciudades. Pero, ¿en cuáles? ¿Adónde iría Dimitri?

Ahora era yo la que no tenía un propósito. No podía dejar de oír las palabras de Mark en mi cabeza. ¿Realmente me había embarcado en una descabellada misión de justiciera? ¿Estaba corriendo hacia la muerte como una estúpida? ¿O estaba corriendo como una estúpida... hacia nada? ¿Estaba condenada a pasar el resto de mis días vagando? ¿Sola?

Sentada en la cama sentí que mi estado de ánimo caía en picado y supe que tenía que distraerme. Ya estaría demasiado susceptible ante las emociones oscuras mientras Lissa utilizase el espíritu; no hacía falta que yo contribuyese a empeorarlo. Me puse el anillo que Mark me había dado con la esperanza de que me trajese un poco de claridad y de calma. Pero no noté ninguna diferencia y decidí buscar la paz en el mismo sitio donde lo hacía siempre: en la mente de Lissa.

Estaba con Adrian. Practicaban con el espíritu de nuevo. Después de unos cuantos baches iniciales, Adrian aprendía rápido el arte de la curación.

Ese había sido el primer poder en manifestarse en Lissa y siempre le irritaba ver que él avanzaba más en lo que ella le enseñaba que al revés.

—Me estoy quedando sin cosas que puedas curar —le dijo mi amiga colocando sobre la mesa unas plantitas en macetas—. A menos que empecemos a arrancar extremidades o algo así.

Adrian sonrió.

—Antes le tomaba el pelo a Rose con eso; le decía que la iba a impresionar curando amputados o alguna cosa así de absurda.

—Seguro que tenía una de sus respuestas de sabelotodo.

—Sí, sí, claro —tenía una expresión de cariño al recordar.

Siempre sentía una curiosidad insana cuando les oía hablar de mí... y a la vez me sentía mal por el dolor que parecía invocar mi nombre.

Lissa gruñó y se estiró sobre el suelo enmoquetado. Estaban en un salón de los dormitorios y el toque de queda se acercaba.

—Quiero hablar con ella, Adrian.

—No puedes —le dijo él. Había una seriedad inusual en su voz—. Sé que de vez en cuando conecta con tu mente para comprobar que todo va bien. Eso es lo más cerca que puedes estar de hablar con ella. Y bueno... así está bien. Puedes decirle cómo te sientes.

—Sí, pero quiero oír su respuesta, como tú cuando caminas por sus sueños.

Eso le hizo sonreír de nuevo.

—Sí que me da muchas contestaciones...

Lissa se incorporó.

—Hazlo ahora.

—¿Que haga qué?

—Caminar por sus sueños. Siempre intentas explicármelo, pero nunca te he visto hacerlo. Déjame observar.

Él se la quedó mirando fijamente, sin palabras.

—En plan mirona.

—¡Adrian! Quiero aprenderlo y ya hemos intentado todo lo demás. A veces cuando estoy cerca de ti puedo sentir tu magia. Hazlo, ¿vale?

Estuvo a punto de protestar de nuevo, pero se tragó su comentario después de estudiar su cara un momento. Sus palabras habían sido duras y exigentes, muy poco propias de ella.

—Está bien, lo intentaré.

La sola idea de que Adrian intentase entrar en mi cabeza mientras yo le estaba viendo a través de la cabeza de Lissa era, como mínimo, surrealista. No sabía qué esperar de él. Siempre me había preguntado si tenía que estar dormido, o al menos con los ojos cerrados. Aparentemente no. Simplemente se quedó contemplando la nada, con la mirada vacía, mientras su mente abandonaba el mundo que le rodeaba. A través de los ojos de Lissa pude ver parte de la magia que irradiaba y de su aura, y a ella intentando analizar cada partícula. Entonces, sin previo aviso, toda la magia desapareció. Él parpadeó y negó con la cabeza.

—Lo siento. No puedo.

—¿Por qué no?

—Seguramente porque estará despierta. ¿Has aprendido algo mirándome?

—Algo. Probablemente me habría sido más útil si hubieras establecido la conexión —Lissa volvía a tener un tono impertinente.

—Podría estar en cualquier parte del mundo, en cualquier franja horaria —sus palabras quedaron ahogadas por un bostezo—. Podemos probar en diferentes momentos del día. Otras veces he conectado con ella... Bueno, más o menos a esta hora. Pero a veces la encuentro muy pronto por la mañana.

—Entonces puede que esté cerca —dijo Lissa.

—O en un horario diurno humano en alguna otra parte del mundo.

El entusiasmo de Lissa se desvaneció.

—Claro. Eso también.

—¿Cómo es que nunca parece que estéis trabajando?

Christian entró en la habitación mirando divertido a Lissa sentada en el suelo y a Adrian tirado en el sofá. Detrás de Christian estaba alguien a quien no esperaba ver tan pronto. Adrian, que podía detectar a las mujeres a un kilómetro a la redonda, notó inmediatamente la presencia de la recién llegada.

—¿De dónde has sacado a esa niñita? —preguntó.

Christian le lanzó una mirada de advertencia a Adrian.

—Esta es Jill —Jill Mastrano dio un paso adelante con los ojos verde claro abiertos más allá de lo posible—. Jill, estos son Lissa y Adrian.

Jill era una de las últimas personas que esperaba ver allí. Yo la había conocido poco más de un mes antes. Estaba en noveno grado, así que pasaría al campus superior en otoño. Tenía la constitución delgadísima de la

mayoría de los moroi, pero iba unida a una estatura llamativa incluso para los estándares vampíricos. Eso la hacía parecer aún más delgada. El pelo, castaño claro, le caía en ondas hasta la mitad de la espalda y podría haber llegado a ser precioso si hubiese aprendido a peinárselo bien. Ahora parecía descuidado y, aunque ella era mona, la impresión general que daba era un poco rara.

—Ho... hola —dijo mirando alternativamente sus caras. Para ella, los que tenía delante eran celebridades moroi de primer nivel. Estuvo a punto de desmayarse al conocernos a Dimitri y a mí, debido a nuestras reputaciones. Por su expresión, debía de encontrarse en un estado similar ahora mismo.

—Jill quiere aprender a utilizar su poder para el bien y no para el mal —dijo Christian con un guiño exagerado. Era su manera de decir con rodeos que Jill quería aprender a luchar con su magia. Ya me había hablado de su interés y yo le había dicho que recurriese a Christian. Me alegró que hubiera tenido la valentía de seguir mi consejo. Christian era famoso en el campus también, aunque su fama no era buena.

—¿Otra recluta? —preguntó Lissa, negando con la cabeza—. ¿Crees que esta se quedará?

Jill miró a Christian sorprendida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Después del ataque, mucha gente dijo que quería aprender a luchar con la magia —explicó Christian—. Me buscaron y trabajamos juntos... una vez o dos. Después todos desaparecieron cuando las cosas se pusieron difíciles y se dieron cuenta de que era necesario practicar mucho.

—Tampoco ayudó mucho que tú fueras un profesor tan desagradable —señaló Lissa.

—Y por eso ahora buscas entre los niños... —añadió Adrian.

—Oye —exclamó Jill indignada—, que tengo catorce años —se ruborizó por haberle hablado tan bruscamente. A él eso le pareció divertido, como tantas otras cosas.

—Perdón —dijo—. ¿Cuál es tu elemento?

—El agua.

—El fuego y el agua, ¿eh? —Adrian metió la mano en el bolsillo, sacó un billete de cien dólares y lo estiró—. Mira, guapa, vamos a hacer un trato. Si puedes hacer que aparezca un cubo de agua y caiga sobre la cabeza de Christian, te doy el billete.

—Y yo te daré otros diez —rio Lissa.

Jill los miró asombrada, pero sospeché que era porque Adrian la había llamado «guapa». Nunca le prestaba atención a Adrian, por eso siempre me olvidaba de que, de hecho, estaba bastante bueno.

Christian tiró de Jill hacia la puerta.

—Tú ni caso. Solo están celosos porque los que son capaces de utilizar el espíritu no pueden ir a la batalla como nosotros —se arrodilló junto a Lissa en el suelo y le dio un beso breve—. Hemos estado practicando en el salón de arriba, pero ahora tengo que acompañarla de vuelta. Te veré mañana.

—No hace falta —dijo Jill—. Puedo volver sola. No quiero ser una molestia.

Adrian se levantó.

—No lo eres. Y si alguien va a dar un paso adelante y convertirse en un caballero andante, mejor que sea yo. Te acompaño y así dejamos a los tortolitos con sus cosas —le hizo una profunda reverencia a Jill—. ¿Vamos?

—Adrian... —dijo Lissa con un tono amenazante en la voz.

—Oh, vamos —respondió él poniendo los ojos en blanco—. Yo tengo que volver de todas formas. Vosotros no me servís de nada después del toque de queda. Y, por favor, tened un poco de confianza en mí. Hasta yo tengo mis límites.

Le lanzó a Lissa una mirada intensa que decía claramente que era una idiota por pensar que iba a intentar ligar con Jill. Lissa le sostuvo la mirada unos momentos y se dio cuenta de que tenía razón. Adrian era un sinvergüenza a veces y nunca se había molestado en ocultar su interés por mí, pero acompañar a Jill seguro que no era parte de un gran plan de seducción. Solo estaba siendo amable.

—Está bien —concedió Lissa—. Te veré después. Encantada de conocerte, Jill.

—Igualmente —contestó Jill. Y se atrevió a sonreírle a Christian—. Gracias otra vez.

—Será mejor que aparezcas para la siguiente práctica —le advirtió él.

Adrian y Jill estaban saliendo justo cuando apareció Avery en el umbral.

—Hola, Adrian —Avery miró a Jill de arriba abajo—. ¿Quién es esta niñita?

—¿Os importaría dejar de llamarme así? —exclamó Jill.

Adrian señaló a Avery como si fuera a reprenderla.

—Calla. Ya hablaré contigo luego, Lazar.

—Eso espero —dijo ella con voz cantarina—. Dejaré mi puerta abierta.

Jill y Adrian se fueron y Avery se sentó junto a Lissa. Parecía lo bastante animada como para estar borracha, pero Lissa no olió el alcohol. Estaba aprendiendo que había una parte de Avery que siempre era vivaz y despreocupada, tanto si estaba borracha como si no.

—¿Acabas de invitar a Adrian a tu habitación? —le preguntó Lissa. Parecía que lo decía en broma, pero secretamente se estaba preguntando si había algo entre ellos. Bueno, ya éramos dos las que nos lo preguntábamos.

Avery se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez. A veces nos vamos por ahí cuando vosotros estáis durmiendo. No os vais a poner celosos, ¿verdad?

—No —rio Lissa—. Solo tenía curiosidad. Adrian es un buen tío.

—¿Ah, sí? —preguntó Christian—. Define «buen».

Avery levantó una mano y empezó a bajar dedos mientras enumeraba.

—Es tremendamente guapo, divertido, rico, es pariente de la reina...

—¿Ya has escogido tu vestido de novia? —le preguntó Lissa sin dejar de reír.

—Todavía no —respondió Avery—. Estoy probando el terreno. Supongo que podría ser otra muesca en el cinturón de Avery Lazar, pero Adrian es un poco difícil de interpretar.

—No quiero oírlo —dijo Christian.

—A veces actúa como esos tíos de «quiéreme y déjame», pero otras veces se descuelga y parece un romántico con el corazón roto —Lissa intercambió una mirada cómplice con Christian que Avery no detectó porque seguía hablando—. De todas formas, no he venido aquí para hablar de él. He venido para hablar de nosotros largándonos de aquí —Avery rodeó con un brazo a Lissa, que estuvo a punto de caerse.

—¿Largarnos de aquí? ¿Del dormitorio?

—No. De la academia. Nos vamos a pasar un fin de semana loco a la Corte Real.

—¿Cuándo? ¿Este fin de semana? —Lissa se sentía como si fuese tres pasos por detrás, y yo la comprendía—. ¿Por qué?

—Porque es Pascua. Y Su Majestad cree que sería «ideal» que pasaras las vacaciones con ella —el tono de Avery era grandilocuente y agudo—. Y

como yo he pasado un tiempo contigo, mi padre ha decidido que ahora me estoy portando bien...

—Pobre desgraciado ignorante —murmuró Christian.

—Y por eso me ha dado permiso para ir contigo —Avery miró a Christian—. Supongo que tú también puedes venir. La reina ha dicho que Lissa podía traer un invitado. Aparte de mí, claro.

Lissa miró la cara radiante de Avery, pero ella no compartía su entusiasmo.

—No me gusta ir a la Corte. Tatiana no para de hablar y de darme consejos que cree que son útiles para mí. Allí siempre estoy aburrida y triste —Lissa no añadió que hubo una época en que la Corte le parecía divertida: cuando yo iba con ella.

—Eso es porque no has ido conmigo todavía. ¡Va a ser un bombazo! Yo sé dónde está todo lo bueno. Y estoy segura de que Adrian también vendrá. Seguro que a él le abren las puertas de todos los sitios. ¡Qué bien, será como una cita doble!

Lissa empezó a convencerse poco a poco de que podía ser divertido. Ella y yo habíamos sido capaces de encontrar algo de lo «bueno» que se escondía bajo la superficie brillante de la vida de la Corte. Todas las visitas desde entonces habían sido como ella había descrito: todo muy serio y estirado. Pero esta vez, yendo con Christian y la salvaje y espontánea Avery... tenía potencial.

Hasta que Christian lo estropeó todo.

—No contéis conmigo —dijo—. Si solo puedes llevar a una persona, llévate a Jill.

—¿A quién? —preguntó Avery.

—A la niñita —explicó Lissa. Miró a Christian asombrada—. ¿Por qué demonios iba a llevar a Jill? ¡Pero si acabo de conocerla!

—Porque va en serio con lo de aprender a defenderse. Deberías presentársela a Mia. Ambas usan el agua.

—Vale —dijo Lissa, suspicaz—. ¿Y el hecho de que tú odies la Corte no tiene nada que ver?

—Bueno...

—¡Christian! —Lissa estaba empezando a enfadarse—. ¿Por qué no puedes hacer esto por mí?

—Porque odio la forma que tiene de mirarme la dichosa reina —contestó.

A Lissa no le pareció convincente el argumento.

—Sí, pero cuando nos graduemos, yo voy a vivir allí. Entonces tendrás que ir.

—Bueno, pero antes de eso prefiero no tener que ir.

La irritación de Lissa creció.

—Oh, ya veo cómo va esto. Yo tengo que soportar tu mierda todo el tiempo, pero tú no puedes hacer nada que no te guste por mí.

Avery los miró y se levantó.

—Os voy a dejar para que habléis de esto a solas. No me importa si viene Christian o esa chiquilla, siempre que vengas tú —miró fijamente a Lissa—. Tú vas a ir, ¿no?

—Sí, iré —si la negativa de Christian había servido para algo, había sido para animar a Lissa.

Avery sonrió.

—Genial. Me voy. Será mejor que vosotros os deis unos besitos y hagáis las paces cuando yo me haya ido.

Reed, el hermano de Avery, apareció de repente en el umbral.

—¿Estás lista? —le preguntó. Cada vez que hablaba, las palabras salían de su boca con un gruñido. Avery le lanzó a los demás una mirada triunfante.

—¿Veis? Mi galante hermano ha venido a acompañarme antes de que esas supervisoras de los dormitorios empiecen a gritarme que me vaya. Ahora Adrian tendrá que encontrar una forma nueva y emocionante de demostrar su caballerosidad.

Reed no parecía muy galante ni caballeroso, pero supongo que era un detalle por su parte acompañarla hasta su habitación. Y había elegido el momento perfecto para aparecer. Tal vez ella tenía razón y él no era tan malo como la gente siempre pensaba.

En cuanto Avery se fue, Lissa se volvió hacia Christian.

—¿Decías en serio eso de que me lleve a Jill en vez de a ti?

—Sí —contestó él. Intentó tumbarse en el regazo de Lissa, pero ella lo apartó—. Pero contaré los segundos hasta que vuelvas.

—No puedo creer que esto te parezca una broma.

—No me lo parece —dijo—. Mira, no quiero que te enfades, ¿vale? Pero, de verdad... es que no quiero tener que soportar todo ese ambiente de la Corte. Y será bueno para Jill —frunció el ceño—. No tienes nada contra ella, ¿verdad?

—Si ni siquiera la conozco... —replicó Lissa. Aún estaba enfadada. Más de lo que yo habría esperado; qué raro...

Christian le tomó las manos con expresión seria. Esos ojos azules que tanto quería atenuaron un poco su enfado.

—De verdad que no quiero disgustarte. Si es tan importante...

Al oírselo decir así, el enfado de Lissa se desvaneció. Era algo repentino, como si tuviera un interruptor.

—No, no. No me importa llevar a Jill. Pero no creo que sea bueno para ella ir por ahí con nosotros haciendo lo que sea que tiene Avery en la cabeza.

—Confíasela a Mia. Cuidará de ella durante el fin de semana.

Lissa asintió mientras se preguntaba por qué él estaba tan interesado en Jill.

—Está bien. Pero no estás haciendo esto porque no te cae bien Avery, ¿verdad?

—No, Avery me cae bien. Hace que sonrías más.

—Tú también me haces sonreír.

—Por eso he añadido el «más» —Christian besó suavemente la mano de Lissa—. Has estado muy triste desde que se fue Rose. Me alegro de que te lleves bien con otra persona. Quiero decir, aparte de mí, que ya sabes que puedes pedirme todo lo que necesites...

—Avery no es una sustituta de Rose —respondió Lissa rápidamente.

—Lo sé. Pero me recuerda a ella.

—¿Cómo? Pero si no tienen nada en común.

Christian se irguió para sentarse a su lado y apoyó la cara en el hombro de Lissa.

—Avery es como era Rose antes de que os fueseis.

Tanto Lissa como yo nos tomamos un momento para reflexionar sobre eso. ¿Tendría razón? Antes de que empezaran a manifestarse los poderes del espíritu de Lissa, la mayor parte del tiempo era yo la que tenía ideas descabelladas para pasárnoslo bien o meternos en líos. Pero, ¿realmente estaba tan pasada de rosca como parecía estar Avery a veces?

—Nunca habrá otra Rose —dijo Lissa tristemente.

—No —contestó Christian, y le dio un beso breve y tierno en la boca —. Pero habrá otras amigas.

Sabía que él tenía razón, pero no pude evitar sentir una punzada de celos. Ni preocuparme un poco. El breve momento de irritación de Lissa

había surgido de la nada. Comprendía que quisiera que Christian fuera con ella, pero su actitud había sido un poco dura. Y esa preocupación casi celosa por Jill tampoco era muy normal. Lissa no tenía razones para dudar de los sentimientos de Christian, y sobre todo no por alguien como Jill. El mal humor de Lissa me recordó mucho a mí en los viejos tiempos.

Seguramente solo estaba cansada, pero una especie de instinto —tal vez una parte del vínculo— me decía que algo iba mal. Fue una sensación fugaz, algo que no acabé de captar del todo, como agua que se me escurriera entre los dedos. Pero como mis instintos habían acertado hasta el momento, decidí que comprobaría más a menudo cómo estaba Lissa.

Doce

VISITAR la mente de Lissa me dejó con más preguntas que respuestas y como no tenía todavía un plan de acción, me quedé unos días más con los Belikov. Me adapté a su rutina cotidiana, de nuevo sorprendida por lo fácil que me resultaba. Intenté ser útil, ocuparme de las tareas que me dejaban hacer e incluso llegué a cuidar del bebé (algo con lo que no estaba del todo cómoda, teniendo en cuenta que la formación de guardiana no deja mucho tiempo para trabajos extraescolares como el de canguro). Yeva me observaba constantemente sin decir nada, pero siempre con expresión de desaprobación. No estaba segura de si quería que me fuese o si era la expresión que tenía normalmente. Sin embargo, los demás no cuestionaban mi presencia. Estaban encantados de tenerme por allí y lo dejaban claro en todo lo que hacían. Viktoria se encontraba especialmente contenta.

—Ojalá pudieras volver al instituto con nosotras —dijo una noche. Habíamos pasado mucho tiempo juntas.

—¿Cuándo volvéis?

—El lunes, justo después de Pascua.

Sentí que me surgía una ligera tristeza. Tanto si seguía allí como si no, la iba a echar de menos.

—Oh, vaya. No sabía que fuese tan pronto.

Se hizo el silencio entre las dos; después me miró de soslayo.

—¿Has pensado...? Bueno, ¿se te ha pasado por la cabeza volver a St. Basil con nosotras?

La miré fijamente.

—¿St. Basil? ¿Tu instituto también lleva el nombre de un santo? —no todos eran así. Adrian había ido a un instituto en la costa este que se llamaba Alder.

—El nuestro es un santo humano —explicó con una sonrisa—. Podrías matricularte allí y cursar tu último año. Seguro que te aceptarían.

De todas las opciones descabelladas que se me habían pasado por la cabeza en ese viaje (y habían sido muchas), esa era una que no había contemplado. Había dejado la academia. Estaba bastante segura de que no quedaba nada más que pudiera aprender allí; bueno, después de conocer a Sydney y a Mark era obvio que sí quedaban algunas cosas. Pero teniendo en

cuenta lo que quería hacer con mi vida, no creía que otro semestre de Matemáticas y Ciencias me sirviera para nada. Y en lo que a formación como guardiana se refería, casi todo lo que me quedaba por hacer era prepararme para las pruebas de final de año. Y dudaba de que esas pruebas y desafíos se acercasen ni remotamente a lo que ya había experimentado con los strigoi.

Negué con la cabeza.

—Creo que no. Para mí se acabó el instituto. Además, todo sería en ruso.

—Te lo traducirían —una sonrisa traviesa le iluminó la cara—. Además, las patadas y los puñetazos no necesitan idioma —su sonrisa cambió a una expresión más reflexiva—. Pero hablando en serio... Si no vas a terminar el instituto y no vas a ser una guardiana... ¿por qué no te quedas aquí? En Baia. Podrías vivir con nosotros.

—No me voy a convertir en una prostituta de sangre —le dije de inmediato.

Una expresión extraña cruzó su cara.

—No quería decir eso.

—Perdón, no debería haberte contestado así —me sentí mal por el comentario que acababa de hacer. Aunque no dejaba de oír rumores sobre prostitutas de sangre en el pueblo, solo había visto una o dos y las mujeres Belikov no se contaban entre ellas. El embarazo de Sonya era un poco misterioso, pero su trabajo en una farmacia no parecía nada sórdido. Había averiguado algo más sobre la situación de Karolina. El padre de sus hijos era un moroi con el que aparentemente tenía una conexión genuina. Ella no se había rebajado para estar con él y él no la había utilizado. Después de que naciera el bebé, los dos decidieron tomar caminos separados, pero fue una separación amistosa. Aparentemente, Karolina estaba saliendo con un guardián que iba por allí cuando libraba.

Las pocas prostitutas de sangre que había visto por el pueblo cumplían con el estereotipo. Su ropa y su maquillaje decían a gritos «sexo fácil». Los cardenales en el cuello demostraban que no tenían problemas en dejar que sus parejas bebieran su sangre durante el sexo, que era la cosa más rastrera que un dhampir podía hacer. Solo los humanos les daban sangre a los moroi. Mi raza, no. Permitirlo, sobre todo durante alguna actividad sexual, era, como he dicho, rastrero. Lo más sucio entre lo sucio.

—A mi madre le encantaría que te quedaras. Y podrías encontrar trabajo. Serías una más de la familia.

—No puedo ocupar el lugar de Dimitri, Viktoria —dije en voz baja.

Extendió la mano y me apretó la mía para tranquilizarme.

—Lo sé. Y nadie espera que lo hagas. Nos gustas por lo que eres, Rose. Que estés aquí es bueno. Hay una razón para que Dimka escogiera estar contigo. Tú encajas aquí.

Intenté imaginarme la vida que describía. Sonaba... fácil. Cómoda. Sin preocupaciones. Simplemente vivir con una familia que me quisiera, riendo y pasando el tiempo juntos cada noche. Podría vivir mi propia vida sin tener que perseguir a alguien constantemente. Tendría hermanas. No habría más peleas. Bueno, sí, pero solo para defenderme. Podría abandonar ese plan de matar a Dimitri, que sabía que me mataría también a mí, física o espiritualmente. Podía escoger el camino racional, dejarlo estar y aceptar las cosas como si estuviera muerto. Pero... si hacía eso, ¿por qué no volver a Montana? Con Lissa, a la academia.

—No lo sé —le dije a Viktoria al fin—. No sé lo que voy a hacer.

Era justo después de la cena y ella miró el reloj vacilante.

—No quiero dejarte porque no tenemos mucho más tiempo pero... he quedado con alguien dentro de poco.

—¿Con Nikolai? —bromeé.

Negó con la cabeza y yo intenté ocultar mi decepción. Le había visto unas cuantas veces y cada vez me caía mejor. Era una pena que Viktoria no sintiese nada por él. Pero ahora me pregunté si habría algo que lo impedía... o más bien alguien.

—Vamos, suéltalo —le pedí con una sonrisa—. ¿Quién es él?

Mantuvo la cara impasible, una buena imitación de la de Dimitri.

—Un amigo —dijo evasivamente. Pero me pareció ver una sonrisa en sus ojos.

—¿Alguien del instituto?

—No —suspiró—. Y ese es el problema. Lo voy a echar mucho de menos.

Su sonrisa desapareció.

—Ya veo.

—¡Oh! —exclamó avergonzada—. ¡Qué tonta! Mis problemas... no son nada comparados con los tuyos. Quiero decir, puede que no lo vea

durante un tiempo pero... volveré a verlo. Pero Dimitri se ha ido. Tú no volverás a verlo nunca.

Bueno, eso no era del todo cierto. Pero no se lo dije.

—Ya —contesté.

Para mi sorpresa, me dio un abrazo.

—Sé cómo es el amor. Perderlo... no sé. No sé qué decir. Todo lo que puedo decirte es que estamos aquí para lo que necesites. Todos, ¿sabes? No puedes sustituir a Dimitri, pero para nosotros eres como una hermana.

Que me llamara hermana me asombró y me sirvió de advertencia al mismo tiempo. Después de eso empezó a prepararse para su cita. Se cambió de ropa rápidamente, se maquilló —sin duda era más que un amigo— y salió por la puerta. Me alegré, porque no quería que viera las lágrimas que sus palabras me habían provocado. Me había pasado la vida siendo hija única. Lissa era lo más parecido a una hermana que había tenido. Yo siempre había considerado a Lissa precisamente eso: una hermana que ahora había perdido. Oír a Viktoria ahora llamarme hermana... me conmovió. Era algo que me recordaba que tenía buenos amigos y que no estaba sola.

Bajé a la cocina y pronto llegó también Olena. Venía en busca de algo de comer.

—¿Era Viktoria a quien he oído salir? —me preguntó.

—Sí, ha salido a ver a un amigo —conseguí mantener la expresión neutra. No podía delatar a Viktoria.

Olena suspiró.

—Vaya, quería que me hiciera un recado en el pueblo.

—Yo iré —dije con entusiasmo—. En cuanto coma algo.

Me sonrió con ternura y me dio una palmadita en la mejilla.

—Tienes buen corazón, Rose. Ya veo por qué Dimka te quería.

Era increíble cómo habían aceptado allí mi relación con Dimitri. Nadie hablaba de la edad ni de la relación profesor-alumna. Como le había dicho a Sydney, era como si yo fuera su viuda o algo así. Las palabras de Viktoria seguían resonando en mi cabeza. La forma en que me miraba Olena me hacía sentir como si realmente fuera su hija y una vez más no pude evitar compararla con mi madre. Ella se habría burlado de nosotros. Habría dicho que era inapropiado y que yo era demasiado joven. ¿O no? Tal vez estaba siendo demasiado dura con ella.

Al verme delante del armario abierto, Olena negó con la cabeza.

—Tienes que comer primero.

—Solo un tentempié —le dije—. No te preocupes.

Al final me cortó unas rebanadas del pan negro que había hecho antes y sacó una tarrina de mantequilla porque sabía que me gustaba mucho untarla en el pan. Karolina había bromeado diciendo que los americanos se quedarían alucinados si supieran lo que llevaba ese pan, así que yo no pregunté. Sabía dulce y ácido al mismo tiempo y a mí me encantaba.

Olena se sentó frente a mí y me miró comer.

—Era su favorito de pequeño.

—¿El de Dimitri?

Asintió.

—Cuando tenía recreo en el colegio, lo primero que hacía era pedirme pan. Prácticamente tenía que hacerle una barra para él solo. A las niñas nunca les gustó tanto.

—Los chicos siempre comen más —la verdad es que yo comía casi como la mayoría de ellos—. Y él era más grande y más alto que la mayoría.

—Cierto —dijo pensativa—. Pero llegó un punto en que le obligué a hacérselo él mismo. Le dije que si se iba a comer toda mi comida, sería mejor que supiera el trabajo que costaba hacerla.

Reí.

—No me imagino a Dimitri haciendo pan.

Pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, recapacité. Lo que yo asociaba inmediatamente con Dimitri eran cosas intensas y feroces; su imagen sexy de dios de la batalla era lo primero que me venía a la cabeza. Pero eran su amabilidad y su consideración, junto con su capacidad mortífera las que lo hacían tan maravilloso. Las mismas manos que blandían estacas con total precisión podían apartarme el pelo de la cara con mucho cuidado. Y los ojos que eran capaces de detectar cualquier peligro, me miraban sorprendidos y llenos de adoración como si yo fuera la mujer más bella y asombrosa del mundo.

Suspiré, consumida por ese dolor agridulce que tenía en el pecho y que ya me resultaba tan familiar. Qué cosa más estúpida emocionarse por algo tan simple como una rebanada de pan. Pero así eran las cosas. Me emocionaba siempre que pensaba en Dimitri.

Olena me miraba fijamente, dulce y compasiva.

—Lo sé —me dijo, adivinando mis pensamientos—. Sé exactamente cómo te sientes.

—¿Y mejora? —le pregunté.

A diferencia de Sydney, Olena sí tenía una respuesta.

—Sí. Pero nunca volverás a ser la misma.

No sabía si esas palabras me tranquilizaban o no. Cuando terminé de comer, me dio una breve lista de la compra y salí hacia el pueblo, contenta de estar fuera y moverme. La inactividad no iba conmigo.

En la tienda de comestibles me encontré por sorpresa con Mark. Me había dado la impresión de que él y Oksana no iban al pueblo a menudo. No me habría extrañado que cultivasen su propia comida y viviesen de lo que daba la tierra. Me recibió con una sonrisa cálida.

—Me preguntaba si todavía estarías por aquí.

—Sí —le mostré la cesta que llevaba—. Estoy haciendo unas compras para Olena.

—Me alegro de que sigas por aquí —dijo—. Pareces más... en paz.

—Tu anillo me ayuda, creo. Al menos con lo de la paz. Pero no tanto con lo de tomar decisiones.

Frunció el ceño y se cambió la leche que llevaba de un brazo a otro.

—¿Qué decisiones?

—Qué hacer ahora. Adónde ir.

—¿Y por qué no te quedas aquí?

Me resultó raro volver a tener una conversación como la que había mantenido con Viktoria. Mi respuesta también fue similar.

—No sé qué iba a hacer si me quedara aquí.

—Conseguir un trabajo. Vivir con los Belikov. Te quieren, ya lo sabes. Encajas en esa familia.

Esa sensación de sentirme querida y arropada volvió e intenté otra vez imaginarme quedándome a vivir allí, trabajando en una tienda como aquella o sirviendo mesas.

—No lo sé —dije una vez más. Era un disco rayado—. No sé si esto es lo adecuado para mí.

—Es mejor que la alternativa —me advirtió—. Mejor que ir por ahí sin propósito ninguno, arrojándote a las fauces del peligro. Eso no debería ser una opción.

Pero esa era la razón por la que había ido a Siberia. «Dimitri, Rose. ¿Es que te has olvidado de Dimitri? ¿Has olvidado que has venido a liberarlo, como él habría querido?», me recriminó mi voz interior. ¿Era eso realmente lo que él habría querido? Tal vez él preferiría que yo estuviera

segura. No lo sabía, y sin la ayuda de Mason, mis opciones estaban todavía más confusas. Al pensar en Mason recordé algo que había olvidado por completo.

—Cuando hablamos el otro día... hablamos de las cosas que pueden hacer Lissa y Oksana. Pero, ¿y tú?

Mark entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

—¿Alguna vez... te has encontrado con... eh... fantasmas?

Pasaron varios segundos y después dejó escapar un suspiro.

—Esperaba que eso no te hubiera pasado a ti.

Me quedé estupefacta al ver lo aliviada que me sentía al saber que no estaba sola en lo de las experiencias con fantasmas. Aunque ahora sabía que el haber muerto y estado en el mundo de los difuntos me convertía en un objetivo para los espíritus, era una de las cosas más extrañas de estar bendecido por la sombra.

—¿Te ocurrió sin quererlo? —le pregunté.

—Al principio. Después aprendí a controlarlo.

—Yo también —de repente recordé el granero—. Bueno, eso no es del todo cierto.

Bajando aún más la voz, le resumí lo que me había pasado durante el viaje hasta allí con Sydney. No se lo había contado a nadie.

—Nunca jamás vuelvas a hacer eso —me dijo con dureza.

—¡No quería hacerlo! Sucedió sin más.

—Te entró el pánico. Necesitabas ayuda y una parte de ti invocó a los espíritus a tu alrededor. No lo hagas. No está bien y es fácil perder el control.

—Ni siquiera sé cómo lo hice.

—Como te he dicho, fue una pérdida de control momentánea. No dejes nunca que te domine el pánico.

Una mujer mayor pasó junto a nosotros con un pañuelo sobre la cabeza y una cesta de verduras en el brazo. Esperé a que se alejara antes de preguntarle a Mark:

—¿Y por qué lucharon por mí?

—Porque los muertos odian a los strigoi. Los strigoi son antinaturales, ni vivos ni muertos. Solo existen en un estado intermedio entre ambos. Nosotros notamos esa maldad y los fantasmas también.

—Entonces podrían ser una buena arma.

Su cara, normalmente relajada y abierta, se torció.

—Es peligroso. Las personas como tú y como yo caminamos por el filo de la oscuridad y la locura. Llamar abiertamente a los muertos solo nos acerca a resbalar en ese filo y caer hasta perder la cabeza —miró el reloj y suspiró—. Tengo que irme, pero te lo digo en serio, Rose. Quédate. Mantente alejada de los problemas. Lucha con los strigoi si vienen a por ti, pero no vayas a buscarlos a ciegas. Y deja en paz a los fantasmas.

Eran muchos consejos para ofrecerlos en una tienda; muchos consejos que no estaba segura de poder seguir. Pero se lo agradecí y le di recuerdos para Oksana. Después pagué y me fui también. Iba de vuelta al barrio de Olena cuando al girar una esquina estuve a punto de chocar con Abe.

Iba vestido con su habitual estilo chillón, con su abrigo caro y una bufanda dorada que hacía juego con el oro de sus joyas. Sus guardianes estaban cerca y él se apoyó despreocupadamente contra la pared de un edificio.

—Ya veo para qué has venido a Rusia. Para ir al mercado como una campesina.

—No he venido para eso —contesté—. Claro que no.

—Entonces, ¿estabas haciendo turismo?

—No, solo estoy ayudando. Deja de intentar sacarme información. No eres tan listo como crees.

—Eso no es cierto —contestó.

—Mira, ya te lo he dicho. He venido para darle la noticia a los Belikov. Así que ve y dile a la persona para la que trabajas que eso es lo que hay.

—Y yo ya te he dicho que no me mientas —respondió. De nuevo noté esa extraña mezcla de peligro y humor—. No tienes ni idea de la paciencia que he tenido contigo. Si fueras cualquier otra, habría conseguido la información que necesitaba la primera noche.

—Qué suerte —contesté—. ¿Y ahora qué? ¿Me vas a meter en un callejón y darme una paliza hasta que te diga para qué estoy aquí? Estoy perdiendo el interés por todo este rollo de jefe de la mafia, ¿sabes?

—Y yo estoy perdiendo la paciencia contigo —dijo. El humor desapareció y se irguió ante mí. No pude evitar notar, incómoda, que tenía una constitución mejor que la de la mayoría de los moroi. Muchos evitaban las peleas, pero no me habría sorprendido que Abe hubiera dado tantas palizas como sus guardaespaldas—. Pero la verdad es que ya no me

importan tus razones para estar aquí. Lo que importa es que tienes que irte. Ahora.

—No me amenaces, viejo. Me iré cuando me dé la gana —qué curioso: acababa de decirle a Mark que no sabía si podría quedarme en Baia, pero ahora que me presionaba Abe, lo único que quería era echar raíces allí—. No sé lo que estás intentando evitarme, pero no me asustas —eso tampoco era del todo verdad.

—Deberías asustarte —su tono volvió a ser agradable—. Puedo ser un muy buen amigo o un muy mal enemigo. Puedo hacer que te merezca la pena irte. Podemos hacer un trato.

Había un brillo de entusiasmo en sus ojos al hablar. Recordé a Sydney describiendo cómo manipulaba a otros y tuve la sensación de que vivía para eso: para negociar y hacer tratos, para conseguir lo que quería.

—No —dije—. Me iré cuando esté lista. Y no hay nada que tú ni la persona para la que trabajas podáis hacer para cambiar eso.

Esperando haber parecido enérgica, me di la vuelta. Él extendió la mano, me agarró del hombro y me obligó a volverme. Casi se me cayó la compra. Estuve a punto de atacarle, pero sus guardianes llegaron a su lado en un segundo. Supe que no tenía nada que hacer.

—Se te ha acabado el tiempo aquí —siseó Abe—. En Baia. En Rusia. Vuelve a Estados Unidos. Te daré lo que necesites: dinero, billetes en primera, lo que quieras.

Me alejé de él lentamente.

—No necesito ni tu ayuda ni tu dinero. Cualquiera sabe de dónde vendrá... —un grupo de gente giró la otra esquina de la calle riendo y hablando y yo me aparté más, segura de que Abe no iba a montar una escena con testigos. Eso me hizo sentir más valiente, algo probablemente estúpido por mi parte.

—Ya te lo he dicho: volveré cuando me dé la gana.

Los ojos de Abe miraron a los otros transeúntes y él también decidió retirarse con sus guardianes. Esa sonrisa heladora volvió a aparecer en su cara.

—Y yo te lo he dicho también. Yo puedo ser un muy buen amigo o un muy mal enemigo. Vete de Baia antes de averiguar cuál de las dos cosas voy a ser contigo.

Se giró y se fue, para mi gran alivio. No quería que viera en mi cara cuánto miedo me habían provocado sus palabras.

Esa noche me fui pronto a dormir porque de repente me sentía antisocial. Estuve un rato tumbada hojeando otra revista que no podía leer y de repente me di cuenta de que cada vez estaba más cansada. Pensé que los encuentros con Mark y Abe me habían agotado. Las palabras de Mark casi me habían convencido después de mi conversación con Viktoria. Pero las veladas amenazas de Abe habían activado todas mis defensas y me habían puesto en guardia en contra de quien estuviera trabajando con él para intentar que me fuese de Rusia. «¿En qué momento perderé del todo la paciencia y dejaré de intentar negociar?», me pregunté.

Me fui dejando llevar por el cansancio y la sensación familiar de un sueño de Adrian me envolvió. Hacía mucho tiempo desde la última vez y de hecho creía que me había hecho caso cuando le dije que me dejara en paz. Era el período de tiempo más largo sin que me visitara y, por mucho que odiara admitirlo, casi lo había echado de menos.

La localización que había elegido esta vez era una zona de los terrenos de la Academia, un área boscosa cerca de un estanque. Todo estaba verde y en flor y el sol brillaba sobre nosotros. Sospeché que la creación de Adrian no tenía nada que ver con el clima de Montana justo en esa época, pero era él quien tenía el control. Podía hacer lo que quisiera.

—Pequeña dhampir —me dijo sonriendo—. Cuánto tiempo sin verte.

—Pensaba que ya no querías saber nada de mí —le respondí sentándome en una roca grande y lisa.

—Eso nunca —dijo metiéndose las manos en los bolsillos y paseando hasta donde estaba yo—. Aunque... para ser sinceros, sí que he intentando mantener las distancias durante un tiempo. Pero tenía que asegurarme de que seguías viva.

—Viva y bien.

Me sonrió. El sol brillaba en su pelo castaño y le arrancaba reflejos dorados.

—Se te ve muy bien, la verdad. Tu aura está mejor que nunca —su mirada bajó de mi cara a las manos, que tenía apoyadas en el regazo. Frunció el ceño, se arrodilló y me asió la mano derecha—. ¿Qué es esto?

Llevaba puesto el anillo de Oksana. A pesar de la falta de ornamentación del anillo, el metal brillaba bastante con la luz. Esos sueños eran muy extraños. Aunque Adrian y yo no estábamos exactamente juntos, el anillo había venido conmigo y mantenía su poder tanto que él podía notarlo.

—Un amuleto. Está hechizado con el espíritu.

Al igual que yo, era algo que parecía no haber considerado nunca. Su expresión se volvió ansiosa.

—Y cura, ¿verdad? Es lo que mantiene parte de la oscuridad lejos de tu aura.

—Parte —dije, incómoda por cómo lo miraba. Me lo quité y me lo metí en el bolsillo—. Es algo temporal. He conocido a otra persona de las que son capaces de usar el espíritu y a un dhampir bendecido por la sombra.

Una sorpresa renovada apareció en su cara.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Me mordí el labio y negué con la cabeza.

—¡Maldita sea, Rose! Eso es algo grande. Ya sabes cuánto hemos buscado Lissa y yo a otros capaces de usar el espíritu. Dime dónde están.

—No. Tal vez en otro momento. No quiero que vengáis a por mí —por lo que yo sabía, todavía iban detrás de mí y estaban utilizando a Abe como agente.

Hubo un destello de furia en sus ojos verdes.

—Vamos a fingir por un momento que el mundo no gira a tu alrededor, ¿vale? Esto es sobre Lissa y sobre mí, sobre la forma de entender esta magia loca que hay en nuestro interior. Si has encontrado a dos personas que pueden ayudarnos, necesitamos saberlo.

—En otro momento —repetí decidida—. Voy a irme pronto... Entonces te lo diré.

—¿Por qué eres siempre tan difícil?

—Porque sé que te gusto así.

—¿Ahora mismo? No mucho.

Era el tipo de broma que Adrian solía hacer, pero en ese momento algo me molestó. No sé por qué, pero tuve la sensación de que ahora mismo no se sentía tan atraído por mí como de costumbre.

—Sé paciente —le dije—. Estoy segura de que tenéis otras cosas en las que trabajar. Y Lissa parece muy ocupada con Avery —las palabras se me escaparon sin poder evitarlo y parte de la amargura y la envidia que había sentido observándolas la noche anterior se vio reflejado en mi tono de voz.

Adrian levantó una ceja.

—Señoras y señores, lo reconoce. Ha estado espiando a Lissa. Lo sabía.

Miré hacia otra parte.

—Solo quería comprobar que estaba viva, como tú —como si yo no fuera a saber eso por mucho que me alejara de ella.

—Lo está. Viva y bien, como tú. Bueno... casi bien —Adrian frunció el ceño—. A veces noto una vibración extraña en ella. No parece estar del todo bien o su aura parpadea un poco. No dura mucho, pero me preocupa de todas formas —algo en la voz de Adrian se suavizó—. Avery también se preocupa por ella, así que Lissa está en buenas manos. Avery es bastante alucinante.

Le lancé una mirada irónica.

—¿Alucinante? ¿Es que te gusta o algo así? —se me había olvidado el comentario de Avery de dejarle la puerta abierta a Adrian.

—Claro que me gusta. Es una persona fantástica.

—No me refiero a si te cae bien. Quiero decir que si te gusta.

—Ah, ya veo —dijo poniendo los ojos en blanco—. Estamos utilizando definiciones de escuela Primaria de «gustar».

—No has respondido a la pregunta.

—Bueno, como he dicho, es una persona fantástica. Lista. Extrovertida. Guapa.

Algo en la forma en que dijo «guapa» me molestó. Aparté la mirada y jugueteé con el *nazar* azul que llevaba al cuello mientras intentaba analizar mis sentimientos. Adrian tuvo las cosas claras rápidamente.

—¿Estás celosa, pequeña dhampir?

Volví a mirarlo.

—No. Si estuviera celosa por ti, me habría vuelto loca hace tiempo, teniendo en cuenta todas las chicas con las que andas.

—Avery no es ese tipo de chica.

Volví a oír en su voz esa especie de cariño, de aire soñador. No debería molestarme. Debería alegrarme de que se interesara por otra chica. Después de todo, llevaba mucho tiempo intentando convencerlo de que me dejase en paz. Las condiciones para que él me diera el dinero para este viaje habían incluido mi promesa de que le daría una oportunidad de salir conmigo cuando volviera a Montana, si es que volvía. Si empezaba a salir con Avery, habría una cosa menos de la que tendría que preocuparme.

Y la verdad es que si hubiera sido cualquier chica que no fuera Avery, probablemente no me habría importado. Pero la idea de que fuera ella la que lo sedujera era demasiado para mí. ¿No era suficientemente malo ya

que estuviera perdiendo a Lissa por ella? ¿Cómo era posible que esa chica pudiera ocupar mi lugar con tanta facilidad? Me había robado a mi mejor amiga y, ahora, el chico que me había jurado que yo era la única chica que le importaba, estaba considerando seriamente buscarme una sustituta.

«Qué hipócrita eres», me dijo una voz dura desde mi interior. «¿Por qué te sientes tan ofendida porque otra persona haya llegado a sus vidas? Los has abandonado. A Lissa y a Adrian. Tienen derecho a seguir adelante».

Me puse en pie enfadada.

—Mira, ya no tengo ganas de hablar más contigo esta noche. Déjame salir del sueño. No te voy a decir dónde estoy. Y no me interesa oír lo maravillosa que es Avery y que es mucho mejor que yo.

—Avery nunca actuaría como una mocosa —me dijo—. Y no se ofendería tanto si le importase lo suficiente a alguien como para que intente comprobar cómo está. No me negaría la oportunidad de aprender más sobre mi magia porque está paranoica con que alguien estropee su descabellado intento de superar la muerte de su novio.

—No me hables a mí de mocosos —le respondí—. Eres tan egoísta y egocéntrico como siempre. Todo tiene que ver contigo, incluso este sueño. Me retienes contra mi voluntad, tanto si quiero como si no, porque te divierte.

—Bien —dijo fríamente—. Acabaré con esto. Y con todo lo que hay entre nosotros. No voy a volver.

—Bien. Espero que esta vez lo digas en serio.

Sus ojos verdes fueron lo último que vi antes de despertarme en mi cama.

Me incorporé con un respingo. Sentía que se me rompía el corazón y creí que iba a llorar. Adrian tenía razón; me había comportado como una mocosa. La había tomado con él aunque no se lo merecía. Pero... no había podido evitarlo. Echaba de menos a Lissa. En cierto modo, también echaba de menos a Adrian. Y ahora otra persona estaba ocupando mi lugar, alguien que no se iba a ir como había hecho yo.

«No voy a volver».

Por primera vez, tuve la sensación de que no volvería.

Trece

EL día siguiente era el día de Pascua. Todo el mundo se levantó y se preparó para ir a la iglesia. Toda la casa tenía un olor delicioso por los aromas de lo que estaba cocinando Olena. A mí me sonaban las tripas y me pregunté si podría esperar hasta el final de la tarde para probar esa gran cena que había preparado. Aunque no estaba muy segura del tema de Dios, en mi vida había ido mucho a misa, la mayor parte de las veces como cortesía, como forma de ser educada y de relacionarme con otras personas. Dimitri iba porque encontraba paz allí y yo me pregunté si ir hoy podría darme alguna idea sobre lo que debía hacer.

Acompañándolos a ellos me sentí como una pordiosera. Todos llevaban sus mejores galas, pero yo no tenía más que vaqueros y camisetas informales. Viktoria, al notar mi incomodidad, me prestó una blusa blanca de encaje que me estaba un poco estrecha pero me quedaba bien. Cuando me acomodé con la familia en un banco, miré a mi alrededor, preguntándome cómo Dimitri podía haber encontrado consuelo en la diminuta capilla de la academia si había crecido en ese sitio.

Era enorme. Cabían cuatro capillas allí dentro. Los techos eran altos y muy elaborados y las decoraciones doradas y los iconos de santos parecían cubrirlo todo. Era abrumador y muy impresionante. Un incienso dulce perfumaba fuertemente el aire, tanto que hasta podía ver el humo.

Había mucha gente allí, humanos y dhampir, y me sorprendió ver incluso algún moroi. Aparentemente, los moroi que estaban de visita en el pueblo eran lo bastante creyentes para ir a la iglesia a pesar de las sórdidas actividades en las que estuvieran metidos. Y hablando de moroi...

—Abe no está aquí —le dije a Viktoria mirando a mi alrededor. Ella estaba a mi izquierda y Olena a mi derecha. Aunque no me había parecido religioso, por alguna razón esperaba que me hubiera seguido hasta allí. Pensé que tal vez su ausencia significaba que se había marchado de Baia. Aún estaba un poco nerviosa después de nuestro último encuentro—. ¿Se habrá ido del pueblo?

—Creo que es musulmán —explicó Viktoria—. Pero según las últimas noticias que tengo, sigue por aquí. Karolina lo ha visto esta mañana.

Maldito Zmey. No se había ido. ¿Qué era lo que había dicho? «Un muy buen amigo o un mal enemigo».

Como no dije nada, Viktoria me miró preocupada.

—Nunca ha hecho nada malo cuando está por aquí. Normalmente tiene reuniones y después desaparece. Cuando te dije que no creía que te fuera a hacer daño lo decía en serio, pero ahora me estás preocupando. ¿Tienes problemas?

Excelente pregunta.

—No lo sé. Parece interesado en mí, eso es todo. Pero no se me ocurre por qué.

Ella frunció el ceño aún más.

—No dejaremos que te ocurra nada —dijo con ferocidad.

Sonreí tanto por su preocupación como por todo lo que se parecía a Dimitri en ese momento.

—Gracias. Hay algunas personas en mi país que quizá me estén buscando y yo creo que Abe está solo... vigilándome —era una buena forma de describir a alguien que iba a llevarme a rastras de vuelta a Estados Unidos chillando y pataleando... o hacerme desaparecer.

Viktoria pareció sentir que estaba suavizando la verdad.

—Bueno, lo digo en serio. No pienso permitir que te haga daño.

La conversación quedó interrumpida por el inicio de la misa. Aunque los cánticos del sacerdote eran maravillosos, la misa significó para mí menos todavía de lo habitual. Todo fue en ruso, como en el funeral, y nadie se molestó en traducírmelo ese día. No me importó. Mientras seguía admirando la belleza que me rodeaba, me puse a pensar en otra cosa. A la izquierda del altar, un ángel de cabellos dorados me miró desde la altura de un icono de más de un metro.

Me asaltó un recuerdo inesperado. Dimitri había conseguido permiso para que yo le acompañara en un viaje relámpago de fin de semana a Idaho para un encuentro con otros guardianes. Idaho no era un lugar al que me apeteciera ir, pero agradecí poder pasar tiempo con él, y convenció a los funcionarios de la academia de que era una «experiencia formativa». Eso había sido poco después de la muerte de Mason y de las consecuencias que esa tragedia había tenido en la academia, por eso creo sinceramente que me habrían dejado ir de todas formas.

Por desgracia hubo muy poco ocio y romanticismo en ese viaje, si es que hubo algo. Dimitri tenía un trabajo que hacer y quería hacerlo rápido.

Así que viajamos con la mayor celeridad posible, parando solo cuando era absolutamente necesario. Teniendo en cuenta que en nuestro último viaje en coche habíamos acabado topándonos con una masacre moroi, el hecho de que este fuera aburrido fue algo bueno. No me dejó conducir, algo habitual, a pesar de que dije una y otra vez que podríamos llegar en la mitad de tiempo. Tal vez fue precisamente por eso por lo que no me dejó conducir.

Paramos una vez para echar gasolina y comprar algo de comer en la tienda de la gasolinera. Estábamos en algún lugar de las montañas, en un pueblo diminuto que podía rivalizar con St. Vladimir por ser el lugar más perdido del mundo. En los días claros, desde la academia podía ver las montañas, pero era completamente distinto a estar allí. Nos rodeaban y estaban tan cerca que daba la impresión de que podías dar un salto y aterrizar en una. Dimitri estaba acabando con el coche. Con un bocadillo en la mano caminé hasta la parte de atrás de la gasolinera para tener una vista mejor.

El único rastro de civilización que proporcionaba la gasolinera desapareció cuando la dejé atrás. Delante de mí había una extensión infinita de pinos nevados y todo estaba silencioso e inmóvil, aparte del sonido lejano de la autopista que tenía a la espalda. Sufría por lo que le había pasado a Mason y todavía tenía pesadillas con strigoi que nos secuestraban. A ese dolor le faltaba mucho para desaparecer, pero algo en aquel lugar tan tranquilo había conseguido calmarme momentáneamente.

Miré la nieve intacta de unos treinta centímetros de espesor y se me pasó por la cabeza una idea loca. Me dejé caer y aterricé en la nieve boca arriba. La nieve espesa me rodeó y me quedé un momento descansando, sintiéndome cómoda allí tumbada. Después empecé a mover los brazos y las piernas, vaciando aquel espacio de nieve. Al acabar, no me levanté; me quedé allí tumbada, mirando el cielo azul.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Dimitri—. Aparte de enfriar el bocadillo, claro.

Su sombra cayó sobre mí y levanté la vista para ver su alta silueta. A pesar del frío, había salido el sol y sus rayos iluminaban su pelo desde atrás.

«Él podría ser el ángel», pensé.

—Estoy haciendo un angelito en la nieve —respondí—. ¿No sabes lo que es?

—Sí, claro. Pero, ¿por qué? Te estarás congelando.

Llevaba un grueso abrigo de invierno, gorro, guantes y todos los demás accesorios necesarios para el frío. Tenía razón en lo del bocadillo.

—La verdad es que no. Bueno, la cara sí, un poco.

Negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa.

—Tendrás frío cuando estés en el coche y toda esa nieve empiece a fundirse.

—Creo que te preocupa más el coche que yo.

Soltó una carcajada.

—Me preocupa que sufras una hipotermia.

—¿Por esto? Esto no es nada —di una palmadita en el suelo a mi lado —. Vamos. Haz uno tú también y después nos vamos.

Él siguió mirándome.

—¿Para que me congele yo también?

—Para que te diviertas. Para que dejes tu marca en Idaho. Además, esto no debería ser nada para ti, ¿no? ¿No tienes una especie de resistencia superior al frío por el tiempo que pasaste en Siberia?

Suspiró con la sonrisa todavía en los labios. Fue suficiente para calentarme el corazón, incluso con aquel frío.

—Ya estás otra vez, convencida de que Siberia es como la Antártida. Yo soy de la parte sur. El tiempo allí es casi el mismo que aquí.

—Estás poniendo excusas —le repliqué—. A menos que quieras llevarme a rastras hasta el coche, vas a tener que hacer un angelito.

Dimitri me estudió durante unos segundos y creí que estaba a punto de arrastrarme. Pero aún tenía la cara alegre y su expresión irradiaba un cariño que hizo que se me acelerase el corazón. Entonces, sin avisar, se dejó caer en la nieve a mi lado y se quedó tumbado en silencio.

—Vale —dije al ver que no hacía nada—. Ahora tienes que mover los brazos y las piernas.

—Ya sé cómo se hace un angelito en la nieve.

—¡Entonces hazlo! Si no, vas a parecer más una silueta de tiza en la escena del crimen.

Volvió a reírse y su risa sonó vibrante y cálida en el aire tranquilo. Al fin, después de que le animara un poco más, movió los brazos y las piernas para hacer su ángel. Cuando acabó, yo esperaba que se levantara de un salto y que exigiera que volviéramos a la carretera, pero en vez de eso se quedó allí mirando el cielo y las montañas.

—Bonito, ¿eh? —le pregunté. Mi respiración creaba nubes heladas en el aire—. Supongo que en cierto modo no es muy diferente de la vista de la estación de esquí... pero no sé. Me siento totalmente diferente ante esta vista hoy.

—La vida es así —me dijo—. Según vamos creciendo y cambiando, algunas cosas que hemos experimentado antes adquieren un nuevo significado. Te va a volver a pasar durante el resto de tu vida.

Empecé a burlarme de él por esa tendencia a dar siempre esas lecciones tan profundas sobre la vida, pero me di cuenta de que tenía razón. Cuando empecé a sentir algo por Dimitri, los sentimientos lo devoraban todo. Nunca había sentido nada igual antes. Estaba convencida de que no había forma de que pudiera quererle más. Pero, después de haberlo visto con Mason y los strigoi, las cosas eran diferentes. Quería a Dimitri más intensamente. Lo quería de una manera distinta, más profunda. Ver lo frágil que era la vida me había hecho apreciarle más. Me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí y de lo triste que estaría si llegara a perderlo.

—¿Crees que estaría bien tener una cabaña ahí arriba? —le pregunté señalando un pico cercano—. ¿En medio de los bosques, donde nadie pueda encontrarte?

—Para mí estaría bien. Creo que tú te aburrirías.

Intenté imaginarme atrapada en el bosque con él. Una habitación pequeña, una chimenea, una cama... No creo que fuera tan aburrido.

—No estaría tan mal si tuviéramos televisión por cable. E internet —y calor humano.

—Ay, Rose —no llegó a reírse, pero noté que estaba sonriendo otra vez—. No creo que pudieras ser feliz en un sitio tranquilo. Tú siempre necesitas algo que hacer.

—¿Me estás diciendo que no soy capaz de mantener la atención durante mucho tiempo?

—En absoluto. Estoy diciendo que hay un fuego en ti que es el impulso de todo lo que haces, que hace que necesites cambiar el mundo y a las personas a las que quieres. Que quieras defender a los indefensos. Es una de tus mejores cualidades.

—Solo una, ¿eh? —lo dije despreocupadamente, pero sus palabras me habían conmovido. Lo de que era una buena cualidad lo decía en serio. Sentir que estaba orgulloso de mí significó para mí más que cualquier otra cosa en ese momento.

—Una de muchas —aclaró. Se sentó y me miró—. Así que nada de cabañas aisladas para ti. Al menos no hasta que seas viejecita.

—¿Cuando tenga cuántos? ¿Cuarenta?

Negó con la cabeza —lo sacaba de quicio— y se levantó. No le había gustado que le respondiera con un chiste. Pero siguió mirándome con el mismo cariño que había oído en su voz. También había admiración y pensé que no podría ser infeliz mientras Dimitri pensara que yo era guapa y maravillosa. Se inclinó y me tendió la mano.

—Ya es hora de irse.

Se la agarré y le dejé ayudarme a levantarme. Una vez de pie, tuvimos las manos unidas un segundo más de lo necesario. Después nos soltamos y admiramos nuestro trabajo. Dos ángeles perfectos en la nieve, uno mucho más alto que el otro. Con cuidado de no pisar la silueta, me acerqué e hice una línea horizontal sobre las dos cabezas.

—¿Qué es eso? —me preguntó cuando volví junto a él.

—Halos —le dije con una sonrisa—. Para las criaturas divinas como nosotros.

—Eso igual es exagerar un poco.

Examinamos nuestros angelitos unos segundos más, mirando el lugar en el que habíamos estado tumbados el uno junto al otro en aquel dulce y tranquilo momento. Deseé que lo que había dicho fuera cierto: que de verdad hubiéramos dejado nuestra marca en la montaña. Pero sabía que, tras la siguiente nevada, nuestros ángeles desaparecerían bajo la blancura y solo quedarían los recuerdos.

Dimitri me tocó el brazo suavemente y, sin una palabra más, nos giramos y volvimos al coche.

Comparado con ese recuerdo de él y cómo me miraba en aquella montaña, pensé que el ángel que me miraba en esa iglesia resultaba algo pálido y aburrido. Sin ánimo de ofender.

La congregación estaba volviendo a sus asientos después de comulgar. Yo me quedé sentada durante ese tiempo, pero entendí algunas de las palabras del sacerdote. Vida. Muerte. Destruir. Eterna. Sabía suficiente sobre aquello como para deducir el significado. Apostaría a que la palabra «resurrección» también iba incluida. Suspiré y deseé que realmente fuera tan fácil vencer a la muerte y traer de vuelta a los que amamos.

La misa terminó y yo salí con los Belikov, sintiéndome muy melancólica. Cuando la gente pasaba a nuestro lado cerca de la entrada, vi

que intercambiaban huevos. Viktoria me había explicado que eso era una tradición importante allí. Algunas personas que no conocía me dieron unos cuantos y yo me sentí fatal por no tener nada que darles a cambio. También me pregunté cómo iba a poder comérmelos todos. Estaban decorados de distintas formas. Algunos solo estaban pintados de un color; otros tenían diseños muy elaborados.

Todo el mundo tenía ganas de hablar después de salir de la iglesia, así que nos quedamos por allí cerca un rato. Amigos y familia se abrazaban y cotilleaban un poco. Me quedé de pie cerca de Viktoria, sonriendo e intentando seguir la conversación que muchas veces alternaba el inglés con el ruso.

—¡Viktoria!

Nos volvimos y vi a Nikolai acercándose a nosotras. Nos dedicó —es decir, se la dedicó a ella— una sonrisa de oreja a oreja. Iba vestido de punta en blanco para la fiesta y estaba fantástico con una camisa verde salvia y una corbata de un tono más oscuro. Observé a Viktoria preguntándome si su aspecto tenía algún efecto en ella. No. Su sonrisa era educada, se alegraba de verlo, pero no era nada romántico. Volví a preguntarme por su «amigo» misterioso.

Nikolai iba con un par de chicos que ya había conocido antes. Me saludaron. Igual que los Belikov, parecían pensar que ya era una más de la familia.

—¿Vas a ir a la fiesta de Marina entonces? —le preguntó Nikolai.

Casi se me había olvidado. Era la fiesta a la que la había invitado el día que lo conocí. Viktoria aceptó entonces pero, para mi sorpresa, ahora negó con la cabeza.

—No podemos. Tenemos planes familiares.

No tenía ni idea. Existía la posibilidad de que hubiera surgido algo que yo no sabía aún, pero lo dudaba. Tuve la sensación de que estaba mintiendo pero, como amiga fiel, no dije nada para contradecirla. Pero fue duro ver cómo se entristecía la cara de Nikolai.

—¿Ah, sí? Te vamos a echar de menos.

Ella se encogió de hombros.

—Nos veremos en el instituto.

No parecía que eso fuese a consolarlo.

—Sí, pero...

De repente Nikolai apartó la mirada de la cara de Viktoria y la fijó en algo que había detrás de nosotras. Frunció el ceño. Las dos miramos hacia allí y yo también sentí que me cambiaba el humor.

Tres hombres se acercaban al grupo. También eran dhampir. No noté nada inusual en ellos, aparte de sus sonrisas, pero los otros dhampir y los moroi que había junto a la iglesia pusieron expresiones similares a las de mis compañeros. Inquietas. Preocupadas. Incómodas. Los tres hombres se detuvieron cerca de nosotros y se abrieron camino hasta nuestro círculo.

—Suponía que estarías aquí, Kolya —dijo uno. Habló en un inglés perfecto y necesité un momento para darme cuenta de que le hablaba a Nikolai. Nunca comprenderé los diminutivos rusos.

—No sabía que habías vuelto —respondió Nikolai fríamente.

Al estudiarlos a los dos pude ver un claro parecido. Tenían el mismo pelo color bronce y la misma constitución delgada. Hermanos, aparentemente.

El hermano de Nikolai me miró. Se le iluminó la cara.

—Y tú debes de ser la chica americana no sometida a juramento —no me sorprendió que supiera quién era. Después del funeral, la mayoría de los dhampir locales habían estado contando historias sobre la chica americana que había librado batallas contra los strigoi pero que no llevaba la marca de la promesa ni de la graduación.

—Soy Rose —le dije. No sabía qué pasaba con aquellos hombres, pero no iba a demostrar miedo delante de ellos. Él pareció apreciar mi confianza y me estrechó la mano.

—Yo soy Denis —señaló a sus amigos—. Artur y Lev.

—¿Cuándo habéis llegado a la ciudad? —preguntó Nikolai, que seguía sin parecer muy contento por aquel encuentro.

—Esta mañana —Denis se volvió hacia Viktoria—. He oído lo de tu hermano. Lo siento.

La expresión de Viktoria era dura, pero asintió con educación.

—Gracias.

—¿Es cierto que cayó defendiendo a los moroi?

No me gustó el tono despectivo de su voz, pero fue Karolina la que expresó el enfado de mis pensamientos. No me había dado cuenta de que se había acercado al grupo. Tampoco ella parecía alegrarse de ver a Denis.

—Cayó luchando contra los strigoi. Murió como un héroe.

Denis se encogió de hombros, inmune al tono furioso de su voz.

—Eso no cambia que esté muerto. Estoy seguro de que los moroi cantarán sus alabanzas durante años.

—Claro que sí —respondí—. Salvó a unos cuantos moroi. Y también dhampir.

Denis volvió a mirarme. Su mirada se mostraba pensativa mientras estudiaba mi cara durante unos segundos.

—He oído que tú también estabas allí. Os enviaron a una batalla imposible a los dos.

—No era imposible. Ganamos.

—¿Diría eso Dimitri si estuviera vivo?

Karolina cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si has venido buscando bronca, será mejor que te vayas. Esto es una iglesia —qué curioso. Cuando la conocí pensé que parecía tan amable y tan dulce... solo una mujer joven normal que trabajaba para mantener a su familia. Pero en ese momento me recordaba más a Dimitri que nunca. Podía ver la misma fuerza en su interior, esa ferocidad que la llevaba a proteger a los que quería y a enfrentarse a sus enemigos. Aunque esos tipos no fueran sus enemigos exactamente. No entendía todavía quiénes eran, la verdad.

—Solo estamos hablando —replicó Denis—. Solo quiero entender lo que le pasó a tu hermano. Créeme, su muerte me parece una tragedia.

—Él no lo lamentaría —les dije—. Murió luchando por lo que creía.

—Defendiendo a otros que no lo valoraban.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Denis mostró una sonrisa torcida—. Entonces, ¿por qué tú no trabajas para los guardianes? Has matado strigoi, pero no llevas la marca de la promesa. Ni siquiera una de graduación, por lo que he oído. ¿Por qué no te lanzas a proteger a los moroi?

—Denis, vete por favor —pidió Nikolai incómodo.

—No estoy hablando contigo, Kolya —los ojos de Denis seguían fijos en mí—. Estoy intentando entender a Rose. Mata strigoi, pero no trabaja para los guardianes. Está claro que no es como el resto de la gente de este pueblo, tan blanda. Tal vez se parezca más a nosotros.

—No tiene nada que ver con vosotros —respondió Viktoria.

Entonces lo entendí y un escalofrío me recorrió la espalda. Estos dhampir pertenecían al tipo del que me había hablado Mark. Los no sometidos a juramento. Los justicieros que buscaban strigoi por su cuenta, los que ni se establecían ni respondían ante ningún guardián. No deberían

ponerme nerviosa. En cierto modo, Denis tenía razón. Simplificando mucho las cosas, yo era igual que ellos. Pero... había algo en esos hombres que me daba mala espina.

—¿Y por qué estás en Rusia? —preguntó uno de los amigos de Denis. Ya ni me acordaba de su nombre—. Es un viaje muy largo. No habrías venido hasta aquí sin una buena razón.

Viktoria empezaba a contagiarse del enfado de su hermana.

—Ha venido a contarnos lo de Dimka.

Denis me miró.

—Creo que ha venido aquí a cazar strigoi. En Rusia hay más para escoger que en Estados Unidos.

—No estaría en Baia si estuviera cazando strigoi, idiota —le respondió Viktoria sin alterarse—. Estaría en Vladivostok, en Novosibirsk o en algún sitio así.

Novosibirsk. El nombre me sonaba. Pero, ¿dónde lo había oído? La respuesta me llegó un segundo después. Sydney lo había mencionado. Novosibirsk era la ciudad más grande de Siberia.

—Tal vez solo esté de paso —prosiguió Denis—. Tal vez quiera unirse a nosotros cuando vayamos a Novosibirsk mañana.

—¡Estoy aquí! —exclamé—. Dejad de hablar de mí como si no estuviera. ¿Y por qué iba a querer ir con vosotros?

Los ojos de Denis brillaron con una luz intensa y febril.

—Es fácil cazar allí. Hay muchos strigoi. Ven con nosotros y podrás ayudarnos a darles caza.

—¿Y cuántos de vosotros volveréis después? —preguntó Karolina con dureza—. ¿Dónde está Timosha? ¿Y Vasiliy? Tus partidas de caza se componen cada vez de menos hombres. ¿Quién será el siguiente? ¿Qué familia será la próxima en ir de entierro?

—Para ti es fácil hablar —respondió el amigo. Lev, creo que se llamaba—. Tú te quedas aquí y no haces nada mientras que nosotros salimos para mantenerte segura.

Karolina lo miró con desprecio y recordé que ella salía con un guardián.

—Vosotros salís ahí fuera y actuáis sin pensar. Si queréis mantener nuestra seguridad, quedaos y defended a vuestras familias cuando lo necesiten. Y si queréis ir tras los strigoi, uníos a los guardianes y trabajad con la gente que tiene un poco de cabeza.

—¡Los guardianes no cazan strigoi! —gritó Denis—. ¡Se sientan a esperar y les hacen reverencias a los moroi!

Lo peor del asunto es que tenía parte de razón. Pero no del todo.

—Eso está cambiando —intervine—. Hay un movimiento que propone adoptar una actitud ofensiva contra los strigoi. También se habla de que los moroi aprendan a luchar con nosotros. Podríais ayudar formando parte de todo eso.

—¿Como tú? —preguntó, y se echó a reír—. Aún no nos has dicho por qué estás aquí y no con ellos. Puedes decirle lo que quieras a los de este grupo, pero yo sé por qué estás aquí. Lo veo —su mirada inquietante y peligrosa casi me hizo creer que de verdad podía verlo—. Sabes que la única forma de librar al mundo del mal es hacerlo por tu cuenta. Buscar a los strigoi y matarlos uno por uno.

—Sin un plan —apuntilló Karolina—. Sin pensar en las consecuencias.

—Somos fuertes y sabemos luchar. Eso es todo lo que necesitamos saber a la hora de matar strigoi.

Y entonces fue cuando lo comprendí. Por fin entendí lo que Mark había intentado decirme. Denis estaba diciendo justo lo que yo llevaba pensando desde que abandoné St. Vladimir. Había huido sin un plan, deseando lanzarme al peligro porque sentía que tenía una misión que solo yo podía realizar. Yo era la única que podía matar a Dimitri. Solo yo podía destruir el mal que había en él. No había pensado en cómo lo iba a lograr, teniendo en cuenta que Dimitri me había vencido más veces que yo a él en las peleas cuando todavía era un dhampir. ¿Y ahora, con la fuerza y la velocidad de un strigoi? Lo tenía todo en contra. Pero no me importaba. Estaba obsesionada, convencida de que tenía que hacerlo.

En mi cabeza todo lo que tenía que hacer tenía sentido, pero ahora... al oírlo en boca de Denis parecía una locura. Algo tan temerario como me había dicho Mark. Puede que sus motivos fueran buenos —igual que los míos—, pero también eran suicidas. Sin Dimitri, ya no me importaba demasiado la vida. Antes nunca había temido correr riesgos, pero entonces me di cuenta de que había una gran diferencia entre morir inútilmente y morir por una razón. Si moría intentando matar a Dimitri por no tener una estrategia, entonces mi vida no tendría ningún sentido.

En ese momento el sacerdote se acercó y nos dijo algo en ruso. Por su tono y su expresión creo que preguntó si todo iba bien. Se había mezclado

con el resto de la congregación después de la misa. Como era humano, probablemente no conocía todos los conflictos políticos de los dhampir, pero seguro que se había percatado de los problemas.

Denis sonrió bobaliconamente y le dijo algo que sonó como una explicación educada. El sacerdote le sonrió, asintió y se alejó cuando le llamó otra persona.

—Basta —zanjó Karolina con dureza cuando el sacerdote ya no pudo oírla—. Tenéis que iros. Ahora.

El cuerpo de Denis se tensó y el mío respondió, listo para la lucha. Creí que iba a empezar una pelea allí mismo, pero unos segundos después, se relajó y se volvió hacia mí.

—Enséñamelas primero.

—¿Que te enseñe qué? —pregunté.

—Las marcas. Enséñame a cuántos strigoi has matado.

No respondí inmediatamente porque me estaba preguntando si sería un truco. Todos me miraban. Me giré un poco, me levanté el pelo de la nuca y le enseñé los tatuajes. Ahí tenía unas pequeñas marcas *molnija* con forma de relámpago, junto a la marca que había ganado por la batalla. Por el sonido que emitió Denis deduje que no había visto tantas nunca. Me solté el pelo y lo miré sin inmutarme.

—¿Algo más? —pregunté.

—Estás malgastando el tiempo —dijo al fin, señalando a la gente que había detrás de mí—. Con ellos. En este sitio. Deberías venir con nosotros a Novosibirsk. Te ayudaremos a conseguir que tu vida valga la pena.

—Yo soy la única que puede hacer algo con mi vida —les señalé la calle—. Os han pedido que os vayáis. Hacedlo.

Contuve la respiración, lista para una pelea. Después de unos segundos de tensión, el grupo se retiró. Antes de irse, Denis me lanzó una mirada penetrante.

—Esto no es lo que quieres y lo sabes. Si cambias de opinión, ven a buscarnos al 83 de Kasakova. Nos vamos mañana al amanecer.

—Os iréis sin mí —le aseguré.

La sonrisa de Denis me provocó otro escalofrío en la espalda.

—Ya veremos.

Catorce

EL encuentro con Denis me dejó aún más confundida que antes. Había sido una impactante imagen de la advertencia de Mark, un augurio de lo que podría pasarme si no tenía cuidado. Yo no era igual que Denis, ¿verdad? Yo no buscaba el peligro sin motivación. Buscaba el peligro, sí... pero por una razón. Tenía que cumplir la promesa que había hecho de encontrar a Dimitri. Tal vez era algo suicida y solo me estaba engañando al pensar que era una causa noble.

Viktoria no me dejó oportunidad de cavilar más. Un poco más tarde, por la noche, cuando la familia se había acomodado en el salón después de comer demasiado, le preguntó a Olena:

—¿Puedo ir a casa de Marina? Va a hacer una fiesta antes de que volvamos al instituto.

Caray. Parecía que Abe y los alquimistas no eran los únicos de por allí que tenían secretos. Miré alternativamente las caras de Olena y de Viktoria, curiosa por saber cómo se iba a desarrollar la situación. Olena y Yeva estaban tejiendo, pero Yeva no levantó la vista. Viktoria había hablado en inglés. Olena se quedó pensativa.

—Tienes que salir pronto mañana para volver al instituto.

—Lo sé. Pero puedo dormir en el autobús. Todos van a estar allí esta noche.

—Que vaya todo el mundo no es un argumento convincente —se burló Olena.

—Todos estarán cansados también —respondió Viktoria sonriendo.

—Te vas a perder tu última noche con Rose.

—Saldré con ella cuando vuelva.

—Genial. Así que te vas a quedar levantada hasta más tarde todavía.

—No será tan tarde. Volveré para las dos.

—Ni hablar. Volverás a las doce —Olena volvió a su labor. Pero, si no había oído mal, le había dado permiso.

Viktoria miró el reloj. Eran casi las ocho y media. Su cara me dejó claro que no estaba de acuerdo con la hora de regreso, pero aparentemente decidió aprovechar lo que podía. Karolina nos dedicó una mirada extraña cuando salimos de la habitación, pero no dijo nada. Sonya y Paul,

enfrascados en un programa de la televisión, apenas notaron que nos íbamos. Tenía que averiguar qué estaba sucediendo.

—Vale —le dije cuando ya estábamos subiendo las escaleras—, ¿qué está pasando? Creía que no ibas a ir a casa de Marina.

Viktoria sonrió y me hizo señas para que entrase en su habitación. Me acababa de enterar de que su dormitorio antes era el de Dimitri y cada vez que entraba allí tenía que resistir la necesidad de lanzarme sobre la cama, por más que supiese que las sábanas se habían lavado muchísimas veces desde aquellos tiempos. Pero yo me imaginaba que olían a Dimitri y sentía su calor como si los dos estuviéramos allí tumbados.

—Y no voy a ir —Viktoria empezó a rebuscar en su armario y sacó un vestido rojo corto y sin mangas, con encaje en los tirantes. La tela era elástica, de esa que parece que va a marcarlo todo. Me quedé helada cuando empezó a ponérselo. Era bastante provocativo.

—¿Es broma?

No. Viktoria se quitó la camisa y los vaqueros y se lo puso. No le costó, pero era tan ajustado como aparentaba. Ella no tenía tanto pecho como yo, pero con un vestido como ese no importaba.

—Vale —dije, comprendiéndolo por fin—. ¿Cómo se llama?

—Rolan —confesó—. Ay, Rose. Es increíble. Y es la última noche que voy a poder verlo antes de empezar las clases.

No sabía si alegrarme por ella o lamentarlo por Nikolai. Este Rolan debía de ser la razón por la que no le daba ni una oportunidad a Nikolai. Estaba perdidamente enamorada de otro. Pero ese vestido...

—Te debe de gustar mucho —observé con sequedad.

Abrió mucho los ojos.

—¿Quieres conocerlo?

—Eh... bueno, no quiero entrometerme en tu cita...

—Tranquila. Solo pasa por allí a saludar, ¿vale?

Sentía que me estaba entrometiendo, pero a la vez... tenía curiosidad por conocer al chico que podía hacer que saliera de casa con esa pinta, sobre todo cuando empezó a ponerse el maquillaje de guerra: perfilador de ojos extraoscuro y pintalabios rojo intenso. Así que accedí a conocer a Rolan y salimos de la casa tan silenciosamente como pudimos; aunque llevaba un abrigo encima del vestido, Viktoria no quería encontrarse con su madre.

Nos dirigimos al centro, después hicimos unos cuantos giros y dimos algunas vueltas, hasta que acabamos detrás de un almacén, sin nada de particular, en una zona abandonada del pueblo. Todo estaba tranquilo, pero un dhampir alto y con pinta de duro se hallaba de pie y con los brazos cruzados junto a la puerta de entrada del edificio. Viktoria se detuvo cerca y me dijo que teníamos que esperar ahí. Un minuto después, un grupo de moroi de diferentes edades apareció por allí charlando y riendo. El dhampir los miró de arriba abajo y, a continuación, les abrió la puerta. Por el ángulo salieron luces y música, luego cerró de nuevo y todo volvió a quedar en silencio.

—Así que este es el mundo secreto de los dhampir de Baia —murmuré. Ella no me oyó porque de repente su cara se iluminó.

—¡Ahí está!

Me señaló a dos hombres que se acercaban. Ambos eran moroi. Quién lo hubiese dicho... El novio secreto de Viktoria no era un dhampir. Supongo que eso no me sorprendió demasiado, pero la forma en que iba vestida todavía me chocaba. Le dio un fuerte abrazo y nos presentó. Su amigo se llamaba Sergey y me sonrió educadamente antes de entrar corriendo en el local, donde al parecer también le esperaba una chica.

Tuve que reconocer que Viktoria tenía buen gusto: Rolan estaba muy bueno. Su pelo, de color caoba oscuro, era suave y ondulado. Sus ojos verdes me recordaron, con una punzada de dolor, a los de Adrian. La sonrisa que le dedicó a Viktoria me resultó impresionante. Y la expresión de su cara era igual que la de Nikolai cuando estaba cerca de ella.

Rolan le tomó las manos a Viktoria, se las llevó a los labios y le dio un beso a cada una. Esos ojos tan verdes no se separaban de los de ella y le murmuró algo que no pude oír. Ella se ruborizó y le contestó en ruso. No necesité traducción para saber que el contenido era picante y coqueto. Sin dejar de sonreír, me miró y, aunque acababan de presentarnos, pareció que era la primera vez que me veía... Pero su mirada demostró interés.

—Eres nueva por aquí, ¿verdad? —preguntó.

Viktoria le abrazó y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Rose está de visita. Es una amiga de la familia.

—Ah —dijo él—. Ahora recuerdo que he oído hablar de ti. No tenía ni idea de que una asesina de strigoi tan feroz pudiera ser tan guapa.

—Es parte del trabajo —le contesté cortante.

—¿Vas a volver al instituto con Viktoria? —siguió preguntando.

—No. Me quedaré por aquí un poco más —seguía sin tener ni idea de lo que iba a hacer, pero «un poco más» podía significar una hora o un año.

—Hum... —se quedó pensativo. Volvió a mirar a Viktoria, le dio un beso en el pelo y le acarició el cuello. Sus siguientes palabras fueron para ella—: Me alegro de que hayas podido venir antes de irte. No sé cómo voy a poder seguir, estando tú tan lejos.

Ella le dedicó una sonrisa radiante.

—No podía irme sin verte una vez más... —dejó la frase sin terminar, abrumada por la emoción, y él se inclinó con la mano todavía en su cuello y durante un horrible momento creí que se iban a enrollar allí mismo.

Por suerte, la aparición de una dhampir que se acercaba los interrumpió. Viktoria soltó a Rolan y abrazó a la otra chica. Parecía que hacía tiempo que no se veían, porque se pusieron rápidamente a hablar en ruso y pasaron de Rolan y de mí. Momentáneamente libre, él se me acercó.

—Cuando Viktoria vuelva al instituto, te vas a quedar aquí sola... Si quieres te puedo enseñar un poco el lugar.

—Gracias, ya he visto todo lo que hay que ver.

Él no dejó de sonreír.

—Claro. Bueno, entonces quizá simplemente podríamos quedar y... ¿hablar?

No me lo podía creer. Treinta segundos antes, ese tío no le quitaba las manos de encima a Viktoria y ahora estaba intentando quedar conmigo en cuanto ella saliese del pueblo. Me dio asco y tuve que reprimirme para no hacer una tontería.

—Lo siento, pero no creo que vaya a estar aquí el tiempo suficiente.

Me dio la impresión de que las mujeres no lo rechazaban muy a menudo. Frunció el ceño e intentó protestar, pero Viktoria volvió y lo abrazó de nuevo. Me estudió desconcertado durante unos segundos más y después centró su atención en ella, sonriéndole y desplegando su encanto. Ella se lo tragó y, aunque los dos intentaron incluirme en la conversación, estaban totalmente absortos el uno en el otro. Puede que Rolan estuviese interesado por mí, pero por ahora ella era un objetivo más fácil que no iba a estar disponible durante mucho tiempo. Sentí otra oleada de asco. Cuanto más estuviera allí, más cuenta me daría de lo que se estaba cociendo. Toda la gente que entraba eran chicos moroi o chicas dhampir. Y las chicas iban todas vestidas como Viktoria. Aquel era un antro de prostitutas de sangre. De repente, el mundo secreto de los dhampir de Baia dejó de interesarme.

De hecho, no lo soportaba. Solo quería salir de allí. No, un momento. Lo que quería era salir de allí y llevarme a Viktoria a rastras, aunque fuese pataleando y chillando. Rolan sin duda era una persona sórdida y no quería que estuviera ni un minuto más con él. Enseguida quedó claro que no iban a permanecer toda la noche de pie en el callejón. Querían entrar allí y hacer Dios sabe qué.

—Viktoria —le dije, intentando ser razonable—, ¿no quieres volver a casa y que salgamos por ahí? Ya sabes, mañana ya no voy a poder verte.

Ella dudó, pero negó con la cabeza.

—Tampoco voy a poder ver a Rolan. Pero te prometo que iré a verte luego, en cuanto llegue a casa. Nos quedaremos despiertas toda la noche. A mamá no le importará.

No sabía qué otra excusa ponerle. La impaciencia de Rolan empezaba a resultar patente ahora que yo lo había rechazado. Quería entrar. Me pregunté qué habría allí... ¿una pista de baile? ¿Dormitorios? Probablemente podría haber entrado con ellos y verlo por mí misma, aunque no iba vestida para la ocasión... o más bien no iba suficientemente desvestida... Toda mi vida me habían hablado de las prostitutas de sangre y de por qué su forma de vida no estaba bien. No sabía si Viktoria se estaba convirtiendo en una —aunque esperaba que no—, pero no era capaz de poner un pie en ese sitio. Era una cuestión de principios.

Los miré angustiada, preguntándome si podría dejar que mi amiga se metiera allí. Verla con ese vestido superajustado, pegada como una lapa a él, me hizo volver a evaluar la situación. ¿Qué parte de la pacífica vida de Baia era solo una farsa? Viktoria, esa chica que me llamaba hermana, ¿no era la persona que yo creía que era? Confusa, me giré para volver a casa... Y a punto estuve de darme de bruces con Abe. Otra vez.

—¿Pero qué demonios...? —exclamé. Esa noche llevaba un frac y un pañuelo de seda plateado—. ¿Es que me estás siguiendo? —qué pregunta más tonta. Claro que sí. Esperé que su atuendo formal significara que no iba a sacarme a rastras de allí esa noche. Sus guardianes también iban bien vestidos. Sin darme cuenta, me encontré preguntándome si un lugar como aquel tendría algo que ver con sus negocios ilegales. ¿Estaría traficando con prostitutas de sangre, como una especie de proxeneta? No era probable, teniendo en cuenta que la mayoría de aquellas chicas no necesitaban ninguna coacción.

Abe me mostró su irritante sonrisa de suficiencia.

—Veo que tu amiga está a punto de embarcarse en una noche interesante. No tenía ni idea de que Viktoria tuviera unas piernas tan bonitas. Ahora todo el mundo lo sabe, gracias a ese vestido.

Cerré los puños y me acerqué a él.

—No te atrevas a hablar de ella así, viejo.

—No estoy diciendo nada que no le resulte evidente a todo el mundo. Y seguro que muy pronto Rolan también lo verá igual de claro.

—¡No sabes nada de ellos! —ni yo misma me creía mis palabras después de verlos alejarse juntos. Abe sabía lo que estaba pensando, era obvio.

—Todas esas chicas dicen que no les va a pasar a ellas. Pero siempre les pasa. Y también te pasará a ti si te quedas.

—Ah, otra vez —dije con tono de burla—. Sabía que iba a aparecer la amenaza. Ahora viene la parte en la que me ordenas otra vez que me vaya del país o pasarán cosas muy, muy malas.

Señaló la puerta por la que estaban entrando más moroi y dhampir.

—Ni siquiera necesito hacer que pase nada malo. Lo harás tú misma si te quedas aquí. Malgastarás tu vida haciendo recados para Olena Belikova. Las cenas con invitados serán los momentos más emocionantes de tu vida en este mundo.

—Son buena gente —gruñí—. No te burles de ellos.

—Oh, no lo niego —se colocó el pañuelo de seda—. Son buena gente. Pero no son tu gente. Todo esto es una fantasía. Te estás engañando —ahora era todo dureza—. Tu dolor es el que te ha traído hasta aquí. Te han arrancado a tu hombre y tú has decidido arrancarte de tu vida con tus viejos amigos. Y estás intentando justificarlo convenciéndote de que esta es tu familia y tu casa. Pues no son ni lo uno ni lo otro.

—Podría convertirlo en mi casa —seguía sin estar segura de nada, pero mi naturaleza testaruda hacía que quisiera contradecirle.

—Tú no estás hecha para Baia —dijo con un brillo en los ojos—. Estás hecha para cosas mejores. Tienes que volver a tu país, a la academia y con la princesa Dragomir.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién eres tú? ¿Cuándo vas a decirme para quién trabajas? ¿Qué quieres de mí? —tenía la sensación de estar al borde de la histeria. Oírle hablar de Lissa me removió algo por dentro.

—Yo solo soy un observador que tiene claro que estás perdiendo el tiempo aquí. Esta no es vida para ti, Rose. Tu vida está en Estados Unidos.

He oído que estabas destinada a convertirte en una gran guardiana. ¿Sabes el gran honor que supone que te hayan asignado a la última Dragomir? Podrás pasarte la vida en círculos poderosos de elite. La reputación que ya te has ganado elevará tu estatus y tu consideración. Tienes una carrera brillante por delante y no es demasiado tarde para recuperarla. Todavía no.

—¿Quién eres tú para decirme cómo debo vivir mi vida? He oído que tienes las manos manchadas de sangre... *Zmey*. No eres exactamente un modelo perfecto de conducta. ¿En qué estás metido?

—En mis asuntos. Y precisamente por la vida que he llevado yo deberías hacerme caso cuando te digo que dejes este camino y vuelvas a casa.

Sus palabras sonaban urgentes y autoritarias y no podía creer que tuviera la audacia de hablarme así.

—Esa ya no es mi vida —respondí gélidamente.

Soltó una risa sin humor y señaló a su alrededor una vez más.

—¿Y esta sí lo es? ¿Quieres ir por ahí y convertirte en una prostituta de sangre como esa amiga tuya?

—¡No la llames así! —le grité—. No me importan tus guardaespaldas. Si vuelves a decir algo de Viktoria, viejo, te voy a hacer daño.

Ni se inmutó por mi arrebato.

—He sido un poco duro, lo admito. No es una prostituta de sangre. Aún no. Pero solo está a un paso. Como he dicho, al final siempre sucede. Si no la usa alguien como Rolan Kislyak... y créeme, la usará, igual que hizo con su hermana... acabará sola con un bebé que todavía es demasiado joven para tener.

—Su... Un momento —me quedé helada—. ¿Me estás diciendo que ese es el tío que dejó embarazada a Sonya? ¿Y por qué iba a tener Viktoria una relación con él después de hacerle eso a su hermana?

—Porque ella no lo sabe. Sonya no habla del tema y el señor Kislyak cree que lo de conseguir acostarse con dos hermanas es un juego. Ha tenido la mala suerte de que Karolina es más lista que las otras. Si no, lo habría conseguido ya. Pero, ¿quién sabe? —me miró con una sonrisa sardónica—. Tal vez te considere ya parte de la familia y vaya a por ti después.

—Y una mierda. Yo nunca tendría nada con alguien como él. No voy a volver a tener ninguna relación con nadie. Y menos después de Dimitri.

La dureza de Abe dio paso a una diversión momentánea.

—Ay, Rose. Eres joven. Apenas has vivido. Todo el mundo piensa que el primer amor es el único que va a tener.

Ese tío me estaba sacando de quicio de verdad, pero mantuve el control lo bastante para decidir no pegarle. Al menos, eso pensaba. Retrocedí unos pasos hacia el edificio.

—No voy a seguirte el juego. Y le puedes decir a quien te haya contratado que tampoco voy a seguírselo a él. Y que no voy a volver —de una forma u otra, tanto si era para cazar a Dimitri como para quedarme con su familia, me iba a quedar en Rusia—. Vas a tener que meterme en una caja para mandarme de vuelta.

No quería darle ideas. Aunque sospechaba que podría hacerlo si quisiera. Maldita sea. ¿Quién estaría detrás de aquello? ¿Quién tendría tantas ganas de encontrarme como para mandar a aquel hombre detrás de mí? Y lo que era aún más raro: quienquiera que fuese, era alguien al que le importaba lo suficiente como para intentar la vía de la razón. Si Abe de verdad hubiese querido secuestrarme, ya lo habría hecho. Podría haberlo hecho la noche que me trajo a Baia. Lo único que tenía que hacer era seguir conduciendo hasta el siguiente aeropuerto. Necesitaba averiguar eso, pero antes tenía que librarme de él.

Seguí caminando hacia atrás.

—Me voy y no puedes detenerme. Y deja de espiarme. Esto acaba aquí.

Abe me observó durante varios segundos con los ojos entornados mientras pensaba. Casi podía ver la sucesión de tramas y de planes de dominación mundial dando vueltas en su cabeza. Por fin dijo en una voz tan baja que apenas pude oírle:

—Pero no para ellos.

—¿Para quiénes?

—Para Viktoria y Rolan.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. Ella cree que está enamorada de él. Él sabe que ella vuelve al instituto mañana. Hoy es su última oportunidad con ella y no la va a desaprovechar. Hay muchas habitaciones ahí dentro. Seguramente ya estarán en una.

Intenté controlar mi respiración.

—Entonces, se lo diré a su madre.

—Será demasiado tarde. No podrá encontrarla a tiempo y mañana Viktoria estará camino del instituto... y él habrá perdido todo interés en ella. ¿Qué va a hacer su madre? ¿Castigarla?

Me estaba enfadando, principalmente porque tenía la sensación de que Abe tenía razón.

—Bien. La sacaré a rastras yo misma.

—No podrás. Ella quiere hacerlo. No se irá contigo. Y aunque lo hiciera, volverá a buscarlo de nuevo.

Lo miré fijamente.

—Basta. Obviamente quieres llegar a alguna parte, así que suéltalo ya.

Él sonrió, aparentemente satisfecho por su astucia... o tal vez por mi brusquedad.

—Si quieres salvarla, tienes que hacerlo a través de él. De Rolan.

Fruncí el ceño.

—No es probable. Solo la dejaría en paz si yo me ofrezco a ocupar su lugar —y, vamos a ver, la amistad tenía sus límites.

—No si yo hablo con él.

—¿Y qué vas a hacer, darle una charla sobre moralidad y hacer que entre en razón?

—Le haré entrar en razón, no lo dudes. Pero, créeme, no tengo que razonar con él... Bueno, al menos no como tú estás pensando. Si le digo que la deje en paz, lo hará. Por su bien.

Di un paso atrás sin darme cuenta y choqué con la pared. Abe daba muchísimo miedo. *Zmey*. No dudé de lo que acababa de decir ni un momento. Él podía hacer que Rolan dejara a Viktoria en paz. De hecho, probablemente usara a sus dhampir. Abe podía asustarlo —o probablemente darle los puñetazos necesarios— para conseguirlo.

—¿Y por qué ibas a hacer eso por mí? —le pregunté.

—Como muestra de buena voluntad. Prométeme que te irás de Baia y yo me ocuparé del tema —sus ojos brillaron. Ambos sentimos que la red se cerraba sobre mí.

—¿Esa es tu táctica ahora? ¿Ofrecerme un trato? Que yo me vaya vale más que el hecho de que tú asustes a un moroi gilipollas.

La red se cerró un poco más.

—¿Acaso crees que no, Rose?

Medité apresuradamente qué podía hacer. Una parte de mí pensaba que Viktoria era libre de tomar sus propias decisiones, de querer a quien le

apeteciese... pero sabía que Rolan no la quería. Ella solo era una conquista para él, como había demostrado con su disposición a ir detrás de mí... y de Sonya antes, al parecer. ¿Qué iba a pasar con Viktoria? ¿Sería igual que el resto de las mujeres de allí? ¿Sería la siguiente Belikov en tener un bebé? Aunque no tuviera intención de convertirse en guardiana, ese no era el camino correcto para ella. Karolina no se había unido a los guardianes y ahora vivía una vida respetable con sus hijos y un trabajo que, aunque no era emocionante, sí era estable y le permitía mantener su dignidad. No podía dejar que Viktoria tomara un camino que iba a arruinar el resto de su vida. No podía dejar que le ocurriera eso a la hermana de Dimitri.

Dimitri...

Lo conocía. Sabía de su naturaleza protectora. Nunca habría dejado que le pasase nada a aquellos que le importaban. No soportaba saber de la existencia de ese antro de prostitutas de sangre, pero entraría a buscarla porque eso era lo que Dimitri habría hecho. No sabía si la encontraría a tiempo. Pero sabía que Abe sí podía... y que mantendría a Rolan lejos de ella para siempre. Y por eso hablé sin comprender del todo las consecuencias de mis palabras.

—Me iré de Baia.

Quince

ABE miró a uno de sus guardianes y asintió brevemente con la cabeza. El hombre se alejó al instante.

—Hecho —dijo Abe.

—¿Así de fácil? —le pregunté incrédula.

Curvó los labios en una sonrisa.

—Rolan sabe quién soy. Sabe quién trabaja para mí. Cuando Pavel le haga... eh... conocer mis deseos, se acabó.

Me estremecí porque sabía que Abe decía la verdad. Teniendo en cuenta lo borde que yo había sido con él desde el principio, era muy raro que no me hubiese metido los pies en hormigón y arrojado al mar.

—¿Y por qué no has intentado sacarme a rastras de aquí?

—No me gusta que nadie haga nada que no quiera hacer. Ni siquiera Rolan. Es mucho más fácil si la gente entra en razón y hace lo que les has pedido sin tener que utilizar la fuerza.

—Y con «entrar en razón» quieres decir «responder al chantaje» —le dije pensando en lo que había accedido a hacer.

—Hacemos un trato —dijo—. Eso es todo. Y no olvides tu parte del trato. Has prometido que te irías de aquí y no pareces la clase de persona que falta a su palabra.

—No lo haré.

—¡Rose!

Viktoria apareció de repente en la puerta. Caray, qué rapidez. Pavel tiraba de ella tranquilamente. Tenía el pelo despeinado y un tirante del vestido se le había resbalado del hombro. Su cara mostraba una mezcla de incredulidad y enfado.

—¿Qué has hecho? Este tío ha entrado y le ha dicho a Rolan que saliera de allí y no volviera a verme nunca. Y Rolan... ¡le ha hecho caso! Se ha levantado y se ha ido.

Me pareció gracioso que Viktoria me culpara a mí inmediatamente por lo que había pasado. Era cierto que yo era la responsable, pero Abe estaba de pie justo a mi lado. Todo el mundo sabía quiénes eran sus empleados. A pesar de todo, yo me defendí.

—Te estaba utilizando —le dije.

Había lágrimas en los ojos marrones de Viktoria.

—Me quiere.

—Si te quiere, ¿por qué ha intentado ligar conmigo en cuanto le has dado la espalda un minuto?

—¡Eso no es verdad!

—Rolan fue el que dejó embarazada a Sonya.

Incluso en la penumbra del callejón, pude ver cómo palidecía.

—Eso es mentira.

Levanté las manos.

—¿Y por qué me iba a inventar eso? ¡Ha intentado hacer planes conmigo para cuanto tú te fueras del pueblo!

—Si lo ha hecho —dijo Viktoria con la voz temblorosa— será porque tú lo has animado.

Me quedé con la boca abierta. A mi lado Abe escuchaba en silencio con una expresión de suficiencia. Estaba orgulloso de sí mismo y probablemente pensaba que la situación le estaba dando la razón. Quería darle un puñetazo, pero ahora estaba preocupada por Viktoria.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¡Soy tu amiga! —le dije.

—Si fueras mi amiga, no estarías actuando así. No te entrometerías. Actúas como si quisieras a mi hermano, pero no pudiste haberlo querido... ¡No sabes lo que es el amor!

¿Que no sabía lo que era el amor? ¿Se había vuelto loca? Si supiera lo que había sacrificado por Dimitri, lo que había hecho para estar donde estaba en ese momento... todo por amor. Ella era la que no entendía nada. El amor no es un revolcón en una habitación de un local de fiestas. Es algo por lo que vives y mueres. Mis emociones se apoderaron de mí y esa oscuridad que crecía en mi interior me hizo querer devolver el golpe provocado por esa horrible acusación. Me costó el mayor de los esfuerzos recordar que ya le estaba haciendo daño, que solo decía esas cosas porque estaba confusa y triste.

—Viktoria, lo entiendo y lo siento. Solo estoy haciendo esto porque soy tu amiga. Me preocupo por ti.

—Tú no eres mi amiga —dijo entre dientes—. No eres parte de mi familia. No entiendes nada sobre nosotros ni sabes cómo vivimos. Ojalá no hubieras venido —se dio media vuelta y echó a correr; se abrió paso a empujones entre la larga cola de asistentes a la fiesta. Verla así me hizo mucho daño.

Me volví hacia Abe.

—Va a intentar encontrarlo.

Abe aún tenía esa expresión de suficiencia.

—No importa. Él no va a querer tener nada más que ver con ella. No si valora algo su cara bonita —estaba preocupada por Viktoria, pero tenía la sensación de que Abe tenía razón sobre Rolan. Ya no volvería a ser un problema. En cuanto al siguiente novio de Viktoria... bueno, ya me preocuparía de eso en su momento.

—Bien. Entonces hemos acabado. No me sigas más —gruñí.

—Mantén tu promesa de irte de Baia y no tendré que volver a hacerlo.

Entorné los ojos.

—Ya te lo he dicho: yo siempre cumplo mis promesas.

Mientras volvía a casa de los Belikov, me pregunté de repente si todo aquello había sucedido de verdad. Las discusiones con Abe y con Viktoria habían sido como un jarro de agua fría. ¿Qué estaba haciendo allí? Hasta cierto punto, Abe tenía razón... Me había estado engañando, fingiendo que la familia de Dimitri era la mía para poder calmar mi dolor. Pero no lo era. Aquella no era mi casa. La academia tampoco lo era, ya no. Todo lo que me quedaba era mi promesa... la promesa que le había hecho a Dimitri. La promesa que había perdido de vista desde mi llegada a Baia.

Parte de la familia Belikov estaba en la cama cuando llegué, pero algunos aún estaban en el salón. Me escabullí por las escaleras hasta mi habitación y esperé ansiosa que Viktoria volviera a casa. Media hora después, oí pasos en la escalera y el ruido de su puerta al cerrarse. Llamé muy bajito.

—Viktoria —dije en un susurro—. Soy yo. Dime algo, por favor.

—¡No! —respondió—. No quiero volver a hablar contigo nunca.

—Viktoria...

—¡Vete!

—Estoy preocupada por ti.

—¡Tú no eres mi hermano! Ni siquiera eres mi hermana. ¡Este no es tu sitio!

Aquello me dolió. Sus gritos estaban amortiguados por la puerta, pero no quería arriesgarme a tener una pelea en el descansillo y que los demás la oyeran. Mientras iba a mi habitación con el corazón roto, me detuve frente al espejo. Justo en ese momento, supe que tenía razón. Y Abe también. Baia no era mi sitio.

En un instante había recogido todas mis pertenencias, pero dudé un segundo antes de bajar. La puerta cerrada de Viktoria parecía mirarme a los ojos y tuve que esforzarme para no volver a llamar. Si lo hacía solo provocaría otra pelea. O peor, me perdonaría... y entonces querría quedarme para siempre, perdida en la comodidad de la familia de Dimitri y en su vida sencilla.

Respiré hondo, bajé las escaleras y me encaminé a la puerta principal. Quería decirles adiós a los demás, pero me preocupaba lo mismo que con Viktoria: que sus caras me hicieran cambiar de opinión. Me di cuenta de que tenía que irme. Estaba enfadada con Viktoria y con Abe. Sus palabras me habían hecho daño, pero eran ciertas: aquel no era mi mundo. Tenía otras cosas que hacer en la vida. Y muchas promesas que mantener.

Cuando estaba a unas ocho manzanas, reduje la velocidad, no porque estuviera cansada, sino porque no sabía muy bien adónde iba. Dejar la casa había sido el paso más importante. Me senté en la acera delante de un patio de vecinos silencioso y oscuro. Quería llorar y no sabía por qué. Quería recuperar mi antigua vida. Quería a Dimitri y a Lissa. Ay, Dios, cuánto los quería.

Pero Dimitri se había ido y la única forma de volver a verlo era proponerme matarlo. Y en cuanto a Lissa... prácticamente también se había ido. Incluso aunque sobreviviera a todo aquello, no creía que pudiese perdonarme. Allí sentada, perdida y sola, intenté volver a ella una vez más. Sabía que era una tontería, teniendo en cuenta lo que ya había visto, pero tenía que intentarlo una vez más. Tenía que saber si podía volver a recuperar mi lugar a su lado. Me colé en su mente en un instante; mis emociones desbocadas facilitaron la transición. Estaba en un *jet* privado.

Si Jill se había quedado anonadada al conocer a los alumnos más famosos de St. Vladimir, ir de viaje con ellos la había dejado en estado casi comatoso. Lo miraba todo con los ojos como platos y casi no dijo ni una palabra en todo el viaje hasta la Corte Real. Cuando Avery le ofreció una copa de champán, Jill solo pudo tartamudear: «No... No, gracias». Después de eso, los demás parecieron olvidarse de ella y se enfrascaron en su conversación. Lissa notó la incomodidad de Jill, pero no hizo nada para remediarla. Eso me llamó la atención. La Lissa que yo conocía habría hecho todo lo posible por hacer que Jill se sintiera cómoda. Por fortuna, la chica parecía muy entretenida simplemente viendo lo que hacían los demás.

También me tranquilizó saber que Jill estaría perfectamente en cuanto conociese a Mia. Lissa había avisado a Mia para que fuese a recoger a Jill cuando aterrizaran, porque Lissa y los demás tenían que asistir a una de las recepciones de Tatiana. Mia había dicho que tomaría a Jill bajo su cuidado durante el fin de semana y le enseñaría algunas cosas nuevas que había aprendido a hacer en su magia con el agua. Lissa se alegró, contenta de no tener que hacer de canguro de una novata durante todo el fin de semana.

Aunque Lissa no le prestaba ninguna atención a Jill, no se comportaba igual con otra persona: Reed, el hermano de Avery. Su padre había decidido que sería buena idea que Reed los acompañara y, teniendo en cuenta que el señor... perdón, el director Lazar había desempeñado un papel clave en la organización del viaje junto con Tatiana, no había discusión posible. Avery había puesto los ojos en blanco y había hablado en secreto con Lissa justo antes de subir al avión.

—Todo esto es gracias a tu reputación —dijo Avery—. Papá me ha dejado ir en parte porque tú te llevas bien con la reina y él me envía a ver si se me pega algo. Y además espera que si yo me llevo bien con ella, eso también se extienda a Reed... y al resto de la familia.

Lissa intentaba no darle muchas vueltas a ese razonamiento. Principalmente estaba molesta porque Reed Lazar seguía siendo tan desagradable como el primer día. No era cruel ni nada parecido; simplemente le resultaba incómodo estar cerca de él. Era todo lo contrario a Avery. Ella era animada y siempre podía entablar conversación, pero él se quedaba callado y solo contestaba cuando le hablaban. Lissa no sabía si era por timidez o por desdén.

Cuando Lissa intentó preguntarle si tenía ganas de ir a la Corte, Reed se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno. Me da igual.

Su tono fue casi hostil, como si no le gustara que le preguntasen, así que no volvió a intentar entablar conversación con él.

La única persona, aparte de su hermana, a la que Lissa había visto hablar alguna vez con Reed era el guardián de Avery, Simon. Él también los acompañaba.

Cuando aterrizaron, Mia estaba allí, cumpliendo con su palabra. Saludó con mucho entusiasmo a Lissa cuando bajó del avión y sus rizos rubios se agitaron al viento. Lissa le sonrió y ambas se dieron una especie

de abrazo rápido, algo que nunca dejaba de sorprenderme dado que antes habían sido enemigas.

Lissa hizo las presentaciones necesarias mientras unos guardianes los escoltaban por la pista de aterrizaje hacia la parte interior de la Corte. Mia le dio a Jill una bienvenida tan cálida que la incomodidad de la chica desapareció y sus ojos verdes empezaron a brillar de entusiasmo. Sonriendo cariñosamente, Mia dejó de mirar a Jill y se dirigió a Lissa.

—¿Dónde está Rose?

Se produjo un silencio y un intercambio de miradas incómodas.

—¿Qué? —preguntó Mia—. ¿Qué he dicho?

—Rose se ha ido —respondió Lissa—. Perdona... creía que lo sabías. Lo dejó todo y se fue después del ataque porque había algunas cosas... cosas personales... de las que necesitaba ocuparse.

Lissa temió que Mia preguntara por esas cosas personales. Muy poca gente sabía lo de mi búsqueda de Dimitri y Lissa quería que eso siguiera siendo así. La mayoría creía que había desaparecido porque la batalla me había dejado traumatizada, pero la siguiente pregunta de Mia dejó a Lissa totalmente alucinada.

—¿Y por qué no te fuiste con ella?

—¿Cómo? —balbuceó Lissa—. ¿Y por qué iba a hacerlo? Rose lo ha dejado todo. Yo no tengo intención de seguir sus pasos.

—Ya, claro —Mia se puso a especular—. Estabais muy unidas... aun sin el vínculo. Pensaba que os seguiríais la una a la otra hasta el fin del mundo y ya os ocuparíais de los detalles después —la vida de Mia había sufrido tanta agitación que se tomaba estas cosas con toda la calma del mundo.

Esa ira extraña y fluctuante que ya había notado que aparecía en Lissa de vez en cuando provocó que levantara la cabeza y se volviera hacia Mia.

—Sí, bueno, si hubiéramos estado tan unidas, ella no me habría dejado, supongo. La egoísta es ella, no yo.

Sus palabras me dolieron y, obviamente, sorprendieron a Mia. Ella también tenía carácter, pero se conformó y levantó las manos en un gesto de disculpa. Era cierto que había cambiado.

—Perdón. No quería acusarte de nada.

Lissa no dijo nada más. Desde mi partida se había estado machacando con muchos temas. Le había dado vueltas y vueltas a tantas cosas que podría haber hecho antes y después del ataque, cosas con las que podría

haber conseguido que me quedara. Pero lo que nunca se le había ocurrido era que podría haberme acompañado; la revelación fue como una bofetada. Las palabras de Mia le hicieron sentir culpable y enfadada al mismo tiempo... y no estaba segura de con quién estaba más enfadada, si conmigo o consigo misma.

—Sé lo que estás pensando —dijo Adrian unos minutos después, cuando Mia se llevó a Jill y prometió que se verían después.

—¿Es que ahora sabes leer el pensamiento? —preguntó Lissa.

—No me hace falta. Lo llevas escrito en la cara. Y Rose no te habría dejado ir con ella, así que deja de torturarte con eso.

Entraron en el alojamiento de los huéspedes reales, que era tan lujoso y opulento como las otras veces que habían estado allí.

—Eso no lo sabes. Podría haberla convencido.

—No —respondió Adrian bruscamente—. No habrías podido. Lo digo en serio: no encuentres otro motivo para estar deprimida.

—Oye, ¿quién dice que estoy deprimida? Como he dicho, ella fue la que me abandonó a mí.

Adrian estaba sorprendido. Desde que me fui, Lissa había estado triste la mayor parte del tiempo. A veces se mostraba enfadada por mi decisión, pero ni Adrian ni yo habíamos visto una vehemencia así en ella. Había sentimientos oscuros en su corazón.

—Creía que lo entendías —dijo Adrian frunciendo un poco el ceño—. Habías dicho que...

Avery los interrumpió mirando fijamente a Adrian.

—Oye, oye, déjala en paz, ¿eh? Te veremos en la recepción.

Habían llegado a un punto en que los grupos tenían que separarse porque las chicas iban a una parte de los alojamientos y los chicos a la otra. Adrian pareció querer decir algo más, pero asintió y se fue con Reed y un par de guardianes. Avery rodeó cariñosamente a Lissa con el brazo mientras miraba marcharse a Adrian.

—¿Estás bien? —la cara siempre sonriente de Avery estaba llena de preocupación. Eso sorprendió a Lissa tanto como los momentos de seriedad de Adrian siempre me sorprendían a mí.

—Supongo. No sé.

—No te vuelvas loca pensando lo que podrías o deberías haber hecho. El pasado, pasado está. Mira hacia el futuro.

El corazón de Lissa seguía triste y su humor era más negro de lo que había sido últimamente. Pero logró esbozar una sonrisa tensa.

—Creo que eso es lo más sabio que has dicho en tu vida.

—¡Lo sé! ¿Te lo puedes creer? ¿Crees que eso impresionará a Adrian?

Ambas se echaron a reír, pero a pesar de su apariencia alegre, Lissa todavía estaba afectada por los comentarios de Mia. Le molestaban de una forma que no creía que fuera posible. Y lo que más le fastidiaba no era la idea de que si hubiera venido conmigo, podría haber evitado que me metiese en líos. No. Lo peor era que no se le había ocurrido venir conmigo. Yo era su mejor amiga. Esa debería haber sido su reacción inmediata cuando le dije que me iba. Pero no lo fue y ahora Lissa se sentía más culpable de lo normal. La culpa la corroía y a veces se transformaba en enfado para reducir un poco el dolor. Pero eso no la ayudaba.

Su humor no mejoró según avanzaba la noche. Poco después de la llegada del grupo, la reina ofreció una pequeña recepción para los visitantes más selectos de la Corte. En otro momento de su vida, a Lissa le habría parecido divertido. Pero ya no, al menos no se lo parecían estas fiestas.

Sin embargo, guardándose sus sentimientos negativos, se puso a desempeñar el papel de niña buena de la realeza. La reina parecía feliz de que Lissa tuviera un amigo real «adecuado» y le agradó ver que mi amiga impresionaba a los otros miembros de la realeza y dignatarios que le presentaban. Pero en un momento, la resolución de Lissa estuvo a punto de flaquear.

—Antes de irte —le dijo Tatiana—, deberíamos hablar del asunto de tus guardianes.

Ella y Lissa estaban de pie junto a un grupo de admiradores y otros miembros del séquito que guardaban una distancia respetuosa. Lissa había estado observando con aire ausente las burbujas de su copa de champán intacta y la miró sobresaltada.

—¿Guardianes, Majestad?

—No hay una forma delicada de decir esto, pero lo cierto es que ahora estás sin protección —la reina hizo una pausa respetuosa—. Belikov era un buen hombre.

Mi nombre no salió de sus labios, naturalmente. Era como si nunca hubiera existido. Yo nunca le había caído bien, y menos desde el momento en que pensó que iba a fugarme con Adrian. Lissa había notado que Tatiana observaba el flirteo entre Avery y Adrian, aunque era difícil saber si la reina

lo desaprobaba. Aparte de su afición a las fiestas, Avery parecía una chica modelo... Pero Tatiana siempre había querido que Lissa y Adrian acabaran juntos.

—Ahora mismo no necesito protección —dijo Lissa educadamente, pero con el corazón en un puño.

—No, pero acabarás el instituto pronto. Creo que hemos encontrado a unos candidatos excelentes. Y uno de ellos es una mujer; ha sido un golpe de suerte.

—Janine Hathaway se ofreció para ser mi guardiana —dijo Lissa de repente. Yo no lo sabía, pero mientras hablaba, pude leer la historia en su mente. Mi madre se lo había dicho poco después de que yo me fuera. Ella era muy leal a la persona que estaba protegiendo ahora, así que esto sería un gran cambio para ella.

—¿Janine Hathaway? —Tatiana levantó tanto las cejas que casi se le confundieron con el pelo—. Estoy segura de que tiene otros compromisos. No, tenemos candidatos mejores. Esta chica solo es unos años mayor que tú.

¿Un candidato mejor que Janine Hathaway? No era probable. Antes de Dimitri, mi madre había sido el ejemplo perfecto de mala leche con el que yo comparaba a todo el mundo. La «chica» de Tatiana era sin duda alguien que estaba bajo el control de la reina... Y lo que era más importante: no era una Hathaway. A la reina, mi madre le caía tan mal como yo. Una vez, cuando Tatiana se quejó de mí por algo, hizo una referencia a un hombre con el que mi madre había tenido una relación... alguien que sospechaba que podía ser mi padre: un tipo llamado Ibrahim. Lo gracioso fue que dio la impresión de que la reina también se hubiera interesado por ese hombre y me pregunté si ahí radicaría parte de su odio hacia mi familia.

Lissa sonrió educada, pero tensa, y le agradeció a la reina su consideración. Tanto Lissa como yo entendíamos lo que estaba pasando. Aquel era el juego de Tatiana. Todo el mundo era parte de su plan y no había forma de ir contra ella. Durante un breve momento, Lissa tuvo ese pensamiento extraño de nuevo sobre algo que le había dicho una vez Victor Dashkov. Además de sus descabellados planes de asesinatos y secuestros, Victor también quería iniciar una revolución entre los moroi. Creía que la distribución de poder estaba obsoleta —algo con lo que Lissa a veces también estaba de acuerdo— y por eso los que ejercían demasiado control lo utilizaban injustamente. La idea se fue tan rápido como había llegado.

Victor Dashkov era un criminal loco cuyas ideas no había que tomarse en serio.

Después, en cuanto la cortesía se lo permitió, Lissa le puso una excusa a la reina y se fue cruzando la sala y sintió que iba a explotar de pena y de rabia. Estuvo a punto de arrollar a Avery a su paso.

—¡Dios! —exclamó Avery—, ¿crees que Reed puede avergonzarme aún mas? Dos personas han intentado hablar con él, pero las ha espantado. De hecho le dijo a Robin Badica que se callara. Sí, es verdad que no dejaba de hablar y hablar... pero de todas formas... Eso no mola —la dramática expresión de exasperación de Avery desapareció cuando vio la cara de Lissa —. Oye, ¿qué pasa?

Lissa miró a Tatiana y después se volvió hacia Avery para hallar consuelo en los ojos azul grisáceo de su amiga.

—Necesito salir de aquí —Lissa respiró hondo para calmarse—. ¿Y «todo lo bueno» que decías que conocías por aquí? ¿Cuándo va a pasar?

Avery sonrió.

—En cuanto tú quieras.

Volví a mi ser, allí sentada en la acera. Mis emociones seguían desbocadas y luchaba por no llorar. Mis dudas anteriores se habían visto confirmadas: Lissa ya no me necesitaba... pero seguía teniendo la extraña sensación de que algo raro estaba pasando y yo no acababa de saber el qué. Supongo que su culpabilidad tras el comentario de Mia o los efectos secundarios del espíritu podían estar afectándola, pero... no era la misma Lissa.

Unos pasos en la acera me hicieron levantar la vista. De toda la gente que podría haberme encontrado yo habría esperado ver aparecer a Abe o a Viktoria. Pero no era ninguno de los dos.

Era Yeva.

La anciana se quedó allí de pie, con un chal cubriéndole los estrechos hombros y sus ojos astutos e inteligentes mirándome con desaprobación. Suspiré.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha caído una casa encima de tu hermana? —le pregunté. Tal vez había una ventaja en que no nos entendiéramos. Ella apretó los labios.

—No puedes quedarte aquí más tiempo —dijo.

Me quedé con la boca abierta.

—Pero... ¿hablas mi idioma?

Ella rio entre dientes.

—Claro.

Me levanté de un salto.

—¿Y todo este tiempo has estado fingiendo que no lo hablabas, haciendo que Paul te hiciera de traductor?

—Es más fácil —contestó—. Te evitas muchas conversaciones irritantes si no hablas el idioma. Y yo creo que los americanos son los que tienen siempre las conversaciones más irritantes.

Yo seguía espantada.

—¡Pero si ni siquiera me conocías! Y desde el primer día me has hecho la vida imposible, ¿por qué? ¿Es que me odias?

—No te odio, pero estoy decepcionada.

—¿Decepcionada? ¿Por qué?

—Soñé que ibas a venir.

—Me lo han dicho. ¿Sueñas mucho?

—A veces —dijo. La luz de la luna brillaba en sus ojos aumentando su apariencia sobrenatural. Un escalofrío me recorrió la espalda—. A veces mis sueños son ciertos y, a veces, no. Soñé que Dimka estaba muerto, pero no quise creerlo hasta que tuviera alguna prueba. Y tú eres la prueba.

—¿Y por eso estás decepcionada?

Yeva se arropó mejor con el chal.

—No. En mis sueños tú brillabas. Ardías como una estrella y te veía como una guerrera, alguien que podía hacer cosas importantes. Pero... te has quedado sentada y deprimida. No has hecho nada. No has hecho lo que venías a hacer.

La estudié preguntándome si sabía de lo que estaba hablando.

—¿Y qué es eso que venía a hacer?

—Ya lo sabes. También he soñado con eso.

Esperé algo más. Pero como no dijo nada, reí.

—Una respuesta muy vaga. Eres tan mala en tus predicciones como cualquier adivina.

Incluso en la oscuridad, pude ver que los ojos se le enfurecían.

—Has venido a buscar a Dimka. A intentar matarlo. Debes encontrarlo.

—¿A qué te refieres con «intentar»? —no quería creerla, no quería creer que de verdad conocía mi futuro. Pero me quedé enganchada a sus palabras—. ¿Has visto lo que va a ocurrir? ¿Voy a matarlo?

—No puedo verlo todo.

—Oh, fantástico.

—Solo he visto que debes encontrarlo.

—¿Eso es todo lo que me dices? ¡Eso ya lo sabía!

—Es lo que he visto.

Gruñí.

—Maldita sea, no tengo tiempo para esas pistas tan crípticas. Si no puedes ayudarme, no digas nada.

Se quedó callada.

Me eché la bolsa al hombro.

—Bien. Me voy —y en ese instante supe adónde pensaba ir—. Dile a los demás... Bueno, dales las gracias por todo. Y diles que lo siento.

—Estás haciendo lo correcto —me dijo—. Este no es el sitio donde debes estar.

—Eso me han dicho —murmuré mientras me alejaba.

Me pregunté si iba a decir algo más: reprenderme, maldecirme, transmitirme alguna otra de sus misteriosas palabras de «sabiduría». Pero se quedó callada y yo no miré atrás.

Ya no tenía casa, ni allí ni en Estados Unidos. Lo único que me quedaba era hacer lo que había ido a hacer. Le había dicho a Abe que mantenía mis promesas. Eso haría. Me iría de Baia, tal como le había dicho. Y mataría a Dimitri, como me había prometido a mí misma que haría.

Ahora sabía adónde ir. No había olvidado la dirección: el 83 de Kasakova. No sabía dónde estaba, pero cuando llegué al centro de la ciudad, un hombre que iba por la calle me indicó hacia dónde ir. La dirección estaba cerca, a un kilómetro y medio, y me encaminé hacia allí a buen paso.

Cuando llegué a la casa me alegró ver que las luces todavía estaban encendidas. Aun molesta y furiosa como estaba, no tenía ganas de despertar a nadie. Tampoco quería hablar con Nikolai y me sentí aliviada al ver que era Denis quien abría la puerta.

El asombro llenó su cara al verme. A pesar de sus atrevidas palabras de aquella mañana en la iglesia, no me pareció que realmente se creyese que me iba a unir a él y al resto de los que no llevaban la marca de la promesa. Se quedó sin habla, así que hablé yo.

—He cambiado de idea. Me voy con vosotros —inspiré hondo preparándome para lo que vendría después. Le había prometido a Abe que

dejaría Baia... pero no le había prometido que volvería a Estados Unidos—. Llevadme con vosotros a Novosibirsk.

Dieciséis

DENIS y sus dos amigos no sujetos a juramento, Artur y Lev, estaban encantados con que fuese a formar parte de su grupo. Pero si lo que esperaban era que participase de su insensato entusiasmo por la caza temeraria de los strigoi, no iban a tardar en llevarse una buena desilusión. No tuvo que pasar mucho tiempo antes de que se diesen cuenta de que mi forma de concebir la cacería distaba mucho de la suya.

Por turnos fuimos conduciendo el coche de Lev, el amigo de Denis, hasta que llegamos a Novosibirsk. El viaje duró unas quince horas y, aunque hicimos noche en un hotel, para mí fue demasiado tiempo seguido encerrada en un espacio reducido con tres tíos que no podían parar de hablar de la cantidad de strigoi que se iban a cargar.

Estaban empeñados en tirarme de la lengua. Querían saber con cuántos strigoi había acabado. Querían saber cómo había sido la batalla en la academia. Querían conocer mis métodos. Cada vez que pensaba en todas esas cosas, a mi cabeza solo acudían imágenes de sangre y de dolor. No tenía ganas de alardear de nada de aquello, pero tuvieron que pasar seis horas para que se diesen cuenta de que no iban a conseguir sonsacarme ninguna información.

A cambio, me obsequiaron con los relatos de sus propias aventuras. La verdad es que habían acabado con unos cuantos strigoi, pero también habían perdido a un buen número de amigos que, al igual que ellos, aún no habían cumplido veinte años. Mis experiencias no eran muy distintas, yo también había perdido a algunos amigos, si bien los míos habían caído al vernos superados en número. Las bajas del grupo de Denis parecían deberse más a la precipitación. El plan que tenían una vez llegásemos a Novosibirsk tampoco era especialmente sólido. Una y otra vez repetían que a los strigoi les gustaba cazar en lugares muy concurridos por la noche, como discotecas, o en otros menos transitados, como callejones, donde resultaba más fácil hacer el trabajo. Las desapariciones en ese tipo de sitios pasaban prácticamente inadvertidas, así que el plan de Denis consistía en pasearse por esos clubes con la esperanza de encontrarnos con algún strigoi.

Lo primero que pensé fue en abandonar inmediatamente aquel grupo y continuar yo sola. A fin de cuentas, mi objetivo principal era llegar a

Novosibirsk. Lo más lógico, con todo lo que sabía ahora, era suponer que el mejor sitio donde proseguir la búsqueda sería la ciudad más grande de Siberia. A medida que lo iba pensando después, me di cuenta de que llegar completamente sola a territorio strigoi sería una estupidez tan grande como el plan de la banda de los no sujetos a juramento. Podrían servirme como apoyo. Además, aún no sabía dónde estaba Dimitri, así que tendría que inventarme algún método para obtener información. Y para eso necesitaría ayuda.

Al final del segundo día de viaje, llegamos a Novosibirsk. Pese a lo que me habían contado de su tamaño, no me imaginaba que pudiese compararse con Moscú o con San Petersburgo. Y aunque no fuese tan grande como aquellas, lo cierto es que era una ciudad en toda regla, con sus rascacielos, sus teatros, sus trabajadores volviendo a los barrios residenciales y sus hermosas obras arquitectónicas.

Fuimos a ver a una amiga suya, una dhampir llamada Tamara, que tenía un apartamento en el centro. No hablaba muy bien mi idioma pero, por lo que entendí, se trataba de otra no sujeta a juramento, tan emocionada como los demás por limpiar el mundo de strigoi. Era un poco mayor que nosotros, por eso tenía su propia casa, y era morena, pecosa y bastante mona. Por lo visto, había estado esperando el momento de que llegasen los chicos para salir de caza, cosa que me hizo sentir verdadero alivio. Al menos no había salido ella sola. Parecía particularmente emocionada por el hecho de tener a otra chica en la banda, pero al igual que los demás no tardó en percatarse de que yo no compartía su entusiasmo.

Cuando llegó la primera noche de cacería de los strigoi, yo asumí el mando. Mi repentino cambio de actitud los confundió un poco al principio, pero enseguida se quedaron absortos escuchando, cautivados aún por mi reputación de superestrella.

—Está bien —les dije, mirándolos uno a uno. Estábamos sentados en círculo en el diminuto salón de casa de Tamara—. El método va a ser el siguiente. Vamos a ir patrullando en grupo por la zona de bares y por los callejones que...

—Un momento —interrumpió Denis—. Normalmente nos separamos.

—Y por eso os matan —le espeté—. Iremos en grupo.

—¿Nunca has matado strigoi tú sola? —preguntó Lev. Era el más alto del grupo, su figura alargada y su aspecto desgarbado hacían que casi pareciese un moroi.

—Sí, pero tuve suerte —además, yo era mejor luchadora que cualquiera de ellos. Podrá sonar arrogante, pero era una guardiana realmente buena. O una casi guardiana—. Nos irá mejor si vamos los cinco juntos. Cuando encontremos a los strigoi, tenemos que ocuparnos de ellos en un sitio discreto —no me había olvidado de las advertencias de Sydney —. Pero antes de que los matemos necesito hablar con ellos. Vuestro trabajo será contenerlos.

—¿Y por qué? —preguntó Denis—. ¿Qué les tienes que decir?

—En realidad, son ellos los que me tienen que decir algo a mí. Mirad, será cosa de un momento. Y al final los podréis matar, así que por eso no os preocupéis. Pero... —lo que dije a continuación jugaba en contra de mis planes, pero tenía que decirlo. No iba a hacer que los mataran por culpa de aquello que yo iba buscando—. Si en algún momento os veis acorralados o ante un peligro inminente, olvidaos de todo este rollo de la charla y la contención. Acabad con ellos. No corráis ningún riesgo.

Por lo visto yo resultaba lo bastante segura de mí misma y con la suficiente mala leche como para que todo lo que dijese les pareciera bien. Una parte del plan implicaba actuar «de incógnito», por decirlo de algún modo. Cualquier strigoi que pasara cerca de nosotros o que tuviese buena vista se daría cuenta enseguida de que éramos dhampir. Era fundamental que no llamásemos la atención. Necesitábamos tener la misma pinta que el resto de seres humanos que salían de fiesta.

Así que nos vestimos para el papel, y la verdad es que me quedé bastante impresionada al ver lo bien que se arreglaron los chicos. Denis, dejando a un lado su estado mental, era particularmente guapo, y tenía el mismo pelo rubio oscuro y los mismos ojos marrones que su hermano Nikolai. La poca ropa que llevaba para cambiarme no daba el pego, así que Tamara se puso a buscarme algo en su fondo de armario. Parecía disfrutar especialmente cada vez que encontraba algo que pudiese quedarme bien. Teníamos casi la misma talla, lo cual no dejaba de sorprenderme. Nunca había podido compartir ropa con Lissa, ella era muy alta y delgada. Tamara tenía mi misma estatura y una complexión bastante parecida.

Primero me ofreció un vestido corto y ajustado, pero se parecía mucho al que Viktoria había llevado, así que le dije que no con la cabeza y se lo devolví. El recuerdo de nuestra discusión aún me resultaba doloroso, y no tenía ganas de revivirla aquella noche, ni mucho menos de ir vestida como una prostituta de sangre. Tamara se conformó con vestirme con unos

vaqueros negros y una camiseta sin mangas del mismo color. Accedí a que me arreglase el pelo y me maquillase, y cuando me miré después en el espejo tuve que reconocer que había hecho un buen trabajo. Aunque fuese una tontería, me gustaba ir bien arreglada. Me gustaba especialmente la forma en que me miraron los chicos, entre la admiración y el respeto, pero no como si fuese un simple trozo de carne. Tamara también me ofreció algunos abalorios, pero lo único que me puse fue el *nazar* alrededor del cuello. Para la estaca me hacía falta una chaqueta, y ella encontró una de piel que me hacía parecer muy atractiva y que no desentonaba con el resto del conjunto.

Mientras salíamos a medianoche, no pude evitar mover la cabeza con gesto incrédulo y murmurar:

—Joder, somos los cazavampiros más espectaculares de la historia.

Denis nos llevó a un club donde habían encontrado a algún strigoi anteriormente. Por lo visto allí habían perdido a uno de sus amigos. El local estaba en una zona de mala muerte, lo cual supondría un aliciente añadido para los strigoi. La mayoría de los clientes eran jóvenes de clase media alta que parecían atraídos por el ambiente «peligroso». Si hubiesen sabido el peligro que realmente corrían, habrían flipado. Con Dimitri había hecho muchas bromas acerca de los diez años de retraso que llevaban Rusia y Europa del Este en cuestiones musicales, pero cuando entramos descubrí que el tema de tecno que hacía retumbar las paredes era el mismo que había escuchado en Estados Unidos poco antes de marcharme.

El local estaba oscuro y lleno de gente, y las luces que parpadeaban resultaban bastante molestas para los ojos de un dhampir. Cada fogonazo afectaba a nuestro modo de visión nocturna, una vez que esta se había adaptado a la penumbra. A mí no me hacía falta mirar. Mis sentidos de bendecida por la sombra no detectaban la presencia de ningún strigoi.

—Venga —les dije a los demás—. Vamos a bailar un poco y a esperar. No hay ningún strigoi cerca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Denis, mirándome fijamente con gesto de sorpresa.

—Lo sé y basta. Que nadie se separe.

Nuestro pequeño grupo se desplazó hasta la pista. Hacía mucho que no bailaba, y me sorprendió lo rápido que me enganchó el ritmo. Una parte de mí me advertía que no debía bajar la guardia, pero mi sistema de alarma

contra strigoi me avisaría si algún peligro acechaba. Las náuseas eran difíciles de pasar por alto.

Pasamos una hora bailando sin que apareciese ningún strigoi. Abandonamos la pista y comenzamos a dar vueltas por los rincones del local, después salimos para rastrear la zona. Pero nada.

—¿Hay algún otro club cerca? —pregunté.

—Sí, claro —contestó Artur. Era bajo y fornido, llevaba la cabeza casi afeitada y siempre estaba sonriente—. Hay uno a un par de manzanas.

Le seguimos y encontramos un panorama parecido: otro club secreto oculto en un edificio medio abandonado. Más luces, más gente, más música machacona. Lo primero que me molestó fue el olor, que me resultaba muy perturbador. Toda aquella cantidad de gente generaba una gran cantidad de sudor. Los humanos también podrían olerlo; para nosotros, era asfixiante. Tamara y yo nos miramos, arrugamos la nariz y no nos hizo falta decir nada más para expresar el asco que nos daba aquello.

Fuimos otra vez hacia la pista y Lev hizo ademán de irse a por una copa. Le di un puñetazo en el brazo.

Me pareció que decía algún taco en ruso.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

—Por estúpido. ¿Cómo pretendes matar algo que es el doble de rápido que tú estando borracho?

Se encogió de hombros, como si le diera igual, y tuve que contenerme para no volver a pegarle, esta vez en la cara.

—Por una copa no pasa nada. Además, ni siquiera...

—¡Calla!

De repente noté cómo se me revolvía el estómago. Dejé de disimular y de bailar y me puse a buscar entre el gentío al causante de aquello. Tan solo con el sentido para detectar strigoi me era difícil poder identificarlos en medio de mucha gente. Di unos pasos hacia la entrada y las náuseas se atenuaron. Fui hacia la barra y la sensación se hizo más aguda.

—Por aquí —les dije—. Haced como si siguierais de fiesta.

Les contagié la tensión; vi cómo en sus rostros se reflejaba el nerviosismo, así como cierta sensación de temor. Mejor. Así se lo tomarían en serio. Mientras nos acercábamos hacia la barra, traté de actuar como si estuviese haciendo cola para pedir una copa. Mientras tanto, fui recorriendo con la mirada el grupo de gente que había alrededor.

Allí estaba. Ya lo tenía. Había un strigoi de pie en una esquina, con el brazo alrededor de una chica de mi edad. En la penumbra, parecía atractivo y todo. Si se le miraba mejor, se podía ver la tez pálida y mortecina y los ojos de color rojo propios de su raza. Quizá la chica no los hubiese visto debido a la falta de luz, o quizá el strigoi estaba utilizando su poder de coerción. Lo más seguro es que fuesen las dos cosas, a juzgar por la sonrisa de la chica. Los strigoi tenían un poder comparable al de alguien que utilizaba el espíritu, como Lissa. O superior incluso. El strigoi se llevó entonces a la chica por un pequeño pasillo que casi no se veía. Al fondo pude ver una señal luminosa de salida. O al menos eso me imaginé, porque estaba escrita en cirílico.

—¿Tenéis idea de adónde conduce esa puerta? —le pregunté a los otros.

Los chicos se encogieron de hombros; Denis le repitió la pregunta a Tamara y a continuación tradujo la respuesta.

—Hay un pequeño callejón que usan para tirar la basura. Está entre este edificio y una fábrica. Nunca suele haber nadie.

—¿Podemos llegar hasta allí saliendo y dando la vuelta?

Denis esperó a la respuesta de Tamara.

—Sí, tiene acceso por los dos lados.

—Perfecto.

Salimos del club por la puerta principal y nos separamos en dos grupos. El plan era atacar al strigoi por los dos lados, de forma que quedase atrapado en el medio, siempre y cuando él y su víctima siguiesen allí fuera. Cabía la posibilidad de que la hubiese llevado a otro sitio, pero lo más probable era que quisiese seducirla y hacerse con su sangre allí mismo, sobre todo si de verdad era un lugar tan solitario como decía Tamara.

Mi suposición era correcta. Tras separarnos y dar la vuelta al edificio, pude ver al strigoi y a la chica en la penumbra tras un cubo de basura. Él se cernía sobre ella, con la boca cerca del cuello; no pude evitar maldecir para mis adentros. No habían perdido ni un segundo. Con la esperanza de que la chica siguiese con vida, eché a correr por el callejón, seguida de los demás. Desde el otro lado, Denis y Lev se aproximaban también a toda prisa. El strigoi reaccionó inmediatamente al oír el ruido de pasos y dio muestra de sus asombrosos reflejos. Dejó caer a la chica y en un instante eligió enfrentarse a Denis y Lev y no a Artur, Tamara y yo. La estrategia era buena, ellos solo eran dos. Seguramente, gracias a su velocidad, contaba

con poder neutralizarlos rápidamente y encargarse luego de nosotros antes de que nos diese tiempo a llegar hasta allí.

Y a punto estuvo de lograrlo. Lev salió por los aires tras recibir un fuerte golpe. Para mi tranquilidad, un par de cubos de basura impidieron que chocase contra la pared del edificio. Tampoco era plato de buen gusto, pero desde luego era mejor chocar contra cubos metálicos que contra una pared de ladrillos. A continuación, el strigoi se abalanzó sobre Denis, pero este demostró una gran velocidad. Yo me había figurado de forma un tanto injusta que todos aquellos individuos no sujetos a juramento no eran especialmente hábiles para el combate. Debería haber sido más perspicaz. Habían recibido el mismo tipo de entrenamiento que yo, lo único que les faltaba era disciplina.

Denis esquivó el ataque y golpeó las piernas del strigoi por debajo; aunque el golpe alcanzó su destino, no fue lo suficientemente fuerte como para derribarlo. Un destello plateado surgió de las manos de Denis y consiguió alcanzar en la mejilla al strigoi justo antes de que este lanzase de un fuerte revés al dhampir hacia donde yo estaba. Un corte así no resultaría letal, pero la plata le habría hecho daño, pude escuchar cómo gruñía. La saliva le relucía en los colmillos.

Esquivé a Denis para evitar que me derribara. Tamara lo agarró de un brazo para impedir que cayera al suelo. Ella también era muy rápida, y en cuanto dejó a Denis más o menos estable, se abalanzó contra el strigoi. Este intentó darle un manotazo pero no la golpeó lo bastante fuerte como para desplazarla demasiado. Artur y yo ya estábamos encima de él, dándole golpes y acorralándolo contra la pared. Aun así, él era más fuerte, y no tardó mucho en zafarse de nosotros. En mi cabeza sonó una voz llena de sensatez, que se parecía sospechosamente a la de Dimitri y me advertía que acababa de perder la oportunidad de acabar con él. Y esa era la cosa más inteligente y más segura que podía hacer. Había podido hacerlo, llevaba la estaca en la mano. Si mi absurdo plan de someterlo a un interrogatorio fallaba y alguno de los nuestros terminaba muerto, tendría que cargarlo sobre mi conciencia.

Artur y yo volvimos a saltar a la vez sobre él.

—¡Ayudadnos! —grité.

Tamara se lanzó contra el strigoi y le dio una rápida patada en el estómago. Otra vez estaba a punto de zafarse de nosotros, pero entonces llegó Denis. Entre los cuatro, conseguimos reducirlo hasta tenerlo en el

suelo con la espalda pegada a la acera. Pero no podíamos cantar victoria. Mantenerlo reducido no era nada fácil. Se revolvía con una fuerza asombrosa, era imposible inmovilizarlo de brazos y piernas. Yo me lancé sobre él e intenté dejar caer todo mi peso sobre su torso mientras los demás le sujetaban las piernas. Dos nuevas manos se unieron a nuestro cometido, levanté la vista y vi que eran las de Lev. El labio todavía le sangraba, pero su gesto revelaba toda la determinación del mundo.

El strigoi no dejaba de moverse, pero vi claramente que ahora que lo sujetábamos los cinco ya no iba a ser capaz de liberarse. Me eché un poco hacia delante y le apoyé la punta de la estaca en el cuello. Eso hizo que se detuviera un instante, si bien enseguida continuó con el forcejeo. Me incliné sobre su cara.

—¿Conoces a Dimitri Belikov? —le pregunté en un tono firme.

Me gritó algo incomprensible que no sonaba demasiado cariñoso. Presioné la estaca con más fuerza y le hice un buen corte en el cuello. El dolor lo obligó a gritar, y los ojos le resplandecían llenos de odio y de maldad mientras seguía maldiciendo en ruso.

—Traducidle lo que acabo de decir —pedí sin preocuparme de quién lo hiciese.

Al momento, Denis dijo algo en ruso, seguramente mi pregunta, ya que pude oír cómo pronunciaba el nombre de Dimitri. El strigoi masculló una respuesta y Denis movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Dice que no piensa seguirnos el juego.

Agarré la estaca y le rajé la cara ampliando el corte que le había hecho antes Denis. El strigoi volvió a gritar y yo recé para que los guardias de seguridad del club no lo oyeran. Luego lo miré y le dediqué una sonrisa igual de malévola que las suyas.

—Dile que vamos a seguir con este juego hasta que hable. Esta noche va a morir, de una manera o de otra. De él depende que sea una muerte lenta o rápida.

No me podía creer lo que acababa de decir. Aquello era muy duro, muy cruel. Nunca había pensado que acabaría torturando a alguien, ni siquiera a un strigoi. A la traducción de Denis siguió otra respuesta desafiante, así que yo seguí con la estaca, haciendo cortes y tajos que habrían matado a cualquier humano, moroi o dhampir.

Finalmente, de su boca surgieron unas cuantas palabras que no parecían los habituales insultos. Denis las tradujo inmediatamente.

—Ha dicho que nunca ha oído hablar de nadie que se llame así y que si Dimitri es amigo tuyo, piensa darle una muerte lenta y llena de sufrimiento.

Ese último esfuerzo por desafiarme casi me hizo sonreír. El problema de mi estrategia era que el strigoi podía no decir la verdad. No tenía ninguna manera de saberlo. Algo en su forma de responder me hizo pensar que lo que decía no era mentira. Parecía que pensase que yo hablaba de un humano o de un dhampir, y no de un strigoi.

—Entonces no nos sirve de nada —dije. Me incorporé un poco y miré a Denis—. Adelante, acaba con él.

Denis lo estaba deseando. No vaciló ni un instante, la estaca golpeó con fuerza en el corazón del strigoi y lo atravesó. Un momento después, el frenético forcejeo se detuvo. El resplandor maligno se extinguió en sus ojos rojos. Mientras nos levantábamos, me di cuenta de que mis compañeros me miraban con temor.

—Rose —me preguntó Denis por fin—. ¿Qué es lo que esperas...?

—Eso da igual —le interrumpí mientras me acercaba a donde estaba la chica. Me arrodillé y le examiné el cuello. Le había mordido, pero no le había sacado mucha sangre. La herida era relativamente pequeña y solo sangraba un poco. Cuando la toqué, se revolvió y gimió, cosa que me pareció buena señal. Con delicadeza, la arrastré lejos de los contenedores de basura hasta un lugar donde había más luz y estaría más a la vista. Al strigoi, sin embargo, lo llevé al rincón más oscuro, donde prácticamente no se le veía. A continuación, le pedí el móvil a Denis y marqué el número que llevaba desde hacía una semana en un papel arrugado dentro del bolsillo.

Después de sonar dos veces, oí la voz de Sydney contestando en ruso. Parecía somnolienta.

—¿Sydney? Soy Rose.

Hubo un momento de silencio.

—¿Rose? ¿Qué pasa?

—¿Estás otra vez en San Petersburgo?

—Sí, ¿tú dónde estás?

—En Novosibirsk. ¿Tenéis agentes aquí?

—Sí, claro —contestó con cierta reserva—. ¿Por qué lo dices?

—Hum... Necesito que limpiéis algo.

—Ay, señor.

—Oye, al menos te estoy llamando. Y librar al mundo de un strigoi tampoco es nada malo. Además, ¿no querías que te mantuviese informada?

—Sí, sí. ¿Dónde estás?

Le pasé a Denis para que él pudiese explicarle el lugar exacto. Una vez terminó, volvió a pasarme el teléfono y le conté a Sydney lo de la chica.

—¿Está grave?

—No lo parece —contesté—. ¿Qué hacemos?

—Dejadla. La persona que va a ir se asegurará de que esté bien y de que no va a ir por ahí contando historias. Ya os lo explicará cuando llegue.

—Oye una cosa, no me voy a esperar aquí hasta que llegue.

—Rose...

—Me voy a largar de aquí ahora mismo —le dije—. Y te agradecería mucho que no le dijeses a nadie que he llamado, como por ejemplo a Abe.

—Rose...

—Sydney, por favor. No se lo digas. O si no... —me quedé dudando—. Si se lo dices, no volveré a llamar cuando me pase algo así. Vamos a acabar con unos cuantos más —Dios mío, ¿qué iba a ser lo siguiente? Primero torturas, luego amenazas. Y lo peor era que estaba amenazando a alguien por quien sentía mucho aprecio. Aunque por supuesto era mentira. Yo entendía por qué el grupo de Sydney actuaba de esa manera, y no pensaba arriesgarme a quedar al descubierto. Pero eso ella no lo sabía, así que recé para que pensase que estaba tan desquiciada como para revelar nuestro secreto al mundo.

—Rose... —intentó todavía una vez más, pero no le di la oportunidad.

—Gracias, Sydney. Seguiremos en contacto —apagué el móvil y se lo pasé a Denis—. Vamos, chicos. Aún nos queda noche por delante.

Era evidente que mi idea de interrogar a los strigoi les parecía una locura, pero teniendo en cuenta la forma tan insensata con la que actuaban a veces, mi comportamiento no era lo bastante extraño como para hacer que perdiesen su fe en mí. Pasado el rato, recuperaron el entusiasmo, animados por la idea de haber llevado a cabo la primera ejecución del viaje. Gracias a mi asombrosa capacidad para detectar a los strigoi, yo les resultaba aún más enrollada, y empecé a tener la seguridad de que estarían dispuestos a seguirme prácticamente a cualquier parte.

Aquella noche encontramos a dos strigoi más y nos las arreglamos para llevar a cabo un procedimiento parecido. Los resultados fueron los mismos: muchos insultos en ruso, ninguna información nueva. Cuando me convencía de que no tenían nada que ofrecernos, dejaba que mis compañeros procediesen a ejecutarlos. A ellos les encantaba, pero después

del tercero noté un enorme cansancio, tanto físico como mental. Les dije a los demás que nos íbamos a casa, pero entonces, mientras pasábamos junto a la parte trasera de una fábrica, sentí la presencia de un cuarto strigoi.

Nos abalanzamos sobre él. De nuevo se produjo una refriega, pero al final conseguimos inmovilizarlo en el suelo, tal como habíamos hecho con los demás.

—Adelante —le dije a Denis—. Ya sabes lo que...

—¡Te voy a rajar el cuello! —gruñó el strigoi.

Caray. Este hablaba en mi idioma. Denis hizo el gesto de empezar el interrogatorio, pero yo le dije que no con la cabeza.

—Yo me encargo.

Tal como había sucedido con los otros, pese a tener la estaca en el cuello, no paraba de forcejear y de maldecir, y así me resultaba muy difícil poder preguntarle.

—Oye —le dije cada vez más impaciente y cansada—, dinos lo que necesitamos saber. Estamos buscando a un dhampir llamado Dimitri Belikov.

—Lo conozco —el tono del strigoi rezumaba suficiencia—. Y no es un dhampir.

Sin darme cuenta había llamado dhampir a Dimitri. Estaba cansada y me había confundido. No era de extrañar que aquel strigoi estuviese encantado de hablar. Se imaginó que no sabíamos que Dimitri se había transformado. Como cualquier otro strigoi arrogante, estaba encantado de poder contarnos más cosas, siempre con la esperanza de que sus palabras pudiesen hacernos daño.

—Tu amigo ha despertado. Ahora recorre la noche con nosotros y se bebe la sangre de niñas tontas como tú.

Miles de pensamientos inundaron mi cabeza en un segundo. Maldita sea. Había viajado a Rusia pensando que sería fácil encontrar a Dimitri. Esas esperanzas se truncaron al ir a su pueblo, donde estuve a punto de abandonar la misión. Luego, pasé al otro extremo y me convencí de que mi objetivo era inalcanzable. La posibilidad de poder estar acercándome a algo me dejó estupefacta.

—Mientes —le dije—. Nunca lo has visto.

—No he parado de verlo. He matado con él.

El estómago me dio un vuelco que no tenía nada que ver con la proximidad del strigoi. «No pienses en Dimitri matando a gente. No pienses

en Dimitri matando a gente». No paraba de repetirme esas palabras mentalmente mientras intentaba mantener la calma.

—Si eso es cierto —le dije entre dientes—, entonces tengo un mensaje que quiero que le des. Dile que Rose Hathaway lo está buscando.

—No soy tu chico de los recados —dijo con el ceño fruncido.

Le rajé con la estaca, hizo una mueca de dolor mientras la sangre le corría por la cara.

—Tú serás lo que yo te diga. Ve y dile a Dimitri lo que te he dicho. Rose Hathaway. Rose Hathaway lo está buscando. Dilo —presioné la punta contra su cuello—. Di mi nombre para que sepa que lo recordarás.

—Lo recordaré para poder acabar contigo.

Presioné con más fuerza, la sangre volvió a brotar.

—Rose Hathaway —dijo. Luego trató de escupirme, pero no acertó.

Me eché hacia atrás, satisfecha. Denis me observaba, expectante, con la estaca lista.

—¿Lo matamos?

Negué con la cabeza.

—Vamos a dejar que se marche.

Diecisiete

CONVENCERLOS para dejar libre a un strigoi no fue tarea fácil. Con mi interrogatorio, pese a no parecerles muy razonable, habían transigido, ¿pero dejar escapar a un strigoi? Eso les parecía una auténtica locura, incluso a ellos, que no estaban sujetos a juramento. Intercambiaron algunas miradas inquietas y por un momento dudé de si obedecerían la orden, pero al final mi fuerza y mi autoridad se impusieron. Querían que estuviese al mando del grupo y tenían toda su fe puesta en mi forma de actuar, por desquiciada que esta les pudiese parecer.

Una vez dejamos libre al strigoi nos encontramos con el problema de asegurarnos de que se marchaba de verdad. En un primer momento volvió a atacarnos; después, cuando se dio cuenta de que acabaríamos aplastándolo, terminó por alejarse. Antes de perderse en la oscuridad, nos dedicó una última mirada amenazadora. Que un puñado de adolescentes lo redujesen no había contribuido mucho a mejorar su autoestima. Me fulminó con la vista y me estremecí al pensar que sabía mi nombre. Solo me quedaba confiar en que mi plan tuviese alguna posibilidad de funcionar. Esa misma semana matamos a unos cuantos strigoi más, cosa que hizo que Denis y el resto del grupo me perdonasen por haber dejado escapar a uno con vida. Seguíamos siempre el mismo procedimiento: valiéndonos de mi capacidad para detectar cualquier peligro, nos dedicábamos a investigar los clubes y zonas más peligrosas de la ciudad. Me hacía gracia lo mucho que confiaban en mi liderazgo. Pese a que dijesen que rechazaban las reglas o la autoridad de los guardianes, respondían sorprendentemente bien a las órdenes.

Aunque, bueno, no siempre. De vez en cuando se comportaban de forma temeraria o algo alocada. Siempre había alguno que quería hacerse el héroe, o que subestimaba la fuerza de un strigoi, o que intentaba actuar por su cuenta. Eso casi le cuesta una conmoción cerebral a Artur. Como era el más corpulento del grupo, se lo tenía un poco creído. Un strigoi lo pilló por sorpresa y lo estampó contra un muro. Aquello hizo que se nos bajasen los humos a todos. Por un instante, pensé que Artur había muerto y que toda la responsabilidad, como líder del grupo, era mía. Uno de los alquimistas de Sydney se presentó y trató a Artur; yo me aseguré de alejarme, no fuese a encontrarme Abe. El tipo dijo que con un poco de reposo se recuperaría, y

por lo tanto debía dejar de participar en las cacerías durante una temporada. Le costó acatar la indicación, y una de las noches en que pretendía venir con nosotros tuve que recordarle a gritos todos los amigos que habían muerto por cometer una estupidez semejante.

En el mundo de los humanos, los dhampir tendían a imitar sus mismos horarios. Yo elegí el turno de noche, tal y como había hecho en la academia. El resto hizo lo mismo, excepto Tamara, que tenía que trabajar durante el día. Lo último que quería era dormir mientras los strigoi recorrían las calles. Cada vez que acabábamos con alguno, llamaba por teléfono a Sydney. Entre la comunidad strigoi había corrido la voz de que alguien les estaba haciendo mucho daño. Si el strigoi al que habíamos dejado marchar había transmitido el mensaje, era posible que algunos de ellos viniesen a buscarme.

El número de acciones se fue reduciendo a medida que pasaban los días, y eso me hizo pensar que los strigoi estaban volviéndose más cautos. No sabía decir si eso era buena o mala señal, pero les rogué a los demás que extremasen las precauciones. Me veneraban como si fuese una diosa, pero tampoco es que eso me halagara. Lo que había sucedido con Lissa y Dimitri aún me acongojaba. Me concentré tan solo en mi tarea: en conseguir acercarnos a Dimitri. Cuando no estábamos cazando, sin embargo, tenía muchos ratos libres en los que no había nada que hacer.

Así que le hice una visita a Lissa.

Sabía que muchos adolescentes, como Mia, vivían en la Corte porque sus padres trabajaban allí. No tenía muy claro el número exacto. Avery sí que los conocía a todos, y como era de esperar —o por lo menos yo ya me lo imaginaba—, la mayoría eran unos ricos malcriados.

El resto de la visita de Lissa consistió en una serie de recepciones y fiestas de carácter formal. Cuanto más oía a los moroi hablando de negocios, más nerviosa se ponía. Seguía viendo los mismos abusos de poder en los que ya había reparado anteriormente, la misma forma injusta de repartirse a los guardianes como si fuesen de su propiedad. El tema de si los moroi debían aprender a combatir junto a los guardianes suscitaba todavía una gran polémica. La mayoría de la gente con la que Lissa coincidió en la Corte tenía una mentalidad muy anticuada: eran partidarios de que fuesen los guardianes los que combatiesen y de que los moroi no se expusiesen a ningún peligro. Tras haber visto los resultados de esa política, y los éxitos que se habían producido cuando gente como Christian y yo habíamos

intentado modificarla, Lissa se enfurecía aún más con el egoísmo que reinaba entre la elite de los moroi.

En cuanto podía, se escapaba de estos actos y se iba por ahí con Avery, que siempre tenía a alguien con quien quedar o sabía de alguna fiesta que no se parecía en nada a las de Tatiana. Allí nunca se hablaba de esos temas políticos tan agobiantes, pero aun así siempre había cosas que podían provocar que Lissa cayese en el desánimo.

Ver cómo yo iba cayendo cada vez más hondo la hacía sentir culpable, la ponía furiosa y la deprimía. Conocía de sobra los efectos del espíritu en su estado de ánimo como para no reconocer las señales de alarma, pese a que en este viaje no había estado usando sus poderes de forma consciente. A pesar de la desgana, seguía intentando distraerse y luchando por ser capaz de apaciguar su depresión.

—Ve con cuidado —le advirtió Avery. Era la noche previa a su vuelta a la academia, y Lissa y ella estaban en una fiesta. Buena parte de los que vivían en la Corte tenían casas allí; la fiesta se celebraba en la casa de un tal Szelsky que estaba de asesor de un comité que Lissa no conocía. Tampoco conocía a su anfitrión, pero eso daba igual, puesto que sus padres se encontraban fuera.

—¿Cuidado con qué? —preguntó Lissa, mirando a su alrededor. La casa contaba con un patio trasero, iluminado con antorchas Tiki y guirnaldas luminiscentes. Había comida y bebida para parar un tren, y un moroi había sacado una guitarra e intentaba impresionar a las chicas con sus dotes musicales casi imperceptibles. De hecho, la música que tocaba era tan horrible que con ella podría haber desarrollado un nuevo método de matar strigoi. Como era bastante guapo, a sus admiradoras no parecía importarles mucho lo mal que tocaba.

—Con ese —dijo Avery, señalando el martini que Lissa llevaba en la mano—, ¿llevas la cuenta de cuántos te has bebido?

—Yo creo que no —dijo Adrian. Estaba tirado en una tumbona que había al lado y tenía también una copa en la mano.

Lissa sintió que, comparada con ellos, era una principiante. Avery mantenía su lado salvaje e insinuante, pero no tenía nunca el aspecto estúpido o alocado de quien va muy pasado. Lissa no sabía cuánto había bebido su amiga, pero debía de ser mucho, puesto que Avery siempre estaba con una copa en la mano. A Adrian, por su parte, era raro verlo sin algo de

beber, si bien los efectos del alcohol parecían apaciguarlo. Lissa supuso que tenían más experiencia que ella. Se estaba ablandando con los años.

—Estoy bien —mintió Lissa, mientras todo le daba vueltas y se planteaba muy seriamente salir de allí y unirse a unas chicas que estaban bailando sobre una mesa.

Avery esbozó una sonrisa, pese a que su mirada mostraba un fondo de preocupación.

—Sí, ya. Ten cuidado, no vaya a darte un bajón o algo por el estilo. Esas cosas enseguida se saben y lo último que necesitamos es que todo el mundo sepa que la Dragomir no sabe beber. Tu familia tiene una enorme reputación en ese terreno.

Lissa dejó la copa.

—La verdad es que dudo mucho que el consumo de alcohol forme parte del ilustre linaje de mi familia.

Avery empujó un poco a Adrian y se hizo un hueco a su lado en la tumbona.

—Oye, te costará creerlo, pero es así. Dentro de diez años, todos estos serán tus iguales en el Consejo. Tú intentarás que se apruebe una resolución y ellos dirán: «¿Os acordáis de aquella fiesta en la que se puso ciega y vomitó?».

A Lissa y a Adrian les entró la risa. Lissa no pensaba que le fuera a dar un bajón, pero de eso, como de todo lo demás, no tenía ganas de preocuparse en ese momento. Lo bueno de aquella historia es que la bebida la estaba ayudando a olvidarse de lo que había sucedido aquel día. Tatiana le había presentado a sus futuros guardianes: un tipo bien curtido llamado Grant y la «jovencita», una chica que respondía al nombre de Serena. Le habían resultado agradables, pero las comparaciones con Dimitri y conmigo habían sido inevitables. Tenía la sensación de que aceptándolos nos estaba traicionando a nosotros, pese a que lo único que había hecho había sido asentir con la cabeza y darle las gracias a Tatiana.

Un rato después, Lissa se había enterado de que Serena estaba designada a ser la guardiana de una chica de la que era amiga desde la infancia. La chica no tenía sangre real, pero a veces, en función del número de guardianes, también los que no pertenecían a la realeza tenían derecho a escolta, aunque nunca a más de un individuo. Sin embargo, cuando los puestos asignados a la protección de Lissa se quedaron vacantes, Tatiana apartó a la joven guardiana del lado de su amiga. Serena sonrió en todo

momento y le dijo a Lissa que no pasaba nada, que las obligaciones eran lo primero y que estaba encantada de estar a su servicio. Aun así, Lissa se sintió fatal, consciente de lo duro y de lo terriblemente injusto que habría resultado para las dos amigas. Pero otra vez era lo mismo: un equilibrio de poder injusto que nadie acababa de controlar.

Tras el encuentro, Lissa había maldecido su propia docilidad. Ya que no había sido lo suficientemente valiente como para seguirme, pensó que al menos debería haberse plantado y haberle exigido a Tatiana que pusiese a mi madre a su servicio. De esa forma, Serena habría regresado de vuelta con su amiga y al menos habría quedado una amistad intacta en el mundo.

El martini parecía anestesiarla y hacerla sentir peor al mismo tiempo, cosa que a Lissa le costaba entender. «Qué más da», pensó, y cuando vio a un camarero, le hizo un gesto con la mano para que le sirviese otra copa.

—¿Puedo...? ¿Ambrose?

Se quedó sorprendida y con la vista fija en el chico que tenía delante. Si se publicase un calendario con los dhampir más buenorros, aquel debería ocupar la portada —dejando a un lado a Dimitri, pero claro, en eso yo no era imparcial—. El chico se llamaba Ambrose y lo habíamos conocido en un viaje que hicimos hecho juntas. Tenía la piel bronceada y debajo de la camisa gris de cuello abotonado se podía apreciar una buena musculatura. Era un caso extraño en la Corte, un dhampir que había rechazado trabajar como guardián y que hacía todo tipo de tareas, como dar masajes y, en caso de que los rumores fuesen ciertos, mantener «encuentros románticos» con la reina. Imaginármelo me daba apuro y eso que había visto muchas cosas desagradables en mi vida.

—Princesa Dragomir —dijo mostrando su perfecta sonrisa—. Qué sorpresa.

—¿Qué tal te va? —le preguntó ella, mostrando una alegría sincera.

—Bastante bien. Bueno, tengo el mejor trabajo del mundo. ¿Y usted?

—Genial —contestó ella.

Ambrose se quedó parado un momento observándola. Pese a la sonrisa, Lissa se dio cuenta de que su interlocutor no compartía su diagnóstico. En su rostro se reflejaba un gesto de desaprobación. Que Avery la acusase de beber demasiado era una cosa pero, ¿un criado dhampir, por guapo que fuese? Eso era inaceptable. Adoptó un gesto más seco y le tendió el vaso.

—Necesito otro martini —dijo, con el mismo tono altivo que utilizaban los miembros de la realeza.

Él notó el cambio y sustituyó la amplia sonrisa por una de pura cortesía.

—Enseguida —hizo una discreta reverencia y se dirigió hacia la barra.

—Caray —dijo Avery, admirando al camarero mientras se alejaba—. ¿Por qué no nos presentas a tu amigo?

—No es mi amigo —le espetó Lissa—. No es nadie.

—De acuerdo —dijo Adrian mientras le pasaba a Avery el brazo por encima—. ¿Por qué te vas por ahí a buscar si tienes lo mejor delante de los ojos? —si no fuese porque lo conocía bien, habría pensado que debajo del tono jovial había un reproche provocado por los celos—. ¿Acaso no he cambiado mis planes para llevarte a desayunar con mi tía?

Avery lo miró con gesto cansado.

—Sí, en eso tienes toda la razón. Aún eres capaz de impresionarme, Ivashkov —tras decir esto, algo a espaldas de Lissa captó su atención—. Mirad, la niñita está aquí.

Mia, seguida de cerca por Jill, atravesaba con paso decidido el jardín sin hacer caso de las miradas de sorpresa. Era evidente que ninguna de las dos encajaba allí.

—Hola —dijo Mia cuando llegó a donde estaban Lissa y los demás—. Me acaba de llamar mi padre, tengo que ir con él. Os dejo a Jill.

—Sí, tranquila, no pasa nada —dijo Lissa inmediatamente, aunque no le hacía ninguna gracia que Jill estuviese allí. Lissa aún se preguntaba si Christian estaba interesado por ella—. ¿Va todo bien?

—Sí, tenemos que resolver un asunto.

Mia se despidió y se fue de la fiesta tan rápido como había llegado, sin hacer caso de los gestos sorprendidos y desdeñosos de los otros miembros de la realeza.

Lissa fijó su atención en Jill, que se había sentado discretamente en una silla y miraba maravillada todo lo que había a su alrededor.

—¿Qué tal? ¿Te lo has pasado bien con Mia?

Jill se volvió hacia Lissa con el rostro iluminado.

—Sí, mucho. Es genial. Ha hecho unas cosas increíbles con el agua. Es una pasada. Y me ha enseñado algunos movimientos nuevos de lucha. He aprendido a lanzar un gancho de derecha... aunque me falta fuerza.

Ambrose volvió con la bebida de Lissa. Se la dio sin decir nada, luego vio a Jill y relajó un poco el gesto.

—¿Quiere algo?

—No, gracias —contestó ella negando con la cabeza.

Adrian se quedó observando a Jill atentamente.

—¿Estás bien aquí? ¿Quieres que te acompañe a la residencia? —al igual que en la ocasión anterior, no lo decía con segundas intenciones. La miraba como si fuese su hermana pequeña, cosa que me pareció la mar de graciosa. No lo creía capaz de una actitud protectora de esa naturaleza.

Ella volvió a decir que no con la cabeza.

—No, tranquilo. No quiero obligarte a tener que irte... a menos que... —hizo un gesto de preocupación—. ¿Queréis que me vaya?

—No —contestó Adrian—. Está bien tener a alguien responsable en medio de toda esta locura. Si tienes hambre, deberías buscar algo de comer.

—Qué maternal te pones —se burló Avery, diciendo en voz alta lo que yo estaba pensando.

Por la razón que fuese, Lissa se tomó como una afrenta personal el comentario de Adrian acerca de «alguien responsable». A mí no me lo había parecido, pero ella no estaba especialmente lúcida. Tras decidir que también ella tenía hambre, se levantó y se fue hacia la mesa del jardín donde estaban las bandejas con cosas de picar. O más bien, donde habían estado. Ahora las chicas que habían llamado antes su atención estaban utilizando la mesa como pista de baile. Alguien había hecho sitio y había puesto todas las bandejas con comida en el suelo. Lissa se agachó y eligió un sándwich pequeño, mientras observaba a las chicas y se preguntaba cómo eran capaces de seguir el ritmo de esa música tan horrible que el chico de la realeza estaba tocando.

Una de las chicas vio a Lissa y sonrió.

—Ven, sube —dijo extendiendo la mano.

Se la habían presentado en una ocasión, pero no podía recordar su nombre. De pronto, la invitación a bailar le pareció una gran idea. Lissa se terminó el sándwich y con una copa en la otra mano dejó que la auparan, un gesto que provocó algunos vítores entre la gente que tenía alrededor. Lissa descubrió que no importaba que la música fuese espantosa, y enseguida se metió en el rollo. La forma en que bailaban tanto ella como las demás pasaba de lo explícitamente sexual a la burla de los típicos pasos de

discoteca. Se lo estaba pasando en grande, y se preguntó si Avery le hablaría de la repercusión que todo eso tendría dentro de diez años.

Al cabo de un rato, ella y las demás intentaron hacer algunos movimientos sincronizados. Primero agitaron los brazos en el aire y luego levantaron las piernas como si fuesen un grupo de coristas. Este último paso fue un desastre. Lissa dio un traspié —llevaba tacones altos— y tropezó hacia el borde de la mesa. La bebida se le escurrió de las manos y a punto estuvo de caerse ella también al suelo de no ser por unos brazos que la sujetaron.

—Mi héroe —dijo en voz baja. A continuación se quedó mirando la cara de su salvador—. ¿Aaron?

El exnovio de Lissa —y el primer chico con el que se había acostado — la miraba sonriendo y no la soltó hasta que estuvo seguro de que podía mantener el equilibrio. Aaron era rubio, tenía los ojos azules y la típica belleza de los chicos que hacen surf. Me quedé pensando qué habría pasado si Mia lo hubiese visto. Aaron, Lissa y ella habían formado un triángulo digno de un culebrón.

—¿Qué haces aquí? Te dábamos por desaparecido —dijo Lissa. Aaron había dejado la academia unos meses atrás.

—Estoy yendo a una escuela en New Hampshire —repuso—. He venido de visita familiar.

—Me alegro de verte —dijo Lissa. Las cosas entre los dos no habían acabado especialmente bien, pero lo que decía era sincero. Había bebido lo suficiente como para alegrarse de ver a cualquiera.

—Yo también —contestó—. Estás increíble.

Sus palabras la impresionaron más de lo que esperaba, seguramente porque el resto de la gente no paraba de decirle que iba muy mal o que era una irresponsable. Aunque hubiesen cortado, no podía evitar recordar la atracción que había sentido por él. Lo cierto es que aún lo encontraba atractivo. Simplemente ya no lo quería.

—A ver si mantenemos el contacto —le dijo—. Cuéntanos cómo te va —por un instante pensó si estaba bien decir eso, teniendo en cuenta que tenía novio, pero luego dejó de preocuparse. No pasaba nada por tontear un poco con otros chicos, sobre todo teniendo en cuenta que Christian había preferido no acompañarla en aquel viaje.

—Eso estaría genial —contestó Aaron. Había algo en su mirada que la desconcertaba, y eso le gustaba—. Me imagino que pese a que te haya

rescatado y todo lo demás, no podré darte un beso de despedida, ¿verdad?

La idea era completamente absurda y Lissa se echó a reír. ¿Qué importaba? Estaba enamorada de Christian y un beso entre amigos no significaba nada. Miró hacia arriba y dejó que Aaron se agachase y le tomase la cara entre las manos. Sus labios se juntaron y no había por qué negarlo: el beso duró un poco más de lo que dura un beso entre amigos. Cuando se separaron, Lissa sonreía como una colegiala aturdida, que era más o menos lo que era en ese momento.

—Ya nos veremos —le dijo mientras se daba la vuelta y volvía a donde estaban sus amigos.

Avery la miró con gesto de reprobación, pero no por el beso que le había dado a Aaron.

—¿Te has vuelto loca? Casi te rompes una pierna. No puedes hacer esas cosas.

—Se supone que tú eres la especialista en pasárselo bien —apuntó Lissa—. Tampoco ha sido para tanto.

—Pasárselo bien no es lo mismo que hacer la idiota —replicó Avery con gesto serio—. No puedes ir haciendo la imbécil por ahí. Será mejor que te llevemos a casa.

—Estoy bien —afirmó Lissa. Apartó la mirada de Avery y se puso a observar a unos chicos que estaban tomando chupitos de tequila. Se hallaban inmersos en una especie de competición, y más o menos la mitad tenían pinta de estar a punto de desmayarse.

—¿Qué quieres decir exactamente con «estar bien»? —preguntó Adrian en tono irónico, aunque también parecía algo preocupado.

—Estoy bien —repitió Lissa mientras volvía la vista hacia Avery—. No me he hecho daño —estaba extrañada de que no le reprochasen haber besado a Aaron, pero la sorpresa fue aún mayor cuando el reproche le llegó desde otro lado.

—Te has besado con ese chico —exclamó Jill, incorporándose. Se mostraba horrorizada y parecía haber dejado a un lado sus habituales reservas.

—No ha sido nada —contestó Lissa, irritada porque Jill la reprendiese delante de todo el mundo—. Y desde luego no es asunto tuyo.

—Pero tú estás saliendo con Christian. ¿Cómo puedes hacerle eso?

—Tranquila, niñita —dijo Avery—. Un beso en plena borrachera no es nada comparado con una caída. Yo he perdido la cuenta de los chicos a los

que he besado estando bebida.

—Aun así, a mí nadie me ha besado todavía —caviló Adrian en voz alta mientras negaba con la cabeza.

—Eso da igual —Jill estaba como loca. Sentía un gran respeto y admiración por Christian—. Le has engañado.

—Qué va —exclamó Lissa—. Que estés enamorada de él no te da derecho a imaginarte cosas que no son.

—Ese beso no me lo he imaginado —contestó Jill con el rostro encendido.

—Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que ese beso —suspiró Avery—. Hablo en serio, dejadlo estar, chicos. Ya hablaremos mañana por la mañana.

—Pero... —empezó a decir Jill.

—Ya la has oído. Que lo dejes estar —dijo de malas maneras un recién llegado. Reed Lazar había aparecido de no se sabe dónde y se erguía ante Jill con un gesto tan severo y aterrador como de costumbre.

Jill abrió aún más los ojos.

—Solo digo la verdad... —su valentía era admirable, teniendo en cuenta su timidez.

—Estás cabreando a todo el mundo —dijo Reed, acercándose más aún y apretando los puños—. A mí también —creo que nunca le había oído decir tantas cosas seguidas. Siempre lo había considerado un cavernícola incapaz de juntar más de tres palabras seguidas en una misma frase.

—Vale ya —Adrian se incorporó de un salto y se puso al lado de Jill —. Tú eres el que lo tiene que dejar estar. ¿Qué quieres, pegarte con una chica?

Reed se quedó mirando a Adrian.

—Tú no te metas.

—¿Cómo que no me meta? Estás como una cabra.

Si alguien me hubiese pedido que hiciese una lista con la gente dispuesta a pegarse en defensa del honor de una dama, Adrian Ivashkov habría aparecido en los últimos puestos. Y sin embargo allí estaba, con gesto duro y una mano protectora apoyada en el hombro de Jill. Aquello me sobrecogió. Me dejó impresionada.

—Reed —gritó Avery. Ella también se había puesto de pie y se había colocado al otro lado de Jill—. No ha dicho nada. Venga, vete.

Los dos hermanos se quedaron allí sin moverse, con los ojos fijos en una especie de duelo silencioso. Nunca había visto a Avery con un gesto tan duro. Finalmente, Reed frunció el ceño y dio media vuelta.

—Está bien. Qué más da.

El grupo siguió mirándolo mientras se alejaba a toda prisa. La música estaba tan alta que solo unos pocos de los asistentes a la fiesta habían oído parte de la discusión y habían dejado de bailar para ver qué pasaba. Avery volvió a dejarse caer en la silla, parecía algo avergonzada. Adrian se quedó de pie junto a Jill.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Adrian.

—No lo sé —reconoció Avery—. A veces se le va la olla y se pone demasiado protector —dijo, luego sonrió a Jill, disculpándose—. Lo siento mucho.

—Creo que es hora de irnos —dijo Adrian mientras negaba con la cabeza en un gesto de incredulidad ante lo que acababa de pasar.

Lissa dio su conformidad, pese a la cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo. El enfrentamiento con Reed había hecho que recuperase la sobriedad, y de pronto se puso a evaluar su comportamiento aquella noche y se sintió inquieta. Las brillantes luces y los apetitosos cócteles habían perdido el encanto. Las payasadas alcohólicas de los otros miembros de la realeza le resultaban torpes y estúpidas. Tenía la impresión de que al día siguiente iba a arrepentirse de haber ido a aquella fiesta.

Cuando regresé a mi mente, sentí que el miedo se apoderaba de mí. Algo pasaba con Lissa y nadie más parecía darse cuenta, o al menos no tanto como deberían. Adrian y Avery se mostraban preocupados, pero me daba la impresión de que achacaban su estado al alcohol. El comportamiento de Lissa me recordaba al que tenía cuando regresamos la primera vez a St. Vladimir y su mente cayó bajo el influjo del espíritu. Solo que ahora... yo me conocía lo suficiente como para darme cuenta de que mi rabia y mi obsesión por dar un castigo a los strigoi también eran resultado de la influencia del lado oscuro del espíritu. Eso significaba que lo estaba absorbiendo de ella. En Lissa debería haber desaparecido, pero había empeorado. ¿Qué le pasaba? ¿De dónde salía toda esa locura, los celos, el mal genio? ¿Acaso el lado oscuro del espíritu estaba ganando fuerza y por eso se contagiaba entre las dos? ¿Nos lo estábamos repartiendo?

—¿Rose?

—¿Sí? —alcé la vista de la televisión, me había quedado absorta. Denis me estaba mirando y llevaba el móvil en la mano.

—Tamara ha tenido que quedarse a trabajar hasta tarde. Ya ha salido, pero...

Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la ventana. El sol casi se había puesto, el cielo tenía un tono purpúreo, con algún toque anaranjado en el horizonte. Tamara trabajaba cerca, el trayecto se podía hacer a pie y lo más seguro es que no hubiese ningún peligro, pero yo no quería que fuese sola por la calle después de ponerse el sol.

—Venga, vamos a recogerla —dije mientras me ponía en pie. Luego, dirigiéndome a Lev y a Artur, añadí—: Vosotros podéis quedaros aquí.

Denis y yo recorrimos los ochocientos metros que había hasta la pequeña oficina donde trabajaba Tamara. Realizaba todo tipo de trabajos administrativos, como archivar y hacer duplicados de documentos, y por lo visto había algún proyecto que la había obligado a quedarse hasta tarde. Nos encontramos con ella en la puerta y volvimos caminando hasta el apartamento sin ningún contratiempo. Íbamos charlando de los planes de caza que teníamos para aquella noche. Cuando llegamos al edificio de Tamara, oímos un gemido procedente de la calle. Nos dimos la vuelta y Denis se rio entre dientes.

—Dios santo, es otra vez esa loca —murmuré.

La zona donde vivía Tamara no era especialmente mala pero, como en cualquier otra ciudad del mundo, también había vagabundos y mendigos. La mujer que teníamos delante era tan vieja como Yeva y se pasaba el día hablando sola por la calle. Hoy estaba tumbada de espaldas en la acera y emitía ruidos extraños mientras agitaba las extremidades como si fuese una tortuga.

—¿Le pasará algo? —pregunté.

—No, simplemente está loca —dijo Denis. Él y Tamara se dieron la vuelta para irse, pero algo dentro de mí me impedía abandonarla. Respiré hondo.

—Enseguida entro —dije.

Aparte de los ruidos que hacía la mujer, la calle estaba en silencio, así que crucé sin miedo a que viniese ningún vehículo. Cuando llegué a donde estaba la vieja, le tendí la mano para ayudarla mientras intentaba no pensar en lo sucia que estaba. Tal como había dicho Denis, daba la impresión de estar más desquiciada de lo habitual. No tenía ninguna herida, simplemente

parecía que le habían entrado ganas de tumbarse. Me dio un escalofrío. Muy a menudo utilizaba la palabra «loca» para hablar de Lissa y de mí, pero aquella mujer estaba loca de verdad. Confié con todas mis fuerzas en que el espíritu nunca nos llevase tan lejos. La vagabunda me miró sorprendida por que quisiese ayudarla, pero me asió la mano y empezó a hablar en ruso a toda prisa. Cuando trató de demostrar su agradecimiento dándome un abrazo, me eché para atrás y levanté las manos mostrándole las palmas: el gesto que se hace en todo el mundo cuando no quieres que alguien se te acerque.

Ella no se acercó, pero continúo parloteando animadamente. Sujetó los bajos de su abrigo, los levantó como si fuese la falda de una bailarina y comenzó a dar vueltas sobre sí misma y a cantar. Me reí, sorprendida de que algo así me alegrase la vida tan lúgubre que llevaba últimamente. Hice el ademán de cruzar la calle otra vez, de regreso a casa de Tamara. La vieja dejó de bailar y se puso de nuevo a contarme cosas.

—Lo siento, me tengo que ir —le dije. No parecía entender mis palabras.

Entonces se detuvo a mitad de frase. El gesto de su cara me sirvió de advertencia medio milisegundo antes de que llegasen las náuseas. Con un ágil movimiento me di la vuelta mientras sacaba la estaca para ver qué era lo que tenía a mi espalda. Un strigoi de una estatura imponente había aparecido de la nada mientras yo estaba distraída. Pero qué estúpida era. No había querido que Tamara volviese sola a casa, pero ni se me había ocurrido que el peligro pudiese acechar justo...

—No...

No estaba segura de si había pronunciado la palabra o solo la había pensado. Daba lo mismo. Lo único que importaba era lo que mis ojos estaban viendo. O más bien, lo que mis ojos pensaban que estaban viendo. Porque estaba segura, completamente segura, de que tenía que estar imaginándome aquello. No podía ser real. No después de tanto tiempo.

Dimitri.

Lo reconocí enseguida, pese a que estaba... cambiado. Creo que en medio de una multitud de un millón de personas lo habría reconocido. La conexión que había entre nosotros era demasiado fuerte. Me empapé de cada rasgo, había estado privada de su compañía durante mucho tiempo. El pelo oscuro que le llegaba hasta la barbilla, y que aquella noche llevaba suelto y le enmarcaba la cara. Los labios, que me resultaban tan familiares y

que esbozaban una sonrisa amable y terrorífica al mismo tiempo. Incluso llevaba el mismo guardapolvo de siempre: el abrigo largo de cuero que parecía sacado de una película del oeste.

Y luego estaban los rasgos de strigoi. Los ojos oscuros, los mismos que yo había amado, brillaban rojos. La piel, pálida y cadavérica. En vida pasaba mucho tiempo al aire libre y tenía una tez tan morena como la mía. Sabía que, si abría la boca, podría verle los colmillos.

En un abrir y cerrar de ojos, evalué la situación. Reaccioné muy rápido al sentir su presencia, más rápido seguramente de lo que él se esperaba. Aprovechando el factor sorpresa, preparé la estaca. La coloqué a la altura justa del corazón. En ese momento supe con toda certeza que podía asestar el golpe antes de que él tuviese tiempo para defenderse. Pero...

Sus ojos. Dios mío, sus ojos.

A pesar del espantoso círculo rojo que rodeaba sus pupilas, los ojos seguían recordándome al Dimitri que yo había conocido. La mirada maliciosa y desalmada no tenía nada que ver, pero el parecido era suficiente como para hacer que mi corazón se agitase, para embotar mis sentidos y mis sentimientos. Tenía lista la estaca. Solo tenía que dejarme llevar por la inercia del movimiento y acabar con él. Lo tenía todo a mi favor...

Pero no pude. Necesitaba solo unos cuantos segundos más, unos cuantos segundos más para empaparme de él antes de matarlo. Y entonces pronunció unas palabras.

—Roza —su voz tenía el mismo tono grave y maravilloso, el mismo acento... solo que un poco más frío—. Has olvidado mi primera lección: no vaciles.

Apenas alcancé a ver su puño acercándose a mi cabeza... y luego ya no vi nada más.

Dieciocho

COMO era de esperar, a la mañana siguiente me desperté con dolor de cabeza.

Durante unos segundos, no tuve la menor idea de lo que había pasado ni de dónde me encontraba. En cuanto me despejé un poco, recordé de golpe todo lo que había sucedido en la calle. Me incorporé ligeramente y, pese a lo atontada que estaba, todos mis sistemas de defensa se pusieron en marcha. Tenía que descubrir rápidamente dónde me encontraba.

Estaba sentada en una cama enorme, en una habitación oscura. No era una simple habitación. Parecía más una *suite* o un estudio. El hotel de San Petersburgo me había parecido bastante opulento, pero esto lo superaba con creces. En la parte del estudio en la que estaba había una cama y los accesorios típicos de un dormitorio: un tocador y una mesita de noche. La otra mitad parecía la zona del salón, con un sofá y un televisor. Los estantes eran de obra y estaban llenos de libros. A mi derecha había un pequeño pasillo que conducía hasta una puerta. Seguramente, la del baño. A mi izquierda había un ventanal bastante grande, con el cristal tintado, tal y como era costumbre en las casas de los moroi. Nunca había visto ninguno tan tintado como aquel. Era prácticamente negro y resultaba casi imposible ver nada. Tras forzar la vista durante un buen rato, logre distinguir el cielo de la línea del horizonte y deduje que en el exterior era de día.

Salí de la cama, aguzando al máximo todos los sentidos mientras intentaba evaluar los posibles peligros. Mi estómago estaba tranquilo, así que no había ningún strigoi en la zona. Aunque eso no excluía que pudiese haber alguna otra persona. No podía dar nada por sentado, eso era justamente lo que me había pasado en la calle. Tampoco era momento para darle más vueltas. Por lo menos por ahora. Necesitaba concentrarme al máximo.

Mientras me incorporaba, eché la mano al bolsillo del abrigo en busca de la estaca. Por supuesto, ya no estaba. No encontré nada que pudiese servirme de arma, así que debía servirme de mi propio cuerpo para luchar. Por el rabillo del ojo vi que en la pared había un interruptor. Lo pulsé y me quedé inmóvil a la espera de ver qué o a quién dejarían a la vista las luces del techo.

No pasó nada extraño. No había nadie más. Primero probé lo más evidente: ver si podía abrir la puerta. Estaba cerrada, tal como imaginaba; la única forma de abrirla era accionando un teclado numérico. Era muy gruesa, parecía hecha de acero. Me recordó las puertas contra incendios. No había forma de franquearla, así que me di media vuelta para seguir explorando. En realidad, todo aquello tenía su lado irónico. En muchas de mis clases me habían explicado cómo inspeccionar bien un lugar. Siempre había odiado esas normas, prefería aprender a pelear. Ahora resultaba que esas clases que me habían parecido inútiles tenían su razón de ser.

Con la luz, se distinguían mejor los objetos que había en la habitación. La cama estaba cubierta por un edredón satinado de color marfil relleno de plumas para que estuviese lo más mullida posible. Me acerqué sin hacer ruido y vi que el televisor era muy bueno, de los buenos de verdad. Una pantalla de plasma de grandes dimensiones. Parecía muy nueva. Los sofás, tapizados con piel de color verde mate, también estaban muy bien. No era un color muy habitual para la piel, pero el resultado quedaba bonito. Todos los muebles de la habitación —las mesas, el escritorio, el tocador— estaban hechos de madera de color negro y acabados muy suaves. En una de las esquinas del salón vi una pequeña nevera. Me arrodillé y la abrí: dentro había una botella de agua y una de zumo, varias frutas y unos envases con quesos perfectamente cortados en lonchas. Encima de la nevera había cosas para picar: frutos secos, galletas saladas y unos pastelitos glaseados. Al ver aquello, el estómago me dio un vuelco, pero ni loca iba a comer nada de lo que había allí.

El cuarto de baño tenía el mismo estilo que el resto del estudio. La enorme bañera donde estaba instalada la ducha y el *jacuzzi* eran de mármol negro, y en la encimera había varios jabones y champús. Encima del lavabo había colgado un espejo aún más grande, solo que... en realidad no estaba colgado. Estaba incrustado dentro de la pared de tal forma que era imposible sacarlo. El material del que estaba hecho también era extraño. Más que cristal, parecía un metal reflectante.

Aquello me pareció muy raro, hasta que volví a la habitación principal y miré a mi alrededor. Ninguna de las cosas que había allí podía utilizarse como arma. La tele era demasiado grande para moverla o intentar romperla, y la pantalla tampoco se podía partir, ya que estaba hecha de algún plástico de última tecnología. En ninguna de las mesas había nada de cristal. Los

estantes eran de obra. Las botellas de la nevera eran de plástico. Y la ventana...

Corrí hacia ella y fui palpando los bordes. Al igual que el espejo, estaba perfectamente incrustada en la pared. No había ninguna hoja de vidrio, era todo una sola pieza. Volví a entrecerrar los ojos hasta que conseguí ver con claridad los alrededores, pero no había nada. Onduladas llanuras con algunos árboles desperdigados. Me recordó al páramo que había recorrido de camino a Baia. Por lo visto, ya no estaba en Novosibirsk. Eché un vistazo hacia abajo y vi que había bastante altura. Debía de ser un tercer piso. Fuese lo que fuese, estaba demasiado alto como para saltar sin romperme una pierna. De todos modos, tenía que tomar alguna determinación. No podía quedarme allí sentada sin hacer nada.

Agarré la silla que había junto al escritorio y la estampé contra la ventana, pero ni el cristal ni la silla sufrieron ningún desperfecto.

—Dios santo —dije en voz baja. Lo intenté tres veces más, sin resultado. Parecía que tanto una cosa como la otra fuesen de acero. Tal vez el cristal estuviese hecho con algún tipo de material industrial reforzado a prueba de balas. Y la silla... a saber. Estaba hecha de madera, pero no daba la menor muestra de astillarse, ni siquiera después de lo que acababa de hacer. Sin embargo, acostumbrada como estaba a hacer cosas que no tenían demasiado sentido, seguí tratando de romper el cristal.

A mitad del quinto intento, el estómago me advirtió que un strigoi se acercaba. Me di la vuelta, agarré con fuerza la silla y eché a correr hacia la puerta. Cuando esta se abrió, me estampé contra el intruso con las patas de la silla por delante.

Era Dimitri.

Los mismos sentimientos enfrentados que había tenido en la calle me volvieron a asaltar, una mezcla de amor y de miedo. Esta vez, eché a un lado al amor para que no se interpusiese en mi ataque. Pero tampoco sirvió de mucho. Golpearle era igual que golpear la pared. Me dio un empujón que me dejó tambaleándome, aunque no llegué a soltar la silla. Conseguí recuperar el equilibrio y volví otra vez a la carga. Esta vez, al enfrentarnos, él me arrancó la silla de las manos y la lanzó contra la pared como si no pesase nada.

Ahora tenía que volver a confiar en la fuerza de mi cuerpo, desprovista como estaba de mi precaria arma. Es lo que llevaba haciendo las dos últimas semanas durante los interrogatorios a los strigoi, así que tampoco

tendría por qué haber mucha diferencia. Claro que entonces tenía a cuatro personas más de apoyo. Y ninguno de esos strigoi era Dimitri. Incluso cuando era dhampir ya resultaba difícil vencerlo. Ahora poseía la misma habilidad, solo que era más rápido y más fuerte. Además, conocía todos mis movimientos; era él quien me los había enseñado. Sorprenderle era prácticamente imposible.

Pero me pasaba lo mismo que con la ventana: no podía quedarme quieta. Estaba atrapada en una habitación —por muy grande y lujosa que fuese— con un strigoi. Con un strigoi. Tenía que repetírmelo una y otra vez. Lo que tenía delante era un strigoi, no Dimitri. Tenía que poner en práctica todo lo que le había dicho a Denis y a los demás. «Usad la inteligencia. Mantened la guardia. Defendeos».

—Rose —me dijo, mientras desviaba sin apenas esfuerzo una de mis patadas—. Estás perdiendo el tiempo. Para ya.

Ay, esa voz. La voz de Dimitri. La voz que oía por las noches antes de dormir, la voz que me dijo una vez que me amaba...

«No, no es él. Dimitri está muerto. Es un monstruo».

Intenté pensar a la desesperada en la manera de derrotarlo. Pensé incluso en los fantasmas a los que había invocado durante el viaje. Mark había dicho que podía hacer eso en momentos de emoción extrema y que lucharían a mi lado. La situación era extrema, pero aun así no parecía que pudiese llamarlos. La verdad es que no tenía la menor idea de cómo lo había hecho la otra vez, y, por mucho que lo desease, no conseguía que pasara nada. Maldita sea. ¿De qué me servían todos esos poderes tan terroríficos si no podía usarlos en mi propio beneficio?

Arranqué el reproductor de DVD del estante con cables y todo. No era un arma propiamente dicha, pero estaba desesperada. Oí un extraño alarido primario de combate y me di cuenta de que era yo quien lo había proferido. Volví a echar a correr en dirección a Dimitri y le golpeé con el DVD con todas mis fuerzas. Seguramente le habría hecho daño en caso de haberle acertado, cosa que no sucedió. De nuevo, volvió a interceptar el golpe, me quitó el DVD y lo hizo pedazos contra el suelo. Al mismo tiempo, me agarró de los brazos para evitar que le golpease o intentase pertrecharme con alguna otra cosa. Me asía con mucha fuerza, parecía capaz de poder romperme los huesos, pero yo seguía resistiéndome.

Volvió a intentar hacerme entrar en razón.

—No voy a hacerte daño. Roza, para, por favor.

Roza. El viejo apodo. El nombre con el que me había llamado cuando los dos habíamos caído presa del hechizo de lujuria de Victor, los dos desnudos y abrazados el uno al otro...

«No es el Dimitri que conocías».

Como no podía utilizar las manos, golpeé con los pies y las piernas todo lo que pude. No sirvió de mucho. Sin poder emplear el resto del cuerpo, era imposible dar patadas con fuerza. Él, por su parte, más que enfadado o preocupado, tan solo parecía un poco molesto. Tras un fuerte suspiro, me tomó por los hombros, me dio la vuelta, me empujó contra la pared y me inmovilizó utilizando toda la fuerza de su cuerpo. Intenté resistirme, pero acabé tan atrapada como los strigoi a los que habíamos dado caza los otros y yo. El universo tenía un sentido del humor de lo más perverso.

—Deja de intentar resistirte —sentía en el cuello su cálido aliento y su cuerpo estaba pegado al mío. Sabía que su boca se encontraba a tan solo unos centímetros—. No voy a hacerte daño.

Traté otra vez sin éxito de darle un empujón. No podía parar de jadear, noté un dolor punzante en la herida que tenía en la cabeza.

—Tendrás que entender que me cueste un poco creerme eso.

—Si te quisiese muerta, ya lo estarías. Si vas a seguir resistiéndote, tendré que atarte. Si paras, te dejaré suelta.

—¿No tienes miedo de que me escape?

—No —su voz sonaba perfectamente calmada, un escalofrío me recorrió la espalda—. No tengo miedo.

Permanecimos así, parados, durante cerca de un minuto. La cabeza me iba a mil por hora. Tenía razón al decir que si hubiese querido, ya me habría matado, pero eso tampoco significaba que yo estuviese a salvo. No obstante, estábamos empatados en esa lucha. Bueno, sí, a lo mejor «empate» no era el término más correcto. Más bien parecía que me estaba sorteando. Estaba jugando conmigo. El lugar donde me había golpeado en la cabeza me dolía mucho, y aquella pelea sin sentido solo podía ocasionarme aún más daño. Tenía que recuperar fuerzas para poder encontrar el modo de escapar, si es que conseguía vivir el tiempo suficiente. También necesitaba dejar de pensar en lo cerca que estaba mi cuerpo del suyo. Tras los meses que habíamos pasado sin poder tocarnos, aquel contacto tan intenso resultaba embriagador.

—Está bien —dije, al tiempo que dejaba de resistirme.

Dudó un momento antes de soltarme, seguramente se preguntó si podría confiar en mí. Todo aquello me recordaba a cuando habíamos estado juntos en la pequeña cabaña en las afueras de los terrenos de la academia. Yo estaba molesta y llena de rabia, la oscuridad del espíritu se había apoderado de mí. Dimitri me había sujetado también en aquella ocasión y me había hablado hasta sacarme de aquel terrible estado. Nos habíamos besado y sus manos me habían subido la camisa y... no, no, ahora no. No podía pensar en todo eso ahora.

Dimitri dejó de aprisionarme contra el muro y se apartó un poco. Me di la vuelta. Mi reacción instintiva habría sido volver a arremeter contra él. Sin embargo, mantuve la cabeza fría y me hice el firme propósito de esperar a recuperar las fuerzas y a tener más información. Me había soltado, pero no se había movido del sitio. Estábamos a menos de medio metro de distancia. Haciendo caso omiso de todo lo que había pensado, volví a fijarme en él, igual que había hecho en la calle. ¿Cómo podía ser el mismo y haber cambiado tanto al mismo tiempo? Intenté con todas mis fuerzas no fijarme en el parecido: el pelo, nuestra diferencia de altura, la forma de la cara. Por el contrario, me concentré en los rasgos propios de los strigoi: el color rojo de los ojos y la palidez de la piel.

Estaba tan concentrada en mi tarea que tardé un momento en darme cuenta de que él tampoco decía nada. Me estudiaba en profundidad, parecía que sus ojos pudiesen ver en mi interior. Un temblor me recorrió el cuerpo. Por un momento, me dio la impresión de que se sentía tan cautivado mirándome como yo lo estaba mirándolo a él. Sin embargo, eso era imposible. Los strigoi no tenían ese tipo de emociones y, además, que él conservase algún sentimiento hacia mí no era más que una ilusión. Nunca había sido fácil saber en qué estaba pensando, y ahora, siempre había un gesto de frialdad y de astucia que cubría su rostro como si fuese una máscara y que impedía adivinar qué era lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Por qué has venido? —preguntó finalmente.

—Porque me golpeaste en la cabeza y me trajiste hasta aquí —si iba a morir, iba a mantenerme fiel a mí misma hasta el final.

El Dimitri de siempre habría esbozado una sonrisa o soltado un suspiro de cansancio, pero él se mantuvo impasible.

—Ya sabes que no me refiero a eso. ¿Por qué has venido hasta aquí? —su voz sonaba con un tono grave y peligroso. El de Abe me daba algo de

miedo, pero comparado con aquel, no había color. Hasta *Zmey* se habría achantado.

—¿A Siberia? Vine para encontrarte.

—Yo vine huyendo de ti.

Me quedé tan sorprendida que mi respuesta fue completamente ridícula.

—¿Por qué? ¿Porque podría matarte?

Me miró dejándome claro que lo que acababa de decir era una estupidez.

—No. Para no encontrarnos en esta situación. Ahora estamos así, y hay que elegir.

Yo no tenía muy claro en qué situación nos encontrábamos.

—Bueno, si quieres evitar todo esto, puedes dejarme marchar —dije.

Se apartó y echó a andar por la habitación sin mirarme. Tuve la tentación de intentar atacarle por sorpresa, pero algo me dijo que no llegaría a avanzar más de dos pasos antes de recibir un revés. Dimitri se sentó en uno de los lujosos sillones de piel y acomodó su metro noventa de estatura con la elegancia habitual. Dios, ¿por qué me resultaba tan contradictorio? Conservaba las costumbres del viejo Dimitri, pero mezcladas con las de un monstruo. Me quedé donde estaba, acurrucada contra la pared.

—Ahora ya no es posible. No después de haberte visto...

Volvió a escrutarme con la mirada. Se me hacía muy raro. Por una parte me excitaba la intensidad con la que me miraba, me encantaba la forma en que revisaba mi cuerpo de pies a cabeza. Por otra, me sentía sucia, como si un manto de babas y de mugre me cubriese la piel.

—Sigues tan hermosa como te recordaba, Roza. Tal como imaginaba.

No supe qué contestar a eso. Aparte de intercambiar algunos insultos y amenazas en medio de una pelea, nunca había mantenido una conversación con un strigoi. Lo más cerca que había estado fue cuando Isaiah me hizo prisionera. Yo estaba atada, y la mayor parte de la conversación había versado acerca de cómo me iba a matar. Lo de ahora... bueno, era distinto, pero seguía dando bastante mal rollo. Me crucé de brazos y apoyé la espalda en la pared. En esas circunstancias, era lo más parecido a una postura defensiva que era capaz de adoptar.

Ladeó la cabeza y me observó atentamente. Su rostro quedó ensombrecido y resultaba difícil ver el color rojo de sus ojos. Parecían más

bien oscuros. Tal como eran antes, infinitos, maravillosos, rebosantes de amor y de valentía...

—Puedes sentarte —dijo.

—Estoy bien aquí.

—¿Quieres alguna cosa más?

—¿Que dejes que me vaya?

Por un instante, me pareció percibir un resquicio de su antigua ironía, la misma que gastaba cuando yo le hacía alguna broma. Tras observarlo mejor, llegué a la conclusión de que eran imaginaciones mías.

—No, Roza. Me refería a si necesitas alguna cosa. ¿Otro tipo de comida? ¿Libros? ¿Algo para pasar el rato?

Me quedé mirándolo con gesto incrédulo.

—Tal como lo dices parece que esto sea un hotel de lujo.

—Hasta cierto punto lo es. Puedo hablar con Galina y te conseguirá cualquier cosa que desees.

—¿Galina?

Los labios de Dimitri esbozaron una sonrisa. O algo parecido. Sus pensamientos debían de ser amables, pero la sonrisa no transmitía nada de eso. Era fría, oscura y repleta de secretos. Estaba decidida a no mostrar ni el más mínimo gesto de debilidad, así que conseguí no inmutarme.

—Galina es mi antigua instructora, de cuando estaba en la escuela.

—¿Es una strigoi?

—Sí, despertó hace varios años, en un enfrentamiento en Praga. Es relativamente joven para ser una strigoi, pero su fuerza ha aumentado. Todo esto es suyo —dijo Dimitri señalando a nuestro alrededor.

—¿Y tú vives con ella? —pregunté, sin poder reprimir la curiosidad. Me preguntaba qué tipo de relación mantenían exactamente y, para mi sorpresa, pude sentir cómo dentro de mí afloraban... los celos. No tenía ninguna razón para sentirlos. Él era un strigoi, ya no tenía nada que ver conmigo. Y tampoco sería la primera vez que una profesora tenía un lío con un alumno...

—Trabajo para ella. Cuando desperté, ella fue otra de las razones para volver. Sabía que era una strigoi y quería que me guiase.

—Y también querías alejarte de mí. Esa fue la otra razón, ¿verdad?

Asintió con la cabeza sin decir nada. Sin entrar en más detalles.

—¿Dónde estamos? Estamos lejos de Novosibirsk, ¿verdad?

—Sí. La finca de Galina está fuera de la ciudad.

—¿A cuánta distancia?

Su sonrisa se torció un poco.

—Sé por dónde vas, y no voy a darte esa clase de información.

—¿Y qué estás haciendo entonces? —le pregunté mientras todo el miedo contenido explotaba en una demostración de rabia—. ¿Por qué me retienes aquí? Mátame o déjame que me vaya. Y si lo que quieres es tenerme aquí encerrada y torturarme con esos juegos mentales o lo que sea, de verdad que prefiero que me mates.

—Valientes palabras —se puso de pie y comenzó otra vez a caminar de un lado a otro de la habitación—. Casi me las creo.

—Son verdad —contesté desafiante—. He venido a matarte. Y si no consigo hacerlo, prefiero estar muerta.

—Pero fallaste, ¿sabes? En la calle.

—Sí. Ya lo he supuesto al despertarme aquí.

Dimitri se dio la vuelta de repente y se plantó delante de mí, con esa velocidad fulminante con la que se movían los strigoi. En ningún momento había dejado de sentir la náusea que me provocaban los de su raza, pero cuanto más tiempo pasaba con él, más se diluía, hasta convertirse en un ruido de fondo que se podía pasar más o menos por alto.

—Me has defraudado un poco. Eres muy buena, Rose. Muy, muy buena. Tus amigos y tú habéis causado un buen revuelo. Algunos strigoi hasta tenían miedo.

—Pero tú no.

—Cuando me dijeron que eras tú... hum —entornó los ojos, con gesto pensativo—. No, sentí curiosidad. Y cierto recelo. Si alguna persona podría haberme matado, esa habrías sido tú. Pero como ya te he dicho antes, te dejaste vencer por las dudas. Era el último examen que tenías que pasar y suspendiste.

Traté de no mostrar ninguna emoción. Por dentro, seguía lamentándome por ese momento de debilidad que había tenido en la calle.

—La próxima vez no dudaré.

—No habrá una próxima vez. Y de todas maneras, pese a que me hayas defraudado, naturalmente estoy contento de seguir con vida.

—No estás vivo —dije apretando los dientes. Dios mío, volvía a encontrarse otra vez demasiado cerca. Pese a los cambios en el rostro, el cuerpo delgado y musculoso era el mismo de antes—. Estás muerto. Contra

natura. Hace mucho me dijiste que preferirías estar muerto a vivir así. Y esa es la razón por la que te voy a matar.

—Tu ignorancia es la que te hace hablar así. Antes yo tampoco sabía nada.

—Lo que he dicho lo he dicho en serio. No te estoy siguiendo el juego. Si no puedo salir de aquí, será mejor que me mates, ¿está claro?

Se acercó y sin previo aviso me pasó los dedos por un lado de la cara. Di un grito ahogado. Su mano estaba fría, pero la forma en que me tocaba... otra vez, volvía a ser igual. Exactamente tal como lo recordaba. ¿Cómo podía ser? Tan parecido... y al mismo tiempo tan diferente. De pronto me acordé de una lección en la que me había explicado cómo los strigoi podían a veces parecerse muchísimo a aquellos que una vez habían sido. Por eso resultaba tan fácil dudar.

—Matarte... no es tan sencillo —dijo. El tono de su voz volvió a convertirse en un susurro, como una serpiente que se deslizase por mi piel —. Hay una tercera opción: podría despertarte.

Me quedé inmóvil, sin respiración.

—No —era lo único que podía decir. Mi cerebro no era capaz de producir una respuesta más compleja, ni más inteligente u ocurrente. Sus palabras eran demasiado terroríficas como para planteármelas siquiera—. No.

—No sabes cómo es. Es... increíble. Trascendente. Todos tus sentidos están vivos, el mundo entero está más vivo...

—Sí, pero tú estás muerto.

—¿Ah, sí?

Me agarró la mano y se la llevó al pecho. Podía notar cómo le latía el corazón. Abrí los ojos de par en par.

—Me late el corazón. Estoy respirando.

—Sí, pero... —desesperada, intenté recordar todo lo que me habían enseñado acerca de los strigoi—. No es como estar vivo. Es cosa... es cosa de una magia negra que te reanima. Es una vida ilusoria.

—Es mejor que la vida —me tomó la cara entre las manos. El latido de su corazón era firme pero el mío se estaba acelerando por momentos—. Es como ser un dios, Rose. La fuerza. La velocidad. La capacidad de percibir el mundo de una manera que no podrías ni imaginar. Y... la inmortalidad. Podríamos estar juntos para siempre.

Eso era lo que había deseado tiempo atrás. Y en lo más profundo de mi ser, una parte de mí aún lo deseaba, deseaba desesperadamente estar con él para siempre. Pero incluso así... no sería como yo quería. No sería como era antes. Sería algo distinto. Algo erróneo. Tragué saliva.

—No... —apenas era capaz de oír mi propia voz, la forma en que me tocaba me impedía articular palabra. Las yemas de sus dedos eran tan suaves, tan ligeras—. No podemos.

—Podríamos —uno de los dedos descendió por mi barbilla y se posó sobre la arteria que atravesaba mi cuello—. Lo haría muy deprisa. No sentirías ningún dolor. Estaría hecho antes de que te dieses cuenta —seguramente estaba en lo cierto. Cuando te convertían en strigoi, te sacaban la sangre. A continuación, el strigoi se hacía un corte y te daba a beber. No sé por qué, pero siempre me imaginaba que me desmayaría mucho antes de que hubiesen llegado a sacarme la mitad.

Juntos para siempre.

Todo a mi alrededor se nubló durante un instante. No sé si fue a causa de la herida en la cabeza o del miedo que me recorría todo el cuerpo. Había previsto un centenar de situaciones al salir en busca de Dimitri, pero nunca había imaginado que acabaría convertida en un strigoi. La muerte —ya fuese la suya o la mía— era el único pensamiento que no había dejado de atosigarme; había sido una estúpida.

La puerta se abrió de repente, y tuve que dejar a un lado mis torpes pensamientos. Dimitri se dio la vuelta y me empujó con fuerza detrás de él en actitud protectora. Dos personas entraron y cerraron la puerta a toda prisa, sin dejarme tiempo siquiera a plantearme la posibilidad de escapar. Uno de los recién llegados era un chico, un strigoi. La otra era una mujer que portaba una bandeja y que iba con la cabeza gacha.

Reconocí enseguida al strigoi. Era difícil no hacerlo, su rostro me perseguía en sueños. El pelo rubio le caía sobre la cara, lo llevaba más o menos igual de largo que Dimitri, debía de tener veintipocos cuando lo transformaron. Por lo visto, él nos había visto a Lissa y a mí cuando éramos más jóvenes, pero yo solo recordaba haberlo visto dos veces. Una cuando luché contra él en los terrenos alrededor de la academia y la otra cuando me lo encontré en la cueva que otros strigoi utilizaban como escondite.

Él era quien le había mordido a Dimitri y lo había transformado.

Apenas me miró y volcó toda su rabia sobre Dimitri.

—¿Qué demonios es esto? —era estadounidense, así que no tenía ningún problema para entenderlo—. ¿Tienes aquí escondida a tu mascota?

—No es asunto tuyo, Nathan —la voz de Dimitri sonaba fría como el hielo. Antes me había parecido que no transmitía ninguna emoción al hablar, pero lo que pasaba es que no era fácilmente detectable. Ahora sí se percibían con claridad el desafío y la advertencia que le hacía a su interlocutor—. Galina me ha dado permiso.

Nathan dejó de mirar a Dimitri y pasó a mirarme a mí. La furia se convirtió en sorpresa.

—¿Ella?

Dimitri se movió rápidamente y se puso delante de mí. Sentí el impulso de gritar que no necesitaba que ningún strigoi me defendiese, solo que... en realidad sí que lo necesitaba.

—Estaba en la escuela, en Montana... Nos enfrentamos allí... —Nathan replegó los labios y dejó ver los colmillos—. De no ser por ese mocoso moroi del fuego, habría saboreado su sangre.

—Esto no tiene nada que ver contigo —contestó Dimitri.

Nathan abrió con gesto ansioso sus ojos de color rojo.

—¿Estás de broma? Puede conducirnos hasta la chica Dragomir. Si acabamos con su linaje, nuestros nombres pasarán a formar parte de la leyenda. ¿Cuánto tiempo vas a tenerla aquí?

—Vete —gruñó Dimitri—. Y no te lo estoy pidiendo por favor.

—Es muy valiosa —dijo señalándome—. Si vas a tenerla aquí para jugar con ella como si fuese una prostituta de sangre, al menos haz el favor de compartirla. Luego, ya le sonsacaremos la información y la despacharemos.

Dimitri dio un paso al frente.

—Fuera de aquí. Si le pones una mano encima, te haré picadillo. Te arrancaré la cabeza con mis propias manos y la veré arder al sol.

Nathan se puso aún más furioso.

—Galina no va a permitir que la tengas aquí como si fuese tu mujercita. Nadie puede hacer eso, ni siquiera tú.

—Que no te tenga que volver a decir que te vayas. No tengo todo el día para aguantar más historias.

Nathan no dijo nada más, y los dos strigoi se quedaron mirándose fijamente. Sabía que la fuerza de los strigoi estaba en parte relacionada con la edad. Evidentemente, Nathan había sido convertido antes. No sabía

cuánto, pero viéndolos me dio la impresión de que Dimitri sería más fuerte o que al menos la cosa estaría muy, muy igualada. Juraría haber visto un atisbo de miedo en los ojos rojos de Nathan, pero antes de que pudiese verlo mejor, se dio la vuelta.

—Esto no acaba aquí —dijo bruscamente mientras se iba hacia la puerta—. Voy a hablar con Galina.

Salió del cuarto y todos nos quedamos quietos y en silencio. A continuación, Dimitri se quedó mirando a la mujer y le dijo algo en ruso. Ella estaba allí de pie, paralizada.

Se inclinó un poco y dejó con cuidado la bandeja sobre la mesita que había junto al sofá. Retiró una tapa plateada y dejó a la vista un plato con una pizza de *pepperoni* cubierta de queso. En otras circunstancias, el hecho de estar en una casa strigoi y que me trajesen una pizza habría sido algo entre divertido y absurdo. Ahora, después de que Dimitri me amenazase con convertirme en strigoi y Nathan quisiese utilizarme para poder llegar hasta Lissa, ya no me hacía ninguna gracia. Hasta Rose Hathaway tenía sus límites a la hora de hacer bromas. Junto a la pizza había un *brownie* enorme con una gruesa capa de azúcar glas. Era uno de mis platos preferidos, como bien sabía Dimitri.

—Es la comida —dijo él—. No está envenenada.

Todo tenía una pinta estupenda, pero dije que no con la cabeza.

—No voy a comer.

—¿Prefieres alguna otra cosa? —dijo tras arquear una ceja.

—No quiero nada porque no voy a comer nada. Si no vas a matarme tú, entonces lo haré yo misma —me di cuenta de que la falta de posibles armas en la habitación se debía tanto a su protección como a la mía propia.

—¿Por inanición? —me pareció percibir un brillo de oscura diversión en su mirada—. Te despertaré mucho antes de eso.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—Porque prefiero esperar a que seas tú la que lo desee —caray, la verdad es que sonaba igual que Abe, excepto que, comparado con esto, que me partiesen las piernas tampoco era para tanto.

—Pues vas a tener que esperar sentado —le dije.

Dimitri se echó a reír de forma estentórea. Cuando aún era dhampir, era muy raro que se riese, y todas las veces me había emocionado profundamente ver cómo lo hacía. Ahora ya no tenía esa calidez que era capaz de envolverme. Ahora era una risa fría y amenazadora.

—Eso ya lo veremos.

Antes de que pudiese contestar nada, volvió a colocarse delante de mí. Su mano se coló por detrás de mi cuello y me atrajo hacia él, me echó la cabeza hacia atrás y apretó sus labios contra los míos. Estaban tan fríos como el resto de su piel... pero aun así también había algo de calidez en ellos. Una voz dentro de mí gritaba que todo aquello era espantoso y perverso... pero, al mismo tiempo, mientras nos besábamos perdí la noción del tiempo y del espacio, y casi llegué a pensar que estábamos de nuevo en la cabaña.

Se alejó tan deprisa como se había acercado y me quedé conmocionada, casi sin aliento. Con toda tranquilidad, como si nada hubiese pasado, señaló a la mujer.

—Esta es Inna —al oír su nombre, ella levantó la vista y pude ver que, como mucho, tendría la misma edad que yo—. También trabaja para Galina y pasará por aquí para comprobar que estás bien. Si necesitas alguna cosa, díselo. No habla muy bien inglés, pero te podrá entender —luego le dijo algo y ella lo acompañó dócilmente hasta la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Tengo cosas que hacer. Además, tú necesitas tiempo para pensar.

—No hay nada que pensar —intenté que mis palabras sonasen lo más desafiantes posibles.

Pese a todo, mi respuesta no debió de sonar muy agresiva, ya que el único resultado fue que Dimitri me sonrió burlonamente antes de marcharse con Inna y dejarme a solas en mi lujosa prisión.

Diecinueve

POR muchas lecciones que le hubiese dado a Denis acerca del control de los impulsos, yo no era ningún ejemplo a seguir. Cuando me quedé sola en la *suite*, seguí intentando hacer todo lo posible para salir de allí, pero todo se quedó en eso, en el intento.

Nathan había reaccionado con extrañeza ante la posibilidad de tenerme allí prisionera, pero por lo que pude ver, aquel lugar lo habían diseñado para tener a gente encerrada. La puerta y la ventana permanecían imperturbables, daba igual la fuerza con la que las golpease o los objetos que lanzase contra ellas. Esta vez deseché la silla y opté por una de las mesitas que había en el salón, con la esperanza de que sería más pesada. Pero no fue así. Tras fracasar en mi nuevo intento, introduje distintos códigos al azar en el teclado que había junto a la puerta. Tampoco sirvió de nada.

Cuando no pude más, me dejé caer en el sofá de piel e intenté analizar las opciones que tenía. No me dio para mucho. Estaba atrapada en una casa llena de strigoi. Vale, de acuerdo, tampoco estaba segura de eso, pero sabía que al menos había tres, con lo cual ya tenía más que de sobra. Dimitri había dicho que aquel lugar era una «finca», un detalle que no resultaba nada tranquilizador. Las fincas solían ser muy grandes. Que esto pareciese un tercer piso reforzaba esa idea. En un sitio grande podía haber habitaciones para muchos vampiros.

El único consuelo que tenía era que los strigoi no eran buenos colaborando entre sí. No era habitual encontrarlos en grandes grupos. Solo los había visto así en un par de ocasiones: el ataque a la academia había sido una de ellas. Al inutilizar las defensas de la escuela habían tenido un incentivo lo bastante fuerte como para unirse. Estas alianzas, cuando se producían, solían durar poco. Las desavenencias entre Dimitri y Nathan daban buena muestra del porqué.

Dimitri.

Cerré los ojos. Él era la razón por la que yo estaba allí. Había acudido a liberarlo de su estado de muerte en vida y había fallado, tal como él mismo había remarcado. Ahora estaba a punto de unirme a él. «Sí, buen trabajo, Rose». Me imaginé siendo uno de ellos y me eché a temblar. Mis pupilas rodeadas por un círculo rojo. Mi piel bronceada volviéndose pálida.

No conseguía hacerme una idea, aunque tampoco tendría que verme en caso de que sucediese. Los strigoi no se reflejaban en los espejos. Peinarse sería un auténtico coñazo.

El cambio más espantoso sería el que se produciría en mi interior: perdería todo contacto con mi alma. Tanto Dimitri como Nathan se habían mostrado crueles y agresivos. Probablemente, aunque yo no estuviese presente, no habrían tardado en encontrar alguna otra razón para enfrentarse. Yo no rehuía el combate, pero siempre que luchaba, lo hacía por los demás. Los strigoi luchaban porque les encantaba derramar sangre. Yo no quería ser así, no quería que mi única motivación fuera el puro placer de la sangre y la violencia.

Me resistía a pensar que Dimitri fuese así, pero con sus actos había dejado claro que era un strigoi. Yo sabía lo que habría tenido que comer para poder sobrevivir. Los strigoi podían pasar más tiempo que los moroi sin consumir sangre, pero ya había transcurrido más de un mes desde su transformación. No cabía duda de que se habría tenido que alimentar, y los strigoi casi siempre mataban a sus víctimas antes de comérselas. No podía imaginarme a Dimitri haciendo eso... al menos no al hombre al que yo había conocido.

Abrí los ojos. Pensar en comida hizo que me acordase del almuerzo. Pizza y *brownie*. Dos de las cosas más perfectas que había en el mundo. Durante el rato que habían durado mis intentos de fuga, la pizza se había enfriado, pero aun así todo lo que había en la bandeja tenía un aspecto delicioso. Por la luz que había fuera, deduje que aún no habrían pasado veinticuatro horas desde que Dimitri me había capturado, pero tampoco faltaría mucho. Era mucho tiempo sin comer nada, así que, aunque estuviese fría, estaba deseando hincarle el diente a aquella pizza. En realidad, no tenía ganas de hacer una huelga de hambre.

Yo no quería convertirme en una strigoi, pero lo que yo quisiese o dejase de querer cada vez importaba menos en esa historia. Morirse de hambre llevaría mucho tiempo y sospeché que lo que decía Dimitri era verdad: mucho antes de llegar a estar en peligro de muerte por inanición, él me convertiría. Tendría que encontrar otra manera de suicidarme —y eso que no había nada más lejos de mi voluntad— y, mientras tanto, tenía que conservar las fuerzas por si se presentaba alguna oportunidad, por pequeña que fuese, de escapar.

Una vez decidí esto último, tardé unos tres minutos en comérmelo todo. No sé a quién habrían contratado para cocinar —los strigoi, a diferencia de los moroi, podían comer todo tipo de comida—, pero la verdad es que estaba buenísimo. Caí en la cuenta de que el menú que me habían preparado no precisaba de ningún cubierto. Estaba todo pensado para que hacerse con un arma fuese tarea imposible. Aún tenía la boca llena con el último trozo de *brownie* cuando de pronto la puerta se abrió. Inna entró rápidamente y la puerta se cerró tras ella de inmediato.

—¡Me cago en la puta! —intenté decir con la boca llena de comida. Tendría que haber estado vigilando la puerta mientras me debatía entre comer o no, Dimitri había dicho que Inna pasaría para ver si estaba bien. Tendría que haberla sorprendido. En vez de eso, había entrado mientras yo estaba despistada. Una vez más, había vuelto a meter la pata.

Inna, tal como había hecho cuando Dimitri y Nathan estaban presentes, apenas levantó la vista. Llevaba un montón de ropa, se paró delante de mí y me lo ofreció. Lo tomé sin saber muy bien qué hacer y lo dejé en el sofá que tenía al lado.

—Gracias —balbuceé.

Señaló la bandeja vacía, levantó la vista y con gesto inquisitivo me miró tímidamente con sus ojos marrones. Ahora que la veía bien, me sorprendió comprobar lo guapa que era. Puede que fuese más joven que yo; me pregunté cómo habría acabado allí. A continuación asentí con la cabeza, respondiendo a su pregunta.

—Gracias.

Recogió la bandeja y se quedó esperando un momento. No sabía exactamente el porqué; pensé que debía de estar esperando por si yo quería alguna cosa más. Me imaginé que no sería fácil traducir «la combinación de la puerta». Me encogí de hombros y le hice un gesto para que se fuera; se dirigió hacia la puerta, la cabeza me iba a mil por hora. «Debería esperar a que abra y luego abalanzarme sobre ella», pensé. En ese mismo instante, me asaltó de forma visceral la duda de si arremeter contra una persona inocente estaba bien o no. Luego otra idea me vino a la cabeza y despejó cualquier duda: «Es o ella o yo». Puse todos los músculos en tensión.

Inna se situó junto a la puerta y tecleó la combinación para que no pudiese verla. A juzgar por el tiempo que tardó, se trataba de un código bastante largo. La puerta estaba a punto de abrirse y me preparé para abalanzarme sobre ella. En el último instante, decidí no hacerlo. Cabía la

posibilidad de que afuera hubiese un ejército entero de strigoi. Si lo que quería era usar a Inna para escapar, lo más probable es que contase tan solo con una oportunidad. Así que tendría que aprovecharla al máximo. En vez de abalanzarme sobre ella, me moví ligeramente para poder ver mejor. Ella volvió a salir con la misma presteza en cuanto la puerta se abrió. Pero en ese instante pude ver un pequeño pasillo y lo que parecía otra puerta igual de robusta.

Interesante. Una prisión con puertas dobles. En caso de seguirla, eso me impediría poder escapar. Ella podría esperar junto a la otra puerta cerrada hasta que apareciese algún strigoi de refuerzo. La cosa se complicaba aún más, pero comprender el escenario me dio al menos una pizca de esperanza. Ahora lo que necesitaba era descubrir qué hacer con toda esa información, suponiendo que no lo hubiese echado todo a perder al quedarme quieta y no intentar nada. Lo único que sabía era que en cualquier momento Dimitri podría entrar y convertirme en strigoi.

Dejé escapar un suspiro. Dimitri, Dimitri, Dimitri.

Bajé la vista y le eché un vistazo a lo que me había traído. Estaba cómoda con la ropa que llevaba, pero si me quedaba más tiempo allí, los vaqueros y la camiseta acabarían dando un poco de asco. Otra vez me querían vestir, aunque esta vez no era Tamara.

Inna me había llevado varios vestidos, todos de mi talla. Uno rojo de seda en forma de tubo; otro de punto, con mangas, muy ajustado y con los bordes satinados; y otro de noche, de corte imperio, con tejido de gasa, que llegaba hasta los tobillos.

—Ah, qué bien, ahora soy una muñeca.

Rebuscando en el montón de ropa, descubrí que había camisas de dormir y camisones, y también bragas y sujetadores, todo de seda satinada. La pieza más informal del lote era un suéter largo de color verde bosque que podía servir de vestido, pero era de cachemira muy fina. Lo levanté, intentando imaginarme cómo iba a intentar escapar con eso puesto. Ni pensarlo. Negué con la cabeza y tiré los vestidos al suelo. De momento, seguiría llevando la ropa un poco sucia.

Me puse a caminar por la habitación y a darle vueltas a los inútiles planes de fuga que ya había sopesado un millón de veces. Al caminar, me di cuenta de lo cansada que estaba. Aparte del rato que había estado sin conocimiento, no había dormido en todo el día. La siguiente toma de decisión fue parecida a la de qué hacer con la comida. ¿Qué hacía, bajaba la

guardia o no? Necesitaba recuperar fuerzas, pero cada una de esas concesiones me ponía en mayor peligro.

Cuando al fin me rendí y me tumbé en la enorme cama, me di cuenta de una cosa: aún tenía una ayuda posible. Si Adrian venía a visitarme durante el sueño, podría contarle lo que me había pasado. La última vez le había dicho que no volviese, pero él nunca había hecho caso a lo que le decía. ¿Por qué iba a cambiar ahora? Mientras intentaba conciliar el sueño, me puse a pensar en él con todas mis fuerzas, como si mis pensamientos fuesen una especie de batseñal que lo llamara.

No funcionó. No se produjo ninguna visita, y eso me dejó muy hecha polvo cuando me desperté, tanto que llegué a sorprenderme. Pese a lo encaprichado que Adrian estaba de Avery, no podía evitar recordar lo atento que había sido con Jill. También se había preocupado por Lissa, y no había soltado ninguna de sus típicas bravuconadas. Se había comportado de manera seria... e incluso dulce. Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta. Lo había tratado mal, y eso que no me atraía de ninguna manera. Había echado a perder nuestra amistad y también la posibilidad de poder pedir ayuda a través de él.

El suave crujido del papel me sacó de mis cavilaciones e hizo que me incorporase a toda prisa. Había alguien más en la habitación, sentado en el colchón, de espaldas a mí. Enseguida lo reconocí: era Dimitri.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté mientras me levantaba de la cama. Con la somnolencia, ni siquiera me había dado cuenta de las náuseas.

—Esperar a que te despiertes —contestó, sin molestarse en darse la vuelta. Estaba excesivamente confiado en que yo no suponía una amenaza... Y no le faltaba razón.

—Menuda diversión.

Fui hacia el salón para separarme lo más posible de donde él estaba, y me apoyé en la pared. Me crucé de brazos y me sentí cómoda adoptando otra vez esa postura defensiva un tanto absurda.

—Tampoco me he aburrido. He tenido compañía.

Levantó la vista hacia mí y me mostró un libro. Uno del Oeste. Aquello me sorprendió casi tanto como su nuevo aspecto. Todo tenía algo... de cotidiano. Cuando era dhampir le encantaban las novelas del Oeste, y yo muchas veces me metía con él y le decía que quería ser un vaquero. Sin saber muy bien por qué, me había imaginado que esa afición desaparecería con la transformación. Escruté su rostro con la esperanza irracional de

encontrar algún cambio sustancial que delatase que había vuelto a ser el mismo de antes mientras yo dormía. A lo mejor todas las cosas que habían pasado en el último mes y medio solo habían sido un sueño.

Pero no. Me encontré con los ojos de color rojo y la expresión severa. Eso echó por tierra toda esperanza.

—Has dormido mucho —añadió. Eché un vistazo rápido a la ventana. Estaba oscura del todo. Era de noche. Maldita sea. Yo solo quería dormir un par de horas—. Y has comido.

La alegría con que lo dijo me puso nerviosa.

—Sí, soy una fanática del *pepperoni*. ¿Qué quieres?

Puso un marcapáginas en el libro y lo dejó encima de la mesa.

—Verte.

—¿Ah, sí? Pensaba que lo único que te interesaba era convertirme en una muerta viviente.

No escuchó lo que le decía, cosa que me puso de peor humor. No podía soportar que no me hiciesen caso. En vez de contestar, intentó convencerme de que me sentase.

—¿No te cansas de estar siempre de pie?

—Me acabo de despertar. Además, estar un rato de pie no es gran cosa comparado con pasarme una hora lanzando muebles contra la ventana.

No sé por qué estaba soltando mis típicas ocurrencias. La verdad es que, tal como estaban las cosas, debería haber pasado de él. Debería haberme quedado callada en vez de seguirle el juego. Tenía mis esperanzas puestas en que al hacer las antiguas bromas conseguiría alguna respuesta del viejo Dimitri. Evité suspirar. Estaba otra vez igual, sin hacer caso de las lecciones que él mismo me había enseñado. Los strigoi no tenían nada que ver con las personas que habían sido anteriormente.

—Sentarse tampoco es nada del otro mundo —contestó—. Ya te lo he dicho, no voy a hacerte daño.

—Lo de hacer daño es algo muy subjetivo —no quería que pensase que tenía miedo, así que me acerqué al sillón que había frente a él y me senté—. ¿Ya estás contento?

Ladeó un poco la cabeza y algunos pelos oscuros se escaparon de la coleta que se había hecho.

—Incluso recién despertada después de una pelea sigues estando igual de guapa —bajó la vista un momento a la ropa que había tirada por el suelo —. ¿No hay nada que te guste?

—No estoy aquí para jugar contigo a los vestidos. Por mucha ropa de firma que me des, no vas a convencerme de que me apunte al club de los strigoi.

Se me quedó mirando fijamente durante un rato.

—¿Por qué no confías en mí?

Yo también me quedé mirándolo, pero con gesto incrédulo.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Me has secuestrado. Vas por ahí matando a gente inocente para sobrevivir. Ya no eres el mismo.

—Ahora soy mejor, ya te lo he dicho. Y eso de gente inocente... —se encogió de hombros—. Nadie es del todo inocente. Además, el mundo se divide entre depredadores y presas. Los más fuertes dominan a los más débiles. Forma parte del orden natural. A ti te interesaba mucho eso, si no recuerdo mal.

Me puse a mirar hacia otro lado. En la escuela, de las asignaturas que no eran específicas de mi formación como guardiana, mi favorita era la Biología. Me encantaba leer cosas sobre el comportamiento de los animales y la supervivencia de los que mejor se adaptaban. Dimitri había sido mi macho alfa, el más fuerte de todos los competidores.

—Esto es diferente —le dije.

—Pero no como tú crees. ¿Por qué te parece tan raro lo de beber sangre? Se lo has visto hacer a los moroi. Y has permitido que lo hiciesen.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No tenía ganas de recordar la época en que vivíamos entre los humanos y yo había dejado que Lissa bebiese de mi sangre. No quería acordarme del subidón de endorfinas que producía y de lo cerca que había estado de convertirme en una adicta.

—Ellos no matan.

—Eso que se pierden. Es algo increíble —musitó. Se quedó un momento con los ojos cerrados y luego los volvió a abrir—. Beberse la sangre de otro ser... observar cómo la vida lo abandona y sentir cómo te inunda a ti... es la experiencia más increíble del mundo.

Escucharle hablar de los asesinatos hizo que mis náuseas aumentasen.

—Es algo perverso, está mal.

Sucedió tan deprisa que no tuve tiempo de reaccionar. Dimitri se abalanzó sobre mí y me echó sobre el sofá. Una mitad de su cuerpo estaba encima del mío, la otra mitad al lado, y con uno de los brazos me sujetaba de la cintura. Estaba demasiado aturdida como para intentar moverme.

—No, no es verdad. Y por eso tienes que confiar en mí. Te encantará. Quiero estar contigo, Rose. Estar de verdad contigo. Las reglas que los demás nos imponen no nos afectan. Podemos estar juntos... somos los más fuertes entre los fuertes, podemos lograr todo lo que queramos. Con el tiempo podremos ser tan fuertes como Galina. Y podremos tener un sitio igual que este, para nosotros solos.

Su piel desnuda seguía estando fría, pero la presión del resto de su cuerpo era cálida. Visto de cerca, el rojo de sus ojos casi resplandecía y, mientras hablaba, le podía ver los colmillos en el interior de la boca. Estaba acostumbrada a ver los colmillos de los moroi, pero los suyos... aquello era espantoso. Pensé en forcejear e intentar liberarme, pero deseché la idea enseguida. Si Dimitri quería tenerme allí tumbada, allí me quedaría.

—No quiero nada de esto —le dije.

—¿No me quieres a mí? —preguntó mientras sonreía de forma perversa—. Hubo un tiempo en que me querías.

—No —contesté, consciente de mi mentira.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Volver a la academia? ¿Estar al servicio de algún moroi al que no le importará lo más mínimo que tu vida corra peligro? Si ese era el tipo de vida que querías, ¿por qué has venido hasta aquí?

—Vine para liberarte.

—Yo ya soy libre —respondió—. Y podrías haberme matado si de verdad hubieses querido —se movió un poco y apoyó la cara sobre mi cuello—. Pero no pudiste.

—Me equivoqué. No me volverá a pasar.

—Supón que eso fuese cierto. Supón que tuvieses la oportunidad de matarme ahora. Supón incluso que luego pudieses escapar. ¿Qué ibas a hacer después? ¿Volver a casa? ¿Regresar con Lissa y dejar que siga transmitiéndote la oscuridad del espíritu?

—No lo sé —respondí fríamente. Y era verdad. Mis planes nunca habían ido más allá del momento en que lo encontrase.

—Te consumirá. Mientras siga usando la magia, tú siempre notarás los efectos secundarios, por muy lejos que estés. Al menos mientras ella siga con vida.

Tensé todos los músculos del cuerpo y aparté mi cara de la suya.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Vas a unirte a Nathan para intentar cazarla?

—Lo que le pase a ella no me importa —dijo—. Tú sí me importas. Si despertases, Lissa dejaría de representar una amenaza. Serías libre. El vínculo se rompería.

—¿Y qué le pasaría a ella? Se quedaría sola.

—Ya te lo he dicho, eso a mí no me importa. Estar contigo, sí.

—¿Ah, sí? Pues yo no quiero estar contigo.

Me asió la cara y la puso contra la suya. Una vez más tuve la extraña sensación de estar con Dimitri y con alguien que no era Dimitri. Amor y miedo.

—No te creo —dijo, entrecerrando los ojos.

—Créete lo que te dé la gana. Yo ya no te quiero.

Sus labios esbozaron una de esas sonrisas aterradoras.

—Estás mintiendo. Puedo verlo. Siempre he podido.

—Es la verdad. Antes te quería. Ahora ya no —si seguía repitiéndolo acabaría por ser verdad.

Se acercó todavía más y me quedé paralizada. Si me movía un solo centímetro, nuestros labios se tocarían.

—Mi apariencia exterior... mi fuerza, sí, todo eso es distinto. Mejor. Pero, aparte de eso, sigo siendo el mismo, Roza. Mi esencia no ha cambiado. La conexión entre nosotros no ha cambiado. Lo que pasa es que aún no eres capaz de verlo.

—Todo ha cambiado —sus labios estaban tan cerca que no podía dejar de pensar en el beso fugaz y apasionado que me había dado la última vez que me había visitado. No, no, no. «No pienses en eso».

—Si tan distinto soy, ¿por qué no te obligo entonces a despertar? ¿Por qué te doy a elegir?

Estuve a punto de contestar algo de forma automática, pero me quedé callada. Esa era una buena pregunta. ¿Por qué me estaba dando la oportunidad de elegir? Los strigoi no les daban ninguna opción a sus víctimas. Las mataban sin piedad y hacían lo que querían con ellas. Si Dimitri quería de verdad que me uniese a él, debería haberme transformado lo antes posible. Ya había pasado más de un día, y me había colmado de lujos. ¿Por qué? Si me transformaba, me volvería tan retorcida como él. Y eso haría las cosas mucho más fáciles.

Al ver que yo no decía nada, añadió:

—Si tan distinto soy, ¿por qué me has besado antes?

Seguía sin saber qué decir. Sonrió de oreja a oreja.

—No contestas. Sabes que estoy en lo cierto.

De repente, sus labios volvieron a juntarse con los míos. Emití una ligera protesta e intenté zafarme de su abrazo sin conseguirlo. Era demasiado fuerte y, pasados unos segundos, yo ya no quería escaparme. De nuevo me inundó la misma sensación de antes. Sus labios estaban fríos, pero el beso nos quemaba. Fuego y hielo. Y él estaba en lo cierto, el beso era correspondido.

Mi parte racional dio un grito desesperado, porque aquello no estaba bien. La última vez, él había interrumpido el beso antes de que pudiese pasar gran cosa. Pero esta vez no. Mientras seguíamos besándonos, la voz de la razón se fue apagando cada vez más. La parte que siempre había querido a Dimitri se apoderó de mí, regocijándose en el roce de su cuerpo contra el mío, en la forma en que su mano se enroscaba en mi pelo y dejaba que los dedos se quedasen atrapados. Con la otra mano fue levantándome la parte de atrás de la camisa, el tacto frío resaltaba al entrar en contacto con mi piel. Me aferré aún más a él y sentí que la intensidad del beso aumentaba al mismo tiempo que su deseo.

Entonces rocé ligeramente con la lengua la afilada punta de uno de los colmillos. Fue como si me lanzasen un cubo lleno de agua fría. Dejé de besarlo y aparté la cabeza con toda la fuerza de la que fui capaz. Él debía de haber bajado un poco la guardia, porque conseguí de verdad apartarme.

Yo aún jadeaba, mi cuerpo seguía deseándolo. Sin embargo, mi cerebro se había adueñado de la situación, al menos de momento. Dios mío, ¿qué estaba haciendo? «No es el Dimitri que conocías. No es él». Estaba besando a un monstruo. Pero mi cuerpo no lo tenía tan claro.

—No —murmuré, sorprendida por el tono lastimero y suplicante que adoptó mi voz—. No, no podemos.

—¿Estás segura? —preguntó. Su mano seguía enredada en mi pelo y a la fuerza me obligó a girar la cabeza para mirarlo—. No parecía que te importase. Todo puede volver a ser como era antes... como en la cabaña... Entonces sí que querías...

En la cabaña...

—No —repetí—. No quiero.

Apretó los labios contra mi mejilla y para mi sorpresa me fue besando suavemente hasta llegar al cuello. Volví a sentir cómo todo mi cuerpo lo deseaba y me odié a mí misma por ser tan débil.

—¿Y esto? —preguntó en un susurro—. ¿Esto lo quieres?

—¿Qué...?

Entonces lo sentí. El mordisco de los dientes afilados clavándose en la piel mientras la boca se cerraba sobre el cuello. Hubo un momento de pura angustia, de un dolor horrible. De pronto, el dolor desapareció. Una oleada de felicidad y de placer inundó todo mi ser. Qué dulce. Nunca había sentido algo tan maravilloso en toda mi vida. Me recordó a cuando Lissa había bebido de mí. Aquello había sido increíble, pero esto... esto era diez veces mejor. Cien veces mejor. El mordisco de un strigoi producía una impresión mucho más fuerte que el de un moroi. Era como enamorarse por primera vez, como cuando ese sentimiento de felicidad arrolladora se apodera de ti.

Cuando se apartó, sentí como si toda la felicidad hubiese desaparecido del mundo. Se pasó la mano por la boca y yo me quedé mirándolo con gesto sorprendido. De forma instintiva, estuve a punto de preguntarle por qué había parado, pero luego, lentamente, volví a recuperar la conciencia suficiente como para sobreponerme a la nube de felicidad que me había provocado al morderme.

—¿Por qué...? ¿Qué...? —no podía hablar sin arrastrar las palabras—. Dijiste que la elección sería mía...

—Y sigue siéndolo —contestó. Él también me miraba con los ojos muy abiertos y también jadeaba. Esto le había afectado tanto como a mí—. Esto no lo hago para despertarte, Roza. Con un mordisco así no te vas a transformar. Esto... es solo para disfrutar...

A continuación, su boca volvió a beber de mi cuello y yo perdí todo contacto con la realidad.

Veinte

LOS días siguientes fueron como un sueño. La verdad es que ni siquiera puedo decir cuántos días pasaron. Podría haber sido solo uno o cien.

También perdí la noción de cuándo era de día o de noche. Mi tiempo se dividía entre el que compartía con Dimitri y el que no. Cuando él no estaba conmigo, todo era una agonía. Pasaba el tiempo como podía, pero me parecía una eternidad. La televisión era mi mejor amiga. Me tumbaba en el sofá durante horas, sin prestarle mucha atención a lo que sucedía en la pantalla. Como la *suite* era de verdadero lujo, tenía televisión por satélite, así que podía ver algunos programas americanos. Pero la mayor parte del tiempo me daba igual si la lengua de lo que emitían era ruso o inglés.

Inna seguía viniendo periódicamente a comprobar que todo estaba bien. Me traía comida, me lavaba la ropa —ya me había puesto los vestidos — y se quedaba esperando en silencio por si quería algo más. No necesitaba nada... al menos nada que ella pudiera proporcionarme. Solo necesitaba a Dimitri. Cuando ella se iba, una parte remota de mi cerebro me recordaba que se suponía que debía hacer algo... seguirla, eso era. Tenía un plan para encontrar la forma de salir y utilizarla para escapar, ¿no? Pero ese plan ya no me interesaba. Parecía demasiado difícil.

Cuando por fin venía Dimitri a visitarme, se rompía la monotonía. Nos tumbábamos juntos en la cama, abrazándonos. Nunca llegábamos al sexo, pero nos besábamos, nos tocábamos y nos perdíamos en el descubrimiento del cuerpo del otro (a veces con muy poca ropa). Después de un tiempo así empezó a costarme creer que en algún momento me había dado miedo su nuevo aspecto. Sus ojos daban un poco de impresión, pero seguía siendo guapísimo... e increíblemente sexy. Y después de hablar y enrollarnos varias veces —durante horas incluso—, al final le dejaba morderme. Entonces sentía ese subidón... esa oleada maravillosa y exquisita de sustancias químicas que me hacían olvidarme de todos mis problemas. Las dudas que tenía sobre la existencia de Dios desaparecían en esos momentos; llegaba a tocar el cielo cuando me dejaba perder en ese mordisco. Eso era el paraíso.

—Enséñame el cuello —me dijo un día.

Estábamos tumbados juntos como era habitual. Yo de lado y él acurrucado contra mi espalda con un brazo rodeándome la cintura. Me giré y me aparté el pelo, que me había caído sobre el cuello y el escote. Ese día llevaba un vestido playero azul marino atado al cuello, hecho de un material ligero que se pegaba al cuerpo.

—¿Ya? —le pregunté. No solía morderme hasta el final de sus visitas. Aunque parte de mí lo deseaba y quería sentir esa sensación de nuevo, también disfrutaba de los momentos previos. Era cuando mis endorfinas estaban en su nivel más bajo, así que podía mantener algún tipo de conversación. Hablábamos de peleas en las que habíamos participado y de la vida que él había imaginado para nosotros cuando yo fuera strigoi. Nada demasiado sentimental, pero agradable de todos modos.

Me preparé para el mordisco, arqueándome nerviosa. Pero, para mi sorpresa, él no se inclinó para clavarme los dientes en el cuello. Metió la mano en el bolsillo y sacó un collar. Era de oro blanco o platino, no sabría decir qué exactamente, y tenía tres zafiros azul oscuro del tamaño de monedas de veinticinco centavos. Esa semana me había llevado muchas joyas y cada una era más bonita que la anterior.

Me quedé mirándolo, asombrada por su belleza y por la forma en que las piedras brillaban con la luz. Me puso el collar sobre la piel y me lo abrochó en la nuca. Acarició los bordes del collar con los dedos y asintió con aprobación.

—Precioso —sus dedos pasaron a uno de los tirantes del vestido. Deslizó el dedo por debajo y me provocó un escalofrío—. Y además hace juego con esto.

Le sonreí. En los viejos tiempos, Dimitri casi nunca me hacía regalos. No tenía dinero para comprarlos y yo tampoco los quería. Pero ahora estaba alucinando con los regalos que me traía prácticamente en todas las visitas.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté. Sentía el metal frío, aunque no tan frío como sus dedos, contra mi piel caliente.

Él sonrió maliciosamente.

—Tengo mis recursos.

Esa voz reprobatoria que había en mi cabeza, que a veces conseguía penetrar entre la bruma en que vivía, me insinuó que Dimitri debía de ser algún tipo de gánster vampiro. Esas advertencias quedaron ahogadas inmediatamente y hundidas en la nube que era mi existencia. ¿Cómo podía molestarme si el collar era tan bonito? De repente, algo me resultó gracioso.

—Eres igual que Abe.

—¿Que quién?

—Un tío que he conocido. Abe Mazur. Es algo así como un jefe de la mafia... Y no dejaba de seguirme.

Dimitri se puso tenso.

—¿Abe Mazur te estaba siguiendo?

No me gustó la expresión sombría que acababa de aparecer en su cara.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Por qué? ¿Qué quería de ti?

—No lo sé. Quería saber por qué estaba en Rusia, pero al final se rindió y solo quería que me fuera. Creo que alguien de casa le contrató para encontrarme.

—No quiero que te acerques a Abe Mazur. Es peligroso.

Dimitri estaba enfadado y a mí no me gustaba eso. Un momento después, su furia desapareció y volvió a acariciarme el brazo y me bajó un poco el tirante del vestido.

—Pero, bueno, la gente como esa ya no volverá a ser un problema cuando te despierte.

En algún lugar del fondo de mi mente me pregunté si Dimitri tendría las respuestas que yo necesitaba sobre Abe, sobre lo que él hacía. Pero hablar de Abe había alterado a Dimitri y eso me quitó las ganas de preguntar. Preferí cambiar de tema.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunté, impresionada por mi capacidad para hablar de nada en particular. Entre las endorfinas y su contacto, me resultaba difícil mantener la coherencia.

—Recados para Galina. Cenar.

Cenar. Una víctima. Fruncí el ceño. Eso no me inspiraba repulsión sino más bien... celos.

—¿Bebes de ellos... por diversión?

Me rozó el cuello con los labios y sus dientes me pincharon un poco la piel, pero no me mordió. Di un respingo y me apreté más contra él.

—No, Roza. Son comida; eso es todo. Todo acaba muy rápido. Tú eres la única con la que disfruto.

Sentí una especie de orgullosa satisfacción al oírle y esa irritante voz de mi cabeza me dijo que era algo increíblemente enfermizo y retorcido por mi parte. A veces deseaba que me despertara ya de un mordisco. Eso acallaría esa voz racional de una vez por todas.

Levanté la mano y le toqué la cara. Después, deslicé la mano por ese pelo sedoso tan increíble que siempre me ha encantado.

—Sigues queriendo despertarme... pero entonces ya no podremos seguir haciendo esto. Los strigoi no beben los unos de los otros, ¿verdad?

—No —corroboró—. Pero merece la pena. Podríamos hacer tantas otras cosas...

Dejó ese «tantas otras cosas» a mi imaginación y un agradable estremecimiento me recorrió el cuerpo. Los besos y la succión de la sangre eran fascinantes, pero había días que quería, bueno... algo más. Los recuerdos de esa única vez que hicimos el amor me obsesionaban cuando estábamos tan juntos y a menudo deseaba hacerlo de nuevo. Por alguna razón él nunca me presionaba para tener relaciones sexuales, por muy apasionadas que se pusieran las cosas. No estaba segura de si estaba utilizando todo eso como tentación para que yo quisiera convertirme o si habría alguna incompatibilidad entre un strigoi y una dhampir. ¿Podrían hacerlo una viva y un muerto? Antes, la idea de practicar sexo con él me había parecido absolutamente repulsiva. Pero ahora... no me paraba a pensar demasiado en las complicaciones.

Aunque no intentara llegar al sexo, sí me excitaba con sus caricias, tocándome los muslos, el esternón y otros lugares peligrosos. Y me recordaba cómo había sido aquella vez, lo alucinante que había sido, cómo se habían sentido nuestros cuerpos... Pero hablaba de esas cosas con un tono más tentador que cariñoso.

En los momentos de semiclaridad pensaba que era raro que todavía no le hubiera dejado convertirme en una strigoi. La niebla de endorfinas me hacía que le consintiese casi todo lo que me pedía. Había aceptado cómodamente vestirme para él, quedarme en mi jaula de oro y que fuera en busca de una víctima cada dos o tres días. Pero incluso en mis momentos de mayor incoherencia, incluso cuando lo deseaba desesperadamente, no aceptaba que me transformase. Había una parte intrínseca en mí que se negaba a claudicar. Las más de las veces él no le prestaba mucha atención a mi negativa, se la tomaba a broma. Pero de vez en cuando, cuando me negaba, veía una chispa de furia en sus ojos. En esos momentos, me daba miedo.

—Ya estamos —bromeé—. El discurso para convencerme: la vida eterna, la invencibilidad, el hecho de que nada será un obstáculo en nuestro camino...

—No es ninguna broma —dijo. Huy. Mi poca seriedad había vuelto a despertar esa dureza en él. El deseo y el cariño que acababa de ver se habían roto en un millón de trocitos para luego desvanecerse. Las manos que me habían acariciado un momento antes, de repente me agarraron las muñecas y me mantuvieron quieta mientras él se inclinaba sobre mí—. No podemos seguir así para siempre. No puedes quedarte aquí para siempre.

«Oye, ten cuidado. Eso no suena bien», me dijo esa voz. Me estaba haciendo daño. Muchas veces me preguntaba si quería hacerme daño o solo es que no podía evitar esa violencia.

Cuando por fin me liberó, le rodeé el cuello con el brazo e intenté besarlo.

—¿No podemos hablar de eso más tarde?

Nuestros labios se encontraron, el fuego se encendió entre nosotros y la necesidad llenó mi cuerpo. Noté que su deseo era igual que el mío, pero unos segundos después se separó de mí. Esa irritación fría seguía presente en su cara.

—Vamos —dijo apartándose—. Salgamos de aquí.

Se puso de pie y yo le miré estúpidamente.

—¿Adónde vamos?

—Afuera.

Me senté en la cama, sin habla.

—¿Afuera? Pero... eso no está permitido. No podemos.

—Podemos hacer lo que queramos —respondió.

Me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Le seguí hasta la puerta. Me bloqueó la visión del teclado con tanta eficacia como Inna, aunque ahora no importase. Ya no había manera de que pudiera recordar una secuencia tan larga.

La puerta se abrió y él me sacó afuera. Me quedé mirando sorprendida; mi cerebro aturdido seguía intentando procesar esa repentina libertad. Tal como había visto aquel día, la puerta llevaba a un pasillo corto que estaba bloqueado por otra puerta. También era gruesa y tenía otra cerradura con un teclado. Dimitri la abrió; pensé que seguramente las dos puertas tendrían códigos diferentes.

Me tomó del brazo y me llevó a través de esa puerta hasta otro pasillo. A pesar de que me agarraba con fuerza, no pude evitar quedarme clavada en el sitio. Aunque no debería haberme sorprendido la opulencia que me encontré; después de todo, había estado un tiempo viviendo en la mejor

suite de aquel lugar. Pero el pasillo que llevaba a mi habitación era austero y de apariencia industrial y yo me había imaginado que el resto de la casa tendría también pinta de institución o de prisión.

Pero no. En vez de eso me sentí como si estuviera en una película antigua, de esas en las que la gente toma té en el salón. La gruesa moqueta estaba cubierta con una alfombra con dibujos dorados que iba de un extremo a otro del pasillo. Unos cuadros que parecían antiguos adornaban las paredes con imágenes de gente de hace siglos con ropa tan ostentosa que convertía a mis vestidos en baratos y ordinarios. Todo el lugar estaba iluminado por pequeñas lámparas de araña que colgaban del techo cada dos metros aproximadamente. Los cristales con forma de lágrima reflejaban la luz, provocando pequeñas motitas de todos los colores del arco iris en las paredes. Me las quedé mirando, encandilada por el brillo y el color; por eso probablemente no me fijé en lo que había en el pasillo.

—¿Qué hacéis?

El sonido áspero de la voz de Nathan me sobresaltó y me distrajo de la contemplación de los cristales. Estaba apoyado contra la pared que había frente a la puerta y se irguió al vernos. Tenía esa expresión cruel en la cara tan característica de los strigoi, la misma que a veces veía en Dimitri, por muy encantador o amable que pareciese en otras ocasiones.

La postura de Dimitri se volvió rígida y defensiva.

—Me la llevo a dar un paseo —daba la impresión de que estuviera hablando de un perro, pero el miedo que le tenía a Nathan no me permitió sentirme ofendida.

—Eso va contra las reglas —dijo este—. Bastante malo es ya que aún la tengas aquí. Galina te ha dado órdenes de que la mantengas encerrada. No necesitamos a una dhampir andando por ahí.

Dimitri me señaló con la cabeza.

—¿Te parece una amenaza?

La mirada de Nathan se dirigió a mí. No sé muy bien lo que vio —no creía que estuviera muy cambiada—, pero una sonrisilla apareció en sus labios, aunque desapareció inmediatamente cuando volvió a mirar a Dimitri.

—No, pero me han ordenado que vigile esta puerta y no voy a buscarme problemas porque a ti te apetezca irte de paseo.

—Yo me ocupo de Galina. Le diré que lo hice por la fuerza y te vencí —Dimitri le sonrió enseñando los colmillos—. No creo que le cueste

creerlo.

La mirada que Nathan le lanzó a Dimitri me hizo retroceder inconscientemente hasta que choqué con la pared.

—Te lo tienes muy creído. Yo no te desperté para que actuaras como si fueras el que manda aquí. Lo hice para que pudiéramos utilizar tu fuerza y tu conocimiento. Deberías responder ante mí.

Dimitri se encogió de hombros. Me asió la mano y empezó a darse la vuelta.

—No es culpa mía que no tengas la fuerza suficiente para obligarme a hacerlo.

Entonces Nathan se lanzó contra Dimitri. Dimitri respondió tan rápido al ataque que me di cuenta de que él sabía qué iba a suceder. Me soltó la mano al instante y se giró para agarrar a Nathan y tirarlo contra la pared. Nathan se levantó inmediatamente —hacía falta algo más que ese golpe para hacer mella en alguien como él—, pero Dimitri estaba preparado. Le dio varios puñetazos en la nariz; uno, dos y un tercero en una rápida sucesión. Nathan cayó con la cara cubierta de sangre. Dimitri le dio una fuerte patada y se irguió por encima de él.

—Ni lo intentes —dijo—. Perderás —se limpió la sangre de Nathan de la mano y entrelazó los dedos con los míos—. Ya te lo he dicho, yo me ocuparé de Galina. Pero gracias por preocuparte.

Dimitri volvió a girarse porque creía que no iba a haber más ataques. Y no los hubo. Pero mientras lo seguía miré por encima del hombro adonde Nathan estaba sentado en el suelo. Le lanzaba a Dimitri una mirada asesina; nunca había visto una mirada de puro odio como aquella... al menos hasta que me miró a mí. Sentí frío en todo el cuerpo y me apresuré a seguir al lado de Dimitri.

La voz de Nathan sonó detrás de nosotros.

—¡No estáis seguros! Ninguno de los dos. Es comida, Belikov. Comida.

La mano de Dimitri apretó la mía y aceleró el paso. Podía sentir la furia que irradiaba y, de repente, no sabía muy bien si debía temer más a Nathan o a Dimitri. Dimitri era un tipo duro, ya estuviese vivo o no muerto. En el pasado le había visto atacar a enemigos sin miedo y sin vacilación. Siempre había sido magnífico y se había comportado tan valientemente como yo le había explicado a su familia. En momentos así siempre había tenido una razón legítima para pelear, normalmente la defensa propia. Pero

su confrontación con Nathan en aquel instante había sido por otra razón. Era una afirmación de su dominio y una oportunidad para hacer correr la sangre. Dimitri parecía haber disfrutado. ¿Y si decidía volverse así contra mí? ¿Y si mi negativa constante le empujaba a torturarme y decidía hacerme daño hasta que accediera?

—Nathan me da miedo —le dije. No quería que Dimitri supiera que también él me daba miedo. Me sentía débil y totalmente indefensa, algo que no me ocurría muy a menudo. Por lo común estaba lista para asumir cualquier desafío, por desesperado que fuera.

—No te tocará —me dijo con voz dura—. No tienes que preocuparte por nada.

Llegamos a las escaleras. Después de bajar unos pocos escalones, quedó claro que no iba a poder bajar cuatro tramos más. Aparte del aletargamiento que me provocaban sus mordiscos, que me hacían parecer drogada, la pérdida frecuente de sangre me estaba debilitando y cobrándose su precio. Sin decir nada, Dimitri me levantó en sus brazos y me bajó por las escaleras sin aparente esfuerzo hasta que llegamos al final. Allí me bajó al suelo con cuidado.

La planta baja de la mansión era tan espléndida como el piso de arriba. La entrada tenía un enorme techo abovedado con una lámpara de araña tan sofisticada que eclipsaba a las que había visto arriba. Delante teníamos unas puertas dobles ornamentadas con vidrieras. Nos encontramos a otro strigoi, un hombre sentado en una silla que debía de estar de guardia. A su lado había un panel en la pared con botones y luces parpadeantes. Un moderno sistema de seguridad en medio de todo aquel encanto antiguo. Se puso tenso cuando nos acercamos y al principio pensé que era el instinto natural del guardaespaldas, hasta que vi su cara. Era el strigoi que había torturado aquella primera noche en Novosibirsk, el que envié a darle a Dimitri el mensaje de que lo estaba buscando. Sus labios se curvaron al cruzarse nuestras miradas.

—Rose Hathaway —dijo el strigoi—. Recuerdo tu nombre, tal como me dijiste que hiciera.

No añadió nada más, pero yo apreté la mano de Dimitri cuando pasamos a su lado. Los ojos del strigoi no dejaron de seguirme hasta que salimos y la puerta se cerró detrás de nosotros.

—Quiere matarme —le dije a Dimitri.

—Todos los strigoi quieren matarte —me respondió él.

—Él especialmente. Lo torturé.

—Lo sé. Ha caído en desgracia desde entonces y ha perdido parte de su estatus aquí.

—Eso no me tranquiliza.

A Dimitri parecía no preocuparle.

—No necesitas preocuparte por Marlen. Que lucharas con él solo fue una prueba para Galina de que serías una buena adquisición para este grupo. No es digno de ti.

Eso tampoco me pareció muy alentador. Me estaba granjeando demasiados enemigos entre los strigoi. Aunque lo cierto es que no podía esperar hacer amigos allí.

Era de noche, por supuesto. Si no, Dimitri no me habría sacado. El vestíbulo me había hecho pensar que estábamos en la parte delantera de la casa, pero los enormes jardines que nos rodeaban ahora me hicieron preguntarme si estaríamos en la parte de atrás. O tal vez toda la casa estaba rodeada de tanta vegetación. Dentro del laberinto vegetal había patios decorados con fuentes y estatuas. Y flores por todas partes. Sus aromas llenaban el aire y me di cuenta de que alguien se había molestado mucho en encontrar plantas que florecieran de noche. Las únicas que reconocí inmediatamente fueron los jazmines; sus ramitas largas y llenas de flores blancas trepaban por los enrejados y las estatuas del laberinto.

Caminamos en silencio un rato y me dejé llevar por el romanticismo de todo aquello. Durante todo el tiempo que Dimitri y yo habíamos pasado juntos en la academia, a mí me consumían los miedos sobre cómo íbamos a poder compaginar nuestra relación con nuestro deber. Un momento como aquel, paseando por el jardín una noche de primavera iluminada por las estrellas, me habría parecido entonces una fantasía demasiado descabellada para llegar siquiera a planteármela.

Aunque me había librado de las escaleras, caminar demasiado me resultaba agotador en mi estado. Me detuve y suspiré.

—Estoy cansada.

Dimitri también se paró y me ayudó a sentarme. La hierba estaba seca y me hacía cosquillas. Me tumbé y un momento después él me imitó. Tuve una extraña sensación momentánea de *déjà vu* al recordar la tarde que habíamos hecho angelitos en la nieve.

—Es impresionante —dije mirando al cielo. Estaba despejado y no se veía ni una nube—. ¿Cómo lo ves tú?

—¿Eh?

—Hay luz suficiente para que pueda ver con cierta claridad, pero está bastante oscuro en comparación con el día. Tus ojos son mejores que los míos. ¿Qué ves?

—Para mí está tan claro como si fuera de día —como no respondí, añadió—: Podría ser así para ti también.

Intenté imaginármelo. ¿Me parecerían tan misteriosas las sombras? ¿La luna y las estrellas brillarían tanto?

—No lo sé. Creo que me gusta la oscuridad.

—Solo porque no conoces nada mejor.

Suspiré.

—No haces más que decírmelo.

Se volvió hacia mí y me apartó el pelo de la cara.

—Rose, esto me está volviendo loco. Estoy cansado de esperar. Quiero que estemos juntos. ¿No te gusta lo que tenemos? Podría ser mejor incluso —sus palabras sonaban románticas, pero su tono de voz, no.

Me gustaba. Me encantaba la neblina en la que vivía, una bruma en la que desaparecían todas las preocupaciones. También me gustaba estar tan cerca de él, la forma en que me besaba y me decía que me deseaba...

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿Por qué qué? —parecía desconcertado, algo que aún no había visto en un strigoi.

—¿Por qué me deseas? —no tenía ni idea de por qué le preguntaba eso. Él tampoco, por lo que parecía.

—¿Y por qué no iba a desearte?

Lo dijo de una forma muy obvia, como si fuera la pregunta más tonta del mundo. Y probablemente lo era, pensé, pero de todas formas... esperaba otra respuesta.

Justo en ese momento se me revolvió el estómago. A pesar de todo el tiempo que había pasado con Dimitri, no había conseguido eliminar las náuseas que me provocaban los strigoi. La presencia de otros strigoi las empeoraban. Las había sentido al estar cerca de Nathan y las sentía ahora. Me senté bruscamente y Dimitri también, casi al mismo tiempo. Probablemente le había alertado su oído superdesarrollado.

Había una sombra oscura sobre nosotros que nos tapaba las estrellas. Era una mujer y Dimitri se levantó de un salto. Yo me quedé en el suelo, donde estaba.

Era increíblemente guapa, de una forma dura y terrible. Su constitución era similar a la mía, lo que indicaba que no había sido una moroi antes de transformarse. Isaiah, el strigoi que me había capturado, era muy viejo e irradiaba poder. Aquella mujer no llegaba a tanto, pero pude sentir que era mayor que Dimitri y más fuerte.

Le dijo algo en ruso con una voz tan fría como su belleza. Dimitri le contestó con tono confiado pero educado. Oí el nombre de Nathan un par de veces mientras hablaban. Dimitri me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Me dio vergüenza ver que necesitaba su ayuda tan a menudo cuando antes estábamos casi a la par.

—Rose —me dijo—, esta es Galina. Es quien ha sido tan amable de permitirte estar aquí.

La cara de Galina no parecía nada amable. No mostraba ninguna emoción y sentí como si toda mi alma estuviera expuesta ante ella. Aunque no estaba segura de muchas cosas de las que sucedían allí, entendía lo suficiente para darme cuenta de que mi residencia permanente en esa casa era algo frágil y poco habitual. Tragué saliva.

—*Spasibo* —dije. No sabía decirle que estaba encantada de conocerla, aunque realmente no sabía si lo estaba, pero supuse que un simple «gracias» sería suficiente. Si ella había recibido entrenamiento e instrucción en una academia normal, seguramente sabría inglés y estaría fingiendo que no conocía el idioma, como Yeva. No tenía ni idea de por qué lo hacía, pero si puedes romper un cuello de dhampir adolescente tienes derecho a hacer lo que quieras.

La expresión de Galina —o más bien su falta de expresión— no cambió al oír mi agradecimiento y volvió a centrar su atención en Dimitri. Hablaron sobre mí y Dimitri me señaló un par de veces. Reconocí la palabra «fuerte» en ruso.

Por fin Galina dijo algo que sonó definitivo y se fue sin despedirse. Ni Dimitri ni yo nos movimos hasta que sentí que las náuseas desaparecían.

—Vamos —me dijo—. Tenemos que volver.

Salimos del laberinto, aunque yo no tenía ni idea de cómo sabía Dimitri por dónde ir. Qué curioso. Al llegar allí, mi sueño era salir y escapar. Ahora que llevaba un tiempo... bueno, ya no me parecía tan importante. Pero sí me lo parecía el enfado de Galina.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté a Dimitri.

—No le gusta que sigas aquí. Quiere que te transforme o que te mate.

—Ah. ¿Y qué vas a hacer?

Se quedó callado unos segundos.

—Esperaré un poco más y entonces... tomaré la decisión por ti.

No dijo cuál iba a ser la decisión y yo estuve a punto de suplicarle, como antes, que prefería morir a convertirme en una strigoi.

—¿Cuánto esperarás? —pregunté.

—No mucho, Roza. Tienes que elegir. Y elegir bien.

—¿Qué es elegir bien?

Levantó las manos.

—Todo esto. Una vida juntos.

Salimos del laberinto. Me quedé mirando la casa, que era increíblemente enorme vista desde fuera, y los hermosos jardines que nos rodeaban. Parecía algo salido de un sueño. Más allá, una campiña infinita que se perdía en la oscuridad hasta fundirse con un cielo también negro, salvo la estrecha franja de suave brillo púrpura del horizonte. Fruncí el ceño, observándolo, y después volví mi atención a Dimitri.

—Y entonces, ¿qué? ¿Trabajaré también para Galina?

—Durante un tiempo.

—¿Cuánto es un tiempo?

Nos detuvimos fuera de la casa. Dimitri me miró a los ojos con una mirada en la cara que me hizo retroceder.

—Hasta que la matemos, Rose. Hasta que la matemos y nos quedemos con todo esto.

Veintiuno

DIMITRI no entró en detalles. Yo estaba demasiado asombrada por sus palabras y por el resto de las cosas que habían pasado esa noche como para saber cómo tomármelo todo. Me llevó dentro de nuevo, pasamos junto al strigoi de guardia y subimos por las escaleras hasta mi suite. Nathan ya no estaba fuera.

Durante unos segundos, esa voz tan fastidiosa de mi cabeza me habló lo bastante alto para abrirse paso entre la confusión de mis pensamientos. Si no había guardia en el pasillo e Inna acudía pronto, tenía una buena oportunidad para amenazarla y utilizarla para salir. Cierto que eso significaría tener que enfrentarme a una casa con Dios sabe cuántos strigoi, pero mis posibilidades de escapar eran mejores en la casa que dentro de la habitación.

Esos pensamientos desaparecieron tan pronto como habían aparecido. Dimitri me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él. Había pasado frío fuera y aunque su cuerpo estaba frío, su ropa y su chaqueta me dieron algo de calor. Me acurruqué contra él mientras sus manos recorrían todo mi cuerpo. Pensé que me iba a morder, pero nuestras bocas se encontraron con fuerza. Enredé los dedos en su pelo para intentar acercarlo más a mí. Los suyos recorrieron mi pierna desnuda y me subieron la falda casi hasta la cadera. Los nervios y las ganas encendieron todas las partes de mi cuerpo. Había soñado a menudo con lo que había pasado en la cabaña y lo había echado mucho de menos. No esperaba que volviese a suceder algo así, pero ahora que parecía posible me quedé asombrada al comprobar cuánto lo deseaba.

Mis manos subieron hasta su camisa y desabrocharon todos los botones para poder tocarle el pecho. Su piel estaba fría como el hielo, todo lo contrario del fuego que yo sentía en mi interior. Separó sus labios de los míos y empezó a descender por el cuello y el hombro y me bajó el tirante del vestido mientras cubría mi cuerpo de besos ávidos. Aún tenía la mano sobre mi cadera desnuda y yo intenté desesperadamente quitarle la camisa.

De repente, con una brusquedad sorprendente, se apartó y me empujó. Al principio creía que solo era parte del juego entre nosotros, hasta que me di cuenta de que lo que quería era alejarme.

—No —me dijo con tono duro—. Todavía no. No hasta que te haya transformado.

—¿Por qué? —pregunté, desesperada. No podía pensar en otra cosa que no fuera que me tocase... y, bueno, tal vez otro mordisco—. ¿Por qué importa eso? ¿Es que hay... alguna razón por la que no podemos? —hasta mi llegada allí, nunca se me había pasado por la cabeza tener relaciones sexuales con un strigoi. Tal vez no era posible.

Se inclinó hacia mí y acercó los labios a mi oreja.

—No, pero sería mucho mejor si estuvieras despierta. Déjame hacerlo... Déjame, y así podremos hacer lo que queramos...

Me di cuenta vagamente de que estaba utilizando el sexo como elemento de negociación. Me deseaba, lo veía en todo su cuerpo, pero estaba utilizando la tentación del sexo para que yo cediese. Y le funcionaba, porque estaba a punto de claudicar. Mi cuerpo estaba anulando a mi cerebro... o casi.

—No —gemí—. Yo... tengo miedo...

Su mirada peligrosa se suavizó, y aunque seguía sin ser el Dimitri de antes, ahora lo veía un poco menos strigoi.

—Rose, ¿crees que haría algo que te hiciese daño? —¿no acabábamos de tener una discusión sobre que mis opciones eran transformarme o morir? Y esta última podía ser algo dolorosa, digo yo, pero no volví a tocar el tema.

—El mordisco... La transformación dolerá...

—Ya te lo he dicho: será como lo que ya hemos hecho. Te gustará. No te dolerá, te lo juro.

Aparté la vista. Maldita sea. ¿Por qué no podía seguir siendo siniestro y dar miedo? Era más fácil negarme y resistirme así. Aun en lo más ardiente de la pasión era capaz de resistirme. Pero al verlo así, tranquilo y razonable... se parecía demasiado al Dimitri al que había amado. Y era difícil negarle nada. Por primera vez estaba haciendo que transformarme en strigoi no pareciese... tan malo.

—No sé —dije sin convicción.

Me soltó y se sentó con la cara llena de frustración. Y eso fue casi un alivio.

—A Galina se le está acabando la paciencia. Y a mí también.

—Has dicho que todavía teníamos tiempo... Solo necesito pensarlo un poco más... —¿durante cuánto tiempo iba a poder seguir utilizando esa

excusa? La forma de entornar los ojos de Dimitri me avisó de que no mucho más.

—Tengo que irme —me dijo con dureza. Ya no iba a haber más caricias ni besos, estaba claro—. Tengo que ocuparme de unas cosas.

—Lo siento —le dije, confundida y asustada. No sabía qué Dimitri prefería, si el terrorífico, el sensual o el que era casi amable (aunque no del todo).

Él no dijo nada. Sin avisar se inclinó sobre mí y me mordió la suave piel del cuello. Todas los descabellados planes de fuga que tenía se desvanecieron. Cerré los ojos a punto de caer; solo su brazo, que me apretaba con fuerza, me mantuvo en pie. Igual que cuando nos besamos, su boca estaba caliente contra mi piel y la sensación de su lengua y sus dientes enviaban descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

Y en un segundo se terminó. Se apartó, lamiéndose los labios, pero siguió sujetándome. Volvió la neblina. El mundo era maravilloso y feliz y yo no tenía ninguna preocupación. Lo que me había estado preocupando sobre Nathan y Galina ya no significaba nada para mí. El miedo que había sentido unos segundos antes, la frustración por el sexo, la confusión... No podía preocuparme por nada de eso, no cuando la vida era tan bella y yo quería tanto a Dimitri. Le sonreí e intenté abrazarle, pero él ya me estaba llevando hacia el sofá.

—Hasta luego —y en un segundo estaba en la puerta, lo que me entristeció. Quería que se quedara. Que se quedara para siempre—. Recuerda que te deseo. Que no dejaría que te ocurriera nada malo. Te protegeré. Pero... no puedo esperar mucho más.

Y con esas palabras se fue. Lo que había dicho me hizo sonreír aún más. Dimitri me deseaba. Recordé vagamente haberle preguntado por qué. ¿Por qué le habría preguntado eso? ¿Qué respuesta quería? ¿Por qué me importaba? Él me deseaba. Eso era lo importante.

Ese pensamiento y el increíble subidón de endorfinas me envolvieron mientras seguía tumbada en el sofá y sentí que el sueño podía conmigo. Ir hasta la cama parecía demasiado esfuerzo, así que me quedé donde estaba y dejé que llegara el sueño.

E, inesperadamente, me encontré en uno de los sueños de Adrian.

Ya casi había renunciado a volver a encontrármelo. Después de mis primeros intentos desesperados de escapar de allí, me había convencido de que Adrian no iba a volver y había dejado las cosas como estaban por el

bien de todos. Pero allí estaba —bueno, su versión onírica—, de pie justo delante de mí. A veces los paisajes eran bosques o jardines, pero hoy estábamos donde nos habíamos conocido, en el porche de una estación de esquí en Idaho. Brillaba el sol y nos rodeaban las montañas.

Le miré con una gran sonrisa.

—¡Adrian!

Creo que nunca le había visto tan sorprendido como entonces. Teniendo en cuenta lo mala que era con él, resultaba comprensible.

—Hola, Rose —me dijo. Su voz sonaba insegura, como si le preocupara que lo estuviera engañando.

—Te veo bien —le dije. Era cierto. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa con diferentes tonos de azul marino y turquesa que iba genial con sus ojos verde oscuro. Pero sus ojos estaban cansados. Agotados. Qué raro. En esos sueños él podía darle la forma que quisiera al mundo y a las apariencias sin ningún esfuerzo. Podría haber aparecido perfecto, pero había preferido reflejar la fatiga del mundo real.

—Tú también estás bien —su tono seguía siendo cauteloso mientras me miraba de arriba abajo. Yo todavía llevaba el vestido de playa ajustado, el pelo suelto y los zafiros alrededor del cuello—. Eso que llevas sería algo que te pondría yo. ¿Te has dormido con esa ropa?

—Sí —me estiré la falda y pensé en lo guapa que estaba. Me pregunté si a Dimitri le había gustado. No me lo había comentado, pero no había parado de decirme que era preciosa.

—Creía que no ibas a volver.

—Yo también.

Lo miré. No parecía él.

—¿Estás intentando descubrir dónde estoy otra vez?

—No, ya no me importa —suspiró—. Lo único que me importa es que no estás aquí. Tienes que volver, Rose.

Crucé los brazos y me senté en la barandilla del porche.

—Adrian, no estoy preparada para nada románti...

—No por mí —me interrumpió—. Por ella. Tienes que volver por Lissa. Por eso estoy aquí.

—Lissa...

Mi ser despierto estaba lleno de endorfinas y parecía que las había traído conmigo al sueño. Intenté recordar por qué debía preocuparme por Lissa.

Adrian se acercó y me observó detenidamente.

—Sí, ya sabes, Lissa. Tu mejor amiga. La chica con la que tienes el vínculo y a la que has jurado proteger.

Balanceé las piernas.

—Nunca hice ningún voto.

—¿Pero qué demonios te pasa?

No me gustaba su tono nervioso. Estaba estropeándome el buen humor.

—¿Qué te pasa a ti?

—No pareces tú. Y tu aura... —frunció el ceño y no pudo continuar.

Reí.

—Oh, claro. La mágica y mística aura. Deja que lo adivine. Es negra, ¿verdad? —pregunté.

—No... es... —siguió observándome durante varios segundos—. Apenas puedo centrarme en ella. Está hecha un caos. ¿Qué está pasando, Rose? ¿Qué ocurre en el mundo cuando estás despierta?

—Nada —le dije—. Nada excepto que soy feliz por primera vez en mi vida. ¿Por qué estás tan raro de repente? Antes eras divertido. La primera vez que me lo estoy pasando bien y apareces tú muy raro y aburrido.

Se arrodilló delante de mí sin un atisbo de humor en su cara.

—Te pasa algo malo. No sé el qué... —comentó.

—Ya te lo he dicho, estoy bien. ¿Por qué tienes que venir siempre a fastidiarme? —era verdad que unos días antes había querido desesperadamente que se me apareciese en sueños, pero ahora... ahora no era tan importante. Tenía algo bueno con Dimitri si conseguía encontrar la forma de solucionar ciertos puntos no tan buenos.

—Ya te lo he dicho. No he venido por mí. Lo he hecho por Lissa —me miró con los ojos muy abiertos y sinceros—. Rose, te estoy suplicando que vuelvas. Lissa te necesita. No sé lo que le pasa y tampoco cómo ayudarla. Nadie lo sabe. Creo... que solo puedes ayudarla tú. Tal vez el hecho de que estéis separadas es lo que le está haciendo tanto daño. Quizá sea por eso por lo que tú estás tan rara también. Vuelve. Por favor. Os curaremos a las dos. Encontraremos la solución. Está muy rara. Es imprudente y no le importa nada.

Negué con la cabeza.

—Lo que a mí me pasa no tiene nada que ver con estar lejos de ella. Y probablemente tampoco sea eso lo que le pasa a Lissa. Si le preocupa tanto

el espíritu, debería volver a tomar su medicación.

—A ella no le preocupa, ese es el problema. Maldita sea —se puso de pie y empezó a pasearse—. ¿Qué os pasa a las dos? ¿Por qué ninguna de las dos sois capaces de ver que está pasando algo malo?

—Quizá no somos nosotras —le dije—. A lo mejor eres tú el que se imagina cosas.

Adrian se volvió hacia mí y me miró otra vez.

—No. No soy yo.

No me gustaba aquello: ni su tono, ni su expresión, ni sus palabras. Me había alegrado verlo, pero ahora estaba resentida con él por haberme estropeado el buen humor. No quería pensar en nada de todo aquello. Era demasiado difícil.

—Mira —le dije—, me había alegrado de verte esta noche, pero ya no estoy tan contenta. Sobre todo si te pones a acusarme y a exigirme cosas.

—No lo pretendo —su voz era amable, sin rastro de su enfado—. Lo último que quiero es hacerte infeliz. Me importas mucho. Y Lissa también. Y quiero que las dos seáis felices y viváis vuestras vidas como os dé la gana... pero no si las dos os lanzáis de cabeza a caminos destructivos.

Casi tenía sentido lo que decía. Casi parecía razonable y sincero. Volví a negar con la cabeza.

—No te metas. Yo estoy donde quiero estar y no voy a volver. Lissa se las tiene que arreglar sola —salté de la barandilla al suelo. El mundo giró un poco a mi alrededor y me tambaleé. Adrian me asió la mano pero yo me aparté.

—Estoy bien.

—Qué va. Dios, juraría que estás borracha, pero... tu aura no dice eso. ¿Qué es lo que te pasa? —se pasó las manos por el pelo oscuro. Era su gesto habitual de nerviosismo.

—Ya no tengo nada que hacer aquí —le dije, intentando ser lo más educada posible. ¿Por qué demonios había querido verlo otra vez? Al llegar allí era algo importante, pero...—. Devuélveme a la realidad, por favor.

Abrió la boca para comentar algo, pero se quedó petrificado.

—¿Qué tienes en el cuello?

Se acercó y, a pesar del aturdimiento, conseguí zafarme de él. No tenía ni idea de lo que me había visto en el cuello, pero no tenía interés en descubrirlo.

—No me toques.

—Rose, eso parece...

—¡Devuélveme a la realidad, Adrian! —se acabaron los buenos modales.

—Rose, déjame ayudarte...

—¡Que me devuelvas a la realidad!

Grité aquellas palabras y, por primera vez, conseguí salir sola de uno de los sueños de Adrian. Dejé de estar dormida y me desperté en el sofá. La habitación estaba en silencio y el único sonido era mi respiración acelerada. Me sentí hecha un lío por dentro. Normalmente, tan poco tiempo después de un mordisco estaba feliz y en una nube. Pero el encuentro con Adrian había dejado una parte de mí preocupada y triste.

Me levanté y conseguí llegar al baño. Encendí la luz y tuve que guiñar los ojos; en la otra habitación no había tanta claridad. Cuando mis ojos se adaptaron, me acerqué al espejo y me aparté el pelo. Di un respingo al ver mi reflejo. Tenía cardenales por todo el cuello y marcas de heridas frescas. Alrededor de la zona donde Dimitri acababa de morderme había sangre seca.

Parecía... una prostituta de sangre.

¿Cómo no lo había notado antes? Mojé una toalla y me froté el cuello para intentar quitarme la sangre. No dejé de frotar hasta que la piel se me puso roja. ¿Ya estaba? ¿Tenía más? Parecía que me había quitado lo peor. Me pregunté qué habría visto Adrian. Llevaba el pelo suelto y estaba casi segura de que me tapaba la mayor parte del cuello.

Un pensamiento rebelde apareció en mi mente. ¿Pero qué importaba lo que hubiera visto Adrian? Él no lo entendía. Ni siquiera se podía hacer una idea. Estaba con Dimitri. Sí, me sentía diferente... pero no tan diferente. Y estaba segura de que encontraría una manera de que lo nuestro funcionase sin tener que convertirme en strigoi. Pero aún no sabía cómo.

Intenté convencerme una y otra vez, pero era como si aquellos cardenales me mirasen desde el espejo.

Salí del baño y volví al sofá. Encendí el televisor, aunque no tenía ganas de ver ningún programa, y poco después la bruma volvió. Desconecté de lo que pasaba en la tele y me dormí otra vez. Pero esta vez los sueños eran solo míos.

Dimitri tardó un tiempo en volver. Y con «un tiempo» quiero decir casi un día entero. Ya me estaba poniendo nerviosa, tanto porque le echaba de menos a él como al mordisco. Normalmente venía dos veces al día, así que

aquel había sido el período más largo sin endorfinas. Como necesitaba algo que hacer, me había dedicado a ponerme lo más guapa posible.

Busqué entre los vestidos de mi armario y escogí uno largo de seda de color marfil con flores moradas pintadas delicadamente en la tela. Se ajustaba a mi cuerpo como un guante. Quería recogerme el pelo, pero después de ver otra vez los cardenales decidí dejármelo suelto. Hacía poco que me habían dado un rizador de pelo y algo de maquillaje, así que me arreglé la melena con mucha paciencia, convirtiendo las puntas en rizos perfectos. Una vez arreglada me miré en el espejo, feliz, segura de que a Dimitri también le gustaría. Ahora solo me faltaba ponerme alguna de esas joyas exquisitas que me había regalado. Pero cuando me giré para salir, me vi la espalda desde un lado y me di cuenta de que llevaba un cierre abierto. Intenté abrocharlo, pero no llegaba. Estaba justo en el único lugar que no alcanzaba.

—Mierda —murmuré, intentando agarrar el cierre. Algo que estropeaba mi perfección.

Justo en ese momento oí abrir la puerta de la otra habitación y el ruido familiar de colocar una bandeja sobre la mesita. Un golpe de suerte.

—¡Inna! —la llamé saliendo del baño—. Necesito que...

Sentí náuseas cuando entré en el salón. Pero no era Dimitri quien me las provocaba, sino Nathan.

Me quedé con la boca abierta. Inna estaba a su lado, esperando pacientemente junto a la bandeja con la cabeza gacha, como siempre. No le hice caso y miré a Nathan. Seguramente él seguía estando de guardia, pero eso no incluía entrar en la habitación. Por primera vez en mucho tiempo, recuperé parte de mis instintos de batalla y evalué mis posibilidades de huida. El miedo me hizo retroceder, pero eso me habría dejado atrapada en el baño. Mejor quedarme donde estaba. Aunque no pudiera salir de la habitación, allí tenía más espacio para moverme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sorprendida por lo tranquila que aparentaba estar.

—Ocuparme de un problema.

No necesité más pistas para saber a qué se refería: el problema era yo.

Tuve que esforzarme para no retroceder.

—Yo no te he hecho nada —la lógica no servía de nada con un strigoi. Ninguna de sus víctimas les había hecho nada.

—Existes —me dijo—. Estás ocupando espacio aquí y haciendo perder el tiempo a todo el mundo. Tú sabes cómo encontrar a la chica Dragomir, pero no nos vas a ofrecer nada útil hasta que Belikov haga lo que tiene que hacer y te despierte. Y mientras, Galina me hace perder el tiempo vigilándote y no hace más que ascenderlo a él porque Belikov la ha convencido de que vas a ser valiosa para nosotros.

Interesante lista de motivaciones...

—Y... ¿qué vas a hacer?

Un segundo después, estaba justo delante de mí. Verlo tan cerca desencadenó un recuerdo: el momento en que le había mordido a Dimitri y había empezado todo aquello. Una chispa de furia prendió en mi interior, pero no llegó a convertirse en llama.

—Voy a conseguir esa información de una forma u otra —me dijo entre dientes—. Dime dónde está.

—Ya sabes dónde está. Está en la academia —no había nada útil en aquella información. Él sabía que estaba allí. Sabía dónde estaba la academia.

Por su mirada supe que no le gustaba que le estuviera dando información que ya tenía. Estiró la mano, me agarró del pelo y tiró para echarme la cabeza hacia atrás. Llevar el pelo suelto no había sido una buena idea.

—¿Adónde va a ir? No va a quedarse ahí para siempre. ¿Va a ir a la universidad? ¿A la Corte Real? Seguro que tienen planes para ella.

—No sé qué planes tienen. Llevo lejos un tiempo.

—No te creo —gruñó—. Es demasiado valiosa. Su futuro tiene que estar planeado desde hace mucho.

—Si es así, nadie me lo contó. Me fui demasiado pronto.

Me encogí de hombros. Sus ojos se llenaron de furia y juraría que se le pusieron todavía más rojos.

—¡Tenéis un vínculo! Tú lo sabes. Dímelo y te mataré rápido. Si no, te despertaré para sonsacarte la información y después te mataré. Te prenderé fuego como a una antorcha.

—Tú... ¿me matarías siendo una de los vuestros? —qué pregunta más tonta, los strigoi no tenían lealtad entre ellos.

—Sí. Eso destrozará a Dimitri, y cuando Galina vea que está trastornado, yo ocuparé de nuevo el sitio que me correspondía a su lado... sobre todo después de haber aniquilado a los Dragomir.

—Eso es lo que tú te crees.

Sonrió, me tocó la cara y me recorrió el cuello y los cardenales con los dedos.

—Claro que sí, no lo dudes. Pero si me dices ahora lo que quiero saber, las cosas serán más fáciles. Morirás extasiada y no quemada viva. Y ambos lo podríamos disfrutar —me rodeó delicadamente el cuello con la mano—. Eres un verdadero problema, pero eres preciosa... sobre todo tu cuello. Entiendo por qué te desea...

Sentía emociones encontradas en mi interior. La lógica me decía que era Nathan, el Nathan al que odiaba porque había transformado a Dimitri. Pero la necesidad de mi cuerpo de las endorfinas strigoi se me estaba subiendo a la cabeza y eso hacía que ni siquiera me importase que fuera Nathan. Solo me importaban sus dientes, a un milímetro de mi cuello, una promesa de ese dulce delirio.

Y aunque tenía una mano en mi cuello, la otra bajó por mi cintura hasta la curva de mi cadera. Había un tono sensual en su voz, como si quisiera hacer algo más que solo morderme. Y después de tantos encuentros con Dimitri llenos de una carga sexual que nunca llegaba a nada, a mi cuerpo ya no le importaba quién lo tocase. Podía cerrar los ojos y así no me importaría qué dientes me mordían o qué manos me quitaban la ropa. Solo importaba el siguiente mordisco. Podía cerrar los ojos y fingir que era Dimitri, perdida en la sensación de los labios de Nathan rozándome la piel...

Pero una parte razonable de mi cerebro me recordó que Nathan no solo quería sexo y sangre. Quería matarme después.

Qué ironía. Cuando llegué allí estaba muerta de ganas —curiosa elección de palabras— de suicidarme para no convertirme en strigoi. Nathan me estaba ofreciendo eso ahora. Aunque me transformara primero, quería matarme justo después. De una forma u otra, no tendría que pasarme la eternidad como strigoi. Debería estar contenta con el trato.

Pero justo en ese instante, cuando la adicción de mi cuerpo pedía a gritos que me mordiera y me proporcionara esa felicidad, me di cuenta de algo con una claridad pasmosa: ¡no quería morir! Tal vez era porque llevaba casi un día sin que me mordieran, pero algo pequeño y rebelde se despertó en mi interior. No le iba a dejar hacerme eso. No le permitiría hacerle eso a Dimitri. Y mucho menos le iba a permitir ir tras Lissa.

Dejé a un lado la nube de endorfinas que todavía me envolvía y reuní toda la fuerza de voluntad que pude. Buceé en el fondo de mi mente para

recordar mis años de entrenamiento y todas las lecciones que me había enseñado Dimitri. Me costó acceder a esos recuerdos y solo logré encontrar unos pocos, pero fueron suficientes para hacerme actuar. Me abalancé sobre Nathan y le di un puñetazo.

Y no me sirvió de nada.

Ni se inmutó. Creo que ni siquiera lo notó. La sorpresa de su cara pronto se convirtió en sarcasmo y se echó a reír de esa forma horrible que tienen los strigoi: cruelmente y sin verdadera alegría. Después, con una facilidad increíble, me dio una bofetada y me lanzó al otro lado de la habitación. Dimitri había hecho algo parecido al poco de llegar yo, pero no había salido despedida tan lejos ni mi ataque había tenido un efecto tan reducido sobre él.

Me di un golpe contra el respaldo del sofá y eso me dolió. Me mareé y me di cuenta de lo estúpido que era luchar con alguien mucho más fuerte que yo cuando llevaba toda la semana perdiendo sangre. Logré ponerme en pie y empecé a pensar desesperadamente en qué hacer después. Nathan, por su parte, no parecía tener prisa para responder a mi ataque. De hecho, seguía riéndose.

Miré a mi alrededor y se me ocurrió una estrategia bastante patética. Inna estaba cerca de mí. Moviéndome a una velocidad dolorosamente lenta —aunque mejor de lo que me esperaba—, la agarré y le rodeé el cuello con un brazo. Ella gritó por la sorpresa y yo la apreté más fuerte contra mí.

—Sal de aquí —le dije a Nathan—. Sal de aquí o la mato.

Dejó de reírse, me miró un momento y empezó a reírse con más fuerza.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad crees que no podría detenerte si quisiera? ¿Y crees que realmente me importa? Vamos. Mátala. Hay docenas como ella.

Sí, eso no tenía por qué haber sido una sorpresa, pero me dejó desconcertada lo poco que le importaba la vida de una criada fiel. Bien. Hora del plan B. ¿O íbamos ya por el plan J? Ya había perdido la cuenta y, de todas formas, ninguno de ellos servía de nada.

—¡Au!

Inna de repente me dio un codazo en el estómago. La liberé sorprendida. Ella se volvió con un grito estrangulado y me dio un puñetazo en la cara. El golpe no fue tan fuerte como el de Nathan, pero me tumbó. Intenté agarrarme a algo, a cualquier cosa, pero no encontré nada. Caí al

suelo y mi espalda se golpeó contra la puerta. Esperaba que se lanzase sobre mí, pero cruzó la habitación e, increíblemente, se colocó en una postura defensiva ante Nathan.

Antes de que pudiera procesar totalmente lo extraño que era que intentara proteger a alguien que un momento antes la habría dejado morir, la puerta se abrió de repente.

—¡Au! —dije otra vez cuando la puerta me golpeó y me empujó.

Dimitri entró en la habitación y nos miró a la cara uno tras otro. La mía sin duda mostraba signos de los ataques de Nathan y de Inna. Dimitri cerró los puños y se volvió hacia Nathan. Me recordó su refriega en el pasillo, todo rabia, maldad y ganas de derramar sangre. Me encogí y me preparé para otra horrible confrontación.

—No lo hagas —advirtió Nathan con cara de suficiencia—. Ya sabes lo que ha dicho Galina. Tócame y te echará de aquí.

Dimitri cruzó la habitación y se colocó delante de Nathan, apartando a Inna como si fuera una muñeca de trapo.

—Merecería la pena enfrentarme a su ira, sobre todo si le digo que tú golpeaste primero. Rose tiene las marcas que demuestran que es verdad.

—No lo harás —señaló a Inna, que estaba sentada en el suelo, aturdida después del golpe de Dimitri. A pesar de mis heridas, empecé a arrastrarme hacia ella. Tenía que comprobar que estaba bien—. Ella dirá la verdad.

Ahora Dimitri era el que mostraba el aire de suficiencia.

—¿Crees que Galina creerá a una humana? No. Cuando le diga que tú nos atacaste a Rose y a mí por celos, me perdonará. Y el hecho de haberte vencido con tanta facilidad será la prueba de tu debilidad. Te cortaré la cabeza e iré a buscar la estaca de Rose de la cámara. Con tu último aliento podrás ver cómo te atraviesa el corazón con ella.

Madre mía. Eso era peor que la amenaza de Nathan de quemarme viva... Un momento.

¿Mi estaca?

La cara de Nathan seguía mostrando una arrogancia altiva —o al menos eso me parecía a mí—, pero creo que Dimitri vio algo que le satisfizo, algo que le hizo pensar que tenía ventaja sobre él. Se relajó visiblemente y sonrió de oreja a oreja.

—Dos veces —dijo Dimitri en voz baja—. Te he dejado ir dos veces. La próxima... la próxima se acabó.

Llegué adonde estaba Inna y le tendí la mano.

—¿Estás bien? —murmuré.

Con una mirada de odio, retrocedió y se escabulló a toda prisa. Nathan me miró y empezó a acercarse a la puerta.

—No —dijo—. Dos veces la he dejado vivir. La próxima vez se acabó para ella. Soy yo el que tiene el control aquí, no tú.

Nathan abrió la puerta e Inna se levantó y salió tambaleándose detrás de él. Me quedé con la boca abierta pensando en todo lo que había pasado allí. No sabía cuál de los dos daba más miedo. Miré a Dimitri e intenté decidir qué le iba a preguntar primero: qué íbamos a hacer, por qué Inna había defendido a Nathan, por qué le había dejado marchar Dimitri... Pero en lugar de hacerle alguna de esas preguntas, me eché a llorar.

Veintidós

NO lloraba muy a menudo, y detestaba hacerlo. La última vez que lo había hecho en presencia de Dimitri, este me había rodeado inmediatamente con sus brazos. Esta vez, lo único que recibí de él fue una mirada de frialdad e ira.

—¡Es culpa tuya! —gritó, con los puños apretados.

Retrocedí con los ojos como platos.

—Pero él... me ha atacado...

—Sí, e Inna también. ¡Una humana! Has permitido que una humana te atacase —su voz no podía ocultar el desprecio—. Eres débil. Eres incapaz de defenderte sola, ¡y todo porque te niegas a que te despierte!

Su voz era aterradora y la mirada que me lanzó... la verdad, me dio casi más miedo que la que me había lanzado Nathan. Dio un paso al frente y me puso en pie de un tirón.

—Si te hubieran matado, habría sido culpa tuya —dijo. Me zarandeó, clavándome los dedos en la muñeca—. ¡Tienes la oportunidad de alcanzar la inmortalidad y una fuerza increíble, pero estás demasiado ciega para verlo!

Me tragué las lágrimas y me froté los ojos con el dorso de la mano libre. Sin duda, estaba estropeando el maquillaje que tan laboriosamente me había puesto. Tenía tanto miedo que el corazón estaba a punto de salírseme del pecho. Yo esperaba furia y amenazas de Nathan, pero no de Dimitri.

«Has olvidado que es un strigoi», susurró una voz en mi cabeza.

Llevaba bastante tiempo sin un mordisco y tenía suficiente adrenalina para estar espabilada. Tanto era así, que hacía tiempo que la voz de mi conciencia no hablaba tan alto. Dimitri decía que yo era débil porque no era una strigoi, pero no solo se trataba de eso. Yo era débil y Nathan e Inna me habían sometido porque era una adicta, porque vivía feliz en la ignorancia y eso me estaba pasando factura física y mentalmente. Fue un pensamiento inesperado y apenas pude retenerlo. Mi sed de endorfinas vampíricas se disparó y las dos facciones se enfrentaron en mi mente.

Fui lo bastante precavida como para no verbalizar ninguno de esos pensamientos. Procuré decir algo que tranquilizase a Dimitri.

—No creo que pudiera llegar a ser más fuerte que Nathan, ni siquiera aunque despertase.

Me acarició el pelo con la mano. Su voz fría se volvió pensativa. Parecía que se estaba calmando, pero aún había enfado e impaciencia en sus mirada.

—Quizá no al principio, pero tu fuerza física y tu fuerza de voluntad se transmiten con la transformación. Él no es mucho mayor que nosotros. Al menos, no lo suficiente como para que la diferencia se note. Ese es el motivo por el que siempre se echa atrás cuando luchamos.

—¿Y por qué te echas atrás tú?

Noté que se le ponía el cuerpo rígido y me di cuenta de que podía haber interpretado que mi pregunta cuestionaba su valentía. Tragué saliva, asustada de nuevo. Aún no me había soltado la muñeca y ya empezaba a dolerme.

—Porque él tiene razón en una cosa —dijo Dimitri, con voz tensa—. Al matarlo, la ira de Galina caería sobre nosotros, y eso es algo que no puedo permitirme. Todavía.

—Me dijiste que tenías... que teníamos que matarla.

—Sí, y en cuanto lo hayamos hecho, nos resultará fácil tomar el control de sus bienes y de su organización.

—¿Qué hace su organización, exactamente? —si seguía distrayéndolo, quizá mitigase su enfado y ahuyentase al monstruo. Dimitri se encogió de hombros.

—De todo. Una riqueza así no se adquiere sin esfuerzo.

—¿Un esfuerzo ilegal y dañino para los humanos?

—¿Acaso importa?

No me molesté en responder.

—Pero Galina era tu profesora. ¿De verdad eres capaz de matarla? Y no me refiero a si eres capaz físicamente, me refiero a si no te importa.

Se quedó pensativo.

—Ya te lo he dicho. Todo consiste en la fuerza y la debilidad. En la presa y el depredador. Si podemos acabar con ella, y no me cabe ninguna duda de que podemos, ella es la presa. Y se acabó.

Me estremecí. Era una visión del mundo muy dura, cruda y aterradora. Justo entonces, Dimitri me soltó la muñeca y me invadió una sensación de alivio. Con las piernas temblorosas, retrocedí y me senté en el sofá. Por un momento, temí que me volviera a agarrar, pero se sentó a mi lado.

—¿Por qué me ha atacado Inna? ¿Por qué ha defendido a Nathan?

—Porque está enamorada de él —Dimitri no se molestó en esconder su repugnancia.

—Pero, ¿cómo...?

—Quién sabe. En parte, es porque él le prometió que la despertaría cuando ella hubiera dedicado tiempo a esto —recordé las advertencias de Sydney sobre por qué los alquimistas temían que los humanos supieran de la existencia de los vampiros: porque los humanos podrían querer convertirse también—. Es lo que se le cuenta a la mayoría de los criados humanos.

—¿Qué se les cuenta?

—La mayoría no son dignos. O, con bastante frecuencia, a alguien le entra hambre y acaba con el humano.

Me estaban dando náuseas, independientemente de la proximidad de Dimitri.

—Qué desastre.

—No tiene por qué serlo —no creía que fuera a zarandearme de nuevo, pero había un brillo peligroso en su mirada. El monstruo estaba a tan solo un latido de distancia—. Se está acabando el tiempo. He sido permisivo, Roza, mucho más permisivo que con cualquier otra persona.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has sido?

Yo quería, necesitaba, oírle decir que era porque me amaba y que, a causa de ese amor, jamás podría obligarme a hacer algo que yo no quisiera. Necesitaba oírlo para poder borrar de mi cabeza a aquella criatura terrorífica y furibunda que acababa de ver.

—Porque sé cómo piensas. Y sé que despertando por voluntad propia serás una aliada más importante. Eres independiente y decidida, y por eso eres valiosa.

—¿Conque una aliada?

No la mujer que amaba.

Se movió y su cara quedó justo sobre la mía.

—¿No te dije una vez que siempre podrías contar conmigo? Estoy aquí. Te protegeré. Vamos a estar juntos. Estamos destinados a estar juntos y lo sabes.

En su voz había más fiereza que afecto.

Me besó en los labios y me atrajo hacia él. Me inundó su calor habitual, mi cuerpo reaccionó instantáneamente al suyo. Pero aunque mi

cuerpo hiciera una cosa, por mi cabeza circulaban otros pensamientos. Siempre había pensado que estábamos destinados a estar juntos. Y Dimitri me había dicho una vez que siempre podría contar con él. Yo también había deseado lo mismo, pero también quería que él pudiera contar conmigo. Yo quería que fuéramos iguales, que siempre nos protegiéramos mutuamente. Hoy no había sido así. Yo me había mostrado débil e indefensa. Nunca me había comportado así. Incluso en situaciones horribles donde estaba en clara inferioridad, daba guerra. Como mínimo, tenía voluntad de luchar. Ahora no. Me habían aterrorizado. Había actuado como una inútil. No había podido hacer nada más que quedarme sentada, de forma lamentable, y esperar a que alguien viniera a rescatarme. Había permitido que una humana se aprovechara de mí.

Dimitri había dicho que la solución era que me convirtiera en strigoi. Se había pasado la última semana repitiéndolo una y otra vez y, aunque yo no había aceptado, no me había suscitado el mismo rechazo que antes. Últimamente, me rondaba la idea de que era una posibilidad remota de estar juntos. Y yo deseaba de verdad que estuviéramos juntos, especialmente en momentos así, cuando nos besábamos y el deseo nos envolvía crepitando.

Pero esta vez... el deseo no era tan intenso como de costumbre. Seguía existiendo, pero no lograba borrar la imagen de cómo se había comportado. Fui consciente, con una clarividencia sorprendente, de estar enrollándome con un strigoi, y eso era... raro.

Dimitri respiró hondo, se separó de mis labios un momento y me miró fijamente. A pesar de aquella serena expresión de strigoi, percibí que me deseaba. De muchas maneras. Aquello resultaba confuso. Era Dimitri y no era Dimitri. Se inclinó de nuevo hacia mí, me besó la mejilla, luego la barbilla y, por fin, pasó al cuello. Abrió más la boca y empecé a notar la punta de sus colmillos...

—No —le espeté. Él se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho?

Mi corazón volvió a latir con fuerza, mientras yo me preparaba para un nuevo arranque de furia por su parte.

—Que... no. Esta vez, no.

Él se apartó y me miró. Parecía sorprendido y enfadado a la vez. Como no reaccionaba, empecé a divagar.

—Es que no me encuentro bien... Me duele todo. Me da miedo perder toda mi sangre, aunque desee... —Dimitri siempre decía que yo no podía

mentirle, pero tenía que intentarlo. Puse mi mejor cara de pasión e inocencia—. Lo deseo... Quiero sentir el mordisco... Pero antes quiero descansar, recuperar fuerzas.

—Déjame despertarte y volverás a ser fuerte.

—Ya lo sé —le dije, manteniendo en la voz un ligero tono de frenesí. Aparté la mirada, con la esperanza de parecer aún más confusa. Vale, de acuerdo, con la vida que llevaba últimamente, no me resultaba tan difícil aparentar confusión—, y estoy empezando a pensar...

Le oí tomar aire bruscamente.

—¿Qué estás empezando a pensar?

Me volví hacia él, con la esperanza de poder convencerlo de que estaba pensando seriamente en convertirme.

—Estoy empezando a pensar que no quiero volver a ser débil.

Pude vérselo en la cara. Me creía. Pero es que la última parte no era mentira. No quería ser débil.

—Por favor... solo quiero descansar. Necesito pensármelo un poco más.

Ese fue el momento en que todo aquello me agobió. La verdad era que no solo le estaba mintiendo a él. Me estaba mintiendo a mí misma. Porque, a decir verdad, deseaba ese mordisco. Con toda mi alma. Llevaba mucho tiempo sin uno y mi cuerpo se moría por recibirlo. Necesitaba las endorfinas tanto como respirar o comer. Y, sin embargo, en un solo día sin ellas, había adquirido un minúsculo fragmento de clarividencia. A la parte de mí que únicamente anhelaba la felicidad del éxtasis ignorante no le importaba esa mayor claridad mental y, aun así, yo sabía, muy en el fondo, que tenía que intentarlo un poco más, aunque eso supusiera privarme de lo que más deseaba.

Tras mucho pensar, Dimitri asintió y se levantó. Por mis palabras, había interpretado que yo había llegado a un punto de inflexión y estaba a punto de aceptar.

—Descansa, pues —dijo—. Luego hablamos. Pero, Rose... solo tenemos dos días.

—¿Dos días?

—Es la fecha límite de Galina. Ese es el plazo que nos ha dado. Entonces, yo decidiré por ti.

—¿Me despertarás?

Ya no estaba del todo segura de que la muerte siguiera siendo una alternativa.

—Sí. Será mejor para todos no llegar a ese punto —salió de la cama y se puso de pie. Se detuvo un momento y se llevó la mano al bolsillo—. Ah, te he traído esto.

Me entregó un brazalete con incrustaciones de ópalos y diamantes diminutos. Era un brazalete deslumbrante y en cada ópalo brillaban mil colores.

—¡Vaya! Es... es precioso.

Me lo puse en la muñeca aunque, en cierto modo, regalos como ese ya no significaban tanto como antes.

Con aire satisfecho, se inclinó y me besó en la frente. Se fue hacia la puerta y me dejó recostada sobre el sofá, intentando desesperadamente pensar en cualquier cosa que no fuera cuánto deseaba que se diera la vuelta y me mordiera.

El resto del día fue un tormento.

Siempre había leído historias de adictos, de cuánto le cuesta a la gente abandonar el alcohol o las drogas ilegales. Incluso había presenciado una vez cómo un proveedor se había vuelto medio loco tras ser apartado del servicio. Se había hecho demasiado mayor y alguien había considerado que seguir dando sangre a los moroi era peligroso para su salud. Había observado, asombrada, cómo rogaba y suplicaba que le dejaran quedarse, cómo había jurado que no le importaba el peligro. Aunque supiera que sufría una adicción, no podía entender por qué le merecía la pena arriesgar su vida de esa manera. Ahora sí lo entendía.

Durante esas horas, habría arriesgado la vida con tal de que volvieran a morderme, lo cual era bastante curioso porque, si permitía otro mordisco, estaría, de hecho, arriesgando la vida. No me cabía duda de que pensamientos tan confusos acabarían llevándome a aceptar la propuesta de Dimitri. Pero, con cada desgraciado minuto de abstinencia que pasaba, mis pensamientos iban ganando en claridad. Aún estaba lejos de estar libre de la bruma ensoñadora de las endorfinas vampíricas. Cuando nos capturaron en Spokane, a Eddie lo utilizaron como fuente de sangre para los strigoi y tardó días en recuperarse. Ahora, cada fragmento de claridad me hacía darme cuenta de lo importante que era que no me mordiesen, aunque tampoco es que saberlo me aliviara físicamente.

Tenía problemas graves. Parecía que, fuera como fuese, estaba destinada a convertirme en strigoi. Dimitri quería convertirme para que pudiéramos reinar juntos como el equivalente vampírico de Bonnie y Clyde. Nathan quería convertirme con la esperanza de dar caza a Lissa y luego matarme. Estaba claro que la opción de Dimitri era más atractiva, pero no tanto. Ya no.

El día anterior hubiese dicho que convertirme en strigoi era algo que no me preocupaba demasiado. Ahora, era consciente de la cruda realidad de lo que significaba, y regresaron mis antiguos sentimientos. El suicidio frente a la existencia como criatura del mal. Por supuesto, ser una criatura del mal significaba que podría estar con Dimitri...

Pero aquel no era Dimitri, ¿o sí? Todo era muy confuso. Intenté de nuevo recordarme lo que él mismo había dicho hacía tiempo: que por mucho que un strigoi se pareciese a la persona que yo conocía, no lo era. Sin embargo, este Dimitri me había dicho que se había equivocado al respecto.

—Son las endorfinas, Rose. Son como drogas —gruñí, y escondí la cara entre las manos, sentada en el sofá, con el televisor emitiendo un zumbido de fondo. Genial, ahora hablaba sola.

Suponiendo que pudiera librarme del control que Dimitri ejercía sobre mí y del estado de confusión que continuaba haciéndome pensar que había malinterpretado a los strigoi, ¿qué podía hacer? Volvía al dilema del principio. No disponía de armas con las que luchar contra los strigoi. No disponía de armas para suicidarme. Volvía a estar a su merced pero, al menos, ahora estaba más cerca de poder luchar debidamente. Claro que me vencerían, pero pensaba que, si seguía alejada de las endorfinas, al menos podría vencer a Inna. Eso tenía que servir para algo.

Y así estaba, alejada de las endorfinas. Cada vez que repasaba mentalmente mis opciones y me atascaba, volvía a caer en picado hacia la realidad física que tenía delante. Quería volver a sentir ese subidón. Quería recuperar esa bruma de felicidad. Necesitaba recuperarla o, seguramente, moriría. Eso es lo que me mataría y me libraría de ser una strigoi...

—¡Maldita sea!

Me levanté y empecé a andar de un lado para otro con la esperanza de distraerme. La televisión no lo estaba consiguiendo, eso seguro. Si pudiera aguantar un poco más, podría expulsar la droga de mi cuerpo. Podría averiguar cómo salvarme y salvar a Lissa y...

¡Lissa!

Sin más dilación, me sumergí en ella. Estando en su cuerpo y en su mente, quizá podría pasar un rato sin tener que soportar los míos. Mi síndrome de abstinencia pasaría antes.

Lissa y su grupo habían vuelto de la Corte Real un poco más serios de lo que llegaron. A la fría luz de la mañana, Lissa se había sentido increíblemente idiota por lo sucedido en la fiesta. Bailar encima de una mesa no era lo peor del mundo pero, al recordar otras fiestas a las que había asistido aquel fin de semana y su vida social con Avery, se preguntó qué le había pasado. A veces, ni siquiera se reconocía. Y lo del beso con Aaron... Aquello, por sí solo, daba para un apartado independiente de sentimientos de culpa.

—No te preocupes por eso —le dijo Avery en el avión—. Todas hacemos tonterías cuando estamos borrachas.

—Yo no —protestó Lissa—. Eso no es propio de mí.

A pesar de aquella afirmación, Lissa había aceptado beber mimosas —champán mezclado con zumo de naranja— en el viaje de vuelta.

Avery sonrió.

—No tengo nada con qué compararlo. A mí me caes bien. Pero claro, no estás intentando fugarte con un humano ni con un tipo que no pertenezca a la realeza.

Lissa le devolvió la sonrisa y su mirada se posó en Jill, que iba sentada unas filas por delante de ellas en el avión. Adrian había estado hablando antes con la chica, pero ahora ella estaba enfrascada en la lectura de un libro y su mayor preocupación parecía mantenerse bien lejos de Reed. Él iba sentado otra vez con Simon y a Lissa le sorprendió un poco ver al guardián observando a Jill con ojos recelosos. Quizá Reed le hubiera dicho a Simon que la joven suponía algún tipo de amenaza.

—¿Ella te preocupa? —preguntó Avery, siguiendo la mirada de Lissa.

—No es eso... Es que no puedo olvidar cómo me miraba anoche.

—Es joven, creo que se asombra fácilmente.

Lissa supuso que sería eso. Aunque, fuese o no fuese joven, los gritos de Jill a Lissa habían tenido algo de refrescante y sincero. A Lissa le había parecido algo propio de mí y no podía estar tranquila sabiendo que alguien así pensaba mal de ella. Lissa se levantó.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo a Avery—. Voy a hablar con ella.

A Jill le desconcertó que Lissa se sentara a su lado. La joven marcó la página del libro e, independientemente de cuáles fueran sus sentimientos, la sonrisa que le dedicó a Lissa fue sincera.

—Hola.

—Hola —repitió Lissa. Aún no había tomado mucha mimosa y todavía controlaba el espíritu lo suficiente como para ver el aura de Jill. Era de un intenso color verde azulado intercalado con tonos morados y de un azul más oscuro. Buenos colores, fuertes—. Mira, quería pedirte disculpas por lo que sucedió anoche... lo que dije...

—Oh —repuso Jill, ruborizándose—. No pasa nada, de verdad. Las cosas se nos fueron de las manos y sé que no estabas muy en tus cabales. Bueno, eso creo, la verdad es que no lo sé. Como nunca he bebido, no puedo opinar.

El nerviosismo de Jill siempre la hacía oscilar entre la divagación y el silencio.

—Ya, bueno, debería haber estado en mis cabales antes de llegar a esa situación. Y siento mucho lo que pasó con Reed —Lissa bajó la voz—. No tengo ni idea de lo que pasó... pero lo que hizo y lo que te dijo no estuvo bien.

Las dos chicas se pusieron a mirarlo. Estaba sumergido en la lectura de un libro pero, de repente, como si hubiera notado que lo observaban, su mirada se volvió hacia Jill y Lissa. Les lanzó una mirada de odio y ellas apartaron la vista inmediatamente.

—Eso, desde luego, no fue culpa tuya —dijo Jill—. Además, estaba Adrian y no pasó nada.

Lissa se esforzó por mantener una expresión neutra. Adrian estaba sentado fuera de su campo de visión pero, de no haberlo estado, Lissa pensó que Jill lo habría mirado absorta. Adrian, por su parte, miraba bastante a Avery últimamente, y Lissa tenía claro que nunca vería a Jill como otra cosa que no fuese una hermana pequeña. Sin embargo, parecía evidente que Jill estaba empezando a sentirse atraída por él. Eso era tierno y, aunque Lissa supiera que se trataba de una estupidez por su parte, no podía evitar sentirse un poco aliviada de que fuera Adrian, y no Christian, el objeto del cariño de Jill.

—Bueno, espero que haya alternativas mejores y que nadie piense demasiado mal de mí —añadió Lissa.

—Yo no pienso mal de ti —repuso Jill—. Y estoy segura de que Christian tampoco lo hará.

Lissa funció el ceño, confundida momentáneamente.

—Bueno... no tiene sentido agobiarlo con eso. Hice una tontería y yo lo arreglaré todo.

Ahora fue Jill quien frunció el ceño. Dudó antes de hablar y recuperó su habitual nerviosismo.

—Pero tienes que hacerlo. Tienes que decirle la verdad, ¿no?

—No es para tanto —dijo Lissa, sorprendida por ponerse repentinamente tan a la defensiva. Empezaba a apoderarse de ella aquella ira impredecible.

—Pero... vuestra relación es formal. Tenéis que ser siempre sinceros, ¿no? Quiero decir, que no puedes mentirle.

Lissa puso los ojos en blanco.

—Jill, tú nunca has tenido una relación formal, ¿o sí? ¿Has tenido siquiera una cita? No le estoy mintiendo. Tan solo no le estoy contando cosas que lo van a alarmar sin motivo. No es lo mismo.

—Sí lo es —le rebatió Jill. Noté lo mucho que le disgustaba contestarle a Lissa, pero admiré su arrojo—. Tiene derecho a saberlo.

Lissa resopló, irritada, y se levantó.

—Olvídalo, creía que podríamos hablar como dos adultas, pero, por lo visto, es imposible.

La mirada fulminante que le lanzó a Jill hizo estremecerse a la chica.

Aun así, al volver a la academia, Lissa se sintió culpable. Christian la recibió muy contento y la cubrió de besos y abrazos. Ella estaba firmemente convencida de que Jill había exagerado, pero cada vez que miraba a Christian, no dejaba de pensar en aquel beso con Aaron. ¿Había sido tan grave como le parecía a Jill? Había sido informal y los dos estaban bebidos. Lissa sabía que, si se lo contaba a Christian, este se disgustaría, y eso no lo soportaba. Avery, que escuchó las deliberaciones de Lissa, estuvo de acuerdo en que no había de qué preocuparse. Aun así, al observarla a través de los ojos de Lissa, me dio la impresión de que a Avery le preocupaba más la reacción emocional de Lissa si Christian y ella tuvieran una fuerte discusión. Los aspectos morales no entraban en la discusión. Avery quería proteger a Lissa.

Parecía que todo iba a quedar olvidado... hasta que, más tarde, aquel mismo día, Lissa quedó con Christian para ir a cenar. Este tenía una

expresión sombría al acercarse a Lissa en el vestíbulo de su dormitorio. Parecía que fueran a salir rayos de sus ojos azul claro.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —preguntó. Habló en un tono muy alto, y varias personas que pasaban por allí se volvieron, sorprendidas.

Lissa se lo llevó apresuradamente a un rincón y bajó el tono de voz.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes de qué estoy hablando. De cómo utilizas tus escapadas de fin de semana para liarte con otros tíos.

Ella se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos que resultaron muy tensos. Entonces supo lo que había pasado.

—¡Te lo ha contado Jill!

—Sí, y tuve que sonsacárselo casi a la fuerza. Se presentó para practicar conmigo y estaba al borde del llanto.

Se apoderó de Lissa un enfado nada propio de ella.

—¡No tenía derecho a hacerlo!

—Tú eres quien no tenía derecho. ¿De verdad creías que podías hacer algo así sin contármelo?

—Christian, fue un estúpido beso de borracha, por el amor de Dios. Se lo di de broma, porque me había salvado de caerme de una mesa. No significó nada.

Christian adoptó una expresión pensativa y Lissa estuvo segura de que iba a darle la razón.

—No habría pasado nada —dijo él por fin— si me lo hubieses contado tú. No debería haberlo oído de boca de otra persona.

—Jill...

—... no es el problema. El problema eres tú.

Lissa se quedó momentáneamente atónita.

—¿Cómo dices?

—Yo... —Christian pareció repentinamente cansado. Se frotó los ojos —. No sé. Es que... las cosas no van bien últimamente. Yo... no sé si puedo soportar todo esto. Antes de irte, me andabas buscando las cosquillas y ahora me haces esto.

—¿Por qué no me escuchas? ¡No fue nada! Si hasta Avery piensa lo mismo.

—Ah —dijo Christian sarcásticamente—. Si Avery piensa lo mismo, entonces no pasa nada.

El mal genio de Lissa asomó a la conversación.

—¿Qué quieres decir con eso? Creía que te caía bien.

—Y me cae bien, pero no me gusta que, últimamente, le hagas más confidencias a ella que a mí.

—Pues no te molestaba que le hiciera confidencias a Rose.

—Avery no es Rose.

—Christian...

Él negó con la cabeza.

—Mira, ya no me apetece ir a cenar. Necesito pensar.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó ella, nerviosa. El miedo había sustituido al enfado.

—No lo sé. Hasta luego.

Christian se fue sin decir nada más. Lissa se quedó mirando, pasmada, cómo salía del vestíbulo. Quería correr a arrojarse en sus brazos, suplicarle que volviese y la perdonase. Pero había mucha gente alrededor y no quiso montar el número ni invadir su espacio vital. Optó por el único recurso que le quedaba: Avery.

—No te esperaba —dijo Avery, abriendo la puerta de su dormitorio—. ¿Qué te...? ¡Dios! ¿Qué pasa?

Avery hizo entrar a Lissa y le pidió que se lo contase todo. Con muchas lágrimas y divagaciones rayanas en la histeria, Lissa le contó lo que había sucedido con Christian.

—Y no sé qué ha querido decir. ¿Quiere que cortemos? ¿Vendrá luego a hablar conmigo? ¿Voy yo a hablar con él? —Lissa escondió la cara entre las manos—. ¡Ay, Dios! No pensarás que hay algo entre Jill y él, ¿verdad?

—¿Con la niñita? ¡No! —exclamó Avery—. Claro que no. Mira, tienes que tranquilizarte. Me estás poniendo de los nervios. Todo irá bien.

La ansiedad cubrió la cara de Avery y se levantó para llevarle a Lissa un vaso de agua. Luego, lo pensó mejor y le sirvió una copa de vino.

Sentada sola, Lissa sintió que sus sentimientos desbocados la atormentaban. No le gustaba lo que había hecho. Pensaba que algo iba mal. Primero había hecho que yo me alejase de ella y, ahora, le tocaba a Christian. ¿Por qué no le duraban los amigos? ¿Qué podía hacer? ¿De verdad se estaba volviendo loca? Se sintió inerme y desesperada y...

¡Bam!

De pronto y sin previo aviso, algo me expulsó de la cabeza de Lissa.

Sus pensamientos desaparecieron por completo. Ni me había ido por voluntad propia ni nada de mi propio cuerpo me había sacado de su cabeza.

Estaba sola, de pie en la habitación, me había quedado parada mientras caminaba pensativa de un lado a otro. Nunca jamás me había sucedido nada parecido. Había sido como... Bueno, como una fuerza física. Como si un muro de cristal o un campo de fuerza hubiera caído de golpe ante mí y me hubiera empujado hacia fuera. Había sido un poder externo.

Pero, ¿de qué se trataba? ¿Había sido Lissa? Que yo supiera, ella nunca fue capaz de notar mi presencia en su cabeza. ¿Eso ya no era así? ¿Me había echado ella? ¿Sus sentimientos se habían vuelto tan fuertes que ya no quedaba espacio para mí?

No lo sabía y no me gustaba. En otra ocasión, aparte de la sensación de que me empujaban, había experimentado otra sensación extraña. Como una agitación, como si alguien hubiese entrado y me hubiese hecho cosquillas mentalmente. Sentí breves ráfagas de calor y frío y todo acabó nada más salir de su cabeza. Me pareció muy invasivo.

Y también... familiar.

Veintitrés

POR desgracia, no recordaba dónde lo había sentido antes.

Teniendo en cuenta el resto de cosas que me habían pasado, el mero hecho de haberlo rememorado ya era notable. Mis recuerdos eran un poco dispersos, pero hice todo lo que pude para cribarlos, preguntándome dónde había sentido ese cosquilleo mental. No saqué nada en claro, y reflexionar sobre el tema enseguida se volvió tan frustrante como imaginar un plan de fuga.

Y a medida que pasaba tiempo, me iba dando cuenta de que de verdad necesitaba un plan de fuga. El síndrome de abstinencia de la endorfina me estaba matando, pero a medida que sus efectos desaparecían pensaba cada vez con más claridad. Estaba estupefacta al ver cómo se me había ido la cabeza. En cuanto había dejado que Dimitri me mordiese... me había desmoronado. Había perdido mi capacidad de razonamiento. Había perdido la fuerza y la habilidad. Me había vuelto blanda, tonta y estúpida. Bueno, no del todo. Si lo hubiera perdido del todo, ahora sería una strigoi. Había algo reconfortante al menos en saber que, incluso colocada con el mordisco, cierta parte de mí aún se abría paso y se negaba a sucumbir.

Saber que no era tan débil como había supuesto me ayudó a continuar. Resultó más fácil haciendo caso omiso al anhelo de mi cuerpo, distrayéndome viendo telebasura y dando cuenta de toda la comida de la nevera pequeña. Hasta me quedé despierta durante un buen rato con la esperanza de agotarme. Funcionó, y me quedé frita nada más caer sobre la almohada, arrastrada a un sueño profundo sin síndrome de abstinencia.

Me desperté más tarde, cuando un cuerpo se deslizó junto al mío en la cama. Abrí los ojos y me quedé mirando fijamente los ojos rojos de Dimitri. Por primera vez desde hacía días, lo miraba con miedo, no con amor. Pero no dejé que aquello se reflejara en mi cara, y le sonreí. Alargué la mano y le toqué la cara.

—Has vuelto. Te echaba de menos.

Él me asió la mano y me besó la palma.

—Tenía cosas que hacer.

Las sombras se movían sobre su cara, y vi un leve rastro de sangre seca cerca de la boca. Puse una mueca y se la limpié con el dedo.

—Sí, ya veo.

—Es el orden natural, Rose. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero...

—¿Qué?

Desvié la mirada, otra vez indecisa. En ese momento, sus ojos me miraban con algo más que simple curiosidad. Había preocupación. Solo un poco, pero allí estaba. Preocupación por mí. Y, sin embargo, solo hacía un momento que le había limpiado la sangre de la cara, sangre de algún desdichado al que había matado en las últimas horas, muy probablemente.

—Estaba en la cabeza de Lissa —dije al fin. No hacia daño a nadie contándole eso. Como Nathan, él sabía que ella estaba en la academia—. Y... algo me ha expulsado.

—¿Expulsado?

—Sí... Estaba mirando a través de sus ojos, como suelo hacer, y entonces una fuerza... no sé, una mano invisible... me ha empujado. Nunca había sentido algo parecido.

—Quizá sea un nuevo poder del espíritu.

—Puede. Pero he estado vigilándola regularmente y nunca la he visto ni practicando ni planteándose algo así.

Él se encogió de hombros ligeramente y me rodeó con el brazo.

—Despertar te proporciona unos sentidos más agudos y un contacto mejor con el mundo, pero no te hace omnisciente. No sé por qué te habrá pasado.

—Seguro que omnisciente no, porque si no Nathan no querría sonsacarme información sobre ella. ¿Por qué? ¿Por qué los strigoi tienen esa fijación por matar a miembros de la realeza? Sabemos que lo están, lo estáis... haciendo, pero, ¿por qué? ¿Qué importa? ¿Es que no son iguales todas las víctimas, sobre todo cuando muchos strigoi fueron antes moroi de la realeza?

—Eso exige una respuesta compleja. Una gran razón para cazar a los moroi de la realeza es el miedo. En vuestro viejo mundo, la realeza se sostiene sobre todos los demás. Tienen los mejores guardianes, la mejor protección —sí, eso era totalmente cierto. Lissa había descubierto todo eso en la Corte—. Si aún podemos matarlos a pesar de todo, ¿qué significa eso? Significa que nadie está a salvo. Genera miedo, y el miedo hace que la gente cometa estupideces. Los convierte en presas más fáciles.

—Es terrible.

—Presa o...

—Sí, sí, ya lo sé. Presa o depredador.

Entornó los ojos ligeramente, como si no le hubiera gustado la interrupción, pero lo dejó estar.

—Minar el liderazgo moroi también es beneficioso: eso también genera inestabilidad.

—O puede que salieran beneficiados con un cambio de liderazgo —dije. Él me echó otra mirada rara, y yo misma llegué a asustarme. Ahí estaba yo, otra vez pensando como Victor Dashkov. Comprendí que debería haberme quedado callada. No estaba siendo la persona dispersa y animada de costumbre—. ¿Y el resto?

—El resto... —una sonrisa se dibujó en sus labios—. El resto es prestigio. Lo hacemos por la gloria, por la reputación que nos da y la satisfacción de sabernos responsables de la destrucción de lo que otros no han sido capaces de destruir desde hace siglos.

Pura naturaleza strigoi. Maldad, caza y muerte. No hacían falta más motivos.

La mirada de Dimitri se deslizó hacia la mesita de noche. Ahí dejaba todas mis joyas desperdigadas. Ahí estaban todos sus regalos, brillando como el tesoro de un pirata. Estiró el brazo por encima de mí y levantó el *nazar* en su cadena.

—Aún tienes esto.

—Ya. Aunque no es tan bonito como lo tuyo.

Al ver el ojo azul, me acordé de mi madre. No había pensado en ella desde hacía mucho tiempo. En Baia, había empezado a ver a Olena como una madre secundaria, pero ahora... ahora deseaba tener la mía propia. Aunque Janine Hathaway no cocinase ni limpiase, era lista y competente. Y en cierto modo comprendí de repente que pensábamos igual. Mis rasgos procedían de ella, y sabía con certeza que, en aquella situación, ella no habría dejado de planear la fuga.

—Esto no lo había visto nunca —dijo Dimitri. Había devuelto el *nazar* a su lugar y ahora sostenía el sencillo anillo de plata que Mark me había regalado. No me lo había puesto desde la última vez que estuve en la casa de los Belikov, y lo había colocado junto al *nazar* sobre la mesita de noche.

—Lo tengo desde que estuve... —me callé, al darme cuenta de que hasta ese momento no había contado nada de mi viaje antes de llegar a Novosibirsk.

—¿Desde que estuviste dónde?

—Desde que estuve en tu pueblo, en Baia.

Dimitri estaba jugueteando con el anillo, moviéndolo entre las puntas de los dedos, pero se quedó parado y me miró cuando pronuncié aquel nombre.

—¿Fuiste hasta allí?

Curiosamente, no habíamos hablado mucho del tema. Yo había mencionado Novosibirsk algunas veces, pero nada más.

—Creía que estarías allí —expliqué—, no sabía que aquí los strigoi cazaban en las ciudades. Me alojé en tu casa.

Sus ojos volvieron al anillo. Siguió jugueteando con él, girándolo y haciéndolo rodar.

—¿Y?

—Y... fueron muy agradables. Me cayeron bien. Pasé mucho tiempo con Viktoria.

—¿Por qué no estaba en la escuela?

—Estábamos en Pascua.

—Ah, vale. ¿Cómo estaba?

—Bien —dije rápidamente. No fui capaz de contarle nada sobre la última noche con ella y con Rolan—. Karolina también está bien. Me recuerda a ti. Se la lió buena a unos dhampir que estaban buscando bronca.

Volvió a sonreír y fue... bonito. Es verdad que los colmillos todavía lo hacían repulsivo, pero no tenía ese toque siniestro que hubiese esperado. Había cariño en su rostro, un afecto verdadero que me espantó.

—Me imagino a Karolina haciendo eso. ¿Ha tenido ya a su bebé?

—Sí... —estaba un poco descolocada con aquella sonrisa—. Ha sido una niña. Zoya.

—Zoya —repitió sin mirarme—. No está mal el nombre. ¿Cómo estaba Sonya?

—Bien. No la vi mucho. Está un poco susceptible... Viktoria dice que es por el embarazo.

—¿Sonya también está embarazada?

—Pues sí. De seis meses, creo.

Su sonrisa se apagó un poco y casi pareció preocupado.

—Supongo que tenía que pasar tarde o temprano. Sus decisiones no siempre son tan sensatas como las de Karolina. Los hijos de Karolina

fueron una elección consciente... Supongo que el de Sonya fue una sorpresa.

—Sí, a mí también me dio esa impresión.

Ahora tocaba el turno de los demás miembros de su familia.

—¿Y mi madre y mi abuela?

—Pues... bien. Las dos —la conversación se estaba volviendo cada vez más rara. No solo era la primera normal que habíamos tenido desde mi llegada, sino que además era la primera vez que él parecía interesado en algo que no estuviese relacionado con los strigoi o que no implicase besar o morder, aparte de algunos recuerdos sobre nuestras primeras peleas juntos y los recordatorios burlones de la vez que habíamos hecho el amor en la cabaña—. Tu abuela me asustó un poco.

Se echó a reír y yo me estremecí. Se parecía muchísimo a su antigua risa, tanto como jamás me hubiese imaginado.

—Sí, provoca ese efecto en la gente.

—Y fingía no saber inglés —un pequeño detalle, pero aun así me había cabreado.

—Sí, eso también —siguió sonriendo, con afecto en la voz—. ¿Aún viven juntas? ¿En la misma casa?

—Sí. Vi los libros de los que me hablaste, los bonitos. Pero no pude leerlos.

—Así descubrí el mundo de las novelas del Oeste.

—Oye, me encantaba burlarme de ti por eso.

Soltó una risilla entre dientes.

—Ya. Entre eso, tus estereotipos sobre la música de Europa del Este y el tema del «camarada», tenías material de sobra.

Me reí también.

—Lo de «camarada» y la música fue un poco pasarse de la raya —casi había olvidado el apodo que me había inventado para él. Ya no le pegaba—. Pero tú sacaste solito el tema del Oeste, entre el guardapolvo de cuero y...

Me callé. Había empezado a mencionar su deber de ayudar a los necesitados, pero aquello ya era historia. Dimitri no se dio cuenta de mi lapsus.

—¿Y después viniste a Novosibirsk?

—Sí, vine con esos dhampir con los que cazaba... esos otros no sometidos a juramento. Pero estuve a punto de no hacerlo. Tu familia quería que me quedase. Estuve planteándomelo.

Dimitri acercó el anillo a la luz, con la cara ensombrecida por sus pensamientos. Suspiró.

—Probablemente deberías haberte quedado.

—Son buena gente.

—Sí —dijo suavemente—, podrías haber sido feliz allí.

Alargó el brazo para poner el anillo otra vez en la mesita de noche y después se giró hacia mí para unir nuestros labios. Fue el beso más tierno y dulce que me había dado como strigoi, y no hizo más que aumentar mi desconcierto. Pero la ternura fue fugaz, y unos segundos más tarde nuestro beso volvió a lo que era normalmente, enérgico y hambriento. Tuve la sensación de que estaba hambriento de algo más que de besos, aunque se hubiera alimentado poco antes. Dejando a un lado mi confusión sobre lo... bueno, lo normal y amable que había sido hablando de su familia, intenté imaginarme cómo iba a librarme de sus mordiscos sin levantar sospechas. Mi cuerpo aún estaba débil y lo necesitaba, pero en mi cabeza hacía siglos que no me sentía tan bien siendo yo misma.

Dimitri se apartó y yo le solté lo primero que se me pasó por la cabeza antes de que él pudiera hacer nada.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Besar.

Frunció el ceño. Uno a cero para mí. Había desconcertado momentáneamente a una criatura no muerta de la noche. Sydney habría estado orgullosa de mí.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que despertar potencia todos los sentidos. ¿Besar también es diferente?

—Ah —hubo un destello de entendimiento en sus rasgos—. Sí, en cierto modo. Mi sentido del olfato es más potente que antes, por lo que tu perfume me llega con mucha más intensidad... tu sudor, el champú de tu pelo... no puedes llegar a imaginártelo. Embriagador. Y, por supuesto, con un gusto y un tacto más agudos todo es mucho mejor —se inclinó y volvió a besarme, y lo que acababa de decir hizo que se me revolviese algo por dentro, en el buen sentido. Aquello no era lo que tenía que pasar. Mi esperanza era distraerlo yo a él, no que él me distrajese a mí.

—Cuando salimos la otra noche, las flores olían muy intensamente. Si a mí me olían así, ¿el olor era insoportable para ti? O sea, ¿no llegan a ser

demasiado fuertes los perfumes?

Y así empezó todo. Lo bombardeé con todas las preguntas que pude, le pregunté por todos los aspectos de la vida strigoi. Quería saber cómo era, cómo se sentía... Pregunté todo con curiosidad y entusiasmo, conteniendo las emociones y mostrándome atenta en los momentos justos. Pude ver cómo aumentaba su interés mientras yo hablaba, aunque su actitud era enérgica y eficiente, en nada parecida a nuestra afectuosa conversación anterior. Él tenía la esperanza de que yo estuviera al borde de aceptar convertirme.

A medida que avanzaba el interrogatorio, empecé a expresar muestras de cansancio. Bostezaba mucho, perdía muchas veces el hilo de mis pensamientos... Finalmente, me froté los ojos con las manos y volví a bostezar.

—Hay tantas cosas que no sabía... y que todavía no sé...

—Ya te dije que era increíble.

Sinceramente, algunas cosas sí que lo eran. La mayoría eran siniestras a tope, pero dejando a un lado todo el tema de los no muertos y el mal, ciertamente lo de ser un strigoi tenía algunas ventajas.

—Tengo más preguntas —murmuré. Cerré los ojos y suspiré, después los abrí como si me estuviera obligando a seguir despierta—. Pero... Estoy muy cansada... Aún no me encuentro bien. No tendré una conmoción cerebral, ¿verdad?

—No. Y una vez despiertes ya dará igual.

—Pero no antes de que contestes el resto de mis preguntas —las palabras salieron envueltas en un bostezo, pero lo entendió. Tardó un rato en responder.

—Vale. Esperaremos hasta entonces. Pero el tiempo se acaba, ya te lo he dicho.

Mis párpados se cerraron entonces.

—Pero aún no es el segundo día...

—No —dijo en voz baja—. Aún no.

Me quedé allí, relajando mi respiración todo lo que pude. ¿Funcionaría mi actuación? Era muy posible que él bebiese de mí aunque pensase que estaba durmiendo. Me la estaba jugando. Un mordisco, y todo mi trabajo para luchar contra la abstinencia habría sido inútil. Volvería a empezar desde cero. Tal como estaba, no tenía ni idea de cómo iba a librarme de un

mordisco la próxima vez... pero no pensaba que fuera a haber una próxima vez. Para entonces ya sería una strigoi.

Dimitri estuvo echado junto a mí unos minutos más y, entonces, sentí que se movía. Me preparé por dentro. Maldita sea. Ya se acercaba el mordisco. Había estado segura de que nuestro beso era parte de su atracción por beber de mí, y que si me quedaba dormida esa atracción desaparecería. Por lo visto, no. Mi simulacro no había servido de nada. Todo había terminado.

Pero no fue así.

Se levantó y se fue.

Cuando oí la puerta cerrarse, casi pensé que era un engaño. Pensé que estaba intentando confundirme y que todavía seguía en la habitación. Pero cuando sentí que la náusea que me provocaban los strigoi se desvanecía, supe la verdad. Se había marchado, convencido de que me hacía falta dormir. Mi actuación había sido convincente.

Rápidamente me senté y le di vueltas a algunas cosas. En la última parte de su visita, había parecido... Bueno, me había recordado más que nunca al antiguo Dimitri. Claro está, seguía siendo un strigoi de la cabeza a los pies, pero había algo más: un toque de calidez en su risa. Interés sincero y afecto al oír hablar de su familia. ¿Había sido eso? ¿Oír noticias de su familia había despertado alguna parte de su alma enterrada dentro del monstruo? Lo confieso, me sentí un poco celosa al pensar que podían haber operado en él un cambio que yo no había sido capaz de hacer. Pero él había mostrado esa misma calidez al hablar de nosotros, solo un poco...

No, no. No podía seguir por ahí. No había ningún cambio ni vuelta a su estado anterior. Era solo una quimera, y cuanto más recuperaba el control de mí misma, comprendía mejor la realidad de la situación.

Las acciones de Dimitri me hicieron acordarme de algo. Me había olvidado totalmente del anillo de Oksana. Lo tomé de la mesa y me lo puse en el dedo. No noté ningún cambio apreciable, pero si la magia sanadora seguía allí, podría ayudarme. Podría acelerar la curación del síndrome de abstinencia de mi cuerpo y mi cerebro. Si la oscuridad de Lissa se estaba metiendo en mí, el anillo también podría anularla.

Suspiré. Por mucho que me dijera para mis adentros que me había liberado de ella, nunca lo estaría. Era mi mejor amiga. Estábamos conectadas de una manera que solo unos pocos podían entender. La negación en la que había estado viviendo se esfumó. Ahora lamentaba lo

que había hecho con Adrian. Había acudido a pedirme ayuda y yo le había echado en cara su amabilidad. Ahora estaba privada de toda comunicación con el mundo exterior.

Pensar en Lissa volvió a recordarme lo que me había pasado la última vez que había estado dentro de su mente. ¿Qué me había expulsado de ella? Titubeé y sopesé mis opciones. Lissa estaba lejos y posiblemente tenía problemas. Dimitri y los demás strigoi estaban allí, pero... aún no podía marcharme. Tenía que volver a visitar a Lissa, brevemente...

La encontré en un sitio inesperado. Estaba con Deirdre, una orientadora del campus. Lissa visitaba a un orientador desde que el espíritu había empezado a manifestarse, pero antes no era Deirdre. Expandiendo mis sentidos a los pensamientos de Lissa, conocí la historia: su orientador se había marchado poco después del ataque a la academia. Lissa había sido reasignada a Deirdre, que me había orientado a mí una vez, cuando todos pensaban que me estaba volviendo loca por la muerte de Mason.

Deirdre era una moroi de aspecto refinado, siempre vestida pulcramente, con su pelo rubio peinado a la perfección. No parecía mucho mayor que nosotros y conmigo su método de orientación se había parecido más a un interrogatorio policial. Con Lissa era más amable. No me extrañaba.

—Lissa, estamos un poco preocupados por ti. Normalmente, te habrían expulsado. De hecho, he impedido que suceda. Sigo teniendo la sensación de que pasa algo que no me cuentas. Otra cosa.

¿Lissa, expulsada? Volví a expandir mi conciencia para ponerme en antecedentes. La noche anterior, a Lissa y a otros los habían pillado montando, nada más y nada menos que en la biblioteca, una fiesta improvisada en la que había corrido el alcohol y habían causado destrozos. Dios mío. Mi mejor amiga necesitaba ingresar en Alcohólicos Anónimos.

Lissa tenía los brazos cruzados, su postura era casi de combate.

—No pasa nada. Solo queríamos divertirnos. Perdón por los desperfectos. Si quiere expulsarme, adelante.

Deirdre negó con la cabeza.

—Esa decisión no me corresponde. Mi preocupación es por qué aquí. Sé que antes tenías depresiones y otros problemas debido a tu, digamos, magia. Pero esto más bien parece una especie de rebelión.

¿Rebelión? Oh, era más que eso. Desde que habían discutido, Lissa no había podido encontrar a Christian, y eso la estaba destrozando. No era

capaz de sobrellevar la inactividad. Solamente podía pensar en él o en mí. Las fiestas y el riesgo eran lo único que podía distraerla de nosotros.

—Los estudiantes hacen cosas así continuamente —alegó Lissa—, ¿por qué es tan importante en mi caso?

—Pues porque te pusiste en peligro. Después de la biblioteca, estuvisteis a punto de meteros en la piscina. Nadar ebrio es claramente un motivo de alarma.

—No se ahogó nadie. Aunque alguien hubiera empezado a ahogarse, estoy segura de que entre todos lo habríamos podido sacar.

—Simplemente es alarmante, teniendo en cuenta algunos de los comportamientos autodestructivos que ya has demostrado, como lo de cortarte...

Así siguió durante una hora más, y Lissa hizo un trabajo tan bueno como el que hacía yo esquivando las preguntas de Deirdre. Cuando terminó la sesión, esta dijo que no iba a recomendar ninguna medida disciplinaria. Quería que Lissa volviera para más sesiones de orientación. Lissa hubiese preferido quedarse castigada después de clase o limpiar pizarras.

Mientras atravesaba furibunda el campus, divisó a Christian yendo en la dirección opuesta. La esperanza entró a saco en la oscuridad de su mente como la luz del sol.

—¡Christian! —gritó, corriendo hacia él.

Él se detuvo y la miró con recelo.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? —ella deseaba arrojarse en sus brazos y que él le dijese que todo saldría bien. Estaba disgustada, abrumada y llena de oscuridad... pero había un elemento de vulnerabilidad que lo necesitaba desesperadamente—. No he podido encontrarte hasta ahora.

—Estaba... —su rostro se ensombreció—. No sé. Pensando. Además, por lo que he oído, tú no te has aburrido mucho.

Era de esperar que todo el mundo se hubiera enterado del jaleo de la noche anterior. Aquellas noticias corrían como la pólvora gracias a la fábrica de cotilleos de la academia.

—No fue nada —dijo ella. La forma en que él la miró le hizo daño.

—Esa es la cuestión —dijo él—. Últimamente, siempre es nada. Todas tus fiestas. Salir con otros tipos. Mentir.

—Yo no te he estado mintiendo —exclamó—. Y tú, ¿cuándo superarás lo de Aaron?

—No me estás diciendo la verdad. Es lo mismo —era una réplica del sentimiento de Jill. Lissa apenas la conocía y ya estaba empezando a odiarla —. No puedo con esto. No puedo ser parte de tu retorno a los días de chica de la realeza haciendo locuras con sus amigos de la realeza.

Si Lissa hubiera dado más detalles de lo que sentía, de lo mucho que la consumían la culpa y la depresión, que le hacían perder el control... creo que Christian le habría tendido la mano inmediatamente. A pesar de su aparente cinismo, tenía buen corazón, y casi todo le pertenecía a Lissa. O le había pertenecido hasta entonces. Ahora, él solo podía ver a una Lissa tonta y superficial que volvía a un estilo de vida que él despreciaba.

—¡No es verdad! —exclamó—. Es que yo... no sé. Es que me gusta hacer alguna locura.

—No puedo —dijo él—. No puedo estar a tu lado si ahora tu vida es así.

Los ojos de Lissa se abrieron de golpe.

—¿Estás cortando conmigo?

—Estoy... no lo sé. Sí, supongo —Lissa se quedó tan afectada por el impacto y el miedo que no vio a Christian igual que yo, no vio la angustia en sus ojos. Le destrozaba tener que hacerlo. Él también sufría, y lo único que veía era que la chica de la que se había enamorado estaba cambiando y convirtiéndose en alguien con quien no podía estar—. Las cosas no son como antes.

—No puedes hacerlo —repuso Lissa, llorando. Era incapaz de ver el dolor de Christian. Lo veía como alguien cruel e injusto—. Tenemos que hablar de esto, aclarar las cosas.

—El momento de hablar ya ha pasado —alegó él—. Deberías haber estado dispuesta a hablar antes, no ahora, cuando las cosas de repente no salen como a ti te gusta.

Lissa no sabía si gritar o llorar. Solo sabía que no podía perder a Christian, y menos después de haberme perdido a mí. Si nos perdía a ambos, ya no le quedaba nada en el mundo.

—Por favor, no lo hagas —suplicó—. Puedo cambiar.

—Lo siento —dijo Christian bruscamente—. Es que no lo veo reflejado en lo que haces.

Se giró y se alejó de repente. Para ella, su marcha fue brusca y fría. Pero, de nuevo, yo había visto la angustia en los ojos de Christian. Creo que se fue porque sabía que si se quedaba no iba a ser capaz de mantener

aquella decisión, una decisión que dolía pero que él pensaba que era la correcta. Lissa hizo ademán de seguirlo pero, de repente, una mano la retuvo. Se giró y vio a Avery y Adrian a su lado. Por sus miradas se notaba que lo habían oído todo.

—Deja que se vaya —dijo Adrian solemnemente. Era él quien la había agarrado. Le soltó la mano y enlazó sus dedos con los de Avery—. Si vas tras él ahora, solo empeorarás las cosas. Dale un poco de tiempo.

—No puede hacerlo—dijo Lissa—. No puede hacerme esto.

—Está enfadado —dijo Avery, que reflejaba la misma preocupación que Adrian—. No piensa con claridad. Espera a que se tranquilice y volverá.

Lissa siguió con la mirada a Christian mientras se alejaba. Tenía el corazón roto.

—No sé. No sé si volverá. Ay, Dios. No puedo perderlo.

A mí también se me rompió el corazón. Tenía muchas ganas de ir con ella, de consolarla y estar a su lado. Se sentía muy sola, y me sentí fatal por abandonarla. Algo la había empujado a aquella espiral descendente, y yo debería haber estado allí para ayudarla. Eso es lo que hacen las buenas amigas. Tenía que estar allí.

Lissa se giró y miró a Avery.

—Estoy muy confusa... No sé qué hacer.

Avery la miró a los ojos, pero entonces... sucedió algo extrañísimo. Avery no estaba mirándola a ella; me estaba mirando a mí.

«Vaya. Tú otra vez».

La voz resonó en mi cabeza y, *¡zas!*, ya estaba fuera de Lissa.

Allí estaban el empujón mental y las oleadas de calor y de frío. Repasé con la mirada toda la habitación, conmocionada por lo abrupta que había sido la transición. Pero me había enterado de algo. Ahora sabía que Lissa no era la que me había echado ni la vez anterior ni esta. Lissa había estado demasiado distraída y consternada. ¿Y la voz? Tampoco había sido la suya.

Y entonces por fin recordé dónde había sentido ese cosquilleo mental. Oksana. Fue la misma sensación que había experimentado cuando ella se introdujo en mi mente para hacerse una idea de mi estado de ánimo y de mis intenciones, algo que tanto ella como Mark reconocieron que era invasivo y que estaba mal si no había un vínculo con esa persona.

Repasé detalladamente todo lo que me acababa de ocurrir con Lissa. Vi de nuevo esos últimos instantes. Unos ojos de color azul grisáceo

mirándome a mí, no a Lissa.

Lissa no me había echado de su cabeza.

Había sido Avery.

Veinticuatro

AVERY era capaz de utilizar el espíritu.

—Mierda.

Me senté en la cama con la cabeza dándome vueltas. No había sido capaz de verlo venir. Caray, ni yo ni nadie. Avery se había hecho pasar por alguien con el don de practicar magia aérea. Cada moroi tenía un control muy escaso de cada elemento y ella había hecho lo justo con el aire para que pareciese que esa era su especialización. Nadie le había preguntado nada porque, francamente, ¿quién iba a esperar que hubiera otra persona con el poder de utilizar el espíritu? Y, dado que ya no estaba en la escuela, no había motivos para someterla a pruebas u obligarla a demostrar sus habilidades. Nadie se había dado cuenta.

Cuanto más pensaba en ello, más evidentes me parecían las pequeñas pistas. Su personalidad encantadora, la facilidad con la que convencía a la gente. ¿Cuántas de sus interacciones estaban controladas por el espíritu? ¿Y sería posible... sería posible que hubiese coaccionado a Adrian para que se sintiese atraído por ella? No tenía ningún motivo para alegrarme, pero... bueno, me alegré.

En cualquier caso, ¿qué quería Avery de Lissa? No era descabellado pensar que hubiese manipulado a Adrian para que se encaprichase de ella. Era un joven atractivo y venía de una familia importante. Era el sobrino nieto de la reina y, aunque los familiares de la actual monarca no iban a heredar el trono inmediatamente después de su muerte bajo ningún concepto, tenía un futuro brillante y siempre se codearía con la flor y nata de la sociedad.

Pero, ¿Lissa? ¿Qué quería Avery de ella? ¿Qué podía proporcionarle? A la luz de aquella revelación, el comportamiento de Lissa pasó a tener sentido: esas ganas de fiesta tan poco propias de ella, los cambios de humor, los celos, las peleas con Christian... Avery estaba llevando a Lissa al límite, obligándola a tomar decisiones terribles. Estaba utilizando alguna especie de coerción para volver loca a Lissa, para manipularla y poner su vida en peligro. ¿Por qué? ¿Qué quería Avery?

No importaba. El porqué no era importante, sino el cómo: cómo iba a salir de allí y regresar con mi mejor amiga.

Miré hacia abajo. Reparé en el delicado vestido de seda que llevaba. De pronto, no lo soporté. Era un símbolo de todo lo que había sido: débil e inútil. Me lo quité rápidamente y me puse a rebuscar en el armario. Se habían llevado mis vaqueros y mi camiseta, pero al menos me habían permitido quedarme con mi sudadera. Primero me vestí con el suéter verde, en vista de que era la prenda más resistente que tenía, y me sentí un poco más segura. Después me puse la sudadera por encima. No es que me hiciese sentir como una guerrera cañera, pero al menos me dio algo de confianza. Una vez vestida para la acción, regresé al salón y me puse a caminar a ese ritmo que tanto me ayudaba a pensar... aunque no tuviese motivos para creer que se me fuesen a ocurrir nuevas ideas. Llevaba días y días intentándolo sin éxito. Nada iba a cambiar.

—¡Maldita sea! —grité, y eso me hizo sentir mejor. Me senté en la silla, hecha una furia y sorprendida por no haberla estrellado contra la pared en un arrebato.

La silla tembló de un modo apenas perceptible.

Me puse en pie de mala gana y la miré. Todo en aquel lugar era nuevo y moderno. Era raro que hubiese una silla defectuosa. Me arrodillé y la examiné de cerca. Se había roto justo donde la pata se une al asiento. Seguí observándola. Todos los muebles de la habitación eran industriales, resistentes, sin junturas. Debería haberlo sabido, teniendo en cuenta la de veces que había golpeado la pared con la silla nada más llegar. Ni siquiera le habían quedado marcas. Entonces, ¿qué había provocado que se rompiese, cuando atizarla una y otra vez no le había hecho ningún efecto?

Pero yo no había sido la única persona que la había estrellado.

El primer día me había peleado con Dimitri y había ido a por él con la silla. Él me la había quitado de las manos y la había lanzado contra la pared. No había vuelto a prestarle atención, pues daba por hecho que no conseguiría romper nada con ella. Cuando más adelante había intentado hacer pedazos la ventana, había usado una mesa porque era más pesada. Mi fuerza no había sido capaz de romper la silla... pero la de Dimitri, sí.

Agarré la silla y la estampé contra una ventana dura como el diamante, con la esperanza de matar dos pájaros de un tiro. Nada. Ambas permanecieron intactas, de modo que volví a hacerlo. Otra vez. Perdí la cuenta de cuántas veces golpeé el cristal con la silla. Me dolían las manos y sabía que, pese a estar recuperada, aún no había recobrado todas mis fuerzas. Aquello me sacaba de quicio.

Finalmente, después de intentarlo durante una eternidad, eché un vistazo a la silla y vi que la fisura había aumentado de tamaño. Saber que estaba progresando renovó mis ánimos y mi fuerza. Golpeé una y otra vez sin hacer caso del daño que la madera me hacía en las manos. Por fin oí un crujido y la pata se separó de la silla. La tomé y la observé, asombrada. No se había roto limpiamente. El extremo estaba astillado y afilado. ¿Tan afilado como una estaca? No estaba segura. Pero lo que sí sabía era que la madera era dura y que si empujaba con suficiente fuerza, podría alcanzar el corazón de un strigoi. No parecía letal como arma, pero con ella podía atontar a aquel a quien golpease. No sabía si bastaría para sacarme de allí, pero era todo cuanto tenía. Y era muchísimo más de lo que tenía una hora antes.

Me senté de nuevo en la cama para recuperarme de mi batalla contra la silla mientras daba golpes al aire con mi estaca improvisada. Vale, tenía un arma. Pero, ¿qué podía hacer con ella? Me vino a la cabeza la cara de Dimitri. Maldita sea. No había duda. Él era el objetivo principal, aquel del que tendría que ocuparme primero.

De pronto la puerta se abrió y miré hacia allí, alarmada. Empujé rápidamente la silla a un rincón oscuro mientras me invadía el pánico. No, no. No estaba lista. Aún no me había hecho a la idea de clavarle una estaca...

Era Inna. Llevaba una bandeja, pero su rostro no mostraba su típica expresión servil. La rápida mirada que me lanzó estaba cargada de odio. No sabía por qué se hallaba tan enfadada. No le había hecho ningún daño.

Todavía.

Me aproximé a la bandeja como si quisiese echarle un vistazo. Levanté la tapa y vi un sándwich de jamón con patatas fritas. Tenía buena pinta —llevaba tiempo sin comer—, pero la adrenalina que me corría por las venas hizo que me olvidase de cualquier apetito que pudiese tener. La miré con una sonrisa angelical. Ella me fulminó con la mirada.

«No vaciles», decía siempre Dimitri.

No lo hice.

Me abalancé sobre Inna y la tiré al suelo con tanta fuerza que se golpeó la cabeza. Parecía atontada, pero se recuperó rápidamente y se defendió. En aquella ocasión, yo no estaba drogada —bueno, no mucho— y por fin se notaron tanto mi fuerza como mis años de entrenamiento. Oprimí mi cuerpo contra el suyo para inmovilizarla en el suelo. Después saqué la

estaca que había ocultado hasta entonces y puse el extremo afilado sobre su cuello.

Era como volver al pasado, cuando cazaba strigoi en los callejones. Ella no podía ver que mi arma era la pata de una silla, pero las puntas afiladas consiguieron llamar su atención mientras yo se las apoyaba en el cuello.

—El código —dije—. ¿Cuál es el código?

Su única respuesta fue una sarta de palabrotas en ruso. Vale, no me sorprendió, teniendo en cuenta que posiblemente no me entendiese. Repasé mentalmente las palabras que conocía en ruso. Había pasado el tiempo suficiente en el país como para aprender algunas palabras: mi nivel era el equivalente al de un niño de dos años, pero hasta ellos son capaces de comunicarse.

—Números —dije en ruso—. Puerta —al menos, eso fue lo que quise decir.

Ella siguió soltando sapos y culebras con expresión desafiante. Sí, era como interrogar a un strigoi. Mi estaca se hundió un poco más hasta hacerla sangrar, pero me contuve. Podía resultarme difícil atravesar el corazón de un strigoi con aquella arma pero, ¿seccionar una vena humana? Estaba chupado. Se tranquilizó un poco, puede que después de llegar a la misma conclusión que yo.

Intenté comunicarme una vez más con mi ruso chapucero.

—Te mataré. Nathan, no. Nunca... —¿cómo era aquella palabra? Me vino a la cabeza el servicio religioso y me la jugué—. Nunca vida eterna.

Aquello le llamó la atención. Nathan y la vida eterna. Las cosas que más le importaban. Se mordió el labio, rabiosa, pero dejó de insultarme.

—Números. Puerta —repetí. Le clavé la estaca un poco más y ella gritó de dolor.

Habló por fin y escupió una serie de dígitos. Por lo menos había memorizado los números en ruso bastante bien para manejarme con las direcciones y los teléfonos. Ella pronunció siete números.

—Otra vez —le dije. La obligué a repetir la combinación tres veces, confiando en que con eso bastaría para recordarla. Pero había algo más. Estaba bastante segura de que la puerta exterior tenía un código distinto—. Números. Puerta. Segunda —me sentía como una cavernícola. Inna se me quedó mirando, sin comprender lo que le decía—. Puerta. Segunda —repetí.

Supe por su mirada que en aquella ocasión me había entendido y reaccionó con ira. No contaba con que se me ocurriese que la segunda puerta tenía su propio código. Un nuevo corte con la estaca le hizo gritar otros siete números. Le hice repetirlos una vez más, mientras caía en la cuenta de que no tenía forma de saber si me estaba diciendo la verdad... hasta que probase la combinación. Por ese motivo decidí llevármela conmigo.

Me sentí culpable por lo que hice a continuación, pero los momentos desesperados exigen medidas desesperadas. Durante mi entrenamiento como guardiana había aprendido a matar y a incapacitar. Hice esto último. Le golpeé la cabeza contra el suelo hasta dejarla inconsciente. Su expresión se relajó y sus párpados cayeron. Maldita sea. Me había visto reducida a herir a adolescentes humanos.

Después de incorporarme, me dirigí hacia la puerta e introduje la combinación, rezando para que fuese la correcta. Para mi sorpresa, lo era. El cierre electrónico se desactivó, pero antes de que pudiese abrir la puerta, oí otro ruido. Alguien había abierto la puerta exterior.

—Mierda —murmuré.

Me alejé de la puerta inmediatamente, abracé el cuerpo inconsciente de Inna y fui corriendo al cuarto de baño. La tumbé en la bañera con toda la delicadeza que pude y acababa de cerrar la puerta del lavabo cuando oí cómo se abría la puerta principal. Sentí las características náuseas que acompañan a la presencia de un strigoi. Sabía que estos podían llegar a oler a un ser humano, así que recé para que una puerta cerrada bastase para aislar el olor de Inna. Crucé el recibidor y encontré a Dimitri en el salón. Le sonreí y corrí hasta caer en sus brazos.

—Has vuelto —dije con alegría.

Él me abrazó durante un rato y luego dio un paso atrás.

—Sí —parecía agradecido por el recibimiento, pero su rostro en seguida adoptó una expresión más seria—. ¿Has tomado una decisión?

Ni siquiera me saludó. Tampoco me preguntó cómo me encontraba. Se me encogió el corazón. Aquel no era Dimitri.

—Todavía tengo preguntas.

Fui a la cama y me tumbé como siempre hacíamos. Él me siguió poco después y se sentó en el borde, observándome.

—¿Cuánto tardará? —pregunté—. Cuando me conviertas, quiero decir. ¿Es instantáneo?

Una vez más, empecé a interrogarlo. La verdad es que estaba quedándome sin preguntas y, llegados a este punto, no quería conocer los detalles de mi transformación en strigoi. Cada vez estaba más nerviosa. Tuve que actuar. Tuve que aprovechar la oportunidad que se me presentaba.

Y sin embargo... antes de poder actuar, tuve que asegurarme de que quien tenía delante no era realmente Dimitri. Qué tontería. Debería haberlo sabido ya de sobra. Podía ver los cambios físicos. Había visto su frialdad, su brutalidad. Le había visto matar como si nada. Aquel no era el hombre que había amado. Y, pese a todo, por un instante...

Dimitri se tumbó a mi lado mientras suspiraba.

—Rose —me interrumpió—, si no te conociese, diría que estás intentando ganar tiempo —sí, incluso como strigoi, Dimitri conocía mi forma de pensar. Caí en la cuenta de que si quería parecer convincente, tendría que dejar de hacerme la tonta y comportarme como la misma Rose Hathaway de siempre.

Así que me hice la indignada.

—¡Pues claro que sí! Es un asunto muy delicado. Vine aquí a matarte y ahora me pides que me una a ti. ¿Crees que me resulta fácil?

—¿Y tú crees que me ha resultado fácil esperar todo este tiempo? —preguntó—. Los únicos que tienen derecho a elegir son los moroi, que matan voluntariamente, como los Ozzera. Nadie más tiene derecho a elegir. Yo no tuve elección.

—¿Y no te arrepientes?

—No, ahora no. Ahora soy aquello para lo que nací —frunció el ceño —. Pero aún me duele... el hecho de que Nathan me obligase y ahora actúe como si yo estuviese en deuda con él. Por eso tengo el detalle de dejarte elegir, para que conserves intacto tu orgullo.

Qué amable, ¿eh? Lo miré y sentí que mi corazón volvía a hacerse añicos. Era como oír que había muerto una vez más. De pronto, temí echarme a llorar. No. Nada de lágrimas. Dimitri siempre hablaba de presas y depredadores. Yo tenía que ser un depredador.

—Estás sudando —dijo de pronto—. ¿Por qué?

«Mierda, mierda, mierda». Pues claro que estaba sudando. Estaba contemplando la posibilidad de clavarle una estaca al hombre que amaba... o al que había amado. Y, además del sudor, las feromonas se ocupaban de expresar mi nerviosismo. Los strigoi también podían olerlas.

—Porque estoy asustada —susurré. Alcé la mirada y le acaricié la cara, intentando memorizar todos sus rasgos. Los ojos. El pelo. La forma de sus mejillas. En mi imaginación, les superpuse los rasgos que recordaba. Los ojos oscuros. La piel bronceada. La dulce sonrisa—. Creo... creo que estoy lista, pero es... no lo sé. Es una decisión muy importante...

—Será la mejor decisión de tu vida, Roza.

Mi respiración se aceleraba y recé para que pensase que se debía a mi miedo a la transformación.

—Dímelo de nuevo. Otra vez. ¿Por qué quieres hacerme despertar con tantas ganas?

En su rostro se dibujó una expresión un poco cansada.

—Porque te deseo. Porque siempre te he deseado.

Y entonces lo supe. Por fin caí en la cuenta del problema. Me había dado la misma respuesta una y otra vez, y siempre que decía aquellas palabras, había algo que me escamaba. Sin embargo, aún no había sido capaz de describir exactamente qué. Hasta ese momento. Me quería. Me quería como las personas quieren a sus posesiones o sus objetos de coleccionista. El Dimitri que había conocido, aquel de quien me había enamorado y con el que me había acostado... ese Dimitri hubiese dicho que quería que estuviésemos juntos porque me amaba. Y en sus palabras no había el menor rastro de amor.

Le sonreí. Me incliné sobre él y le besé con dulzura. Seguramente pensaría que lo estaba haciendo por el mismo motivo de siempre, por atracción y deseo. En realidad, era un beso de despedida. Su boca respondió a la mía y sus labios se tornaron tibios e impacientes. Le besé durante un rato más, para contener las lágrimas que empezaban a escapárseme de los ojos y para que no sospechase nada. Mi mano se cerró en torno a la pata de la silla, que había ocultado en el bolsillo de la sudadera.

Nunca olvidaría a Dimitri. Y, en aquella ocasión, no olvidaría sus enseñanzas.

Con una velocidad para la que no estaba preparado, le atravesé el pecho con la estaca. Mi fuerza hizo que le atravesase las costillas y se la clavase en el corazón.

Mientras lo hacía, sentí que también estaba atravesando mi propio corazón.

Veinticinco

SUS labios se abrieron y se separaron. Aunque sabía que no tenía una estaca de plata entre las manos, bien podría haberlo sido. Para atravesarle el corazón con ella tuve que actuar con decisión, como si quisiese acabar con él. Tenía que aceptar al fin la muerte del Dimitri que había conocido. El que se encontraba ante mí era un strigoi. No tenía ningún futuro a su lado. No me uniría a él.

Eso no impidió que una parte de mí quisiese parar y tumbarse a su lado o, por lo menos, esperar a ver qué ocurría a continuación. Después de la reacción de sorpresa, sus rasgos y su respiración se relajaron y me dio la impresión de que había muerto. Pero no era más que una ilusión. Ya lo había visto antes. Disponía de unos cinco minutos como mucho antes de que reviviese. No tenía tiempo para lamentar aquello en lo que se había convertido y lo que podría haber sido de él. Tenía que actuar. Sin vacilar.

Lo palpé de arriba abajo, rebuscando entre sus ropas algo que pudiese serme de utilidad. Encontré un juego de llaves y algo de calderilla. Me guardé las llaves y empecé a devolverle el dinero cuando caí en la cuenta de que podría venirme bien en caso de que consiguiese huir de allí, ya que después de llegar me habían quitado el dinero que llevaba encima. También arramblé con algunas de las joyas de la mesa. Encontrar compradores en las grandes ciudades de Rusia no sería complicado.

Si es que llegaba a una ciudad, claro. Me levanté de la cama y lancé una última y dolorida mirada hacia Dimitri. Las pocas lágrimas que le había ocultado antes se deslizaron ahora por mi rostro. Era el único lujo que podía permitirme. Si había un «después» para mí, sería entonces cuando lloraría por él. Antes de marcharme, mi mirada se posó sobre la estaca. Quería llevarla conmigo; era mi única arma. Si la extraía, despertaría en cosa de un minuto. Necesitaba todo el tiempo posible. Con un suspiro, le di la espalda y crucé los dedos por encontrar otra arma en alguna parte.

Eché a correr hasta la puerta de la habitación e introduje el código de nuevo. La puerta se abrió y me adentré en el pasillo. Antes de dirigirme a la próxima puerta, examiné la que acababa de cruzar. Había otro teclado para acceder a la habitación; también era necesario introducir una combinación para entrar. Retrocedí un poco y le di una patada con todas mis fuerzas. Lo

hice en dos ocasiones más, hasta que la pequeña luz roja que brillaba en él se apagó. No sabía si aquello afectaría a la cerradura, pero en las películas siempre funcionaba eso de romper las cerraduras electrónicas.

Me concentré en la siguiente cerradura e intenté recordar los números que Inna me había dicho. No los había memorizado tan bien como creía. Introduje una secuencia de siete dígitos. La luz siguió roja.

—Maldita sea —era posible que hubiese mentido con la segunda combinación, pero sospechaba que la culpable era mi memoria. Lo intenté de nuevo, sabiendo que cada vez me quedaba menos tiempo hasta que Dimitri fuese a por mí. La luz roja brilló de nuevo. ¿Cuál era la combinación? Intenté visualizar los números y finalmente decidí que eran los dos últimos los que me estaban dando problemas. Introduje la serie de nuevo e invertí el orden de ambos. La luz cambió a verde y la puerta se abrió.

Por supuesto, en el exterior había un sistema de seguridad distinto. Un strigoi. Y no cualquier strigoi: era Marlen, al que había torturado en el callejón. El que me odiaba por haberlo humillado delante de Galina. Era evidente que estaba cumpliendo su turno de guardia y parecía resignado a una noche aburrida. Que yo apareciese por la puerta fue toda una sorpresa.

Lo cual me otorgaba, más o menos, un milisegundo de ventaja. Primero pensé en abalanzarme sobre él con todas mis fuerzas. Sabía que él podía hacer lo mismo. De hecho... eso fue exactamente lo que hizo.

Me quedé donde estaba para poder mantener la puerta abierta. Corrió hacia mí para detenerme, pero di un paso a un lado y abrí la puerta todavía más. Pero, claro, ni yo tenía la habilidad necesaria ni él era tan inútil como para morder el anzuelo. Se detuvo en el umbral e intentó aferrarse a mí. Aquello me ponía en la difícil situación de defenderme de él y arrastrarlo al pasillo que se extendía tras la puerta al mismo tiempo. Retrocedí con la esperanza de que me siguiese. Mientras tanto, me esforcé por mantener la puerta abierta. Era muy complicado y, además, no tenía tiempo de volver a introducir el código.

Luchamos en un espacio muy reducido. Mi mayor ventaja era que, por lo que parecía, Marlen era un strigoi joven, lo cual tenía sentido. Galina querría mantener a sus secuaces bajo control. Por otra parte, la fuerza y velocidad de los strigoi compensaba su falta de experiencia. El hecho de que hubiese sido un moroi en el pasado también significaba que había recibido muy poco entrenamiento, lo cual me otorgaba ventaja sobre él.

Dimitri era un strigoi de los peligrosos, porque había entrenado como luchador antes de convertirse. Aquel tío, no.

Marlen consiguió acertarme con un par de puñetazos, uno de los cuales me golpeó peligrosamente cerca del ojo. El otro me alcanzó en el estómago y me dejó sin aliento momentáneamente. Pero la mayor parte del tiempo fui capaz de esquivar sus golpes, lo cual parecía hacerle enfadar. Que una adolescente te dé una paliza no debe de sentarle nada bien a un strigoi. Llegué incluso a hacer un amago de lanzarle una patada por sorpresa —algo que me hubiese resultado mucho más fácil sin aquel maldito vestido de lana — que le hizo retroceder unos pasos. Estuvo a punto de hacerme retirar la mano de la puerta, pero era el golpe que necesitaba. Su tropiezo me proporcionó unos pocos segundos para dejar el umbral y adentrarme en el vestíbulo. Por desgracia, cuando intenté cerrar la puerta, él ya estaba intentando cruzarla. Traté de empujar la puerta con las manos mientras lo mantenía a distancia a patadas.

Forcejeamos durante un rato hasta que, gracias a la suerte que aún me quedaba, cerré la puerta lo bastante como para que solo le asomase el brazo. Hice acopio de fuerza y tiré de la puerta hacia mí con un único movimiento. Esta se cerró de golpe sobre la muñeca de Marlen. Imaginaba que se le partiría por el golpe y que su mano caería al pasillo, pero la retiró justo a tiempo. Hasta los strigoi tienen el reflejo de evitar el dolor.

Jadeando —mi fuerza física aún no estaba al cien por cien—, retrocedí. Si Marlen conocía el código, aquel era el momento para introducirlo. Al cabo de un instante, el tirador de la puerta tembló sin que esta llegase a abrirse. Oí un grito de rabia y el ruido de sus puños al aporrear la puerta.

Un punto para mí. No, mejor dicho, un punto para la suerte. Si Marlen hubiese sabido el código, yo estaría...

¡Bam! Marlen seguía golpeando la puerta y en la superficie metálica asomó una grieta.

—Mierda —dije.

No me quedé el tiempo suficiente para comprobar cuántos golpes aguantaría antes de venirse abajo. También caí en la cuenta de que, aunque había roto la primera cerradura, Dimitri también sería capaz de abrir la puerta por la fuerza. Dimitri...

No. No podía pensar en él en aquel momento.

Mientras corría por el recibidor, hacia las escaleras que Dimitri y yo habíamos recorrido, un recuerdo inesperado se abrió camino en mi cabeza. Cuando Dimitri había amenazado por primera vez a Nathan, había dicho que sacaría mi estaca de una cámara. ¿De qué cámara, exactamente? ¿Se encontraría por allí? Aunque fuese el caso, no tenía tiempo para buscar. Cuando tus opciones son registrar un edificio de tres plantas lleno de vampiros o huir al campo antes de que te encuentren... bueno, la elección es obvia.

Mientras lo pensaba, di de bruces con un humano al final de las escaleras. Era mayor que Inna y llevaba consigo una pila de manteles que dejó caer cuando chocamos. Casi sin pausa, lo agarré y lo lancé contra la pared. No tenía arma con la que amenazarlo y me pregunté cómo iba a librarme de él. Sin embargo, en cuanto le sujeté contra la pared, se cubrió con los brazos y empezó a gimotear en ruso. No parecía dispuesto a atacarme.

Pero por otra parte estaba el problema de comunicarle lo que necesitaba. Marlen seguía golpeando la puerta y Dimitri le acompañaría en cuestión de minutos. Miré al humano, intentando parecer aterradora. A juzgar por su expresión, lo conseguí. Intenté chapurrear como lo había hecho con Inna... solo que en aquella ocasión el mensaje fue aún más burdo.

—Palo —dije en ruso. No tenía ni idea de cómo referirme a una estaca. Señalé el anillo de plata que llevaba e hice un gesto de lado a lado—. Palo. ¿Dónde?

Me miró con expresión perpleja para después preguntar, en perfecto inglés:

—¿Por qué hablas así?

—Por el amor de Dios —exclamé—. ¿Dónde está la cámara?

—¿La cámara?

—Donde se guardan las armas —siguió mirándome—. Busco una estaca de plata.

—Ah —dijo él—. Eso —lanzó una mirada preocupada hacia el origen de los golpes.

Le apreté con más fuerza contra la pared. Sentía que se me iba a salir el corazón del pecho, pero intenté ocultárselo. Quería que aquel tipo pensase que yo era invencible.

—Ni caso. Llévame a la cámara. ¡Ahora mismo!

Con un gemido asustado, asintió y me condujo escaleras abajo. Bajamos hasta la primera planta y doblamos una esquina. El camino a través de las habitaciones era tan retorcido como el laberinto que Dimitri me había enseñado, decorado con oro y candelabros, y me pregunté si sería capaz de salir de aquella casa. Desviarme de aquel modo entrañaba un riesgo, pero no estaba segura de poder salir sin que me persiguiesen. Y, si se daba ese caso, habría un enfrentamiento. Y tendría que defenderme.

El humano me dirigió hacia otra habitación, y otra más. Finalmente, llegamos a una puerta parecida a todas las demás. Se detuvo y me miró, a la expectativa.

—Ábrela —le dije.

Negó con la cabeza.

—No tengo la llave.

—Bueno, pues yo tampoco... espera —me llevé la mano al bolsillo y saqué las llaves que le había quitado a Dimitri. En el llavero había cinco. Las probé de una en una y acerté a la tercera. La puerta se abrió.

Mientras, mi guía echaba miraditas furtivas hacia atrás, listo para saltar.

—No hagas ninguna tontería —le advertí. Palideció y se quedó inmóvil. La habitación que se abría ante nosotros no era demasiado grande, y si bien su alfombra blanca y peluda y sus cuadros con marcos de plata le daban un aspecto elegante, por sí misma no parecía más que... bueno, una chatarrería. Estaba llena de cajas y objetos: un montón de cosas personales como relojes y anillos desperdigados sin orden ni concierto—. ¿Qué es todo esto?

—Magia —dijo él, presa aún del pánico—. Objetos mágicos que se guardan aquí para que pierdan su poder o antes de ser destruidos.

Así que magia. Aquellos objetos estaban hechizados por la magia de los moroi. Los amuletos siempre habían tenido cierto efecto sobre los strigoi —generalmente desagradable—, y las estacas eran los más peligrosos, al aglutinar los cuatro elementos físicos. Tenía sentido que un strigoi quisiese aislar aquellos peligros y librarse de...

—¡Mi estaca!

Eché a correr, la recogí y a punto estuvo de caérseme por culpa del sudor que cubría mis manos. La estaca reposaba sobre una caja cubierta por un pedazo de tela y unas extrañas piedras. Después de examinarla, caí en la cuenta de que no era mi estaca... aunque eso no suponía ninguna diferencia

de cara a matar strigoi. Aquella estaca era casi idéntica, salvo por un pequeño dibujo geométrico grabado en su base. Era algo que los guardianes hacían de vez en cuando si se sentían especialmente apegados a su estaca: grabarle un dibujo o sus iniciales. Sujeté el arma y sentí algo de pena. Había pertenecido a alguien que la había blandido con orgullo en el pasado, alguien que seguramente ya estaría muerto. Solo Dios sabe cuántas docenas de estacas había en aquel lugar, arrebatadas de otros desafortunados prisioneros, pero no tenía tiempo para registrar la habitación ni para llorar a los muertos.

—Muy bien, ahora quiero que me lleves a... —vacilé. Aun teniendo una estaca, me iría mucho mejor si no me enfrentaba a ningún strigoi más. Tenía que asumir que habría un guardia en la puerta principal—. Alguna habitación de esta planta con una ventana que se pueda abrir. Y que esté lejos de las escaleras.

El hombre pensó durante unos segundos y asintió con rapidez.

—Por aquí.

Lo seguí a través de otro laberinto de retorcidos pasillos.

—¿Cómo te llamas?

—Oleg.

—¿Sabes? —dije—. Si salgo de aquí y tú quieres, podrías venir conmigo —que alguien me acompañase, especialmente si era un humano, me retrasaría. Sin embargo, mi conciencia no me permitía dejar a alguien atrás.

Me miró con incredulidad.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —Sydney tenía razón cuando hablaba de los grandes sacrificios que los humanos llevaban a cabo para obtener la inmortalidad. Oleg e Inna eran la mejor prueba de ello.

Doblamos una esquina hasta dar con un elaborado juego de puertas de estilo francés. A través del cristal grabado pude ver una serie de estanterías que cubrían por completo las dos paredes. Se trataba de una biblioteca enorme que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Pero lo mejor era que contaba con una gran ventana en saliente en la otra punta, cubierta por unas pesadas cortinas del color de la sangre.

—Perfecto —dije mientras abría las puertas.

Entonces fue cuando sentí náuseas. No estábamos solos en aquella habitación.

Galina se incorporó de un salto de una silla cercana a la chimenea, en el otro extremo de la habitación. De su regazo cayó un libro. No acababa de hacerme a la idea de que un strigoi estuviese disfrutando de una lectura al lado de la chimenea cuando se dirigió hacia mí a la carrera. Podría haber pensado que Oleg me había tendido una trampa, pero estaba hecho un ovillo en una esquina y en su rostro se reflejaba mi propia sorpresa. Pese al enorme tamaño de la biblioteca, Galina me alcanzó en cuestión de segundos.

Esquivé su ataque inicial... o lo intenté, al menos. Era muy rápida. Exceptuando a Dimitri, los strigoi de aquella casa eran de segunda categoría y había olvidado lo peligroso que podía ser un strigoi hábil. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia ella mientras abría la boca y dirigía sus colmillos a mi cuello. Yo tenía la estaca en la mano e intenté hacerle un corte con ella, pero me sujetaba con mucha fuerza. Por lo menos, conseguí esquivarla de milagro y apartar el cuello, pero lo único que logré fue darle la oportunidad de agarrarme del pelo. Tiró de mí hacia arriba y grité de dolor. Que me levantase por el pelo sin arrancármelo fue toda una proeza, la verdad. Sin soltarlo, me estampó contra una pared.

La primera vez que me había enfrentado a Dimitri tras mi llegada, él se había empleado a fondo, pero no había querido matarme. Galina sí. Dimitri la había convencido de que yo podía serles de utilidad, pero en aquel momento era obvio que me veía como un estorbo. Su amnistía había concluido y estaba intentando acabar conmigo. Por lo menos me quedaba el consuelo de que no me convertiría en una strigoi. Solo sería la comida de uno de ellos.

Un grito hizo que concentrase la atención en la puerta. Allí estaba Dimitri, con el rostro encendido de ira. Cualquier imagen que pudiese conservar de su antigua naturaleza se desvaneció. Irradiaba furia, entornaba los párpados y dejaba entrever sus colmillos. Su piel pálida contrastaba con sus ojos rojos. Era como un demonio salido del infierno para destruirme. Echó a andar hacia nosotras y lo primero que me vino a la cabeza fue: «Bueno, por lo menos así acabaremos antes».

Solo que no fue a mí a quien atacó, sino a Galina.

No sé cuál de las dos quedó más sorprendida, pero en aquel momento, ninguno de los dos strigoi reparó en mí. Cargaron el uno contra el otro y yo quedé cautivada por la belleza del combate. Había una cierta gracia en cómo se movían y se golpeaban, y en la habilidad con la que esquivaban los

ataques del adversario. Observé la pelea un rato más hasta que, finalmente, espabilé. Aquella era mi oportunidad para largarme de allí. No podía distraerme.

Me volví hacia la ventana y busqué precipitadamente un modo de abrirla. Nada.

—¡Hijo de puta! —quizá Oleg me la había jugado, después de todo. O quizá hubiese un mecanismo que no estaba a la vista. En cualquier caso, me hallaba convencida de que solo había un modo de abrirla.

Eché a correr hacia la pared de la habitación donde estaba sentada Galina y agarré la ornamentada silla de madera. Era obvio que aquella ventana no estaba hecha del durísimo cristal de la de mi cuarto, sino del que lucían las puertas francesas de la biblioteca, delicado y decorado con hermosos dibujos, cubierto de un tinte oscuro. No me haría falta mucha fuerza para romperlo. Después de todos mis infructuosos esfuerzos en la habitación, sonreí con satisfacción al blandir la silla con todas mis fuerzas. El impacto hizo un enorme agujero en uno de los lados de la ventana y lo llenó todo de cristales. Unos pocos fragmentos me alcanzaron en la cara, pero no era nada de lo que preocuparse.

El combate continuaba a mis espaldas. Oí gruñidos y gritos ahogados mientras peleaban, así como el crujido ocasional de muebles rotos. Me sentí tentada a dar la vuelta y comprobar cómo se estaba desarrollando la lucha, pero no pude. Agarré la silla, la utilicé para golpear la ventana una vez más y rompí la otra mitad. Podía pasar por aquel enorme agujero.

—¡Rose!

La voz de Dimitri activó una respuesta instintiva en mí. Eché la vista atrás y lo vi forcejeando con Galina. Ambos estaban exhaustos, pero era evidente que él se estaba llevando la peor parte. Sin embargo, seguía intentando contenerla de modo que el pecho de Galina quedase expuesto hacia mí. Sus ojos se encontraron con los míos. Cuando era un dhampir, apenas necesitábamos palabras para comunicarnos. Aquella fue una de esas ocasiones. Comprendí lo que pretendía. Quería que le clavase la estaca.

Sabía que no debía. Tenía que saltar por la ventana en aquel preciso instante. Tenía que dejarles pelear, aunque parecía obvio que Galina estaba a punto de ganar. Y, sin embargo... pese a mis dudas, un impulso me llevó al otro lado de la habitación, con la estaca lista. Quizá lo hice porque no podía abandonar del todo a Dimitri, aunque se hubiese convertido en un monstruo. Quizá era mi sentido inconsciente del deber, por haberme

salvado la vida. O quizá porque sabía que un strigoi iba a morir aquella noche y ella era la más peligrosa.

Pero no era fácil sujetarla. Era rápida y fuerte, y se notaba que a Dimitri le costaba retenerla. Ella no dejaba de forcejear, intentando avanzar en su ataque. Solo necesitaba incapacitarlo como yo había hecho; después sería cuestión de decapitarlo o incinerarlo para acabar con él de una vez por todas. No me cabía duda de que ella era bien capaz de cualquiera de las dos cosas.

Él se las apañó para orientarla hacia mí y ofrecerme la mejor perspectiva posible de su pecho. Avancé... y entonces Dimitri chocó contra mí. Por un momento me sentí confundida, preguntándome por qué me atacaba después de salvarme, hasta que caí en la cuenta de que alguien le había empujado... Nathan. Acababa de entrar en la biblioteca, acompañado por Marlen. Distrajo a Dimitri, pero no a mí. Yo aún tenía a Galina a mi alcance y hundí mi estaca en su pecho. No se hundió todo lo que yo quería y ella aún fue capaz de contraatacar y reaccionar con fuerza. Apreté los dientes y empujé el arma más, sabiendo que la plata tenía que estar afectándole. Ella flaqueó y yo aproveché la oportunidad y hundí la estaca en toda su extensión. Tardé varios segundos, pero finalmente dejó de moverse y su cuerpo se desplomó sobre el suelo.

Si los otros strigoi repararon en su muerte, no le prestaron atención. Nathan y Marlen estaban centrados en Dimitri. Otro strigoi —una mujer a la que no reconocí— no tardó en unirse a la pelea. Extraje la estaca del cuerpo de Galina y retrocedí lentamente hacia la ventana, intentando no llamar mucho la atención. Mi corazón me apremiaba a auxiliar a Dimitri. Lo superaban en número. Podía echarle una mano y ayudarle a luchar...

Pero, claro, mi fuerza se estaba desvaneciendo. Los mordiscos y la pérdida de sangre me estaban pasando factura. Aquella noche había combatido a dos strigoi y acabado con uno de ellos, alguien poderoso. Esa había sido mi buena acción del día: hacerla desaparecer. Lo mejor que podía hacer era marcharme y dejar que aquellos strigoi acabasen con Dimitri. Los supervivientes quedarían sin líder y ya no supondrían una amenaza tan grande. Dimitri se vería libre de su estado y su alma al fin podría ir a un lugar mejor. Y yo viviría —con suerte— en un mundo mejor con un strigoi menos.

Choqué contra el alféizar y eché un vistazo afuera. Era de noche... malas noticias. Y la pared de la mansión tampoco era la superficie ideal

para escalar. Podría intentarlo, pero estaría perdiendo el tiempo. Y se me estaba acabando. Debajo de la ventana había una densa línea de arbustos. No podía ver con claridad y solo esperé que no se tratase de un rosal lleno de espinas o algo parecido. De todos modos, una caída desde un primer piso no me mataría. Solo dolería. Y mucho.

Subí al alféizar y mi mirada se cruzó brevemente con la de Dimitri mientras uno de los strigoi se abalanzaba sobre él. Volví a oír las mismas palabras: «No vaciles». La importante lección de Dimitri. Pero no había sido la primera. La primera había sido que si te superan en número y no tienes alternativa, debes huir.

Y eso fue lo que hice: saltar por la ventana.

Veintiséis

CREO que las blasfemias que solté al aterrizar se hubiesen entendido en cualquier idioma. Me dolía todo.

El arbusto no tenía muchas puntas ni espinas, pero tampoco era nada blando. Amortiguó la caída hasta cierto punto, aunque no impidió que se me torciese el tobillo.

—¡Mierda! —grité entre dientes mientras me incorporaba a duras penas. Rusia me hacía hablar peor, desde luego. Apoyé mi peso sobre el talón y sentí un poco de dolor, pero nada que no pudiese soportar. No era más que una torcedura, gracias a Dios. No lo tenía roto, así que podría haber sido peor. Sin embargo, iba a retrasar mi huida.

Me alejé del arbusto cojeando y me esforcé por mantener el ritmo sin prestar atención al dolor. Ante mí se extendía aquel estúpido laberinto que me había parecido tan chulo paseando con Dimitri. El cielo estaba cubierto de nubes, aunque ver la luna tampoco me hubiese sido de mucha ayuda para orientarme. Me negué en redondo a entrar en aquel laberinto de hojas, así que opté por buscar dónde acababa para seguir por ahí.

Por desgracia, después de dar una vuelta completa a la casa, descubrí la amarga verdad: el laberinto estaba por todas partes. Rodeaba la propiedad como una especie de foso medieval. Y lo que más me molestaba era sospechar que Galina no lo había dispuesto así para que sirviese de defensa. Lo más seguro es que lo hubiese hecho por el mismo motivo por el que tenía candelabros de cristal y cuadros antiguos en los pasillos: porque molaba.

Bueno, pues no me quedaba otra alternativa. Escogí una entrada al azar y avancé a tientas. No tenía ni idea de hacia dónde ir ni una estrategia para salir de allí. Estaba rodeada de sombras y en muchas ocasiones no veía venir los callejones sin salida hasta que los tenía delante. La vegetación era tan alta que en cuanto me adentré un poco en el laberinto, perdí de vista el tejado de la casa; de haberme servido como punto de referencia, hubiese sido capaz de moverme en línea recta (más o menos).

Pero como no era así, no sabía si estaba retrocediendo, moviéndome en círculos o qué, hasta el punto de cruzarme con los mismos jazmines en tres ocasiones. Intenté recordar cualquier historia que tuviese en mente sobre

personas atravesando laberintos. ¿Qué medios utilizaban? ¿Migas de pan? ¿Hilo? No lo sabía y, lo que era aún peor, el tobillo me dolía cada vez más. Había sido capaz de matar a una strigoi aun estando debilitada pero no podía escapar de unos arbustos. Qué vergüenza.

—¡Roza!

El viento trajo consigo una voz y quedé petrificada. No. No era posible.

Dimitri. Había sobrevivido.

—Roza, sé que estás por aquí —dijo él—. Puedo olerte.

Pensé que iba de farol. No estaba lo bastante cerca como para provocarme náuseas y el perfume de las flores enmascararía mi olor... aunque estuviese sudando a mares. Intentaba que mordiese el anzuelo y le revelase dónde estaba.

Con renovados ánimos, me dirigí hacia la siguiente curva, rezando para encontrar la salida. «Muy bien, Dios», pensé. «Sácame de aquí y dejaré de remolonear cuando tenga que ir a la iglesia. Hoy me has salvado de unos cuantos strigoi. Quiero decir, eso de encerrar a uno de ellos entre dos puertas era difícil que funcionase, así que está claro que me estás echando una mano. Ahora sácame de aquí y yo... yo qué sé. Donaré el dinero de Adrian a los pobres. Me bautizaré. Viviré en un convento. Bueno, no, eso último no».

Dimitri seguía provocándome.

—Si te entregas, no te mataré. Te lo debo. Me has librado de Galina y ahora yo estoy al mando. La he reemplazado un poco antes de lo previsto, aunque eso no supone un problema. Por otra parte, no hay muchos a los que controlar ahora que Nathan y los demás han muerto. Pero eso puede arreglarse.

Increíble. Había sobrevivido pese a tenerlo todo en contra. Cada vez estaba más convencida de que, vivo o no muerto, el amor de mi vida era un tipo duro. Se me hacía imposible concebir que hubiese derrotado a esos tres... pero bueno, ya lo había visto salir de situaciones imposibles antes. Y que estuviese allí era toda una prueba de sus habilidades.

El camino se bifurcaba ante mí, así que escogí al azar y fui por la derecha. Cuando comprobé que se extendía hacia la oscuridad, suspiré aliviada. Bingo. Pese a sus comentarios cargados de buen humor, sabía que Dimitri estaba atravesando el laberinto, acercándose cada vez más. Y al contrario que yo, él conocía el camino y sabía cómo salir.

—Tampoco estoy enfadado porque me hayas atacado. Yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar. Otro motivo más por el que deberíamos estar juntos.

La siguiente curva me llevó a una vía sin salida cubierta de flores blancas. Me guardé los insultos para mí y retrocedí.

—Pero todavía eres peligrosa. Si te encuentro, puede que tenga que matarte. No quiero tener que hacerlo, pero empiezo a pensar que es el único modo de que ambos podamos vivir en este mundo. Ven conmigo por tu propia voluntad y haré que despiertes. Controlaremos el imperio de Galina juntos.

Estuve a punto de echarme a reír. No lo habría encontrado ni queriendo en aquel laberinto. Y aunque hubiese podido...

Sentí que se me encogía el estómago. Oh, no. Se estaba acercando. ¿Sabía dónde estaba? No comprendía del todo en qué medida aumentaban las náuseas en función de la distancia, pero no importaba. Estaba demasiado cerca y punto. ¿Cuándo se encontraría a una distancia desde la que poder olerme, u oírme andar sobre la hierba? Sus posibilidades de dar conmigo aumentaban a cada instante. En cuanto pudiese seguir mi rastro, sería mi fin. Mi corazón se puso a palpitar todavía más deprisa —si es que aquello era posible— y la adrenalina que corría por mis venas atenuó el dolor que sentía en el tobillo, aunque este seguía retrasándome.

Otro camino sin salida me hizo dar la vuelta e intenté mantener la calma, pues sabía que el pánico solo me volvería más torpe. Mientras tanto, las náuseas eran cada vez peores.

—Aunque logres salir, ¿adónde irás? —dijo—. Estamos en mitad de ninguna parte —sus palabras eran veneno que se filtraba a través de mi piel. Si me concentraba en ellas, mi miedo se impondría y me rendiría. Me haría un ovillo y dejaría que fuese a por mí, y no tendría ningún motivo para pensar que me dejaría vivir. Mi vida terminaría en cuestión de minutos.

Un giro a la izquierda me llevó a otra pared de frondosas hojas verdes. Giré rápidamente, me encaminé hacia la dirección opuesta y vi... el campo.

Una vasta extensión de hierba se extendía ante mí hasta un horizonte salpicado de árboles dispersos. Contra todo pronóstico, lo había conseguido. Por desgracia, las náuseas cada vez eran más intensas. A aquella distancia tenía que saber dónde estaba. Eché un vistazo a mi alrededor y caí en la cuenta de lo ciertas que eran sus palabras. Estábamos

en mitad de ninguna parte. ¿Adónde podía ir? No tenía ni idea de dónde me encontraba.

Allí. A mi izquierda, en el horizonte, vi el tenue brillo morado en el que me había fijado la otra noche. Entonces no había sabido qué era, pero por fin caí en la cuenta. Eran las luces de la ciudad, seguramente de Novosibirsk, si es que era allí donde la banda de Galina tenía sus negocios. Y aunque no fuese Novosibirsk, era la civilización. Allí habría gente. Seguridad. Podría buscar ayuda.

Eché a correr todo lo rápido que pude. Aunque la adrenalina podía amortiguar hasta cierto punto el impacto de mis pies contra el terreno, sentía un dolor intenso por toda la pierna a cada paso. Aun así, mi tobillo aguantó. Ni me caí al suelo ni cojeé. Respiraba con dificultad y apenas me quedaban fuerzas después de todo por lo que había pasado. Incluso teniendo al fin una meta, sabía que la ciudad estaba a varios kilómetros de distancia.

Además, las náuseas eran cada vez más fuertes. Dimitri se estaba acercando. Tenía que haber salido del laberinto, pero no podía arriesgarme a mirar atrás. Seguí corriendo hacia aquel brillo morado en el horizonte, aunque eso significase entrar en un bosque. Quizá los árboles me proporcionasen algo de cobertura. «Eres idiota», susurró una parte de mí. «No puedes esconderte de él».

Alcancé la linde del bosque y frené un poco; respiraba a bocanadas y tuve que apoyarme contra un tronco resistente. Finalmente me atreví a echar la vista atrás, pero no vi nada. La casa brillaba en la lejanía, rodeada por la oscuridad del laberinto. La sensación en el estómago no había empeorado, así que quizá hubiese conseguido sacarle ventaja. El laberinto contaba con varias salidas; no tenía por qué saber cuál de ellas había tomado.

Una vez concluido mi momento de descanso, me puse en marcha de nuevo, sin perder de vista el débil brillo de las luces de la ciudad a través de la vegetación. Era cuestión de tiempo que Dimitri me encontrase. El tobillo no iba a permitirme seguir mucho más. La idea de correr más que él se estaba convirtiendo en pura fantasía. Las hojas secas del otoño crujían a cada paso, pero no podía demorarme en esquivarlas. Concluí que ya no tendría que preocuparme porque Dimitri me siguiese a partir de mi olor: con seguir el ruido sería más que suficiente.

—¡Rose! Te juro que no es demasiado tarde.

«Maldita sea». Su voz estaba muy cerca. Miré a mi alrededor aterrada. No podía verlo, pero si aún me estaba llamando, lo más seguro era que él tampoco pudiese verme a mí. El brillo de la ciudad era el norte para mí, pero de ella me separaban árboles y oscuridad. De pronto, me vino a la cabeza alguien inesperado: Tasha Ozzera. Era la tía de Christian, una mujer formidable y una de las pioneras en formar a los moroi para combatir a los strigoi.

«Podemos retirarnos una y otra vez hasta dejar que nos arrinconen para siempre», había dicho en una ocasión. «O podemos plantar cara al enemigo en el momento y lugar que nosotros elijamos». Nosotros, no ellos.

«Vale, Tasha», pensé. «A ver si tu consejo va a acabar conmigo».

Miré alrededor y di con un árbol cuyas ramas quedaban a mi alcance. Guardé la estaca en el bolsillo, agarré una de las ramas más bajas y me puse a trepar. Mi tobillo se quejó durante toda la subida pero, aparte de eso, había suficientes ramas como para tener buenos asideros y puntos de apoyo. Subí hasta dar con una rama que parecía lo bastante gruesa y resistente para soportar mi peso. Me desplacé hacia ella sin alejarme mucho del tronco y comprobé su firmeza con cuidado. Aguantaba. Saqué la estaca del bolsillo y esperé.

Al cabo de un minuto, oí el tenue susurro de las hojas mientras Dimitri se aproximaba. Era mucho más sigiloso que yo. Su silueta esbelta y oscura asomó como una sombra siniestra en la noche. Se movía con lentitud y precaución mientras escudriñaba en todas direcciones con los sentidos alerta.

—Roza... —dijo en voz baja—. Sé dónde estás. No tienes ninguna posibilidad de huir. No puedes esconderte.

Miraba hacia abajo. Pensaba que estaba escondida detrás del árbol o agazapada. Unos pasos más. Eso era todo cuanto necesitaba. La mano en la que llevaba la estaca empezó a sudar, pero no podía secármela. Estaba petrificada, tan inmóvil que ni siquiera me atrevía a respirar.

—Roza...

Su voz, fría y letal, me acarició la piel. Dimitri dio un paso al frente sin dejar de observar los alrededores. Y otro. Y otro más.

Creo que decidió mirar hacia arriba en el preciso instante en el que salté. Mi cuerpo se precipitó sobre el suyo y le hizo caer de espaldas. Intentó zafarse de mí inmediatamente, al mismo tiempo que yo intentaba atravesarle el corazón con la estaca. Se le notaban el cansancio y las

consecuencias del combate. Derrotar a los otros strigoi le había pasado factura, aunque yo no me encontraba mucho mejor. Forcejeamos hasta que conseguí cortarle la mejilla con la estaca. Gritó de dolor, pero mantuvo su pecho bien protegido. Pude ver dónde le había rasgado la camisa la primera vez que lo había atravesado. La herida ya había cicatrizado.

—Eres increíble —dijo lleno de orgullo y de rabia.

No tenía fuerzas para responder. Mi única meta era su corazón. Intenté mantenerme sobre él y, finalmente, le clavé la estaca en el pecho... pero él fue demasiado rápido. Apartó mi mano antes de que pudiese hundir el arma en su cuerpo. Y, al mismo tiempo, me quitó de encima. Salí volando varios metros, aunque por suerte no choqué contra ningún árbol. Me puse en pie como buenamente pude, confundida, y lo vi avanzar hacia mí. Era rápido... pero no tanto como en otros combates. Íbamos a morir de agotamiento en nuestro intento por matarnos el uno al otro.

Había perdido mi ventaja, así que eché a correr hacia los árboles con la certeza de que me estaba pisando los talones. Estaba segura de que podía correr más que yo, pero si conseguía sacarle una mínima ventaja, quizá podría dar con otro lugar desde el que atacar y...

—¡Ahhh!

Mi grito resonó en la noche y quebró la tranquila oscuridad. Había perdido pie y me encontré cayendo a gran velocidad por una pendiente empinada, incapaz de parar. Había pocos árboles, pero las rocas y la posición en la que me encontraba hicieron que la caída fuese dolorosa, sobre todo porque tenía la sudadera como única protección. No tengo ni idea de cómo me las arreglé para no perder la estaca. Llegué hasta el final de la pendiente con un golpe, y apenas había conseguido ponerme en pie cuando tropecé y caí... al agua.

Miré a mi alrededor. La luna asomaba entre las nubes y proyectaba suficiente luz como para revelar la enorme cantidad de agua, agitada y oscura, que se extendía ante mí. La observé, confundida, antes de volver mi atención hacia la ciudad. Me encontraba en el Ob, el río que atravesaba Novosibirsk. El río que iba a llevarme hasta la ciudad. Eché la vista atrás y vi a Dimitri en la cima de la colina. Al contrario que una que yo me sé, él se había andado con cuidado. O eso, o mi grito le había indicado dónde encontrarme.

En cualquier caso, si echaba a correr tardaría menos de un minuto en alcanzarme. Miré a ambos lados y después al frente. Vale. Un río revuelto.

Profundo, probablemente. Muy ancho. Nadar aliviaría la presión sobre mi tobillo, pero me asustaba la posibilidad de ahogarme. En las leyendas, los vampiros no podían nadar en aguas revueltas. Ojalá. Aquello no era más que una leyenda.

Di dos pasos a mi izquierda y vi por el rabillo del ojo una silueta oscura sobre las aguas. ¿Un puente? Era mi única oportunidad. Dudé antes de decidirme a ir hacia él; necesitaba que Dimitri me persiguiese: de lo contrario, me seguiría desde la orilla y me capturaría en el puente. Necesitaba que se tomase su tiempo en bajar de la colina. Y así fue. En cuanto dio un paso en dirección al agua, me alejé de la orilla sin mirar atrás. El puente cada vez quedaba más cerca y, a medida que me aproximaba, caí en la cuenta de lo alto que era. Había calculado mal la primera vez que lo había visto. A medida que nadaba corriente abajo, las colinas que rodeaban el río eran cada vez más altas. Iba a ser una subida de las buenas.

Pero eso no podía suponerme un problema. Ya me preocuparía más tarde... es decir unos treinta segundos después, que era el tiempo que tardaría Dimitri en alcanzarme. Oí sus pies chapoteando en el agua poco profunda de la orilla, un sonido que cada vez sentía más cerca. Si pudiese alcanzar el puente, si pudiese llegar a tierra y cruzar al otro lado...

Me invadieron las náuseas. Una mano se cerró en torno al cuello de mi sudadera y tiró de mí hacia atrás. Caí sobre Dimitri y empecé a resistirme inmediatamente para intentar zafarme de él. Pero estaba agotada. Me dolía todo el cuerpo y, por muy cansado que estuviese él, yo lo estaba aún más.

—¡Para de una vez! —gritó mientras me sujetaba los brazos—. ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedes ganar!

—¡Entonces, mátame! —me revolví, pero me tenía agarrados los antebrazos con mucha fuerza y, aunque estaba armada con la estaca, no podía utilizarla—. Dijiste que lo harías si no me rendía, ¿pues sabes una cosa? No me voy a rendir. Me niego. Así que acéptalo de una vez.

La fantasmagórica luz de la luna iluminó su rostro, erradicó las sombras que lo cubrían e hizo que su piel brillase con un tono blanquecino en contraste con la oscuridad nocturna. Era como si todos los colores del mundo hubiesen desaparecido. Aunque sus ojos fuesen negros, en ellos veía un resplandor como el del fuego. Su expresión era fría y calculadora.

«No es el Dimitri que yo conozco».

—Tendrías que hacer algo terrible para que te matase, Rose —dijo él —. Y esto no es suficiente.

No estaba convencida. Sin soltarme los brazos, se inclinó sobre mí. Iba a morderme. Aquellos dientes me atravesarían la piel y Dimitri me convertiría en un monstruo o bebería mi sangre hasta dejarme seca. En cualquier caso, estaría demasiado drogada o demasiado grogui como para enterarme. Rose Hathaway abandonaría este mundo sin darse cuenta.

Una descarga de pánico en estado puro me recorrió todo el cuerpo, que suplicaba al mismo tiempo otra dosis de fantásticas endorfinas. No, no. No podía permitirlo. Cada nervio de mi cuerpo ardía, me empujaba a defenderme, a atacar, cualquier cosa... lo que hiciese falta para poner fin a aquello. No me transformaría en una strigoi. No podía transformarme. Quería hacer lo que fuese para salvarme. Todo mi ser se consumía en aquella necesidad. Estaba a punto de explotar, a punto de...

Aunque no pudiese alcanzar a Dimitri, podía juntar las manos. Maniobré un poco y, con los dedos de la mano derecha, me quité el anillo de Oksana y lo dejé caer al barro mientras los dientes de Dimitri me rozaban la piel.

Fue como una explosión nuclear. Los fantasmas y espíritus que había invocado de camino a Baia brotaron entre nosotros. Estaban por todas partes: seres translúcidos y luminiscentes cubiertos de sombras con tonos verdes, azules, amarillos y plateados. Había liberado todas mis defensas, había sucumbido a mis sentimientos de un modo que se me antojaba imposible la primera vez que Dimitri me había capturado. Hasta entonces, el poder curativo del anillo me había mantenido a duras penas bajo control, pero todo había terminado. Mi poder ya no tenía límites.

Dimitri retrocedió de un salto con los ojos abiertos como platos. Como el otro strigoi, agitó los brazos para quitarse los espíritus de encima como si fuesen mosquitos. Sus manos los atravesaban, incapaces de alcanzarlos. Los ataques de aquellas criaturas eran más o menos igual de ineficaces: no podían causarle daño físico, pero podían afectarlo mentalmente, y eran una buena maniobra de distracción. ¿Qué había dicho Mark? Los muertos odian a los no muertos. Y a juzgar por cómo acechaban los fantasmas a Dimitri, aquellas palabras eran muy ciertas.

Di un paso atrás y eché un vistazo al terreno que se extendía bajo mis pies. Ahí. El anillo de plata brillaba entre el barro. Me agaché, lo recogí, salí corriendo, y dejé a Dimitri a su suerte. No estaba gritando, pero hacía unos ruidos espantosos. Oír aquello me desolaba, pero no paré de correr hacia el puente. Lo alcancé al cabo de un minuto, más o menos. Era tan alto

como me temía, pero también resistente y bien construido, aunque estrecho. Era la clase de puente rural con espacio para un solo coche.

—Ya he llegado —murmuré mientras observaba la colina. No solo era un poco más alta que aquella por la que me había caído, sino también más empinada. Guardé el anillo y la estaca, y extendí el brazo hasta hundir los dedos en la tierra. Iba a tener que subir trepando. Le concedí una breve tregua a mi tobillo; dependía por completo de la fuerza de la parte superior de mi cuerpo. Sin embargo, a medida que escalaba, empecé a notar algo. Vi unos tenues brillos por el rabillo del ojo. Imágenes de rostros y calaveras. Y sentí un dolor palpitante en la parte posterior de la cabeza.

Ay, no. Aquello ya me había ocurrido antes. Presa del pánico, no podía mantener las defensas necesarias para alejar a los muertos. Se estaban aproximando, más curiosos que beligerantes. Pero a medida que su número aumentaba, su presencia se tornaba tan desorientadora para mí como lo había sido para Dimitri.

No podían hacerme daño, pero me estaban sacando de quicio, y el dolor de cabeza que acompañaba su presencia estaba empezando a marearme. Miré hacia atrás y vi algo increíble. Dimitri seguía avanzando. Era un dios, un dios que traía la muerte consigo. Los fantasmas aún le rondaban como una nube, pero él conseguía caminar, dando un agónico paso tras otro. Seguí escalando, haciendo el menor caso que podía a mis espectrales compañeros.

Al fin, conseguí llegar a la cima de la colina y al puente. Apenas podía mantenerme en pie y casi no me quedaban fuerzas. Di unos pasos más y me derrumbé sobre mis manos y rodillas. Cada vez me rondaban más espíritus y la cabeza estaba a punto de explotarme. Dimitri seguía avanzando lentamente, pero aún se encontraba muy lejos de la colina. Intenté ponerme en pie de nuevo con la barandilla del puente como punto de apoyo, pero no lo conseguí. La superficie pedregosa del puente me rasguñó las piernas.

—Mierda.

Sabía lo que tenía que hacer para salvarme, aunque ello implicase arriesgarme a morir. Con las manos temblorosas, busqué en mi bolsillo y extraje el anillo. Temblaba tanto que estaba segura de que se me caería, pero no sé cómo logré sujetarlo y ponérmelo en el dedo. Una tenue calidez fluyó por todo mi cuerpo y sentí que volvía a tener el control de la situación. Por desgracia, los fantasmas seguían allí.

Aún tenía miedo a morir o a convertirme en strigoi, pero estaba más tranquila al encontrarme relativamente fuera de peligro. Me sentí algo más estable y busqué las barreras y controles que mantenía normalmente, desesperada por volver a levantarlos para alejar a mis visitantes.

—Marchaos, marchaos, marchaos —musité mientras apretaba los párpados con fuerza. Aquel esfuerzo era como empujar una montaña, un obstáculo insalvable para el que nadie podía tener la fuerza suficiente. Mark me lo había advertido al explicarme por qué no debía intentarlo nunca. Los muertos eran una baza poderosa pero, una vez jugada, era difícil librarse de ellos. ¿Cómo era aquello que me había dicho? Las personas que caminan al filo de la oscuridad y la locura no deberían intentarlo.

—¡Marchaos! —grité, poniendo en ello mis últimas fuerzas.

Uno a uno, los fantasmas que me rodeaban se desvanecieron. Sentí que el mundo volvía a recuperar su orden natural. Solo que, cuando miré hacia abajo, vi que los fantasmas también habían abandonado a Dimitri... tal como sospechaba. En cuanto se vio libre de ellos, retomó la marcha.

—Mierda —aquella noche no paraba de repetirlo.

Logré ponerme en pie mientras él subía por la colina a la carrera. Avanzaba más lentamente que de costumbre, pero seguía siendo lo bastante rápido. Empecé a retroceder sin quitarle los ojos de encima. Librarme de los fantasmas me había dado más fuerza, pero no tanta como para huir. Dimitri había ganado.

—¿Otro efecto de estar bendecida por la sombra? —preguntó mientras accedía al puente.

—Sí —tragué saliva—. Parece que a los fantasmas no les gustan mucho los strigoi.

—Parece que a ti tampoco.

Di otro paso hacia atrás. ¿Adónde podía ir? En cuanto me diese la vuelta, lo tendría encima.

—Entonces, ¿he huido lo bastante lejos como para que se te pasen las ganas de convertirme en una strigoi? —pregunté con todo el ánimo que pude reunir.

Me lanzó una sonrisa amarga y retorcida.

—No. Tus habilidades al estar bendecida por la sombra tienen su punto. Es una pena que vayan a desaparecer en cuanto despiertes —vaya. Así que ese seguía siendo el plan. Por mucho que le hubiese hecho enfadar, seguía queriendo estar a mi lado por toda la eternidad.

—No vas a convertirme —dije yo.

—Rose, no tienes alternativa...

—No.

Me encaramé al pretil del puente y pasé una pierna por encima. Sabía lo que ocurriría a continuación. Se paró en seco.

—¿Qué estás haciendo?

—Te lo dije. Prefiero morir a convertirme en strigoi. No seré como tú y los demás. No quiero. Tú tampoco querías, hace tiempo —la brisa nocturna acarició las lágrimas que me caían por las mejillas y sentí frío.

Pasé la otra pierna sobre el pretil y miré las aguas. Nos encontrábamos a más altura que si hubiésemos estado en la segunda planta de un edificio. La caída sería durísima y, aunque sobreviviese, no tendría fuerzas para nadar la contracorriente hasta llegar a la orilla. Mientras miraba hacia abajo y me imaginaba muerta, pensé en aquella ocasión en la que Dimitri y yo estábamos en el asiento trasero de un todoterreno, discutiendo sobre aquella misma cuestión.

Era la primera vez que nos sentábamos uno al lado del otro y, allí donde nuestros cuerpos se tocaban, la sensación era cálida y maravillosa. Olía bien —caí en la cuenta de que aquel olor maravilloso de los vivos había desaparecido— y estaba más relajado de lo habitual, dispuesto a sonreír. Hablamos sobre lo que significaba estar vivo y con tu alma bajo control... y lo que significaba formar parte de los no muertos, de perder todo lo hermoso de la vida y a aquellos a los que habías conocido. Nos miramos a los ojos y acordamos que la muerte era un destino mejor.

Miré a Dimitri y concluí que estábamos en lo cierto.

—Rose, no lo hagas —en su voz había un miedo sincero. Si caía, me habría perdido para siempre. No sería una strigoi. No me convertiría. Para convertirme, tenía que matarme bebiéndose mi sangre y que yo bebiese de su sangre. Si saltaba, sería el agua lo que me mataría, no la pérdida de sangre. Estaría muerta mucho antes de que pudiese encontrar mi cuerpo en el río.

—Por favor, no lo hagas —rogó con un tono lastimero que hizo que me estremeciera. Me recordó demasiado al Dimitri vivo, el que no era un monstruo. El que se preocupaba por mí, el que me amaba, el que había creído en mí y con el que había hecho el amor. Aquel nuevo Dimitri, en el que ya no quedaba nada de aquello, dio dos precavidos pasos al frente y se detuvo de nuevo—. Tenemos que estar juntos.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja. El viento amortiguó el sonido de las palabras pero, aun así, él las oyó.

—Porque te deseo.

Esbocé una triste sonrisa y me pregunté si volveríamos a vernos en la tierra de los muertos.

—Respuesta equivocada —contesté.

Y salté.

Y él reaccionó corriendo hacia mí con esa velocidad endiablada de los strigoi mientras yo empezaba a caer. Extendió la mano y me agarró de uno de los brazos, del que tiró hasta arrastrarme sobre el pretil. Bueno, más o menos. Solo consiguió subir una parte de mi cuerpo; el resto seguía colgando sobre el río.

—¡Deja de resistirte! —dijo él, intentando tirar del brazo que tenía asido.

Él también se encontraba en una posición precaria, subido al pretil mientras intentaba estirarse todo lo posible para sujetarme del todo.

—¡Suéltame! —grité.

Pero era demasiado fuerte y consiguió incorporarme sobre el pretil, lo bastante como para no correr el riesgo de volver a caer.

La cuestión era que, antes de dejarme caer, había contemplado en serio mi muerte. La había asumido y aceptado. Sin embargo, también contemplaba la posibilidad de que Dimitri hiciese exactamente lo que había hecho. Era así de rápido y de eficiente. Por eso yo estaba sujetando la estaca con la mano que tenía libre.

Le miré a los ojos.

—Siempre te querré.

Y le hundí la estaca en el pecho.

No fue un golpe tan preciso como me hubiese gustado, por culpa de la habilidad con que lo esquivó. Intenté hundir la estaca hasta alcanzarle el corazón, sin saber muy bien si podía hacerlo desde aquel ángulo. Y, entonces, sus esfuerzos cesaron. Sus ojos se clavaron en los míos, sorprendidos, y sus labios se separaron hasta formar algo parecido a una sonrisa macabra y dolida.

—Eso es lo que debería haber dicho... —dijo.

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Su fallido intento por eludir la estaca le había hecho perder el equilibrio sobre el pretil. La magia de la estaca hizo el resto, ya que lo

aturdió y le embotó los reflejos.

Dimitri cayó.

Estuvo a punto de llevarme consigo y apenas conseguí librarme de él y aferrarme al pretil. Se precipitó hacia la oscuridad y cayó a la negrura del Ob. Al cabo de un instante, desapareció de mi vista.

Lo busqué con la mirada y me pregunté si llegaría a verlo en el agua si me fijaba con atención. Pero no hubo suerte. El río estaba demasiado oscuro y quedaba demasiado lejos. Las nubes ocultaron la luna y la oscuridad lo engulló todo una vez más. Por un momento, mientras miraba hacia abajo y caía en la cuenta de lo que acababa de hacer, quise arrojarme tras él, porque de ningún modo iba a poder seguir viviendo.

«Tienes que hacerlo». Mi voz interior sonaba mucho más calmada y confiada de lo habitual. «El Dimitri de antes hubiera querido que vivieses. Si de verdad lo amabas, tienes que seguir adelante».

Dejé escapar un suspiro tembloroso, me encaramé al pretil y me puse en pie sobre el puente, que me proporcionó una grata sensación de seguridad. No sabía cómo iba a ser mi vida a partir de aquel instante, pero sabía lo que quería. No iba a sentirme segura del todo hasta estar con los pies en la tierra. Estaba a punto de derrumbarme de un momento a otro, así que me puse a cruzar el puente muy despacio. Cuando estuve al otro lado, me encontré con dos opciones: seguir el curso del río o la carretera. Se desviaban un poco el uno del otro, pero ambos conducían hacia las luces de la ciudad. Opté por la carretera. No quería estar cerca del río. Así no pensaría en lo que había sucedido. No podía pensar en eso. Mi cerebro se negaba. «Primero preocúpate por seguir viva. Luego ya pensarás en cómo vivir a partir de ahora».

La carretera, pese a ser rural, era llana y estaba bien asfaltada, por lo que caminar sobre ella podía resultar agradable... pero no para mí. Comenzó a caer una fina llovizna, justo lo que me faltaba. Quería sentarme y descansar, hacerme un ovillo y no pensar en nada más. «No, no, no». La luz. Debía ir hacia la luz. Casi me eché a reír a carcajadas. La verdad es que tenía su gracia. Era como si estuviese a punto de morir o algo así. Entonces sí que me reí. Aquella noche había estado a punto de morir muchísimas veces. La más reciente, hacía no mucho.

Por suerte, también había sido la última y, por mucho que quisiese llegar a la ciudad, esta quedaba demasiado lejos. No estoy segura de cuánto tiempo caminé antes de parar y sentarme. «Solo un minuto», decidí.

Descansaría un minuto y continuaría después. Tenía que continuar. Si por algún motivo no le había alcanzado en el corazón, Dimitri podría salir del río de un momento a otro. O cualquiera de los strigoi supervivientes podría venir a por mí desde la mansión.

Pero no me levanté pasado un minuto. Creo que me quedé dormida y la verdad es que no sé por cuánto tiempo, hasta que unas luces me despertaron súbitamente. Un coche frenó hasta detenerse. Conseguí ponerme en pie con mucho esfuerzo.

No fue un strigoi el que bajó del vehículo, sino un anciano. Me miró y dijo algo en ruso. Negué con la cabeza y di un paso atrás. Se dirigió al coche y dijo algo, un instante después se le unió una anciana. Me miró con los ojos como platos y una expresión compasiva en su rostro. Dijo algo que sonaba amable y me extendió la mano, con la precaución con la que se dirigiría a un animal salvaje. Lo miré durante unos segundos que se me hicieron eternos y señalé al horizonte morado.

—Novosibirsk —dije.

Ella acompañó mi gesto y asintió.

—Novosibirsk —me señaló a mí y después al coche—. Novosibirsk.

Dudé un poco más antes de dejar que me guiase hasta el asiento trasero del coche. Se quitó el abrigo y me lo puso por encima; fue entonces cuando caí en la cuenta de que estaba empapada por la lluvia. Debía de tener una pinta atroz, después de todo lo que me había pasado aquella noche. Era un milagro que se hubiesen detenido a recogerme. El anciano arrancó el motor del coche y pensé en la posibilidad de estar en compañía de unos asesinos en serie. Pero bueno, aquella situación no era muy distinta a las que había vivido hasta entonces.

El cansancio físico y mental empezó a adormilarme y, con un último esfuerzo, me pasé la lengua por los labios y pronuncié otra de mis perlas en ruso.

—*¿Pazvaneet?*

La mujer se volvió para mirarme, sorprendida. No estaba segura de haber dado con la palabra adecuada. Quizá le había pedido un teléfono fijo en vez de un móvil, o puede que incluso le hubiese pedido una jirafa, pero creo que me hice entender. Unos segundos después, la mujer metió la mano en el bolso y me extendió un teléfono móvil. Hasta los siberianos estaban conectados. Con las manos temblorosas, marqué el número que había memorizado. Me contestó una voz femenina.

—*Allô.*
—¿Sydney? Soy Rose...

Veintisiete

NO reconocí al tipo que Sydney había enviado para encontrarse con nosotros cuando llegamos a Novosibirsk, pero tenía el mismo tatuaje dorado que ella. Era rubio y tendría unos treinta años; por supuesto, era humano. Parecía competente y digno de confianza y, mientras yo me apoyaba en el coche, él estuvo riéndose y charlando con la pareja de ancianos como si fuesen amigos de toda la vida. Tenía un aire profesional y tranquilizador, por lo que la pareja no tardó en sonreír también. No estoy segura de qué les dijo, quizá que yo era su hija extraviada o algo así, pero parece que confiaron lo suficiente en él como para dejarme en sus manos. Supuse por su actitud que había desplegado todos sus talentos de alquimista.

Cuando el anciano y la mujer se alejaron, cambió sensiblemente de humor. No parecía tan frío como Sydney cuando la conocí, pero tampoco se rio ni bromeó conmigo. Mantuvo una actitud más profesional y no pude evitar pensar en las historias de los hombres de negro, aquellos que se ocupaban de limpiar las pruebas de los encuentros con extraterrestres para que el mundo no supiese la verdad.

—¿Puedes caminar? —me preguntó mientras me miraba de arriba abajo.

—No las tengo todas conmigo —respondí.

Resultó que sí podía, aunque no muy bien. Con su ayuda, acabé en una casa en las afueras de la ciudad. Para entonces, lo veía todo borroso y apenas era capaz de mantenerme en pie. Había otras personas allí, pero no identifiqué a ninguna. Lo único que me importaba era el dormitorio al que alguien me había llevado. Reuní fuerzas para librarme del brazo que me ayudaba a tenerme en pie y me tiré de bruces sobre la cama. Me quedé dormida al instante.

Desperté bañada por la luz del amanecer y rodeada de voces apagadas. Teniendo en cuenta todo lo que me había pasado, no me hubiese sorprendido ver a Dimitri, Tatiana o incluso a la doctora Olendzki de la academia. Pero no, lo que vi fue la cara barbuda de Abe, iluminada por una luz que hacía que sus joyas brillasen intensamente.

Por un momento, su cara se desdibujó y todo cuanto vi fueron las oscuras aguas que amenazaban con arrastrarme. Las palabras de Dimitri reverberaron en mi cabeza: «Eso es lo que debería haber dicho». Había comprendido que lo que quería oír era que me amaba. ¿Qué habría pasado si hubiésemos compartido más momentos juntos? ¿Hubiese pronunciado aquellas palabras? ¿De corazón? ¿Acaso hubiese importado?

Con la misma resolución que había reunido en el pasado, alejé las agitadas aguas de mi mente y me obligué a olvidar aquella noche mientras pudiese. Me hundiría en ella si seguía recordándola. Tenía que mantenerme a flote. Volví a ver el rostro de Abe con claridad.

—Hola, *Zmey* —dije en voz baja. No me sorprendió que estuviese allí. Sydney les habría hablado de mí a sus superiores, que a su vez habrían informado a Abe—. Me alegra ver que has venido arrastrándote hasta aquí.

Él negó con la cabeza mientras me lanzaba una mueca cargada de sarcasmo.

—Creo que tú me superas en eso de arrastrarse por los rincones. Pensaba que habías vuelto a Montana.

—La próxima vez, asegúrate de detallar más las condiciones de tus tratos. O prepárame el equipaje y mándame a Estados Unidos de una vez.

—Ah —contestó—, eso es exactamente lo que quiero hacer —no dejó de sonreír mientras hablaba pero, por algún motivo, me dio la impresión de que no estaba bromeando. Y, de pronto, dejé de temer aquel destino. Regresar a casa me empezaba a parecer una buena idea.

Mark y Oksana se situaron a su lado. Su presencia me resultó inesperada, pero bienvenida. Ellos también sonreían y en sus rostros melancólicos había también cierta calma. Me incorporé en la cama, sorprendida por el hecho de poder moverme.

—Me has curado —le dije a Oksana—. Todavía me duele, pero ya no siento que voy a morirme de un momento a otro, así que en algo he mejorado.

Ella asintió.

—Hice lo necesario para evitar el peligro más inmediato. Pensé en ocuparme de lo demás después de que despertases.

Negué con la cabeza.

—No, no. Me recuperaré por mi cuenta —no soportaba que Lissa me curase. No quería que desperdiciase sus fuerzas conmigo. Y tampoco quería sufrir los efectos secundarios del espíritu.

«Lissa...».

Me quité las sábanas de encima.

—¡Dios mío! Tengo que ir a casa ahora mismo.

Tres pares de brazos me detuvieron en seco.

—Espera —dijo Mark—. Tú no vas a ninguna parte. Oksana te ha curado un poco, pero aún te queda mucho para recuperarte del todo.

—Y todavía no nos has contado qué ha pasado —dijo Abe con los ojos entrecerrados. Necesitaba saberlo todo y los misterios que me rodeaban debían de volverle loco.

—¡No hay tiempo! Lissa está en peligro. Tengo que volver a la academia —todos los recuerdos me vinieron a la cabeza en tropel. El comportamiento errático de Lissa y sus acciones precipitadas, motivadas por una especie de coerción... una coerción a lo bestia, supongo, a juzgar por cómo Avery había sido capaz de hacer que Lissa se olvidase de mí.

—Anda, ¿así que ahora quieres volver a Montana? —exclamó Abe—. Rose, aunque hubiese un avión esperándote en la otra habitación, tardarías veinticuatro horas en llegar como mínimo. Y no estás en condiciones de ir a ninguna parte.

Moví la cabeza para despejarme e intenté ponerme en pie. Teniendo en cuenta a lo que me había enfrentado la noche anterior, aquel grupo no suponía una amenaza —bueno, tal vez Mark—, pero no era cuestión de ponerse a soltar puñetazos. Y tampoco estaba segura de lo que Abe podía llegar a hacer.

—¡No lo entendéis! Alguien intenta matar a Lissa o hacerle daño o...

La verdad era que no entendía lo que pretendía Avery. Lo único que sabía era que había estado manipulando a Lissa para que hiciese toda clase de locuras. Tenía que ser muy fuerte y tener mucha entereza no solo para llevar a cabo aquellas acciones, sino para ocultárselas a Lissa y Adrian. Incluso había creado un aura falsa para ocultar la dorada. No tenía ni idea de cómo era posible acumular semejante poder, sobre todo teniendo en cuenta la personalidad alegre pero cabal de Avery. Fuese cual fuese su plan, Lissa estaba en peligro. Tenía que hacer algo.

Saqué a Abe de la ecuación y miré lastimera a Mark y a Oksana.

—Estoy unida a ella —expliqué—. Está en peligro. Alguien quiere hacerle daño. Tengo que ir con ella... seguro que entendéis mis motivos.

Y vi en sus rostros que los entendían. También supe que, de encontrarse en mi situación, ellos hubiesen hecho exactamente lo mismo.

Mark suspiró.

—Rose... te ayudaremos a llegar hasta ella, pero ahora no podemos.

—Nos pondremos en contacto con la academia —dijo Abe con toda naturalidad—. Y que se ocupen ellos.

Vale. ¿Y cómo iban a hacerlo, exactamente? ¿Con una llamadita al director Lazar para comunicarle que su hija juerguista estaba corrompiendo y controlando a gente con sus poderes psíquicos y que tenía que encerrarla para el bien de Lissa y de todos los demás?

El hecho de que no respondiese debió de hacerles creer, sobre todo a Abe, que me habían convencido.

—Con la ayuda de Oksana, te encontrarás en condiciones de marcharte mañana —añadió—. Puedo reservar un vuelo para el día siguiente.

—¿Podrá apañárselas hasta entonces? —me preguntó Oksana con delicadeza.

—No... No lo sé... —¿qué podía hacer Avery en dos días? ¿Controlar y avergonzar a Lissa todavía más? Cosas horribles, sí, pero nada permanente o definitivo. Seguro que iba a estar bien... ¿verdad?—. Déjame ver...

Mark reaccionó abriendo sensiblemente los ojos cuando cayó en la cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Al cabo de un instante, dejé de ver la habitación porque ya no me encontraba allí. Estaba en la cabeza de Lissa. Un nuevo paisaje empezó a formarse a mi alrededor y, durante un instante, pensé que me encontraba de nuevo en el puente, contemplando las aguas negras y mi fría muerte.

Entonces caí en la cuenta de lo que estaba viendo, o más bien, de lo que estaba viendo Lissa. Se encontraba sobre el alféizar de una ventana en algún edificio del campus. Era de noche. No sabía decir de qué edificio se trataba, pero no importaba. Parecía que Lissa estaba en la quinta planta, con zapatos de tacón, riendo sobre algo mientras a sus pies se abría amenazante la tierra oscura. Oí la voz de Avery a sus espaldas.

—¡Lissa, ten cuidado! ¡No deberías estar ahí arriba!

Pero, al igual que todas sus palabras, aquellas traían un doble significado. Por un lado estaba advirtiéndole del peligro pero, por otra parte, percibí con claridad el impulso que bullía en el interior de Lissa, que le susurraba que allí estaba a salvo y que no tenía que preocuparse por nada. Era el fruto de la coerción de Avery. Entonces sentí aquel cosquilleo mental y una irritante voz.

«¿Otra vez tú?».

Me vi obligada a salir de su mente y a regresar al dormitorio en Novosibirsk. Abe se estaba volviendo loco, quizá pensaba que me había quedado catatónica, mientras Mark y Oksana intentaban explicarle lo que había ocurrido. Pestañeé y me froté la cabeza para despejarme mientras Mark respiraba aliviado.

—Se me hace más raro ver a alguien hacer eso que hacerlo yo.

—Está en peligro —dije mientras intentaba ponerme en pie de nuevo —. Está en peligro... y no sé qué hacer...

Tenían razón al decir que tendría que esperar para poder estar con Lissa. Y aunque accediese a la sugerencia de Abe y llamase a la academia... no sabía con exactitud dónde se encontraba Lissa ni si alguien me creería. Pensé en regresar a su mente para poder averiguar dónde estaba, pero Avery me sacaría de nuevo. Por lo que había llegado a sentir, Lissa no llevaba el móvil encima —menuda sorpresa—. Había normas muy estrictas sobre llevarlos en clase, así que solía dejárselo en su cuarto.

Pero conocía a alguien que lo llevaría consigo. Y que me creería.

—¿Tiene alguien un teléfono? —pregunté.

Abe me dio el suyo y marqué el número de Adrian, sorprendida por el hecho de haberlo memorizado. Adrian estaba enfadado conmigo, pero se preocupaba por Lissa. La ayudaría, por muy a malas que estuviese conmigo. Y me creería cuando le explicase que había espíritus y un plan maquiavélico de por medio.

Pero cuando me respondió una voz al otro lado de la línea, resultó ser la de su contestador y no la suya.

—Sé que me echas muchísimo de menos —dijo su alegre voz—, pero deja un mensaje e intentaré aliviar tu sufrimiento en cuanto me sea posible.

Colgué. Me sentía perdida. De pronto, miré a Oksana mientras me venía a la cabeza una locura.

—¿Puedes... puedes hacer eso que... eso de meterte en la mente de alguien y tocar sus pensamientos, verdad? Como hiciste conmigo.

Ella respondió con una mueca.

—Sí, pero no es algo que me guste hacer. No creo que esté bien.

—¿Puedes dirigir mentalmente las acciones de alguien?

Reaccionó aún más disgustada.

—Bueno, sí, por supuesto... en principio viene a ser lo mismo. Pero entrar en la mente de alguien es una cosa y obligarle a que haga algo que normalmente no querría ya es otra cosa muy distinta.

—Mi amiga está a punto de hacer algo muy peligroso —dije—. Podría matarse. La están obligando, pero no puedo hacer nada. Nuestro vínculo me impide influir en ella. Solo puedo mirar. Si pudieses adentrarte en la mente de mi amiga y alejarla del peligro...

Oksana negó con la cabeza.

—Aunque no discutiésemos si es correcto o no, no puedo entrar en la mente de alguien que no está aquí... y mucho menos en la de alguien a quien no conozco.

Me pasé los dedos por el pelo mientras el pánico empezaba a adueñarse de mí. Ojalá Oksana supiese caminar en los sueños. Eso al menos le permitiría utilizar sus talentos a distancia. Todos aquellos poderes espirituales parecían independientes entre sí, cada uno con un molesto requisito distinto: alguien capaz de caminar en sueños debería ser capaz de dar un paso más y visitar a alguien despierto.

Me vino a la cabeza una idea todavía más descabellada. Aquel sí que estaba siendo un día productivo.

—Oksana... puedes entrar en mi mente, ¿verdad?

—Sí —confirmó.

—Si yo... si yo estuviese en la mente de mi amiga, ¿podrías acceder a su mente a través de la mía? ¿Podría ser el vínculo entre vosotras dos?

—Nunca había oído nada igual —murmuró Mark.

—Porque nunca hemos contado con tantas personas con poderes espirituales y bendecidas por la sombra —observé.

Abe, como era de esperar, parecía completamente perdido.

La expresión de Oksana se ensombreció.

—No sé...

—O funciona, o no —dije yo—. Si no funciona, no habrá pasado nada. Pero si puedes llegar hasta ella a través de mí... puedes controlar sus actos —iba a empezar a hablar, pero la interrumpí—. Lo sé, lo sé... crees que está mal. Pero esa otra persona capaz de utilizar el espíritu... Ella sí que es mala. Lo único que tienes que hacer es que Lissa quede fuera de peligro. ¡Está a punto de saltar por una ventana! Detenla; ya tendremos tiempo de arreglar las cosas con ella más adelante.

Y por arreglar las cosas me refería a dejarle un ojo morado de recuerdo a Avery en su cara bonita.

Durante mi extraña vida, me había acostumbrado a que la gente —sobre todo los adultos— rechazasen mis extravagantes ideas y

observaciones. Me costó muchísimo convencer a la gente de que Victor había secuestrado a Lissa y tampoco me resultó fácil hacer que los guardianes me creyesen cuando les dije que estaban atacando la academia. Así que cuando me encontraba con situaciones como aquella, una parte de mí casi esperaba hallar resistencia. Pero la cuestión era que, por muy cuerdos que estuviesen, Oksana y Mark habían estado utilizando el espíritu para luchar durante la mayor parte de sus vidas. No era raro que viesen las locuras con buenos ojos. Pasado un rato, ella dejó de discutir.

—Muy bien —dijo—. Dame las manos.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Abe, confundido.

Disfruté un poco al ver que, por una vez, estaba fuera de su elemento.

Mark le murmuró algo a Oksana en ruso y la besó en la mejilla. Le estaba advirtiendo que tuviese cuidado, que su decisión no fuese su perdición. Sé que querría lo mismo si ella se encontrase en el lugar de Lissa. El amor que dejaron entrever era tan profundo y fuerte que estuvieron a punto de quitárseme las ganas de llevar a cabo aquel plan. Aquel amor me recordó el que sentíamos Dimitri y yo y, si pensaba en ello durante un segundo más, iba a revivir la noche anterior...

Estreché las manos de Oksana y se me hizo un nudo en el estómago. No me gustaba la idea de que hubiese alguien en mi mente, aunque fuese un sentimiento un tanto hipócrita para alguien que no hacía más que meterse en la mente de su mejor amiga. Oksana me lanzó una tenue sonrisa, aunque era obvio que estaba tan nerviosa como yo.

—Lo siento —dijo—. No me gusta hacerle esto a la gente.

Y entonces sentí el mismo efecto que cuando Avery me expulsaba de la mente de Lissa. Era la sensación física de que alguien me tocaba el cerebro. Tomé aire sin dejar de mirar a los ojos de Oksana, mientras me invadían unas oleadas de frío y calor. Oksana estaba ya en mi mente.

—Ahora, a por tu amiga —dijo ella.

Y eso hice. Centré mis pensamientos en Lissa y descubrí que seguía de pie sobre el alféizar de la ventana. Estaba mejor allí que en el suelo, pero aún quería convencerla para que volviese a su habitación antes de que le pasase algo malo. Sin embargo, aquella no iba a ser mi tarea. Yo solo era el taxi, por así decirlo. Oksana iba a ser la que convenciese a Lissa para que bajase de la repisa, aunque no había modo de saber que venía conmigo.

Cuando salté a la mente de Lissa, perdí todo contacto con Oksana. La sensación desapareció de repente.

«¿Oksana?», pensé. «¿Estás ahí?».

No hubo respuesta... de Oksana, por lo menos. La respuesta llegó de una fuente inesperada.

«¿Rose?».

Era la voz de Lissa la que hablaba en mi mente. Se detuvo por completo en la ventana y dejó de reír con Avery. Sentí el terror y la confusión de Lissa al preguntarse si se lo estaba imaginando. Echó un vistazo a la habitación y sus ojos repararon en Avery. Esta comprendió qué estaba sucediendo y su expresión se tornó hosca. Noté aquella sensación familiar que dejaba su presencia en la mente de Lissa y no me sorprendí cuando Avery intentó expulsarme de nuevo.

Solo que aquella vez... no funcionó.

Cada vez que Avery me había expulsado, sentía un empujón real. Pero en aquella ocasión parecía como si hubiese sido ella quien se golpease contra una pared. Yo ya no era tan fácil de manipular. Oksana aún seguía conmigo, prestándome su fuerza. Avery todavía se encontraba a la vista de Lissa, y vi aquellos adorables ojos gris azulado abrirse por completo cuando comprendió que no podía controlarme.

«Vaya», pensé. «¡Te vas a enterar, zorra!».

«¿Rose?». Era la voz de Lissa de nuevo. «¿Me estoy volviendo loca?».

«Aún no. Pero tienes que bajar ahora mismo. Creo que Avery intenta matarte».

«¿Matarme?». Podía percibir la incredulidad de Lissa. «Ella nunca haría algo así».

«Mira, ahora no vamos a discutir. Tú baja de la ventana y punto».

Sentí el impulso de Lissa, cómo cambiaba de posición y empezaba a bajar uno de los pies. Entonces fue como si una parte fundamental de ella la detuviese. Su pie se detuvo a mitad de camino... y empezó a temblar.

Aquello era cosa de Avery. Me pregunté si Oksana, que permanecía entre las bambalinas de aquella unión, podría contrarrestar aquella orden. No, Oksana no podía tomar parte. Sus poderes espirituales habían conseguido que me pusiese en contacto con Lissa, pero su actitud era completamente pasiva. Yo esperaba ser el puente a través del cual Oksana accedería a la mente de Lissa para controlarla. Sin embargo, la situación había cambiado por completo y yo no tenía poder alguno sobre sus actos. Mis únicas armas eran una astucia legendaria y mi capacidad de persuasión.

«Lissa, tienes que enfrentarte a Avery», dije. «Es capaz de controlar el espíritu y te está manipulando. Eres una de las controladoras más poderosas que conozco. Deberías poder combatirla».

Me respondió con miedo.

«No puedo... no puedo concentrarme».

«¿Por qué no?»

«Porque he estado bebiendo».

Protesté para mis adentros. Por supuesto. Por eso Avery se había dado tanta prisa en comprarle alcohol a Lissa. Afectaba a su espíritu, como había quedado claro durante los numerosos abusos de Adrian. Avery la había empujado a beber para que las habilidades espirituales de Lissa se debilitasen y no opusiesen tanta resistencia. Eran muchas las ocasiones en las que Lissa no había sabido calcular cuánto había bebido Avery; visto en perspectiva, Avery había estado fingiendo todo este tiempo.

«Pues usa tu fuerza de voluntad», le dije. «Es posible resistirse a la coerción».

Y era verdad. La coerción no te garantizaba dominar el mundo. Algunas personas resistían mejor que otras, aunque siempre era más difícil zafarse de un strigoi o de alguien capaz de utilizar el espíritu.

Sentí cómo aumentaba la resolución de Lissa, cómo repetía mis palabras una y otra vez, insistiendo para sí en que tenía que ser fuerte y bajar del alféizar. Se esforzó por quitarse de encima aquel impulso que Avery había sembrado en ella y, sin saberlo, de pronto me encontré arrancándolo de su mente junto a ella. Lissa y yo unimos nuestras fuerzas para sacar a Avery de allí.

En el mundo físico, Avery y Lissa se miraban fijamente mientras el combate psíquico seguía su curso. El rostro de Avery revelaba una férrea concentración que de pronto se vio sustituida por una expresión de asombro. Había caído en la cuenta de que yo también estaba luchando. Entrecerró los ojos y, cuando habló, fue a mí a quien se dirigió y no a Lissa.

—Mira —siseó Avery—, ni se te ocurra hacer tonterías conmigo.

¿Ah, no?

Sentí una ráfaga de calor y la sensación de que algo se aferraba a mi mente. Solo que no era Oksana. Era Avery, y estaba investigando a fondo entre mis pensamientos y recuerdos. Entendí entonces a lo que se refería Oksana cuando describía el proceso como invasivo, una violación. No solo

era ver a través de los ojos de otra persona; era espiar sus pensamientos más íntimos.

Y entonces, el mundo que me rodeaba se disolvió. Aparecí en una habitación que no reconocía. Por un momento, pensé que me encontraba de nuevo en la mansión de Galina. Desde luego, tenía el mismo aspecto opulento y caro. Pero no. Después de fijarme durante unos segundos, caí en la cuenta de que no se trataba de aquel lugar. Los muebles eran diferentes. Hasta el aspecto general era distinto. La casa de Galina era preciosa, pero en ella reinaba un ambiente frío e impersonal. Aquel lugar invitaba a ser descubierto y estaba muy bien cuidado. Sobre un sofá capitoné, en uno de sus rincones, había un edredón arrebujado, como si alguien —acompañado— hubiese estado haciendo algo debajo. Y aunque la habitación no estuviese lo que se dice desordenada, había objetos esparcidos —libros, fotografías enmarcadas— que indicaban que aquel no era un cuarto de exposición, sino que en él vivía gente.

Caminé hasta una pequeña estantería y tomé una de las fotos enmarcadas. Estuvo a punto de caérseme de las manos cuando comprobé quiénes aparecían en ella. En aquella foto estábamos Dimitri y yo... pero no recordaba haberla visto nunca. Estábamos abrazados, con las caras juntas para asegurarnos de que ambos salíamos en la foto. Yo sonreía de oreja a oreja y él también lucía una alegre sonrisa, una que rara vez le había visto esbozar. Suavizaba la típica expresión agresiva de sus rasgos y le daba un aspecto más sexy del que nunca había imaginado. Un mechón de su suave pelo castaño se le había escapado de la coleta y caía sobre su mejilla. A nuestras espaldas se alzaba una ciudad que reconocí de inmediato: San Petersburgo. Fruncí el ceño. No, aquella foto no podía existir.

Aún la estaba estudiando cuando oí a alguien adentrarse en la habitación. Cuando comprobé quién era, me dio un vuelco el corazón. Dejé la foto en la estantería mientras me temblaban las manos y retrocedí unos pasos.

Era Dimitri.

Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta roja que resaltaba su complexión musculosa a la perfección. Tenía el pelo suelto y un poco húmedo, como si acabase de salir de la ducha. Sostenía dos tazas y se echó a reír en voz baja al verme.

—¿Aún no te has vestido? —preguntó negando con la cabeza—. Van a llegar de un momento a otro.

Miré hacia abajo y comprobé que llevaba puesto un pantalón de pijama de franela a cuadros y una camiseta de tirantes. Me ofreció una taza y la acepté, pues estaba tan asombrada que era lo único que se me ocurrió hacer. Observé su contenido —chocolate caliente— y después volví mi mirada hacia él. Sus ojos no estaban rojos y en su cara no se reflejaba el mal, sino una hermosa calidez y afecto. Era mi Dimitri, al que había amado y que tanto me había protegido. Con su corazón y su alma puros.

—¿Quiénes... quiénes van a venir? —pregunté.

—Lissa y Christian. Van a venir a tomar algo —me miró sorprendido —. ¿Te encuentras bien?

Eché un vistazo a mi alrededor para fijarme en aquella acogedora habitación. A través de una ventana, vi un patio trasero lleno de árboles y flores. La luz del sol se proyectaba sobre la alfombra. Me volví hacia él y negué con la cabeza.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos?

Su expresión confundida se tornó severa. Avanzó hacia mí, me quitó la taza y dejó las dos sobre una balda. Apoyó las manos en mis caderas y yo reaccioné con un respingo, pero no me aparté... ¿cómo iba a apartarme, con lo que se parecía al Dimitri que había conocido?

—Es nuestra casa —dijo mientras me acercaba hacia él—, en Pensilvania.

—Pensilvania... ¿es que estamos en la Corte Real?

Él se encogió de hombros.

—A unos kilómetros.

Yo negué con la cabeza lentamente.

—No... eso no es posible. No podemos vivir juntos. Y menos tan cerca de otras personas. Nunca nos lo permitirían —si por un casual Dimitri y yo viviésemos juntos, tendríamos que hacerlo en secreto... en algún lugar remoto, como Siberia.

—Tú te empeñaste —dijo con una pequeña sonrisa—. Y a nadie le importa. Lo aceptan. Además, fuiste tú la que dijo que teníamos que vivir cerca de Lissa.

Me daba vueltas la cabeza. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía ser? ¿Cómo iba a vivir con Dimitri, y menos tan cerca de unos moroi? Aquello no estaba bien... y, sin embargo, todo encajaba. Eché un vistazo a mi alrededor y sentí que aquel lugar era mi casa. Podía sentir el amor que

reinaba allí, la conexión entre Dimitri y yo. Pero... ¿cómo iba a ser Dimitri? ¿No debía estar haciendo otra cosa? ¿No debía estar en otra parte?

—Eres un strigoi —dije al fin—. No... Estás muerto. Yo te maté.

Él deslizó un dedo sobre mi mejilla sin dejar de sonreír.

—¿Te parezco muerto? ¿Te parezco un strigoi?

No. Tenía un aspecto magnífico, sensual y fuerte. Era todo cuanto recordaba, todo cuanto amaba.

—Pero estabas... —callé, confundida. No, aquello no tenía sentido. Tenía que hacer algo, pero no podía recordar qué—. ¿Qué ha pasado?

Su mano regresó a mis caderas y me acercó hasta envolverme con su cuerpo en un fuerte abrazo.

—Me salvaste —susurró a mi oído—. Tu amor me salvó, Roza. Me trajiste de vuelta para que pudiésemos estar juntos.

¿Eso había hecho? Tampoco lo recordaba. Pero todo parecía real y maravilloso. Echaba de menos sentir sus brazos rodeándome. Me había abrazado siendo un strigoi, pero nunca me había sentido así. Y cuando se acercó a mí y me besó, supe con toda claridad que no era un strigoi. No sabía cómo había podido engañarme tanto a mí misma en casa de Galina. Su beso estaba vivo. Me quemaba el alma y, mientras mis labios se apretaban con pasión contra los suyos, sentí una conexión que me decía que él era la única persona que debía estar conmigo.

Solo que no podía quitarme de encima la sensación de que yo no debía estar allí. Pero, ¿dónde si no? Lissa... Algo que tenía que ver con Lissa...

Puse fin a su beso pero no a su abrazo. Mi cabeza reposó sobre su pecho.

—¿De verdad te salvé?

—Tu amor era demasiado fuerte. Nuestro amor era demasiado fuerte. Ni siquiera los no muertos pueden separarnos.

Quería creerlo. Con desesperación. Pero aquella voz aún rondaba por mi cabeza. Lissa... ¿Qué pasaba con Lissa? Entonces lo recordé: Lissa y Avery. Tenía que salvar a Lissa de Avery. Me aparté con fuerza de Dimitri, que se me quedó mirando con expresión confundida.

—¿Qué haces?

—Esto no es real —dije—. Es un truco. Todavía eres un strigoi. No podemos estar juntos... y menos aquí, entre los moroi.

—Claro que podemos —vi su dolor en aquellos ojos marrones y me sentí morir—. ¿No quieres estar conmigo?

—Tengo que volver con Lissa...

—Déjala —dijo mientras se aproximaba a mí—. Déjalo todo. Quédate aquí conmigo... podemos tener todo aquello que siempre quisimos, Rose. Podemos estar juntos todos los días, despertarnos juntos cada mañana.

—No —di otro paso atrás. Sabía que, si no lo hacía, me volvería a besar, y entonces estaría perdida del todo. Lissa me necesitaba. Lissa estaba atrapada. Recordaba más detalles sobre Avery a cada segundo que pasaba. Todo aquello no era más que una ilusión.

—¿Rose? —preguntó él. Había tanto dolor en su voz—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento —dije, a punto de echarme a llorar. Lissa. Tenía que llegar hasta Lissa—. Esto no es real. Estás muerto. Tú y yo no podemos estar juntos, pero aún puedo ayudarla a ella.

—¿La quieres más que a mí?

Lissa me había preguntado prácticamente lo mismo al marcharme para ir a por Dimitri. Estaba condenada a tener que elegir entre los dos.

—Os quiero a los dos —respondí.

Y después de pronunciar aquellas palabras, reuní toda mi fuerza de voluntad para regresar con Lissa, dondequiera que estuviese, y alejarme de aquella fantasía. Para ser sincera, hubiese estado dispuesta a pasar el resto de mis días en aquel mundo irreal, viviendo con Dimitri en aquella casa, despertándome a su lado cada mañana tal como él había dicho. Pero no era real. Era demasiado fácil y, si estaba aprendiendo algo, era precisamente que la vida no era fácil.

El esfuerzo fue terrible pero, de pronto, me encontré de vuelta en aquella habitación de St. Vladimir. Me centré en Avery, que estaba observándonos a Lissa y a mí. Había extraído el recuerdo que más me atormentaba en un intento por confundirme y alejarme de Lissa mediante una fantasía de aquello que más deseaba en el mundo. Yo me había librado de la trampa de Avery y me sentí orgullosa, pese a lo que me dolía. Quise poder comunicarme directamente con ella para hacerle un par de comentarios sobre lo que pensaba de su persona y de sus jueguecitos. Pero no podía, así que uní una vez más mi fuerza de voluntad a la de Lissa y, juntas, empezamos a bajar del alféizar hasta llegar al suelo de la habitación.

Avery estaba sudando. Cuando comprendió que había perdido aquella batalla psíquica, su precioso rostro se tornó de lo más feo.

—Muy bien —dijo—. Hay formas más sencillas de matarte.

De pronto, Reed entró en la habitación, hostil. Yo no sabía de dónde venía o cómo se le había ocurrido aparecer allí en aquel preciso instante, pero fue directo hacia Lissa con los brazos extendidos al frente. La ventana seguía abierta a sus espaldas, así que no hacía falta ser un genio para deducir sus intenciones. Avery había intentado manipular a Lissa para que saltase; Reed iba a empujarla.

Lissa y yo intercambiamos una conversación mental durante un segundo.

«Vale», le dije yo. «Vamos a hacer lo siguiente: quiero que cambiemos los roles».

«¿De qué hablas?». Se encontraba muerta de miedo, lo cual era comprensible teniendo en cuenta que Reed estaba a punto de echársele encima.

«Hasta ahora me he ocupado de luchar en el plano psíquico. Ahora te toca pelear en el físico. Y voy a enseñarte a hacerlo».

Veintiocho

LISSA no tuvo que decir nada para expresar su sorpresa. La sensación de absoluta sorpresa que me transmitió valía más que cualquier palabra. Yo, sin embargo, sí que tenía una palabra muy importante que decirle:

«¡Agáchate!».

Creo que fue la sorpresa lo que le hizo reaccionar tan deprisa. Se tiró al suelo. Su movimiento fue torpe, pero esquivó a Reed y se apartó lo suficiente de la ventana. Él la golpeó en el hombro y en la sien, pero el impacto solo le hizo un poco de daño.

Por supuesto, «un poco de daño» significaba dos cosas completamente distintas para nosotras. A Lissa la habían torturado en un par de ocasiones, pero casi todas sus batallas se libraban en el plano mental. Nunca había participado en una confrontación física. Chocar contra una pared era algo cotidiano para mí, pero para ella, el menor golpe en la cabeza le resultaba monumental.

«Aléjate», le ordené. «Aléjate de él y de la ventana. Dirígete a la puerta si puedes».

Lissa empezó a avanzar a cuatro patas, pero era demasiado lenta. Reed la agarró del pelo. Me sentía como cuando jugábamos al teléfono. Entre el tiempo que tardaba en indicarle qué hacer y el que tardaba ella en responder, era como si transmitiese el mensaje a través de cinco personas antes de que le llegase. Me hubiese gustado controlar su cuerpo como el de un títere, pero yo no era capaz de utilizar el espíritu.

«Te va a doler, pero date la vuelta como puedas y pégale».

Y vaya si le dolió. Al dar la vuelta, el pelo se le retorció de un modo todavía más doloroso. Sin embargo, no se amilanó y logró quitarse a Reed de encima. Sus golpes no eran tan coordinados como esperaba, pero lo pillaron desprevenido y le soltó el pelo para poder defenderse. Entonces, me fijé en que él tampoco parecía muy ágil. Era más fuerte que ella, pero era obvio que no sabía cómo pelear ni cómo utilizar su peso en cada golpe. No estaba preparado para meterse en una pelea, había aparecido para tirarla por la ventana y nada más.

«Escapa si puedes. Escapa si puedes».

Gateó por el suelo pero, por desgracia, no tenía el camino despejado hacia la puerta. Retrocedió hacia el fondo de la habitación hasta tocar una silla con la espalda.

«Agárrala y pégale con ella».

Era fácil decirlo. Reed se abalanzó sobre Lissa, intentó sujetarla del pelo y levantarla por la fuerza. Ella agarró la silla e hizo lo posible por interponerla entre su agresor y ella. A mí me hubiese gustado que la levantase y le pegase, pero a Lissa no parecía resultarle tan sencillo. Sin embargo, logró ponerse en pie y mantenerlo a distancia con la silla. Le ordené que siguiese pegándole hasta hacer que se marchase. Funcionó hasta cierto punto, pero no era lo bastante fuerte como para hacerle daño.

Mientras tanto, esperaba que Avery se uniese a la pelea de un momento a otro. No le hubiese costado ayudar a Reed para someter a Lissa. Sin embargo, por el rabillo del ojo de Lissa vi a Avery sentada, inmóvil, con la mirada perdida y ausente. Vale, me pareció raro, pero no me importó que no participase.

Lissa y Reed estaban en tablas y era yo quien debía poner fin al empate.

«Estás a la defensiva», le dije. «Tienes que atacarle».

Por fin obtuve una respuesta directa.

«¿Cómo? ¡No puedo hacer eso! ¡No tengo ni idea!».

«Yo te enseñaré. Dale una patada... entre las piernas, a poder ser. Con eso basta para tumbar a la mayoría de los tíos».

Intenté transmitírselo sin palabras, enseñándole el modo correcto de tensar los músculos y lanzar el golpe. Se armó de valor y apartó la silla de en medio para que nada se interpusiese entre Reed y ella. Lo pilló desprevenido. No acertó en la diana, pero le golpeó en la rodilla, que tampoco estaba mal. Reed trastabilló al recibir el golpe y solo consiguió mantenerse en pie apoyándose en la silla, que estuvo a punto de volcarse, lo cual no le benefició lo más mínimo.

Lissa no necesitó que la apremiase a correr hacia la puerta... pero alguien se encontraba delante. Simon acababa de entrar. Por un momento, Lissa y yo nos sentimos aliviadas. ¡Un guardián! Los guardianes eran de fiar. Los guardianes nos protegían. Solo que aquel guardián en particular trabajaba para Avery, y pronto quedó claro que sus servicios iban más allá de mantenerla a salvo de los strigoi. Caminó hacia Lissa y, sin dudar, la arrastró sin miramientos hacia la ventana.

No supe cómo ayudarla. Había sido una buena entrenadora a la hora de enseñarle a defenderse de un adolescente pero, ¿un guardián? Y el adolescente en cuestión se había recuperado y se había unido a Simon para rematar la faena.

«¡Manipúlalo mentalmente!».

Fue mi único consejo, a la desesperada. Era la especialidad de Lissa. Por desgracia, pese a que el alcohol que había bebido antes ya no le afectaba a la coordinación, todavía le impedía controlar el espíritu. Podía acceder a su poder, pero solo hasta cierto punto. Su control sobre él también era muy pobre. No obstante, su resolución sí era fuerte. Extrajo toda la energía posible del espíritu y la canalizó para manipular a su objetivo. No pasó nada. Entonces fue cuando sentí aquella extraña sensación en la cabeza. Al principio pensé que Avery había vuelto a intervenir, pero en vez de sentir que alguien accedía a mi interior, fue como si alguien me atravesase.

El poder de Lissa se desató y entonces comprendí lo que había pasado. Oksana seguía ahí, en un segundo plano, y estaba dándole fuerzas a Lissa, canalizando su poder a través de mí. Simon se detuvo de un modo casi divertido: tembló un poco y se balanceó de atrás hacia delante mientras intentaba avanzar hacia ella y dar por concluida su tarea. Era como si estuviese flotando en gelatina.

Lissa no se atrevió a moverse por miedo a perder el control. Por otra parte, a Reed no lo estaba manipulando, pero parecía demasiado confundido al ver lo que le estaba ocurriendo a Simon como para reaccionar.

—¡No puedes matarme! —dijo Lissa—. ¿Es que no se te ha ocurrido que la gente empezará a hacerse preguntas cuando vean que he saltado por la ventana?

—No se darán cuenta —dijo Simon con esfuerzo. Le costaba hasta articular palabra—, porque resucitarás. Y, si no puedes, entonces habrá sido un trágico accidente que habrá acabado con la vida de una chica problemática.

Lenta, muy lentamente, empezó a librarse de la manipulación. El poder de Lissa, pese a seguir activo, estaba perdiendo fuerza, como si tuviese una fuga. Sospeché que podía deberse a la influencia de Avery o, simplemente, a la fatiga mental de Lissa. Quizá a ambas. El rostro de Simon articuló un gesto de absoluta satisfacción cuando se lanzó hacia delante, y entonces...

Se detuvo de nuevo.

Un aura dorada y brillante resplandeció en torno a Lissa. Miró hacia la puerta y vio a Adrian en el umbral. La expresión en su rostro era cómica pero, estuviese o no sorprendido, había sido capaz de detener a Simon. Era Adrian el que estaba conteniendo al guardián. Lissa escapó para intentar alejarse de aquella dichosa ventana abierta.

—¡Retenlo! —gritó Lissa.

Adrian puso mala cara.

—No... puedo. ¿Qué demonios pasa? Es como si hubiese alguien más ahí...

—Es Avery —dijo Lissa mientras lanzaba una breve mirada a la otra chica. El rostro de Avery se había tornado pálido hasta para una moroi. Respiraba con dificultad y sudaba cada vez más. Estaba combatiendo el poder de Adrian. Unos segundos después, Simon se liberó de nuevo. Se dirigió hacia Lissa y Adrian, aunque sus movimientos parecían lentos y pesados.

«¡Me cago en la puta!», pensé.

«¿Y ahora qué?», preguntó Lissa.

«Reed. Ve a por Reed. Que deje de molestar».

Reed se había quedado petrificado durante el combate con Simon, observando el desenlace casi sin pestañear. Y al igual que los del guardián, los movimientos de Reed parecían un poco torpes. Sin embargo, él también se estaba dirigiendo hacia Lissa. Parecía que Simon había decidido que Adrian era la amenaza más inmediata e iba a por él. Era el momento de comprobar si funcionaba aquello de «divide y vencerás».

«¿Y qué hay de Adrian?», preguntó Lissa.

«Vamos a tener que dejar que se las apañe solo durante un rato. Ve a por Reed. Noquéalo».

«¿Cómo?».

Pero ella ya estaba dirigiéndose hacia él, caminando con una determinación que me enorgulleció. El rostro de Reed reflejaba toda su agresividad. Estaba furioso y era demasiado confiado, aunque reaccionaba con lentitud y sus movimientos eran desgarbados. Una vez más, intenté hacerme entender solo con palabras. No podía manejar a Lissa a mi antojo, pero intenté que aprendiese a dar un puñetazo: preparar el brazo, recoger los dedos e imprimir fuerza en el golpe. Después de cómo la había visto pelear antes, no esperaba más que algo parecido a un puñetazo, lo bastante como para mantener a su rival a distancia y retrasar su ataque.

Y entonces ocurrió algo realmente maravilloso.

Lissa le atizó en toda la nariz. De pleno. Ambas oímos el golpe y cómo se le rompía la nariz. Reed empezó a sangrar, cayó hacia atrás y Lissa retrocedió para contemplar su caída con los ojos como platos. Nunca hubiese pensado que Lissa —la dulce, delicada y hermosa Lissa— sería capaz de algo así.

Quería gritar y bailar de alegría, pero aquello aún no había terminado.

«¡No pares! Vuelve a pegarle. ¡Tienes que noquearlo!».

«¡Ya está!», gritó, aterrada por lo que había hecho. Además, el puño le dolía muchísimo. No le había mencionado aquel detalle durante mi instrucción.

«No, tienes que incapacitarlo», dije. «Creo que Avery y él están conectados, y creo que ella le está robando las fuerzas». Tenía sentido: por eso se detenía cada vez que Avery extraía su poder para usar la coerción, por eso sabía que tenía que aparecer en el momento justo. Avery había utilizado su vínculo para hacerle llegar hasta allí.

Así que Lissa fue a por Reed de nuevo. Le pegó dos puñetazos más, uno de los cuales hizo que él se golpease la cabeza contra la pared. Abrió la boca y sus rasgos se relajaron. Cayó al suelo con la mirada perdida. No sabría decir si estaba inconsciente del todo pero, de momento, se hallaba fuera de combate. Oí que Avery profería un grito.

Lissa se volvió hacia Adrian y Simon. Adrian había abandonado sus intentos de manipulación porque Simon acababa de pasar al ataque. El rostro de Adrian revelaba que se había llevado unos cuantos golpes y deduje que, al igual que Lissa, nunca había participado en aquella clase de combate físico. Sin que yo la dirigiese, Lissa se encaminó hacia ellos y activó sus poderes de manipulación. Simon reaccionó sorprendido, sin interrumpir su ataque, pero pillado con la guardia baja. Lissa seguía débil, pero las barreras que rodeaban a su objetivo habían cedido un poco, tal como esperaba.

—¡Ayúdame! —gritó.

Adrian aprovechó la momentánea reacción de Simon y contribuyó a la pelea con sus poderes del espíritu. Lissa sintió y vio el cambio en su aura a medida que la magia fluía a través de él. Sintió que se unía a ella en su ataque psíquico sobre Simon y, al cabo de un instante, percibí que Oksana entraba en el combate. Quise hacer de general y dar órdenes, pero aquella ya no era mi batalla.

Simon abrió los ojos y cayó de rodillas. Lissa podía sentir a sus dos compañeros —reaccionó con cierta sorpresa a la presencia de Oksana— y tuvo la vaga impresión de que cada uno le estaba haciendo algo distinto a Simon.

Mi amiga trataba de detener su ataque, detenerlo y nada más. Su breve contacto con la magia de Adrian le indicó que este intentaba dormir al guardián, mientras Oksana pretendía hacerlo huir de la habitación.

Los mensajes opuestos y el poder vertido sobre él fueron demasiado. La última defensa de Simon cayó cuando aquellas instrucciones contradictorias llegaron a su cerebro y crearon una ola de espíritu. Se desplomó sobre el suelo. Gracias a la magia combinada, habían conseguido dejarlo inconsciente. Lissa y Adrian se volvieron hacia Avery, alerta, pero no hizo falta.

En cuanto el espíritu alcanzó a Simon, Avery empezó a gritar. Y no paró. Se apretó las sienes y su voz se tornó terrible y desgarradora. Lissa y Adrian intercambiaron miradas, sin saber muy bien cómo reaccionar ante aquel nuevo giro de los acontecimientos.

—Por el amor de Dios —jadeó Adrian, exhausto—. ¿Cómo hacemos que se calle?

Lissa no lo sabía. Contempló la posibilidad de acercarse a Avery e intentar ayudarla, pese a todo lo que había pasado. Pero al cabo de unos segundos, Avery se calmó. No se desmayó como sus compañeros. Solo se quedó sentada, mirando al infinito. Su rostro ya no reflejaba la expresión perdida que mostraba mientras manejaba el espíritu. No reflejaba nada. Como si en su interior no hubiese nada.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó Lissa.

Tuve que responder.

«El espíritu ha pasado en tromba de Simon a ella. Y la ha dejado frita».

«¿Cómo ha podido pasar de Simon a ella?». Lissa estaba asustada.

«Porque están vinculados».

«¡Dijiste que estaba vinculada a Reed!».

«También. Está vinculada a los dos».

Lissa había estado demasiado distraída mientras luchaba por salvar su vida, pero yo fui capaz de percibir las auras de todos los presentes a través de sus ojos.

Avery, que ya no camuflaba la suya, poseía una dorada, como las de Adrian y Lissa. Las de Simon y Reed eran casi idénticas, con colores ordinarios... rodeados de negro. Habían sido bendecidos por la sombra, traídos de entre los muertos por Avery.

Lissa no hizo más preguntas y cayó en brazos de Adrian. No era nada romántico, sino simplemente la necesidad mutua de estar junto a un amigo.

—¿Por qué has venido? —le preguntó ella.

—¿Estás de broma? ¿Cómo no iba a venir? Todo el espíritu que estabais utilizando era como una bengala. Lo percibí desde la otra punta del campus —miró a su alrededor—. Tengo muchísimas preguntas.

—Yo también —murmuró.

«Tengo que irme», le dije a Lissa. Me dio un poco de pena tener que abandonarlos.

«Te echo de menos. ¿Cuándo volverás?».

«Pronto».

«Gracias. Gracias por estar ahí».

«Siempre». Sospeché que mi cuerpo físico estaba sonriendo. «¿Lissa? Dile a Adrian que estoy orgullosa de él».

La habitación de la academia desapareció. Me encontré de nuevo sentada sobre una cama al otro lado del mundo. Abe me miraba preocupado. Mark también estaba atento, pero solo tenía ojos para Oksana, que descansaba a mi lado. Tenía un aspecto parecido al de Avery, pálido y sudoroso. Mark le estrechaba la mano con nerviosismo, aterrado.

—¿Estás bien?

Ella sonrió.

—Solo estoy cansada. Todo irá bien.

Quise abrazarla.

—Gracias —dije jadeando—. Muchas gracias.

—Me alegro de haber sido de ayuda —dijo ella—. Pero espero no tener que volver a hacerlo. Ha sido... muy raro. No estoy segura de qué papel he jugado.

—Yo tampoco —había sido una experiencia extraña. A veces parecía que Oksana estaba allí, luchando codo con codo con Lissa y los demás. Otras, me daba la impresión de que Oksana se había fusionado conmigo. Sentí un escalofrío. Demasiadas mentes juntas.

—La próxima vez tendrás que estar a su lado —dijo Oksana—. En el mundo real.

Eché un vistazo a mis manos, confundida e insegura. El anillo de plata me devolvió un destello. Me lo quité y se lo entregué a Oksana.

—Este anillo me salvó. ¿Puede curarte después de lo que has experimentado?

Lo sostuvo en su mano un rato antes de devolvérmelo.

—No, pero como ya te he dicho, me recuperaré. Yo me curo bastante rápido.

Era cierto. Había visto a Lissa curarse en un santiamén; formaba parte del manejo del espíritu. Contemplé el anillo y me vino a la cabeza una idea truculenta. Era una idea que se me había ocurrido mientras iba con la pareja de ancianos hacia Novosibirsk, cuando perdía el conocimiento a ratos.

—Oksana... un strigoi tocó el anillo. Y, por un instante, mientras lo tocaba, fue como... bueno, seguía siendo un strigoi, sin duda. Pero mientras lo sostenía, también parecía el de antes.

Oksana no respondió inmediatamente. Levantó la vista en dirección a Mark e intercambiaron miradas durante un buen rato. Él se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No —dijo él—. No son más que cuentos de hadas.

—¿Cómo? —exclamé. Los miré a ambos—. Si sabéis algo sobre esto, sobre los strigoi, ¡tenéis que contármelo!

Mark dijo algo en ruso, con un severo tono de advertencia. Oksana parecía igual de firme.

—No es nuestra labor ocultar información —replicó. Se volvió hacia mí con expresión grave—. ¿Mark te habló del moroi con el que nos encontramos hace mucho, que podía utilizar el espíritu?

—Sí —contesté, asintiendo con la cabeza.

—Me contaba muchas historias; aunque creo que la mayoría eran falsas. Pero una de ellas... bueno, decía que le había devuelto la vida a un strigoi.

Abe, que había permanecido en silencio hasta entonces, carraspeó.

—Eso sí que es un cuento de hadas.

—¿Qué? —la cabeza me daba vueltas—. ¿Cómo?

—No lo sé. Nunca dio demasiados detalles y estos cambiaban a menudo. Estaba empezando a perder la cabeza y creo que se inventaba la mitad de lo que decía —explicó ella.

—Está loco —dijo Mark—. No era cierto. No te creas las fantasías de un demente. No las tengas en cuenta. No dejes que se conviertan en tu

próxima misión de justiciera. Tienes que volver con tu vinculada.

Tragué saliva mientras todos los sentimientos del mundo se revolvían en mi estómago. ¿Sería cierto? ¿Podía alguien que fuera capaz de utilizar el espíritu devolver a un strigoi a la vida? En teoría... bueno, si el espíritu tenía el poder de curar y de traer de vuelta a los muertos, ¿por qué no a los no muertos? Y Dimitri... Dimitri pareció reaccionar mientras sostenía el anillo. ¿Le habría afectado el espíritu, habría alcanzado algún rincón de su antiguo ser? Yo había asumido que eran los recuerdos de su familia los que le afectaban...

—Tengo que hablar con ese tipo —murmuré.

No sabía bien por qué. Fuese o no un cuento de hadas, era demasiado tarde. Todo había acabado. Había matado a Dimitri. Nada me lo devolvería, ni siquiera un milagro del espíritu. El corazón me latía a toda velocidad y me costaba respirar. Lo imaginé cayendo, cayendo... cayendo para siempre con la estaca en el pecho. ¿Habría dicho que me amaba? Me lo preguntaría el resto de mi vida.

El dolor y el sufrimiento se adueñaron de mí aunque, al mismo tiempo, sentí cierto alivio. Había liberado a Dimitri de su estado, del mal que lo poseía. Le había dado paz, alegría. Quizá Mason y él estuviesen juntos en el cielo, practicando sus movimientos de guardianes. Había hecho lo correcto. No había motivos para arrepentirse.

Oksana no reparó en mis emociones y respondió a mis palabras.

—Mark no bromeaba. Ese hombre está loco, si es que todavía sigue vivo. La última vez que lo vi apenas era capaz de mantener una conversación o de utilizar su magia. Huyó y se escondió. Nadie sabe dónde está... salvo, quizá, su hermano.

—Ya basta —le advirtió Mark.

Sin embargo, a Abe le picó la curiosidad. Se inclinó hacia delante, con interés.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Robert Doru —dijo Mark después de unos instantes de duda.

No era nadie a quien conociese y caí en la cuenta de lo fútil que era todo aquello. Aquel tipo era una causa perdida y lo más seguro es que se hubiese inventado aquella idea de devolver la vida a un strigoi durante un arrebato de locura. Dimitri había muerto. Aquella parte de mi vida había terminado. Tenía que regresar con Lissa.

Entonces me fijé en que Abe se había quedado muy quieto.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—No. ¿Y tú?

—No —me fijé atentamente en el rostro de Abe—. Me parece que sí sabes algo, *Zmey.*

—Lo conozco —matizó Abe—. Es un miembro ilegítimo de la realeza. Su padre tuvo una aventura y Robert fue el resultado. Pese a ello, su padre le incluyó como parte de la familia. Robert y su hermanastro crecieron muy unidos, aunque pocos conocen esta relación —no me sorprendió que Abe sí estuviese al corriente—. Doru es el apellido de la madre de Robert.

Me lo esperaba. Doru no era un apellido de la realeza.

—¿Cuál es el apellido de su padre?

—Dashkov. Trenton Dashkov.

—Ese apellido sí lo conozco —dije.

Había conocido a Trenton Dashkov hacía años mientras acompañaba a Lissa y a su familia a una fiesta de la realeza. Por aquel entonces, Trenton era un viejo incapaz de andar erguido, amable pero a punto de morir. Los moroi solían vivir más allá de los cien años, pero él ya contaba ciento veinte... y esa era una edad avanzada se mirase como se mirase. Nada indicaba ni había rumor alguno sobre un hijo ilegítimo, pero el hijo legítimo de Trenton se encontraba entre los presentes. Bailó conmigo y fue muy cortés al tratar con una simple dhampir.

—Trenton es el padre de Victor Dashkov —dije—. Así que Robert Doru es el hermanastro de Victor Dashkov.

Abe asintió sin quitarme el ojo de encima. Abe, tal y como había observado, lo sabía todo. Seguro que estaba al corriente de mi historia con Victor.

Oksana frunció el ceño.

—Victor Dashkov es alguien importante, ¿no? —aislada en aquella cabaña siberiana, se había mantenido al margen de las intrigas políticas de los moroi, sin saber que el hombre destinado a convertirse en rey había sido encerrado en prisión.

Empecé a reír, pero no porque la situación se me antojase divertida. Todo aquello era increíble, y mi reacción no era más que una válvula de escape para todos los conflictivos sentimientos que bullían en mi interior. Desesperación. Resignación. Ironía.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Mark, confundido.

—Nada —contesté, consciente de que si dejaba de reír me echaría a llorar—. Esa es la cuestión, que no tiene nada de gracioso.

Qué giro de los acontecimientos tan maravilloso. La única persona viva que podía saber algo acerca de cómo salvar a un strigoi era el hermanastro de mi peor enemigo, Victor Dashkov. Y la única persona que podía saber dónde se encontraba Robert era el propio Victor. Este conocía bien el manejo del espíritu. Pude hacerme una idea sobre quién le había enseñado.

Tampoco era importante. Nada de aquel asunto tenía importancia. Por lo que a mí respectaba, como si era el propio Victor el que podía convertir a los strigoi: Dimitri estaba muerto, lo había matado yo. No volvería, pero se había salvado del único modo que conocía. En el pasado había tenido que elegir entre Lissa y él y lo había elegido a él. Ya no cabía duda alguna: la escogería a ella. Era real. Estaba viva. Dimitri era el pasado.

Hasta entonces había estado con la vista fija en la pared y la mirada perdida, pero volví el rostro hacia Abe y le miré a los ojos.

—Muy bien, viejo —dije—. Prepárame las maletas y mándame a casa.

Veintinueve

EL vuelo duró unas treinta horas.

Viajar desde Siberia hasta Montana no fue fácil. Volé desde Novosibirsk a Moscú, de allí a Ámsterdam, de allí a Seattle y, por último, a Missoula. Cuatro vuelos distintos. Cinco aeropuertos. Corriendo de acá para allá. Fue agotador, pero cuando entregué mi pasaporte para entrar de nuevo en Estados Unidos al llegar a Seattle, me sentí feliz y aliviada.

Antes de abandonar Rusia, pensé que Abe vendría conmigo y pondría fin a la tarea personalmente, entregándome en mano a quienquiera que le hubiese contratado.

—Vas a volver, ¿verdad? —preguntó en el aeropuerto—. A la academia, quiero decir. No vas a quedarte en algún aeropuerto y desaparecer, ¿no?

Sonreí.

—No. Voy a volver a St. Vladimir.

—¿Y te quedarás allí? —insistió. No parecía tan peligroso como en Baia, pero pude ver la severidad en su mirada.

Mi sonrisa se quebró un instante.

—No sé qué va a pasar. Aquel ya no es mi sitio.

—Rose...

Levanté la mano para impedirle hablar, sorprendida por mi propia determinación.

—Se acabó. Nada de extraescolares. Dijiste que te contrataron para traerme aquí. Informar sobre lo que hago a continuación no forma parte de tu trabajo —o eso esperaba, al menos. Quienquiera que me quisiese de vuelta tenía que pertenecer a la academia. Volvería pronto. Habían ganado. Los servicios de Abe ya no eran necesarios.

Pese a su victoria, no parecía alegrarse de tener que dejarme marchar. Suspiró al volver su mirada hacia una de las puertas de embarque.

—Tienes que pasar por el control de seguridad o perderás el vuelo.

Asentí.

—Gracias por... —¿por qué, exactamente? ¿Por su ayuda?—. Por todo.

Acababa de volverme cuando noté su mano en mi hombro.

—¿No llevas más ropa?

La mayoría de mi ropa estaba repartida por toda Rusia. Uno de los alquimistas había encontrado mis zapatos, mis vaqueros y mi suéter pero, por lo demás, tendría que apechugar con el frío hasta regresar a Estados Unidos.

—No necesito nada más —le dije.

Abe arqueó una ceja. Se volvió hacia uno de los guardias e hizo un breve gesto hacia mí. Inmediatamente, el guardián se quitó el abrigo y se lo entregó. Era un tipo delgado, pero aun así su abrigo me quedaba grande.

—En serio, no me hace falta...

—Quédatelo —me ordenó Abe.

Lo acepté y, para mi sorpresa, Abe empezó a quitarse la bufanda que protegía su cuello. Era una de las buenas además: de cachemira, hilada con un abanico de brillantes colores, más apropiada para el Caribe que para Rusia o Montana. También empecé a protestar, pero la expresión de su rostro me hizo callar. Me puse la bufanda alrededor del cuello y le di las gracias, mientras me preguntaba si lo volvería a ver. No me molesté en preguntar, porque me dio la impresión de que no iba a decírmelo, de todos modos.

Cuando finalmente aterricé en Missoula treinta horas después, me prometí no volver a tomar un avión en una larga temporada... unos cinco años, más o menos. Puede que diez. Al no llevar equipaje, salir del aeropuerto fue coser y cantar. Abe había enviado un mensaje para informar de mi llegada, pero no tenía ni idea de a quién enviarían a buscarme. Alberta, que dirigía a los guardianes en St. Vladimir, parecía la opción con más posibilidades. O quizá fuese mi propia madre. Nunca sabía dónde estaba pero, entonces, de pronto, la eché muchísimo de menos. Ella también hubiese sido una elección lógica.

Así que fue toda una sorpresa cuando vi que la persona que me esperaba a la salida del aeropuerto era Adrian.

En su cara se dibujaba una sonrisa de oreja a oreja, a la que respondí acelerando el paso. Lo abracé con fuerza, para asombro de ambos.

—Nunca me había alegrado tanto de verte —dije.

Él me estrechó con fuerza y luego me soltó para halagarme.

—Los sueños nunca están a la altura de la vida real, pequeña dhampir. Estás preciosa —me había aseado después de mi enfrentamiento con los strigoi y Oksana había seguido curándome pese a mis protestas. Hasta me

había curado los golpes que tenía en el cuello, por los que no me había preguntado. Nadie sabía a qué se debían.

—Y tú estás... —lo miré. Iba tan bien vestido como siempre, con un abrigo de lana hasta las rodillas y una bufanda verde que hacía juego con sus ojos. Su pelo castaño oscuro lucía aquel aspecto descuidado que tanto se esforzaba en conseguir, pero su cara... ah, bueno. Como ya había observado antes, los puñetazos de Simon le habían pasado factura. Adrian tenía un ojo hinchado y amoratado. Aun así, al pensar en él y en lo que había hecho... ninguno de aquellos golpes importaba—. Magnífico.

—Mentirosa —dijo él.

—¿No te podría haber curado Lissa el ojo?

—Es una medalla de honor. Me hace parecer más viril. Venga, te espera tu carruaje.

—¿Por qué te han mandado a ti? —pregunté mientras me conducía hacia el aparcamiento—. Estás sobrio, ¿verdad?

Adrian no se molestó en responder a aquella última impertinencia.

—Bueno, la academia no tiene ninguna responsabilidad para contigo, ya que a sus ojos no eres más que alguien que ha abandonado los estudios antes de graduarse. Así que no estaban obligados a enviar a nadie a recogerte. Ninguno de tus amigos puede salir del campus... ¿pero yo? Soy un espíritu libre y voy a donde quiero. Así que tomé prestado un coche y aquí estoy.

Sus palabras despertaron sentimientos encontrados en mí. Me alegró saber que se había tomado la molestia de venir a buscarme, pero me molestaba que la academia no se sintiese responsable de mí. Durante todos mis viajes nunca dejé de pensar en St. Vladimir como mi hogar... aunque técnicamente ya no estudiaba allí. No era más que una visitante.

Mientras nos preparábamos para ponernos en marcha, Adrian me contó cómo habían ido las cosas en la academia. Después de aquel despliegue de poder psíquico, no me había quedado mucho tiempo en la mente de Lissa. Oksana había curado mi cuerpo, pero seguía exhausta y dolida en lo emocional. Aunque había conseguido aquello que me había propuesto, la imagen de Dimitri cayendo sin parar me seguía atormentando.

—Parece que tenías razón cuando dijiste que Avery se había vinculado a Simon y Reed —dijo Adrian—. Por la información que he podido reunir, parece que Simon murió en una pelea de la que Avery fue testigo hace años.

Todo el mundo pensaba que era un milagro que hubiese sobrevivido, pero porque nunca supieron la verdad.

—Ella os ocultó sus poderes al resto —murmuré—. ¿Y Reed murió más tarde?

—Bueno, eso es lo raro —dijo Adrian, frunciendo el ceño—. Nadie sabe con certeza cuándo murió. Quiero decir, es un miembro de la realeza. Ha llevado una vida acomodada, ¿no? Pero por lo que he podido saber de él, que no es mucho, porque todos mis informantes son gente rarísima, parece que Avery lo mató intencionadamente y después lo trajo de vuelta a la vida.

—Como quería hacer con Lissa —dije yo, recordando las palabras de Simon durante la pelea—. Avery quería matarla, traerla de vuelta y vincularse a ella. ¿Pero por qué Lissa, precisamente?

—¿Sabes lo que pienso? Que es porque domina el espíritu. Ahora que el espíritu ya no es un secreto para nadie, era cuestión de tiempo que Avery supiese lo de Lissa y yo. Creo que Avery pensó que si se vinculaba con Lissa, su poder aumentaría. Parece que para ello estaba extrayendo mucha energía de esos dos —Adrian negó con la cabeza—. No bromeaba cuando dije que había sentido el espíritu desde la otra punta del campus. Avery estaba manejando mucho poder para lograr manipular a tanta gente, manipular su aura y solo ella sabe qué más... bueno, era asombroso.

Contemplé la carretera que se extendía ante nosotros mientras pensaba en las consecuencias de las acciones de Avery.

—Y por eso Reed estaba tan fastidiado... por eso estaba tan enfadado y siempre buscando bronca. Simon y él absorbían toda la oscuridad producida por utilizar el espíritu. Como hago yo con Lissa.

—Sí, pero tú no eres como esos tipos. Con Simon no era tan obvio, porque se le da mejor mantener cara de póquer, pero ambos estaban a la que saltaban. ¿Y ahora? Ahora han cruzado el límite. Los tres.

Recordé a Simon mirando a la nada y a Avery gritando. Temblé.

—Cuando dices que han cruzado el límite...

—Quiero decir que se han vuelto completamente locos. Esos tres van a estar ingresados en un centro el resto de sus vidas.

—Por lo que tú... ¿por lo que les hicimos? —pregunté angustiada.

—En parte —dijo—. Avery estaba utilizando todo ese poder contra nosotros, así que cuando se lo devolvimos con creces... bueno, creo que fue como sobrecargar sus mentes. Y, para ser sincero, teniendo en cuenta el

estado en el que se encontraban Reed y Simon, era el único desenlace posible. Para Avery también.

—Mark tenía razón —murmuré.

—¿Quién?

—El otro tipo bendecido por la sombra al que conocí. Hablaba sobre cómo Lissa y yo podríamos ser capaces, algún día, de disipar nuestra respectiva oscuridad. Hace falta que exista un equilibrio de poder entre alguien capaz de utilizar el espíritu y alguien bendecido por la sombra. No comprendía del todo los motivos, pero supongo que el pequeño grupito de Avery no había sido capaz de manejar aquel equilibrio. Me da la impresión de que vincularse a más de una persona no es bueno.

—Ya —Adrian pasó un buen rato callado, reflexionando sobre todo aquello. Finalmente, se echó a reír—. Jo, no me puedo creer que hayas encontrado a otra persona capaz de utilizar el espíritu y a alguien bendecido por la sombra. Es como encontrar una aguja en un pajar. Pero a ti siempre te pasan estas cosas. Me muero de ganas por saber qué otras cosas has hecho.

Aparté la mirada y apoyé la mejilla contra el cristal.

—La verdad es que no es muy interesante.

Ninguno de los funcionarios de la academia estaba al corriente de mi papel en el enfrentamiento con Avery, por lo que nadie me hizo preguntas cuando regresamos. Todavía estaban recogiendo y haciendo un montón de preguntas a Adrian y Lissa. El espíritu era un fenómeno tan nuevo que nadie sabía qué pensar de lo que había ocurrido. Avery y aquellos a quienes estaba vinculada estaban recibiendo atención y su padre había pedido una baja temporal.

Adrian me acreditó como su invitada, lo cual me permitió acceder al campus. Al igual que todos los visitantes, también recibí una lista de sitios donde podía quedarme y de las cosas que podía y no podía hacer. No tardé en pasar totalmente de ella.

—Tengo que irme —le dije a Adrian inmediatamente.

Él respondió con una sonrisa comprensiva.

—Me lo imaginaba.

—Gracias por... venir a buscarme. Siento tener que dejarte...

Me indicó con un gesto que no me preocupase.

—No me estás dejando. Has vuelto; eso es lo que importa. Si he sido paciente todo este tiempo puedo serlo durante un rato más.

No aparté mis ojos de los suyos durante un momento, asombrada por los cálidos sentimientos que empezaban a bullir en mi interior. No obstante, me los guardé para mí y le lancé una rápida sonrisa antes de encaminarme hacia el campus.

Me llevé unas cuantas miradas de extrañeza por el camino hacia el cuarto de Lissa. Las clases acababan de terminar, así que había muchos estudiantes yendo de aquí para allá. Sin embargo, cuando me veían pasar, todos se callaban, dejaban de moverse y de hablar. Me recordó a aquellas ocasiones en las que Lissa y yo regresábamos al campus después de huir. Recibíamos un trato similar por parte de nuestros compañeros a nuestro paso por la cafetería.

Quizá solo fuesen imaginaciones mías, pero en aquella ocasión, la cosa parecía haber empeorado. Las miradas estaban cargadas de sorpresa. El silencio era todavía mayor. La última vez, me había dado la impresión de que la gente atribuía nuestra huida a una especie de broma. En aquella ocasión, sin embargo, nadie tenía claro por qué me había marchado. Después del ataque a la academia me había convertido en una heroína, para luego abandonar mis estudios y desaparecer. Algunas de las compañeras de Lissa reaccionaban ante mí como lo hubiesen hecho ante un fantasma.

Tenía mucha experiencia en ignorar los chismorreos y las opiniones de los demás, así que eso hice mientras dejaba atrás a los estudiantes sin dignarme a mirarlos y subía los escalones de dos en dos. Me aislé de los sentimientos de Lissa mientras recorría el pasillo. Parecía una tontería, pero quería que me sorprendiese. Quería abrir los ojos y verla en persona, sin ninguna advertencia sobre cómo se sentía o sobre lo que pensaba. Llamé a la puerta.

Adrian dijo que verme en sueños no podía compararse a verme en persona. Lo mismo podía decirse de Lissa. Haber estado en su mente no era nada pudiendo estar a su lado. La puerta se abrió y fue como si una aparición se materializase ante mí, como si una mensajera celestial descendiese de las alturas. Nunca había estado tanto tiempo lejos de ella y, después de semejante espera, parte de mí llegó a pensar si no estaría imaginando aquel reencuentro.

Se cubrió la mano con la boca y me miró pasmada. Creo que ella tampoco quería anticipar mi visita. Solo había oído que llegaría «pronto». No me extrañó que ella también reaccionase como si tuviese delante a un fantasma.

Y aquel reencuentro fue como salir de una cueva —en la que hubiese permanecido casi cinco semanas— para asomar a la brillante luz del sol. Cuando Dimitri se convirtió, sentí como si hubiese perdido parte de mi alma. Cuando abandoné a Lissa, perdí otra parte más. Entonces, al verla... empecé a creer que mi alma podría curarse. Quizá pudiese seguir adelante, después de todo. Aún no me sentía recuperada del todo, pero su presencia bastaba para restituir una parte de mí. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí un poco más completa.

En el silencio que nos separaba flotaba un cúmulo de preguntas y confusión. Pese a todo por lo que habíamos pasado con Avery, aún quedaban muchos asuntos sin resolver de cuando había abandonado la academia la primera vez. Y, por primera vez desde que había vuelto a pisar la academia, sentí miedo. Miedo a que Lissa me rechazase o me gritase por lo que había hecho.

Pero me abrazó con todas sus fuerzas.

—Lo sabía —dijo ella. Ya estaba ahogándose entre sollozos—. Sabía que volverías.

—Por supuesto —murmuré sobre su hombro—. Te dije que lo haría.

Mi mejor amiga. Había recuperado a mi mejor amiga. Con ella a mi lado, podría superar lo que había ocurrido en Siberia. Podía seguir adelante con mi vida.

—Lo siento —dijo—. Siento mucho lo que he hecho.

Yo me separé de ella, sorprendida. Entré en la habitación y cerré la puerta cuando estuvimos las dos dentro.

—¿Que lo sientes? ¿Qué tienes que sentir? —pese a lo mucho que me alegraba verla, esperaba que estuviese enfadada por haberme marchado. Todo el asunto con Avery no hubiese ocurrido si me hubiese quedado. Era yo quien lo sentía.

Ella se sentó en la cama con los ojos llenos de lágrimas.

—Por lo que dije... cuando te marchaste. No tenía derecho a decir esas cosas. No tenía derecho a controlarte. Y me sentí fatal porque... —se pasó la mano por los ojos en un intento de secarse los lagrimones—. Me sentí fatal porque te dije que no salvaría a Dimitri. Quiero decir, sé que no hubiese supuesto ninguna diferencia, pero debería haberme ofrecido a...

—¡De eso nada! —me senté en el suelo ante ella y la así de las manos, sorprendida aún por poder estar juntas—. Mírame: no tienes nada de lo que arrepentirte. Yo también dije cosas que no debía haber dicho. Son cosas que

pasan cuando estás triste. No deberíamos machacarnos por eso. Y en cuanto a devolverlo a su estado original... —suspiré—. Hiciste lo correcto al negarte. Incluso si le hubiese encontrado antes de que se transformase, habría dado lo mismo. No puedes vincularte con más de una persona sin correr riesgos. Por eso le salió el tiro por la culata a Avery.

Bueno, aquello solo era parte del motivo por el que el plan de Avery había fracasado. Manipular a los demás y abusar de su poder también habían contribuido a su fracaso.

Los sollozos de Lissa perdieron fuerza.

—¿Cómo lo hiciste, Rose? ¿Cómo conseguiste estar ahí cuando más te necesitaba? ¿Cómo lo sabías?

—Estaba con una persona capaz de utilizar el espíritu. La conocí en Siberia. Puede acceder a las mentes de los demás, no de cualquiera, solo de aquellos con quienes esté vinculada, y comunicarse. Como Avery, la verdad. Oksana accedió a mi mente mientras yo me conectaba contigo. La verdad es que fue todo muy raro —y me quedaba corta.

—Otro poder que no poseo —dijo Lissa, molesta.

Yo sonreí.

—Eh, yo aún no he conocido a alguien que pueda utilizar el espíritu y dar puñetazos como los tuyos. Pura poesía en movimiento, Liss.

Respondió con un gruñido, pero noté que se alegraba de volver a oír aquella forma que tenía de llamarla.

—Espero no tener que volver a hacerlo nunca más. No tengo madera de luchadora, Rose. Tú eres la mujer de acción. Yo soy la que te da apoyo moral y te cura después de la batalla —levantó las manos y las contempló —. Uf. No. No quiero volver a pelearme ni a dar puñetazos.

—Pero al menos ahora sabes que puedes. Si alguna vez quieres practicar...

—¡No! —dijo entre risas—. Tengo demasiadas cosas que practicar con Adrian... sobre todo después de que me hables de todas esas cosas que los demás pueden hacer con el espíritu pero yo no.

—Vale. Quizá sea mejor que las aguas vuelvan a su cauce.

Adoptó una expresión más seria.

—Dios, eso espero. Rose... hice muchas tonterías por culpa de Avery —a través de nuestro vínculo, sentí la causa de su arrepentimiento: Christian. Sufría y había llorado mucho por él. Después de que arrancasen a Dimitri de mi lado, sabía lo que se sentía al perder a alguien amado y me

juré que haría cualquier cosa para ayudarla. Pero entonces no era el momento. Antes, ella y yo teníamos que volver a conectar.

—No podías evitarlo —observé—. Su manipulación era demasiado fuerte, sobre todo cuando te hizo beber para tumbar tus defensas.

—Sí, pero ni todo el mundo lo sabe ni lo entenderá.

—Lo olvidarán —dije—. Como siempre.

Comprendí que estuviese preocupada por su reputación, pero no me pareció que fuese a haber consecuencias permanentes... salvo Christian. Adrian y yo habíamos analizado la manipulación de Avery y al oír el comentario de Simon sobre el desafortunado accidente de Lissa, sumamos dos y dos. Avery quería que Lissa pareciese inestable por si no era capaz de reunir las fuerzas para resucitarla. Así, en el caso de que Lissa muriese, nadie se molestaría en investigar a fondo. Después de estar varias semanas comportándose como una loca y bebiendo hasta emborracharse, que perdiese el control y se cayese por la ventana sería una tragedia, pero entraría dentro de lo previsible.

—El poder del espíritu es un incordio —declaró Lissa—. Todo el mundo quiere aprovecharse de ti: quienes no lo usan, como Victor, y quienes sí lo usan, como Avery. Te juro que volvería a tomarme la medicación si no me hubiese vuelto tan paranoica frente a gente como Avery. ¿Por qué quería matarme a mí y no a Adrian? ¿Por qué siempre soy yo el objetivo?

No pude evitar sonreír pese a lo grave del tema.

—Porque quería que tú fueses su secuaz y él, su novio. Probablemente querría un chico que le ayudase a medrar socialmente y no podía arriesgarse a matarlo al intentar vincularse a él. O, ¿quién sabe? Puede que más adelante hubiese intentado matarlo. La verdad es que no me sorprendería que se viese amenazada por ti y que quisiese asegurarse de tener controlada a la única persona, salvo ella, capaz de utilizar el espíritu. Acéptalo, Liss. Podríamos pasarnos horas intentando descifrar cómo piensa Avery Lazar sin llegar a ninguna parte.

—No te falta razón —se deslizó de la cama hasta sentarse a mi lado en el suelo—. Pero, ¿sabes una cosa? Me siento como si pudiésemos hablar de cualquier cosa durante horas. Llevas diez minutos aquí y es como si... bueno, como si nunca te hubieses ido.

—Sí —afirmé. Antes de que se convirtiese en strigoi, estar con Dimitri me resultaba igual de natural y agradable... aunque el trato fuese distinto.

Sufría tanto por la pérdida de Dimitri que había olvidado lo que me unía a ella. Eran dos caras de mí misma.

Haciendo gala de su increíble don para leer el pensamiento, Lissa dijo:

—Hablaba en serio cuando te comenté que siento mucho lo que dije... como si tuviese derecho a dictar tu vida, cuando no es así. Si decides quedarte o protegerme, quiero que lo hagas porque esa es tu elección, porque eres así de buena. Quiero estar segura de que vives y eliges tu propia vida.

—No lo hago por bondad. Siempre he querido protegerte. Y sigue siendo lo que quiero —suspiré—. Es que... Es que tenía que ocuparme de unas cosas. Tenía que poner orden en mi vida... y siento no haber manejado mejor la situación —no hacíamos más que intercambiar disculpas, pero había caído en la cuenta de que era lo normal al estar con gente que te importa. Disculparse mutuamente y pasar página.

Lissa dudó antes de hacerme la siguiente pregunta, pero la vi venir.

—Entonces... ¿qué pasó? ¿Lo encontraste, o...?

Al principio pensé que no me apetecía hablar de ello, pero luego comprendí que lo necesitaba. En el pasado, Lissa y yo habíamos cometido algún que otro error. El suyo era asumir que siempre estaría a su lado. El mío, no contarle la verdad... y enfadarme con ella por eso más adelante. Si íbamos a restaurar nuestra amistad y perdonarnos la una a la otra, teníamos que asegurarnos de no cometer los errores del pasado.

—Lo encontré —dije al fin.

Y me puse a relatarle la historia, a contarle todos los detalles de cuanto me había ocurrido: mis viajes, los Belikov, los alquimistas, Oksana y Mark, los no sometidos a juramento y, por supuesto, Dimitri. Tal y como había dicho Lissa antes en broma, hablamos durante horas. Le abrí mi corazón mientras me escuchaba sin juzgarme. Su expresión compasiva no cambió ni por un instante y, cuando llegué al final de mi relato, rompí a sollozar, y todo el amor y la rabia y la angustia que había contenido desde aquella noche en el puente salieron en tromba. No le había contado a nadie de Novosibirsk lo que había pasado exactamente entre Dimitri y yo. No me atreví a contarle a nadie que había sido la prostituta de sangre de un strigoi. Hasta entonces había eludido el tema, convencida de que si no hablaba de ello sería como si nunca hubiese ocurrido.

Entonces, con Lissa, tuve que aceptar la realidad y asumir todas sus implicaciones: había matado al hombre al que amaba.

El ruido de alguien al llamar a la puerta sacudió ese pequeño mundo en el que solo estábamos ella y yo. Miré el reloj y me sorprendió comprobar que ya casi había terminado el horario de visitas. Me pregunté si iban a echarme. Pero cuando Lissa abrió la puerta, después de que me secase rápidamente los ojos, el mensaje de la recepcionista fue muy distinto.

—Alberta quiere verte —me dijo la mujer—. Pensó que quizá estarías aquí.

Lissa y yo intercambiamos miradas.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —pregunté.

La mujer se encogió de hombros.

—Por cómo sonaba, sí, diría que sí. O incluso antes —y cerró la puerta. Alberta era la capitana de los guardianes del campus, y cuando ella hablaba, la gente obedecía.

—Me pregunto de qué va esto —dijo Lissa.

Yo me puse en pie; odiaba la idea de irme.

—Puede significar muchas cosas, imagino. Iré a verla y después, al albergue. No creo que vaya a dormir, de todos modos, ya no tengo ni idea de en qué zona horaria estoy.

Lissa me dio un abrazo de despedida del que nos costó mucho separarnos.

—Buena suerte.

Empecé a girar el pomo de la puerta y se me ocurrió algo. Me quité el anillo de plata del dedo y se lo di.

—Este es el anillo que... ¡Oh! —cerró la mano en torno a él mientras en su rostro se formaba una expresión de asombro.

—¿Puedes sentir la magia que contiene? —pregunté.

—Sí... es débil, pero está ahí —colocó el anillo bajo la luz y lo contempló. Estaba convencida de que no se daría cuenta de mi marcha y que se pasaría la noche entera estudiando el anillo—. Qué raro. Es como si pudiese sentir de forma inmediata cómo lo hizo.

—Mark dijo que aún tenemos mucho camino por delante antes de poder curar como ellos... pero quizá puedas averiguar cómo hacer hechizos mientras tanto.

Sus ojos verdes seguían fijos en el anillo.

—Sí... creo que sí.

Sonreí al comprobar su alegría e intenté marcharme de nuevo, pero me agarró del brazo.

—Eh, Rose. Sé que te voy a ver mañana, pero...

—¿Pero qué?

—Solo quería decirte, después de todo lo que ha pasado, que... bueno, que no quiero que volvamos a separarnos durante tanto tiempo. Quiero decir, sé que no podemos estar juntas cada segundo y eso sería muy siniestro, además, pero hay un motivo por el que estamos conectadas. Tenemos que cuidarnos mutuamente y permanecer unidas.

Sus palabras me provocaron un escalofrío, como si estuviésemos unidas por un poder más grande que nosotras.

—Lo estaremos.

—No, quiero decir... siempre estás a mi lado. Siempre. Cada vez que estoy en peligro vienes corriendo a salvarme. Pero eso se acabó.

—¿No quieres que te vuelva a salvar?

—¡No es eso lo que quiero decir! Es que yo también quiero estar a tu lado, Rose. Si puedo dar un puñetazo, puedo hacer cualquier cosa. Aunque mira que me dolió —suspiró, frustrada—. Por Dios, no consigo hacerme entender. Mira, lo que quiero decir es que si alguna vez crees que tienes que hacer algo sola, llévame contigo. No me dejes atrás.

—Liss...

—Hablo en serio —su radiante belleza estaba cargada de convicción y resolución—. No importa qué obstáculos encuentres, siempre estaré a tu lado. Vayas a donde vayas, no lo hagas sola. Júrame que si decides volver a marcharte, irás conmigo. Que estaremos juntas.

Empecé a protestar cuando un millón de miedos distintos comenzaron a poblar mi mente. ¿Cómo iba a arriesgar su vida? Sin embargo, al mirarla, supe que tenía razón. Para bien o para mal, estábamos unidas de un modo que no podíamos ignorar. Lissa estaba vinculada a un pedazo de mi alma y éramos más fuertes si luchábamos juntas que por separado.

—Vale —dije mientras le estrechaba la mano—. Lo juro. La próxima vez que haga algo estúpido y capaz de matarme, podrás venir conmigo.

Treinta

ALBERTA me estaba esperando en la oficina principal de la sede administrativa de los guardianes. El hecho de que Alberta ostentase el rango de capitana era digno de admiración, teniendo en cuenta el escaso número de mujeres entre nuestras filas. Tenía unos cincuenta años y era una de las mujeres más duras con las que nunca me había encontrado. Su pelo rubio empezaba a mostrar trazas de gris, y años de trabajo bajo el sol habían curtido su piel.

—Bienvenida de nuevo, Rose —dijo mientras se ponía en pie nada más verme. No me abrazó, por supuesto, pues sus modales siempre eran muy protocolarios, pero el hecho de que me hubiese llamado por mi nombre de pila fue un gesto muy generoso por su parte. Eso, y que en sus ojos brillase una pequeña chispa de alivio y alegría—. Vamos a mi oficina.

Nunca había estado allí. Cualquier asunto disciplinario que había mantenido con los guardianes se resolvía en el comité. La oficina, como no podía ser de otro modo, estaba inmaculada y todo cuanto había en ella se encontraba ordenado con marcial pulcritud. Nos sentamos cada una a un lado de la mesa y me preparé para el interrogatorio.

—Rose —me dijo mientras se inclinaba hacia mí—. Voy a ser directa contigo. No voy a darte un sermón ni a pedirte explicaciones. Para ser sincera, dado que ya no eres mi alumna, no tengo derecho a pedirte o a decirte nada.

Tal como Adrian había dicho.

—Puedes sermonearme si quieres —le dije—. Siempre te he respetado y quiero conocer tu opinión.

Sobre su rostro se proyectó la más tenue de las sonrisas.

—Muy bien, allá voy entonces. La has cagado.

—Vaya, no bromeabas con lo de ser directa.

—Los motivos no importan. No deberías haberte marchado. No deberías haber abandonado los estudios. Tu educación y entrenamiento son demasiado valiosos, pienses lo que pienses ahora, y tienes demasiado talento como para arriesgarte a tirar tu futuro por la borda.

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿Hablas en serio? Yo ya no sé ni cuál va a ser mi futuro.

—Por eso necesitas graduarte.

—Pero si dejé los estudios.

Resopló.

—¡Pues retómalos!

—Que los... ¿qué? ¿Cómo?

—Con papeleo. Como todo en este mundo.

Para ser sincera, no sabía qué haría al volver a la academia. Mi preocupación inmediata era Lissa, estar con ella y asegurarme de que se encontraba bien. Sabía que ya no podría ser su guardiana oficial, pero pensé que una vez estuviésemos juntas nadie podría impedirme estar con mi amiga. Sería su guardaespaldas privada, por así decirlo, como los de Abe. Y mientras tanto, rondaría por el campus como Adrian.

Pero, ¿retomar los estudios?

—He... he perdido un mes. Puede que más —me bailaban los días. Era la primera semana de mayo y me había marchado a finales de marzo, en mi cumpleaños. Eso era... ¿cuánto? ¿Cinco semanas? ¿Casi seis?

—También perdiste dos años y te las arreglaste para recuperarlos. Tengo fe en ti. Y, aunque te cueste, licenciarse con malas notas es mejor que no licenciarse.

Intenté imaginarme de vuelta en aquel mundo. ¿Solo había transcurrido un mes? Las clases, las intrigas diarias, ¿cómo sería recuperar todo aquello? ¿Cómo iba a volver a aquella vida después de ver cómo vivía la familia de Dimitri, después de estar con él y de perderlo de nuevo?

«¿Habría dicho que me amaba?».

—No sé qué decir —respondí—. Es una decisión muy importante.

—Entonces tómala rápido. Cuanto antes vuelvas a clase, mejor.

—¿Seguro que me dejarán? —aquella parte me resultaba difícil de creer.

—Yo te dejaré —dijo ella—. No pienso permitir que alguien como tú se desvíe. Y ahora que Lazar se ha ido... bueno, tenemos un buen follón entre manos. Nadie me va a impedir que rellene unos cuantos papeles —su débil sonrisa desapareció un instante—. Y si tratan de impedírnoslo... Por lo que he oído, tienes un benefactor que puede pedir algún que otro favor para facilitar las cosas.

—Un benefactor —me limité a repetir—. ¿Un benefactor que lleva bufandas de colores y joyas de oro?

Se encogió de hombros.

—Nadie que yo conozca. Ni siquiera sé su nombre, solo que amenaza con retener una considerable donación a la academia si no te dejan volver. Si quieres, claro.

Vale. Tratos y chantajes. Estaba bastante segura de quién era mi benefactor.

—Dame algo de tiempo para pensarlo. Lo decidiré pronto, lo prometo.

Frunció el ceño, pensativa, y asintió.

—Muy bien.

Ambas nos pusimos en pie y me acompañó a la entrada del edificio. Volví a mirarla.

—Pero si me gradúo, ¿crees que podría volver a ser la guardiana oficial de Lissa? Sé que ya han seleccionado a gente para esa tarea y la verdad es que, bueno, la cosa no pinta muy bien para mí.

Nos detuvimos en la puerta que daba al campus. Alberta se apoyó la mano en la cadera.

—No lo sé. Podemos intentarlo, desde luego. La situación se ha vuelto mucho más complicada.

—Sí, lo sé —dije apenada, recordando las prepotentes acciones de Tatiana.

—Pero ya te he dicho que haremos todo lo posible. ¿Recuerdas lo de licenciarse con malas notas? No lo harás. Bueno, quizá en mates y ciencias, pero eso escapa a mi control. Sin embargo, serás de las mejores de la promoción. Trabajaré contigo personalmente.

—Vale —dije yo mientras caía en la cuenta del detalle que suponía por su parte—. Gracias.

Acababa de salir cuando se dirigió a mí por mi nombre.

—¿Rose?

Sostuve la puerta y miré hacia atrás.

—¿Sí?

La expresión de Alberta era suave y amable, algo que nunca antes había visto.

—Lo siento —dijo—. Siento todo lo que ha pasado. Y siento que ninguno de nosotros pudiese hacer nada.

Vi en sus ojos que estaba al corriente de lo que nos había pasado a Dimitri y a mí. No sabía muy bien cómo. Quizá se hubiese enterado tras la batalla; puede que lo hubiese deducido antes. En cualquier caso, no había ni

un ápice de reprobación en su rostro, solo sincero dolor y empatía. Respondí asintiendo brevemente y me marché.

Me topé con Christian al día siguiente, pero nuestra conversación fue breve. Iba de camino para encontrarse con sus alumnos y llegaba tarde. Pero me abrazó y parecía realmente feliz por tenerme de vuelta. Aquel gesto demostraba cuánto había cambiado nuestra relación, teniendo en cuenta el enfrentamiento que había caracterizado nuestro primer encuentro.

—Ya era hora —dijo él—. Lissa y Adrian son los que más se han preocupado por ti, pero no han sido los únicos. Y alguien tiene que enderezar a Adrian, ¿sabes? Pero no puedo hacerlo yo siempre.

—Gracias. Odio tener que decirlo, pero yo también te he echado de menos. Nadie en toda Rusia puede comparar su sarcasmo al tuyo —y allí terminó mi buen humor—. Pero ya que has mencionado a Lissa...

—No, no —mostró una mano en señal de protesta y endureció su expresión—. Sabía que ibas a decirlo.

—¡Christian! Ella te quiere. Sabes que lo que le ocurrió no fue culpa suya...

—Lo sé —me interrumpió—. Pero eso no significa que no me duela. Rose, sé que llevas en la sangre entrar a saco y desgranar los miedos de los demás, pero por favor... esta vez no. Necesito tiempo para ordenar mis sentimientos.

Tuve que morderme la lengua. Lissa había mencionado a Christian el día anterior, durante nuestra conversación. Se arrepentía especialmente de lo que había ocurrido entre ellos y era el motivo por el que más odiaba a Avery. Lissa quería volver con él y arreglar las cosas, pero él había guardado las distancias. Y sí, tenía razón. No era el momento de que yo entrase a saco... todavía. Pero necesitaba que solucionasen aquella situación. Así que respeté sus deseos y me limité a asentir.

—Vale. Por ahora.

Mis últimas palabras le hicieron sonreír.

—Gracias. Mira, tengo que irme. Si algún día quieres enseñar a esos chavales cómo se pelea a la antigua usanza, pásate. Jill se desmayaría si te viese de nuevo.

Le dije que lo haría y dejé que se fuese, puesto que yo también tenía cosas que hacer. Sin embargo, no había terminado con él, ni por asomo.

Había quedado para cenar con Adrian y Lissa en uno de los comedores de la sección para invitados. Llegaba tarde. Después de haber hablado con

Christian, atravesé el recibidor del edificio a todo correr, sin apenas reparar en lo que me rodeaba.

—Siempre con prisas —dijo una voz—. Me sorprende que alguien sea capaz de pararte.

Me detuve y volví mi atención hacia la voz, sorprendida.

—Mamá...

Estaba apoyada contra la pared, con los brazos cruzados; su pelo color caoba lucía tan rizado y desordenado como siempre. Su rostro, curtido como el de Alberta por la vida al aire libre, estaba cargado de alivio y... amor. No había ira ni reprobación en él. Nunca en la vida me había alegrado tanto de verla. Al cabo de un instante me encontré en sus brazos, apoyando la cabeza sobre su pecho, aunque fuese más bajita que yo.

—Rose, Rose —dijo con los labios cerca de mi pelo—. No vuelvas a hacer esto. Por favor.

Me aparté y la miré a la cara, asombrada al ver las lágrimas que salían de sus ojos. Había llegado a ver las lágrimas de mi madre durante el ataque a la academia, pero nunca, nunca la había visto romper a llorar. Y mucho menos por mí. Yo también sentí ganas de llorar e intenté secarle la cara con la bufanda de Abe.

—No, no, no pasa nada. No llores —dije yo, asumiendo un papel opuesto al habitual—. Lo siento. No lo volveré a hacer. Te he echado mucho de menos.

Era verdad. Amaba a Olena Belikova. Me parecía una persona cálida y maravillosa, cuyas palabras de ánimo sobre Dimitri y su entrega para mantenerme recordaría siempre con una sonrisa. En otra vida, podría haber sido mi suegra. En aquella, siempre me referiría a ella como mi madre adoptiva.

Pero no era mi madre biológica. Ese título recaía sobre Janine Hathaway. Y ahí, con ella, me sentí feliz —muy, muy feliz— de ser su hija. Era buena, valiente, enérgica y compasiva, y creo que me entendía mejor de lo que yo pensaba. Si pudiese ser la mitad de mujer que ella, mi vida habría merecido la pena.

—Estaba muy preocupada —dijo mientras recuperaba la compostura —. ¿Adónde fuiste? Quiero decir, sé que estuviste en Rusia... ¿pero por qué?

—Pensé... —tragué saliva y volví a ver a Dimitri con la estaca en su pecho—. Bueno, había algo que tenía que hacer. Y pensé que tenía que

hacerlo sola —en aquel momento no estaba segura de lo último. Vale, había alcanzado mi meta yo sola, pero por otra parte reparé en cuánta gente me quería y estaba a mi lado. ¿Quién sabe cuánto habrían cambiado las cosas si hubiese pedido ayuda? Quizá habría sido todo más fácil.

—Tengo muchísimas preguntas —me advirtió.

Parecía mucho más seria, aunque sonreí a pesar de todo. Esa era la Janine Hathaway que yo conocía. Y la quería. Sus ojos recorrieron mi rostro hasta llegar al cuello y noté su reacción. Durante un momento de pánico, me pregunté si Oksana no habría curado del todo las marcas del mordisco. Pensar que mi madre pudiese llegar a comprobar a qué me había rebajado en Siberia hizo que me diese un vuelco el corazón.

Pero extendió la mano y acarició los brillantes colores de la bufanda de cachemira, con una expresión entre maravillada y sorprendida en su rostro.

—Esta... esta es la bufanda de Ibrahim. Es una herencia familiar...

—No, pertenece a un mafioso llamado Abe...

Me callé en cuanto aquel nombre cruzó mis labios. Abe. Ibrahim. Escuchar ambos en voz alta me hizo caer en la cuenta de lo similares que eran. Abe... Abe venía de Abraham en inglés. Abraham, Ibrahim. Solo había una pequeña variación en las vocales. Abraham era un nombre común en Estados Unidos, pero solo había oído el de Ibrahim una vez, pronunciado en tono de burla por la reina Tatiana para referirse a alguien relacionado con mi madre...

—Mamá —dije con incredulidad—. Conoces a Abe.

Todavía estaba tocando mi bufanda, con los ojos cargados de emoción una vez más... pero una emoción distinta a la que yo le inspiraba.

—Sí, Rose. Lo conozco.

—Por favor, no me digas que... —ay, Dios. ¿Por qué no podía ser la hija ilegítima de un miembro de la realeza, como Robert Duru? ¿O incluso la hija del cartero?—. Por favor, no me digas que Abe es mi padre...

No me lo tuvo que decir. Se notaba en su rostro, en su expresión melancólica mientras recordaba otro tiempo y otro lugar, un tiempo y un lugar que sin ningún género de dudas estaban relacionado con mi concepción. Uf.

—Por Dios —dije—. Soy la hija de *Zmey*. Zmey junior. Una Zmeyita, vamos.

Aquello llamó su atención. Me miró a los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—De nada —respondí. Estaba atónita, intentando asimilar desesperadamente aquella información en mi visión del mundo. Recordé aquel rostro astuto cubierto por una barba, tratando de establecer algún parecido con el mío. Todo el mundo decía que me parecía mucho a mi madre cuando era más joven. Pero el color de mi piel, el pelo oscuro y los ojos... sí, eran iguales que los de Abe. Siempre había sabido que mi padre era turco. Por eso Abe tenía aquel acento misterioso, no ruso, pero extranjero a mis oídos. Ibrahim debía de ser la versión turca de Abraham.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo acabaste con alguien así?

Parecía ofendida por mi comentario.

—Ibrahim es un hombre maravilloso. Tú no le conoces como yo.

—Evidentemente —recapacité—. Mamá... entiéndelo. ¿Sabes cómo se gana la vida Abe?

—Es empresario. Tiene contactos y hace favores a mucha gente, por eso es tan influyente.

—¿Pero sabes a qué se dedica exactamente? Yo he oído que lo que hace es ilegal. No es... ay, Dios. Por favor, dime que no se dedica a vender prostitutas de sangre o algo así.

—¿Cómo? —parecía perpleja—. No. Por supuesto que no.

—Pero hace cosas ilegales.

—¿Quién lo dice? Nunca le han pillado haciendo nada ilegal.

—Te juro que parece que estuvieras bromeando sobre el tema —nunca hubiese esperado de ella que se pusiese a defender a un delincuente, pero sabía de sobra que el amor puede llevarnos a cometer estupideces.

—Si quiere hablarte de ello, lo hará. Y se acabó, Rose. Además, seguro que tú también tienes tus secretos. Los dos tenéis mucho en común.

—¿Estás de broma? Es arrogante, sarcástico, le gusta intimidar a la gente y... oh... —vale. Quizá tenía su punto de razón.

Sonrió de medio lado.

—No esperaba que os conocieseis de ese modo. De hecho, no esperaba que llegases a conocerlo nunca. Ambos pensamos que sería mejor que él no estuviese en tu vida.

Se me ocurrió una cosa más.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú le contrataste para que me encontrase.

—¿Cómo? Contacté con él cuando desapareciste... pero no le contraté.

—Entonces, ¿quién le contrató? —me pregunté—. Dijo que trabajaba para alguien.

Su sonrisa, antes enamorada y dulce, se tornó amarga.

—Rose, Ibrahim Mazur no trabaja para nadie. No es la clase de persona a la que se puede contratar.

—Pero dijo... espera. ¿Por qué me estaba siguiendo? ¿Insinúas que mentía?

—Bueno —reconoció ella—, no sería la primera vez. Si te estaba siguiendo no era porque alguien le estuviese obligando o le hubiese contratado para ello. Lo hizo porque así lo quería. Quería encontrarte y asegurarse de que estabas bien. Y se aseguró de que todos sus contactos estuviesen al corriente.

Rememoré mi breve historia con Abe. Confusa, llena de misterios y de motivos para hacerme enfadar. Pero el caso es que se había adentrado en la noche para rescatarme cuando me habían atacado, se había aferrado con uñas y dientes a su objetivo de devolverme a la academia y ponerme a salvo y, al parecer me había obsequiado con una herencia familiar porque pensaba que pasaría frío de camino a casa. «Es un hombre maravilloso», había dicho mi madre.

Supuse que había padres peores.

—Rose, aquí estabas. ¿Por qué te has retrasado tanto? —mi madre y yo nos volvimos mientras Lissa entraba en el vestíbulo. Su rostro se iluminó nada más verme—. Venga, venid las dos. La comida se va a enfriar. Y no os vais a creer lo que ha preparado Adrian.

Mi madre y yo intercambiamos una rápida mirada, sin necesidad de mediar palabra. Teníamos una larga conversación por delante, pero tendría que esperar.

No tenía ni idea de cómo se las había apañado Adrian, pero cuando llegamos a la habitación, la comida china ya estaba lista. Casi nunca se servía en la academia e incluso las pocas veces que se preparaba, el sabor nunca era lo que se dice... bueno. Pero aquella cena era de las buenas. Un cuenco tras otro de pollo agridulce y huevo. En el cubo de la basura de una esquina vi los cartones de reparto de un restaurante con una dirección de Missoula impresa en uno de los lados.

—¿Cómo has conseguido que lo traigan aquí? —pregunté. No solo eso: además, estaba caliente.

—No te preocupes por saberlo todo, Rose —dijo Adrian mientras llenaba su plato de arroz frito con pollo. Parecía muy satisfecho consigo

mismo—. Disfruta y punto. En cuanto Alberta te haya arreglado el papeleo, comeremos así todos los días.

Me detuve en mitad de un bocado.

—¿Cómo estás al corriente de eso?

Él respondió con un simple guiño.

—Cuando no tienes otra cosa que hacer que merodear por el campus todo el día, acabas enterándote de cosas.

Lissa, que estaba sentada entre nosotros, seguía la conversación con la mirada. Se había pasado el día entero en clase y no había tenido mucho tiempo de hablar.

—¿De qué va el tema?

—Alberta quiere que vuelva a matricularme y que me gradúe —le expliqué.

A Lissa estuvo a punto de caérsele el plato de las manos.

—¡Pues hazlo!

Mi madre parecía igual de sorprendida.

—¿Te lo permitirá?

—Eso fue lo que me dijo —respondí.

—¡Pues hazlo! —exclamó mi madre.

—¿Sabes? —murmuró Adrian—. Me gustaba la idea de que viajásemos juntos.

—Lo que tú digas —contesté—. Lo más seguro es que no me hubieses dejado conducir.

—Ya vale —mi madre ya había vuelto a ser quien era, sin pena por la marcha de su hija o añoranza por su amor perdido—. Tienes que tomártelo en serio. Te juegas tu futuro —hizo un gesto hacia Lissa—. Ella también se lo juega. Concluir tus estudios aquí y formarte hasta convertirte en guardiana es...

—Sí —dije.

—¿Sí? —preguntó confundida.

Sonreí.

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Que estás de acuerdo conmigo? —creo que mi madre no pudo recordar la última vez que había sido así. Ni yo tampoco, ya puestos.

—Sí. Me presentaré a las pruebas, me graduaré y me convertiré en un miembro respetable de la sociedad, dentro de lo posible. Aunque tampoco es que parezca divertido —me burlé. Estaba bromeando, pero en mi fuero

interno sabía que necesitaba todo aquello. Necesitaba estar con las personas que me querían. Necesitaba un nuevo objetivo o jamás superaría la pérdida de Dimitri. Nunca dejaría de ver su rostro ni de oír su voz.

A mi lado, Lissa ahogó un grito y dio una palmada de alegría. Me contagió su entusiasmo. Adrian no dejaba entrever sus emociones de forma tan abierta, pero pude ver que él también se alegraba de tenerme cerca. Mi madre todavía parecía perpleja. Creo que estaba acostumbrada a que reaccionase como una perfecta cabezota... que es lo que solía hacer.

—Entonces, ¿te quedarás? —preguntó.

—Por Dios —me eché a reír—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Retomaré las clases.

—¿Y te quedarás? —insistió—. ¿Los dos meses y medio que quedan?

—Creo que se daba por hecho.

Su expresión era severa, muy típica de las madres.

—Quiero asegurarme de que no te volverás a escapar. ¿Te quedarás en la academia y terminarás los estudios, pase lo que pase? ¿Te quedarás hasta que te gradúes? ¿Lo prometes?

La miré a los ojos, y su intensidad me sorprendió.

—Sí, sí. Lo prometo.

—Excelente —dijo ella—. Te alegrarás de haber tomado esta decisión —sus palabras eran muy formales, típicas de un guardián, pero en sus ojos vi amor y alegría.

Terminamos de cenar y apilamos los platos para que los recogiese el servicio de limpieza del edificio. Mientras tirábamos la comida sobrante a la basura, Adrian se puso a mi lado.

—Fíjate, qué hacendosa —comentó—. Tiene su morbo, la verdad. Ya estoy empezando a imaginarte con un delantal pasando la aspiradora por mi casa.

—Ay, Adrian, cuánto te he echado de menos —dije mientras ponía los ojos en blanco—. Imagino que no habrás venido a ayudar, ¿no?

—Qué va. Yo ya ayudé acabándome la comida del plato. Así no hay que recoger —hizo una pausa—. De nada, por cierto.

Me eché a reír.

—¿Sabes? Me alegro de que no dijeses gran cosa cuando le prometí a mi madre que me quedaría. Podría haber decidido lo contrario.

—No creo que hubieses podido salirte con la tuya. Tu madre me parece una de esas personas que consiguen lo que quieren —lanzó una

discreta mirada hacia el rincón de la habitación donde se encontraban mi madre y Lissa, charlando. Bajó la voz—. Debe ser cosa de familia. De hecho, quizá debería echarle una mano.

—¿Cómo? ¿Consiguiendo cigarrillos de contrabando?

—Pidiéndole salir a su hija.

El plato que sostenía en las manos estuvo a punto de caérseme.

—Me has pedido salir miles de veces.

—La verdad es que no. He hecho sugerencias inapropiadas y no dejo de insistir en que te desnudes. Pero nunca te he pedido una cita en serio. Y si la memoria no me falla, dijiste que me darías una oportunidad si te dejaba que me limpiases la cuenta corriente.

—No lo he hecho —protesté.

Pero entonces, al mirarle, recordé lo que le había dicho: si sobrevivía a mi búsqueda de Dimitri, le daría una oportunidad. Hubiese dicho cualquier cosa para conseguir el dinero que necesitaba, pero entonces vi a Adrian con nuevos ojos. No estaba lista para casarme con él ni por asomo, y tampoco lo veía como un novio estable. De hecho, no sabía si quería volver a tener un novio. Pero había sido un buen amigo conmigo y con todas las personas que me rodeaban durante aquel caos. Había sido amable y atento y no, no podía negarlo... incluso con aquel ojo morado que ya empezaba a curarse, era extraordinariamente atractivo.

Y aunque no debería haberme importado, Lissa le había sonsacado que buena parte de su frustración hacia Avery era fruto de una manipulación. Le gustaba y no había descartado convertirse en su pareja algún día, pero sus poderes habían aumentado la intensidad de aquello que sentía. O eso decía. Si yo fuese un tío y me hubiese pasado lo que a él, lo más seguro es que yo también hubiera atribuido mi comportamiento a la influencia de la magia.

Sin embargo, a juzgar por el modo en el que me miraba, me costó creer que me hubiese cambiado por otra aquel último mes.

—Hazme una oferta —dije finalmente—. Escríbela, quiero un informe punto por punto de por qué serías un buen candidato.

Él se echó a reír hasta que me miró a la cara.

—¿Hablas en serio? Parecen deberes. Si no estoy en la academia es por algo, ¿sabes?

Chasqueé los dedos.

—Pues acostúmbrate, Ivashkov. Quiero que te apliques a fondo.

Esperaba una broma o que se despidiese de mí, pero se limitó a decir:

—Vale.

—¿Vale? —entonces me sentí como mi madre antes, cuando accedí a su petición inmediatamente.

—Sí. Voy a ir a mi cuarto ahora mismo para empezar con los esquemas.

Le miré con incredulidad mientras se dirigía a por su abrigo. Nunca había visto a Adrian moverse tan deprisa para cumplir cualquier tarea en la que estuviese implicado. Oh, no. ¿En qué lío acababa de meterme?

De pronto, hizo una pausa y buscó en el bolsillo de su abrigo con una sonrisa cansada.

—De hecho, ya te he escrito algo parecido a un informe. Casi se me olvida —sacó una hoja de papel doblada y me la enseñó—. Tienes que comprarte un móvil. No pienso seguir siendo tu secretario.

—¿Qué es eso?

—Un tipo extranjero me llamó hoy por la mañana... dijo que tenía mi número guardado en la memoria de su teléfono —una vez más, Adrian miró a Lissa y a mi madre. Aún estaban enfrascadas en una conversación—. Dijo que tenía un mensaje para ti y que no quería que se lo transmitiese a nadie más. Me hizo escribirlo y leérselo. Eres la única persona por la que haría algo así, ¿sabes? Creo que voy a mencionarlo cuando escriba mi propuesta de cita.

—Entonces, ¿me lo das?

Me entregó la nota con un guiño, hizo una reverencia y se despidió de Lissa y de mi madre. Me pregunté si hablaba en serio cuando decía que iba a ponerse a escribir la propuesta inmediatamente. Pero era aquella nota la que más me llamaba la atención. No tenía ninguna duda de quién lo había llamado. Había utilizado el teléfono de Abe para llamar a Adrian en Novosibirsk y después le había contado el papel financiero que desempeñaba Adrian en mi viaje. Al parecer mi padre —uf, aún se me hacía muy raro pensar en él en esos términos— había decidido que Adrian era digno de confianza, aunque me pregunté por qué motivo no había escogido a mi madre como mensajera.

Abrí la nota y tardé unos segundos en descifrar la caligrafía de Adrian. Si me escribía la propuesta, esperaba que lo hiciese a ordenador. La nota decía lo siguiente:

Le he enviado un mensaje al hermano de Robert. Me ha dicho que no podía ofrecerle nada a cambio de revelar el paradero de Robert... y créeme,

le ofrecí mucho. Pero dijo que mientras él tuviese que pasar el resto de su vida allí, esa información moriría con él. Pensé que te gustaría saberlo.

No era exactamente un informe, que era como lo había descrito Adrian. Era un poco críptico, pero, claro, Abe no querría que Adrian descifrase su contenido. Para mí, su significado estaba claro. El hermano de Robert era Victor Dashkov. De algún modo, Abe había contactado con Victor en la horrible y remota prisión en la que estaba encerrado —no me sorprendió que Abe fuese capaz de hacerlo— y sin duda le había ofrecido alguno de sus tratos para sonsacarle dónde se encontraba Robert, pero Victor se había negado. Aquello tampoco me sorprendió. Victor no era la persona más solícita del mundo y, visto su estado, tampoco le podía culpar. Estaba condenado a pasar el resto de su vida «allí», en prisión. ¿Qué se le puede ofrecer a un condenado que pueda cambiarle la vida?

Suspiré y dejé la nota a un lado, enternecida por lo que Abe había hecho por mí, aunque sus esfuerzos no hubiesen dado fruto. Y, una vez más, me vino a la cabeza la misma cuestión: aunque Victor le hubiese proporcionado la dirección de Robert, ¿de qué hubiese servido? Cuanto más indagaba en esos asuntos en Rusia, más ridículo me parecía considerar siquiera la posibilidad de devolver a un strigoi a su forma original. Solo la muerte podía liberarlos. Solo eso...

La voz de mi madre me rescató antes de que me pusiese a revivir la escena del puente. Me dijo que se tenía que marchar pero prometió que hablaríamos más tarde. En cuanto se marchó, Lissa y yo nos aseguramos de que todo estuviese recogido antes de irnos a mi habitación. Aún teníamos mucho de lo que hablar. Mientras subía las escaleras, me pregunté cuándo me trasladarían de la sección para invitados para devolverme a mi cuarto. Seguramente se pondrían a ello en cuanto Alberta desplegase la alfombra roja. Se me hacía imposible aceptar que iba a retomar mi antigua vida y pasar página de todo lo que me había ocurrido el último mes.

—¿Te ha entregado Adrian una carta de amor? —me preguntó Lissa. Su tono de voz estaba cargado de sorna pero, a través de nuestra conexión, supe que aún seguía preocupada por mis recuerdos de Dimitri.

—Aún no —le dije—. Ya te lo explicaré después.

Fuera de mi cuarto, una de las celadoras del edificio estaba a punto de llamar a la puerta. Cuando me vio, me entregó un sobre acolchado.

—Solo venía a traerte esto. Llegó en el correo de hoy.

—Gracias —dije.

Lo tomé en mi mano y le eché un vistazo. Mi nombre y la dirección de St. Vladimir estaban escritos con impecable caligrafía, lo que me resultaba extraño, dado lo reciente de mi llegada. No había remitente, pero tenía sellos rusos y lo habían enviado mediante un servicio postal internacional.

—¿Sabes quién te lo ha mandado? —me preguntó Lissa cuando la mujer se hubo marchado.

—No lo sé. Conocí a mucha gente en Rusia —podría ser de Olena, Mark o Sydney. Y, sin embargo... no podía explicar por qué todos mis sentidos estaban alerta.

Rasgué uno de los lados y metí la mano en el sobre. Mis dedos se cerraron en torno a algo frío y metálico. Supe lo que era antes de sacarlo. Era una estaca de plata.

—Dios mío —dije.

Hice girar la estaca y deslicé los dedos sobre el dibujo geométrico grabado en su base. No cabía duda. Era única. Era la estaca que había encontrado en la cámara de Galina. Con la que había...

—¿Por qué te iban a enviar una estaca?

En vez de contestar a la pregunta, extraje el otro contenido del sobre: una pequeña nota. En ella se leía el siguiente mensaje escrito a mano:

Olvidaste otra lección: nunca des la espalda al enemigo hasta asegurarte de que ha muerto. Parece que tendremos que repasar esa lección cuando volvamos a vernos... que será pronto.

Te quiero,

D.

—Ay —dije, a punto de soltar la carta—. Esto no es bueno.

Sentí vértigo, cerré los ojos y respiré hondo. Por centésima vez, repasé los acontecimientos de la noche en la que había escapado de Dimitri. No dejaba de recordar la expresión de su rostro en el momento en el que le clavaba la estaca y su cuerpo precipitándose hacia las oscuras aguas. Después rememoré los detalles de la lucha. Recordé que, en el último instante, había esquivado el golpe que debería haberle acertado en el corazón. Por un momento, dudé que le hubiese clavado la estaca lo bastante como para matarlo... hasta que me fijé en la expresión en su rostro y lo vi caer.

Pero aquel mensaje confirmaba que no había sido suficiente. Mi primera impresión había sido la correcta, pero todo había sucedido demasiado deprisa. Había caído pero después, ¿qué? ¿Y si la estaca estaba

lo bastante suelta como para desprenderse por sí misma de su cuerpo? ¿Y si había sido capaz de sacársela? ¿Y si el impacto de la caída la había expulsado?

—Tanto muñeco de práctica para nada —murmuré mientras recordaba las lecciones de Dimitri para que la estaca se hundiese en el pecho, atravesando las costillas hasta alcanzar el corazón.

—Rose —exclamó Lissa. Me dio la impresión de que no era la primera vez que me llamaba—. ¿Qué pasa?

La estaca más importante de mi vida y voy y la pifio al clavarla. ¿Qué ocurriría a partir de entonces? «Parece que tendremos que repasar esa lección cuando volvamos a vernos... que será pronto».

No sabía qué sentir. ¿Pesar por no haber liberado el alma de Dimitri y cumplir la promesa que le había hecho en secreto? ¿Alivio al saber que no había matado al hombre que amaba? Como siempre, prevalecía una pregunta: ¿habría dicho que me amaba si le hubiese dado un poco más de tiempo?

Seguía sin tener las respuestas. Mis sentimientos estaban desbocados y necesitaba mantenerlos a raya para analizar lo que ya sabía.

En primer lugar: dos meses y medio. Le había prometido dos meses y medio a mi madre. Hasta entonces, nada de acción.

Mientras tanto, Dimitri seguía ahí fuera, aún convertido en strigoi. Mientras anduviese suelto por el mundo, no habría paz para mí. Ningún refugio. Leí la tarjeta de nuevo y concluí que en mi futuro no habría paz aunque intentase ignorarlo. Comprendí lo que implicaba el contenido de la nota.

En aquella ocasión, era Dimitri el que iba a ir a por mí. Y algo me decía que no iba a convertirme en una strigoi. Iba a matarme. ¿Qué era aquello que había dicho al huir de la mansión? ¿Que ambos no podíamos seguir vivos al mismo tiempo?

Y sin embargo, quizá pudiésemos...

Como no le respondí inmediatamente, Lissa se preocupó aún más.

—Oye, tu cara me está asustando un poco. ¿En qué piensas?

—¿Crees en los cuentos de hadas? —le pregunté mirándola a los ojos. Mientras pronunciaba aquellas palabras, pude imaginar la negativa de Mark.

—¿Qué... qué clase de cuentos de hadas?

—Aquellos que no deberías pasarte la vida persiguiendo.

—No entiendo —respondió—. Estoy completamente perdida. Dime qué está pasando. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Dos meses y medio. Tenía que quedarme dos meses y medio... me parecían una eternidad. Pero se lo había prometido a mi madre y me negué a fallarle de nuevo, especialmente cuando había tanto en juego. Promesas. Estaba hasta el cuello de promesas. Hasta le había prometido algo a Lissa.

—¿Hablabas en serio antes, cuando me dijiste que querías acompañarme en mis aventuras? ¿Que no te importaba en qué me embarcase?

—Sí —no había dudas o inseguridad en su voz ni reflejadas en sus ojos verdes. Pero claro, me pregunté si reaccionaría igual cuando supiese qué era lo que íbamos a hacer.

«¿Qué se le puede ofrecer a un condenado que pueda cambiarle la vida?».

Había reflexionado sobre ello antes, mientras intentaba pensar en cómo conseguir que Victor Dashkov hablase. Victor le había dicho a Abe que no se le podía ofrecer nada a cambio de información sobre la supuesta habilidad de su hermano de devolver a los strigoi a su estado original. Victor estaba cumpliendo cadena perpetua; no se le podía sobornar. Pero caí en la cuenta de que había una opción. Ofrecerle la libertad. Y solo había un modo de conseguirlo.

Teníamos que sacar a Victor Dashkov de la cárcel.

Pero opté por no contárselo todavía a Lissa.

Lo único que sabía era que tenía una oportunidad, por pequeña que fuese, de salvar a Dimitri. Mark la tildó de cuento de hadas, pero tenía que arriesgarme. La pregunta era: ¿de cuánto tiempo disponía antes de que Dimitri fuese a matarme? ¿Cuánto tiempo me quedaba antes de descubrir si lo imposible era en realidad posible? Aquella era la cuestión. Porque si Dimitri aparecía antes de encontrar al dragón del cuento —Victor—, las cosas podían ponerse feas. Quizá toda la historia de Robert no era más que una mentira pero, aunque no lo fuese... bueno, había empezado la cuenta atrás. Si Dimitri me encontraba antes de que yo diese con Victor y Robert, tendría que pelear de nuevo con él. Así de sencillo. No podía quedarme esperando a la cura mágica. Tendría que matar a Dimitri y perder cualquier oportunidad de recuperar a mi príncipe. Maldita sea.

Menos mal que trabajo bien bajo presión.

Agradecimientos

MUCHAS gracias a todos los amigos y familiares que me han apoyado y me han ayudado a no volverme loca mientras escribía este libro. Para mí lo sois todo y os estoy muy agradecida por hacerme salir del despacho de vez en cuando. Muchas gracias también a Jay por convencerme de que este era su libro favorito (antes incluso de escribirlo); a Jesse McGatha por ayudarme a concebir a los alquimistas; a mi agente, Jim McCarthy, por guardarme las espaldas y hacer posible todo esto; a los editores Jessica Rothenberg y Ben Schrank por hacer todo lo posible para mejorar el manuscrito; a I. A. Gordon por Zmey y otras traducciones rusas y a la publicitaria Casey McIntyre por su maravillosa ayuda en la promoción.

Por último, gracias también a los numerosos lectores que me han escrito un correo electrónico para hablarme de su amor por la serie y los personajes. Sois la razón que me hace seguir escribiendo.



RICHELLE MEAD se graduó en la Universidad de Michigan y obtuvo una Maestría en Artes sobre Religión Comparativa por la Universidad del Oeste de Michigan. Actualmente reside en Seattle con su marido mientras trabaja en la próxima entrega de Vampire Academy.